

El Talismán

Walter Scott

CAPÍTULO I

El ardiente sol de Siria no había alcanzado aún su punto de mayor elevación en el horizonte, cuando un caballero cruzado que había abandonado su lejano hogar, en el Norte, para unirse a la hueste de los Cruzados en Palestina, atravesaba lentamente los arenosos desiertos que rodean al Mar Muerto, llamado también lago Asphaltites, donde las aguas del Jordán se reúnen en un mar interior, que no envía a otro alguno el tributo de sus olas.

El peregrino guerrero había caminado entre rocas y precipicios durante la primera parte de la mañana. Más tarde, saliendo de aquellos roqueños y peligrosos desfiladeros, había salido a la gran llanura en que las ciudades malditas provocaron, en tiempos lejanos, la directa y terrible venganza del Omnipotente.

El viajero olvidó las fatigas, la sed y los peligros de la jornada, al recordar la espantosa catástrofe que había convertido en árido y triste desierto el encantador y fértil valle de Siddim, antes regado y bello como el Paraíso, y reducido hoy a una soledad requemada por los rayos del sol y condenada a eterna esterilidad.

El viajero se persignó al ver la negra superficie de aquellas aguas, que tanto por el color como por la calidad se diferencian de las de todos los demás lagos, y no pudo evitar un estremecimiento al pensar que debajo de aquella superficie espesa yacían las antes soberbias ciudades de la llanura, cuya tumba abrió el rayo del cielo o la erupción de los fuegos subterráneos, y cuyos restos están cubiertos por un mar que no contiene peces vivos en su fondo ni sostiene embarcación alguna en su superficie, y que, como si su lecho maldito fuese el único receptáculo digno de sus fangosas aguas, no envía, como los demás lagos, tributo alguno al Océano. Como en los tiempos de Moisés, toda la tierra de los alrededores era «sal y azufre; ni se siembra ni se labra, ni crece hierba alguna en su superficie». Aquella tierra, como el lago, también podía llamarse muerta, porque no produce nada que se parezca a vegetación, y ni siquiera pueblan el aire sus habituales habitantes alados. Las aves huyen del olor del azufre y del betún, que, bajo un sol abrasador, exhalan las aguas del lago en espesas nubes, que frecuentemente adquieren la forma de trombas de agua. Grandes cantidades de la substancia fangosa y sulfurosa llamada nafta, que flotan fácilmente sobre las turbias aguas encharcadas, añaden nuevos vapores a esos nubarrones que pasan, y que constituyen un terrible testimonio de la verdad de la historia mosaica.

Sobre este escenario de desolación brillaba el sol con insoportable ardor, y parecía que todos los seres vivientes se escondían de sus rayos, excepto la

figura solitaria que avanzaba lentamente por la arena, y que era, en apariencia, el único ser dotado de vida en toda la gran extensión de la llanura. El vestido del jinete y las guarniciones del caballo no eran, ciertamente, las más adecuadas para viajar por semejante país. Además de la cota de malla, con guanteletes y peto de acero, que formaban ya de por sí una armadura de peso considerable, llevaba pendiente del cuello el escudo triangular, y en la cabeza el férreo yelmo de visera, del que colgaba una babera de malla que le cubría el cuello y los hombros, tapando el espacio que dejaban descubierto el peto y el espaldar. Sus extremidades inferiores estaban protegidas, como su cuerpo, por la flexible cota de malla. Calzaba borceguíes de acero, como los guanteletes. De su costado izquierdo pendía una ancha y aguda espada de dos filos, con la empuñadura en forma de cruz; al costado derecho llevaba un puñal sostenido en el cinturón. Asegurada en la silla y apoyada en el estribo, sostenía la larga lanza de acerada punta, que era su arma de combate ordinaria, ostentando su banderola, inmóvil si el aire permanecía en calma, ondeante cuando la agitaba el viento. A este pesado atavío, añádase una sobreveste de paño bordado, muy deslucida y raída, pero que preservaba la armadura de la acción del sol, que sin esta precaución no habría sido posible soportar. En varios puntos de la sobreveste, llevaba el caballero su escudo nobiliario, muy deslucido por el tiempo. Este escudo representaba un leopardo yacente, con la divisa: «Duermo; no me despiertes». La misma divisa mostraba el escudo triangular; pero los golpes de las armas enemigas la habían borrado en gran parte. La cimera del yelmo no llevaba airón. Los Cruzados del Norte, al conservar su pesada armadura defensiva parecían desafiar con ella el clima y la naturaleza de la tierra adonde habían ido a luchar.

El equipo del caballo era casi tan macizo y pesado como el del jinete. El animal llevaba una pesada silla recubierta de acero, sostenía por delante un ancho pretal, y por detrás dos piezas de defensa para los costados y el cuarto trasero. A la silla iba atada la maza de armas o martillo de hierro; las riendas eran cadenas del mismo metal; la frontera se componía de una cubierta de acero, con aberturas para los ojos y la nariz, y de su parte central emergía una larga punta dispuesta a guisa del asta del fabuloso unicornio.

La costumbre había convertido en la cosa más natural esta verdadera panoplia, tanto para el jinete como para su valiente corcel de batalla. Desde luego, muchos guerreros de Occidente que habían acudido a Palestina sucumbieron al ardiente clima, pero otros lograron acostumbrarse a él, y llegó a ser inofensivo y hasta propicio para ellos. Entre estos afortunados figuraba el solitario caballero que a la sazón seguía la costa del Mar Muerto.

La Naturaleza, que había modelado sus miembros con una fuerza nada común y le había hecho capaz de soportar la cota de malla con más facilidad que si hubiese sido tejida con telarañas, le dotó de una salud tan sólida como

sus miembros, lo cual le permitía resistir tanto los cambios de clima como las fatigas y privaciones de todas clases. Su estado de espíritu parecía, en cierta manera, participar de las cualidades de su cuerpo; y si éste tenía gran fuerza y resistencia, unidas a la capacidad de una violenta acción, aquél, bajo la apariencia de un sereno e imperturbable semblante, poseía el orgulloso y entusiasta amor a la gloria, que constituía el principal atributo de la célebre raza normanda y que les había convertido en dominadores de todos los rincones de Europa donde habían llevado sus aventureras espadas.

Sin embargo, la suerte no había concedido tales tentadoras recompensas a toda la raza; y las que había obtenido el solitario caballero durante los dos años de campaña que llevaba en Palestina, le dieron sólo nombradla temporal y, como le enseñaran a creer, privilegios espirituales. Entretanto, se había agotado el poco dinero de que disponía, especialmente porque no quiso seguir ninguno de los procedimientos que ponían en práctica sus compañeros de Cruzada para procurarse recursos a costa del pueblo de Palestina: no exigía donativos a los desgraciados hijos del país a cambio de dejarles intactas sus haciendas en los combates contra los sarracenos, y tampoco se aprovechó de las oportunidades de enriquecerse mediante los rescates de los prisioneros de importancia. La pequeña hueste que le siguiera desde su país había ido disminuyendo gradualmente, a medida que faltaban los medios para sostenerla, y el único servidor que le quedaba se hallaba en aquellos momentos enfermo en cama, y, por consiguiente, incapacitado para seguir a su señor, el cual viajaba, como hemos visto, totalmente solo. Ello tenía poca importancia para el cruzado, quien estaba acostumbrado a considerar su buena espada como su más segura escolta, y los pensamientos devotos como su mejor compañía.

Pero la naturaleza exigía comida y descanso, a pesar de la férrea constitución y del paciente espíritu del Caballero del Leopardo Durmiente; y por eso, a mediodía, cuando ya había dejado algo a la derecha el Mar Muerto, divisó con alegría dos o tres palmeras que se erguían al lado del pozo en donde pensaba hacer alto en aquella hora. Su caballo, que había caminado con tanta resistencia como su dueño, levantó ahora la cabeza, hinchó la nariz y aligeró el paso tan pronto como presintió la proximidad del agua y la existencia de un lugar de descanso y fresco. Pero, antes de llegar al punto deseado por el caballo y el caballero, habían de hacer frente aún a nuevos peligros y trabajos.

Mientras el Caballero del Leopardo Yacente contemplaba con fijeza el grupo de palmeras, distante todavía, le pareció que algo se movía entre ellas. La lejana silueta se separó de los árboles, que en parte ocultaban sus movimientos, y avanzó hacia el caballero, con tal rapidez, que pronto pudo ver a un jinete montado en su cabalgadura, y a quien el turbante, la larga lanza y el caftán verde que ondeaba a impulso del viento, denunciaban como un

caballero sarraceno. «En el desierto —dice un proverbio oriental— nadie encuentra a un amigo». Para el cruzado, era totalmente indiferente que el infiel, que se acercaba en su magnífico caballo árabe con la misma rapidez que si le llevaran las alas de un águila, viniera como amigo o como enemigo, y hasta habría preferido, como devoto defensor de la Cruz, que fuese lo último. Desató la lanza de la silla, la empuñó con la mano derecha, la dispuso para el ataque, con la punta algo levantada, tomó las riendas con la izquierda, espoleó al caballo y se dispuso a hacer frente al desconocido, con la segura confianza, propia de quien ha salido vencedor en muchas contiendas.

El sarraceno llegó al galope tendido habitual de los jinetes árabes, guiando su caballo más con las piernas y con la inclinación de su cuerpo que con el uso de las riendas —que colgaban, abandonadas, a su lado izquierdo—, de tal manera que quedaba libre para manejar el ligero escudo redondo, de piel de rinoceronte, guarnecido con chapas de plata, que llevaba al brazo, moviéndolo de uno a otro lado a fin de oponer su pequeño círculo al formidable ataque de la lanza occidental. No enristraba su larga lanza, como su adversario, sino que la tenía cogida por la mitad, con la mano derecha, y la agitaba por encima de su cabeza. Al avanzar velozmente contra su enemigo, parecía suponer que el Caballero del Leopardo pondría su caballo al galope para acometerle. Pero el caballero cristiano, muy conocedor de las costumbres de los guerreros orientales, no quería cansar a su buen caballo con movimientos inútiles; y, al contrario, se paró en seco, confiando que si el enemigo le atacaba con el ímpetu que llevaba, su propio peso y el de su poderosa cabalgadura le darían suficiente ventaja, sin que le precisara añadir ningún movimiento rápido. Seguro y receloso a la vez sobre el resultado de su ataque, cuando se encontró a una distancia como dos veces la longitud de su lanza, el caballero sarraceno hizo volver a su caballo hacia la izquierda, con inimitable destreza, y dio dos vueltas alrededor de su adversario, el cual girando sin ceder terreno y presentando constantemente la cara a su enemigo, frustró la intención de éste de atacarle en un momento de descuido. De modo que el sarraceno hizo volver grupas a su caballo y se retiró a una distancia de un centenar de yardas. Por segunda vez, como un halcón ataca a una garza real, el infiel renovó su ataque, y segunda vez tuvo que retirarse sin haber podido entablar combate. Por tercera vez se acercó de la misma manera, pero el caballero cristiano, deseoso de acabar aquel ilusorio combate, en que, al fin y a la postre, podría ser dominado por la movilidad de su contrincante, cogió de pronto la maza que colgaba de su arzón y, con tanta fuerza como puntería, la arrojó contra la cabeza del emir, porque, a juzgar por las apariencias no menos que un emir parecía ser su enemigo. El sarraceno tuvo el tiempo justo para interponer su ligero escudo entre la maza y su cabeza; pero la violencia del golpe hizo chocar el escudo contra el turbante, y a pesar de que la defensa amortiguó el golpe, el sarraceno cayó de su caballo. Pero antes de que el cristiano pudiera

aprovechase de este contratiempo, el ágil infiel ya se había levantado, y, llamando al caballo, que inmediatamente volvió a su lado, saltó a la silla, sin tocar siquiera el estribo, y recuperó toda la ventaja que le había hecho perder el Caballero del Leopardo. Entretanto, este último habría recobrado su maza, y el caballero oriental, recordando la fuerza y la destreza con que su enemigo le atacara, pareció decidido a mantenerse cautelosamente fuera del alcance de un arma cuya fuerza acababa de experimentar, manifestando su propósito de continuar la lucha a distancia, con las armas arrojadas que llevaba. Hincó su larga lanza en la arena, a cierta distancia del lugar del combate, y empuñó con gran destreza una pequeña ballesta que colgaba de su espalda; puso el caballo al galope, otra vez describió dos o tres círculos de mayor radio que antes, y mientras galopaba disparó seis flechas contra el cristiano, con tan buena puntería, que sólo por la excelencia de la armadura se libró de quedar herido. La séptima flecha pareció haber acertado un punto menos perfecto de la armadura, y el cristiano cayó pesadamente de su caballo. Pero la sorpresa del sarraceno fue grande cuando, al descabalgarse para examinar el estado de su derribado enemigo, se encontró de pronto cogido por el europeo, que había recurrido a este ardid para que su adversario se le pusiera al alcance. Mas también en este grave trance el sarraceno se salvó gracias a su agilidad y serenidad. Se desató el cinturón, que era por donde le había asido el Caballero del Leopardo, y librándose así de sus manos, montó en su caballo, que parecía seguir sus movimientos con la inteligencia de un ser humano, y se alejó de nuevo. Pero en el último encuentro, el sarraceno había perdido su espada y su aljaba, que pendían del cinturón que se vio obligado a abandonar, así como su turbante. Estas desventajas parecieron inclinar al musulmán a una tregua.

—Hay tregua entre nuestras naciones —dijo en lengua franca, que era la que comúnmente usaban para entenderse con los Cruzados—; ¿por qué, pues, hemos de hacernos la guerra tú y yo? Haya paz entre nosotros.

—Accedo —contestó el del Leopardo Yacente—; pero ¿qué garantía me das de que respetarás la tregua?

—Jamás un secuaz del Profeta ha faltado a su palabra —contestó el emir—. A ti, bravo nazareno, tendría que pedir garantías, si no supiera que la traición raras veces convive con la valentía.

El cruzado sintió que la confianza del musulmán le hacía sentir vergüenza de sus dudas.

—Por la cruz de mi espada —dijo, extendiendo a la vez la mano sobre el arma—, seré fiel compañero tuyo, sarraceno, mientras la suerte quiera que estemos juntos.

—Por Mahoma, Profeta de Dios, y por Alá, Dios del Profeta —contestó el que había sido enemigo—, no guardo en mi corazón rencor alguno contra ti. Y

ahora, lleguémonos hasta aquella fuente, pues es ya la hora del descanso, y el agua tan sólo había tocado mis labios cuando fui llamado a combate por tu presencia.

El Caballero del Leopardo Yacente accedió con muestras de cortesía, y los dos enemigos de antes se dirigieron hacia el grupo de palmeras, sin mirada alguna de recelo ni ademán alguno de odio.

CAPÍTULO II

En cierta manera, los tiempos de peligro tienen sus períodos de benevolencia y de seguridad; y ello ocurría de manera especial en los antiguos tiempos feudales. Como las costumbres de la época convertían la guerra en la principal y más noble ocupación de la Humanidad, los intervalos de paz, o, más bien, de tregua, eran disfrutados intensamente por aquellos guerreros a los que raras veces se concedían, y que en ellos se gozaban porque eran puramente transitorios. No merecía la pena conservar una enemistad permanente hacia un adversario contra quien habían luchado hoy mismo, y con quien podían tener que volver a sostener un combate sangriento a la mañana siguiente. El tiempo y las circunstancias ofrecían tantas ocasiones para dar salida a las pasiones violentas, que los hombres, salvo en el caso de un odio particular e individual, pasaban en alegre compañía de todos los demás los breves intervalos de relación pacífica que les permitía su vida de guerreros.

La diferencia de religiones, y todavía más el fanático celo que impulsaba, tanto a los seguidores de la Cruz como a los de la Media Luna, unos contra otros, resultaban muy atenuados por un sentimiento natural en combatientes generosos, y alentados especialmente por el espíritu de la Caballería. Este último fuerte impulso se había propagado gradualmente de los cristianos a sus enemigos mortales, los sarracenos, tanto de España como de Palestina. Por otra parte, estos últimos ya no eran los fanáticos salvajes salidos del centro de los desiertos arábigos con la espada en una mano y el Corán en la otra, para imponer la muerte o la fe de Mahoma, o, en el mejor de los casos, la esclavitud y los tributos a todos los que osaran oponerse a las creencias del Profeta de la Meca. Tal alternativa fue la que se planteó a los pacíficos griegos y sirios; pero en la lucha contra los cristianos occidentales, que estaban animados por un ímpetu tan grande como el suyo, y por una valentía indomable, y que eran diestros y afortunados en las armas, los sarracenos aprendieron poco a poco sus costumbres, y, de manera especial, los usos de la Caballería, tan apropiados para cautivar el espíritu de una gente altiva y

conquistadora. Tenían sus torneos y sus justas; tenían también sus caballeros, o categorías nobiliarias parecidas, y, sobre todo, los sarracenos mantenían la palabra empeñada, con tal exactitud que a veces llegaban a dejar avergonzados a los que profesaban una religión mejor. Sus treguas eran respetadas escrupulosamente, tanto las individuales como las nacionales, de tal manera que la guerra, que en sí es, quizá, el mayor de los males, daba ocasión a manifestarse la buena fe, la generosidad, la clemencia y hasta los más delicados afectos, lo cual ocurre menos frecuentemente en períodos más tranquilos, en que las pasiones de los hombres, los odios o las inacabables rencillas que no pueden tener satisfacción inmediata son susceptibles de arder durante mucho tiempo en el espíritu de los que tienen la desgracia de ser sus víctimas.

Bajo la influencia de estos delicados sentimientos que amortiguan los horrores de la guerra, el cristiano y el sarraceno, que poco antes habían hecho todo lo que estaba a su alcance para destruirse, se encaminaron lentamente a la fuente de las palmeras, adonde se dirigía el Caballero del Leopardo Yacente cuando se vio detenido a mitad del camino por su rápido y peligroso adversario. Ambos estuvieron, largo rato abstraídos en sus propias reflexiones, reponiéndose después de un encuentro que habría podido ser mortal para uno de ellos o ambos a la vez; y sus excelentes caballos parecían no menos contentos en aquel intervalo de descanso. Sin embargo, el del sarraceno, aunque le habían hecho evolucionar con más violencia y extensión, parecía menos fatigado que el del caballero europeo. Todavía sudaba abundantemente el último, cuando el del noble árabe estaba ya completamente seco, sólo con el corto rato de paso sosegado, aunque en el freno y en el pretal podía verse su abundante espuma. El movedizo suelo que pisaban aumentaba de tal manera la fatiga del caballo del cristiano, que llevaba la pesada carga de su armadura además del peso del jinete, que éste se apeó y dejó a su montura avanzar por el arcilloso suelo, que a causa de los ardores del sol se había convertido en una substancia más impalpable que la más fina arena; con ello aliviaba a su caballo, a cambio de aumentar su propia fatiga, y que, cubierto de hierro como iba, sus pies se hundían a cada paso que daba en aquella superficie tan ligera e inconsistente.

—Haces bien —dijo el sarraceno; y ésta fue la primera frase que se pronunció entre ellos desde que concertaron la tregua—; tu robusto caballo merece la atención que le concedes; pero ¿qué haces en el desierto con un animal que se hunde hasta los jarretes a cada paso, como si quisiera aplastar con su pata la raíz de una palmera?

—Has hablado razonablemente, sarraceno —dijo el caballero cristiano, disgustado por el tono con que el infiel criticaba a su cabalgadura favorita—; razonablemente según tus conocimientos y modo de observar las cosas. Pero

en mi país, mi buen caballo me ha llevado sobre un lago tan grande como el que ves detrás de nosotros, sin mojarse ni un pelo de las patas.

El sarraceno le miró con tanta sorpresa como su educación le permitía demostrar; o sea, que se limitó a expresarla con un ligero movimiento de sus labios, muy semejante a una sonrisa de desdén, que hizo mover casi imperceptiblemente su bigote.

—Ya lo dice el refrán —dijo volviendo a su seriedad habitual—: escucha a un francés, y oirás una fábula.

—No es cortés —respondió el cruzado— dudar de la palabra de un caballero armado, y, a no ser que hablar por ignorancia, y no por malicia, nuestra tregua, que acaba de empezar, terminaría inmediatamente. ¿Crees que miento si te digo que yo, junto con otros quinientos caballeros armados con todas las armas, hemos cubierto muchas millas sobre agua tan sólida como el cristal, y, a la vez, menos quebradiza que éste?

—¿Qué historia es ésa? —contestó el musulmán—. Este mar que me señalas tiene de particular que, a causa de la especial maldición de Dios que pesa sobre él, no guarda nada de lo que se hunde en sus aguas, y arroja a la orilla todo lo que cae en ellas; pero ni el Mar Muerto ni ningún otro de los siete océanos que rodean a la Tierra aguantan en su superficie la presión del pie de un caballo, como el Mar Rojo no aguantó antaño el paso del Faraón y de su ejército.

—Dices verdad según tus conocimientos, sarraceno —dijo el caballero cristiano—; pero créeme: no es ningún cuento lo que te explico. En este clima, el calor hace que el suelo sea casi tan inestable como el agua; y en mi país el frío convierte a menudo el agua en una materia tan dura como la piedra. No hablemos más de eso, porque el recuerdo de la calma, de la nitidez y del refulgente azul de un lago en invierno, reflejando la brillante claridad de las estrellas y de la luna, aumentan los horrores de este terrible desierto, en que el aire que se respira se parece al vapor que producirían siete hornos encendidos.

El sarraceno le miró detenidamente, como para descubrir en qué sentido debía interpretar unas palabras que, para él, parecían esconder algo de misterio o de mentira. Por fin pareció decidir el modo con que debía corresponder a las palabras de su nuevo compañero.

—Pertenece —le dijo— a una nación que gusta de bromas, y os divertís a expensas de vosotros mismos y de los demás, explicándoles cosas imposibles y que jamás han podido ocurrir. Tú eres uno de esos caballeros de Francia que por distracción y pasatiempo acostumbran se gaber, como dicen ellos, unos de otros, jactándose de haber realizado hazañas que no están al alcance de ningún hombre. No obraría bien si te negara, en este momento, el derecho a expresarte

así, puesto que la exageración os es más natural que la verdad.

—Yo no soy de ese país ni sigo esos procedimientos —contestó el caballero—, que, como has dicho muy bien, consisten en se gaber de lo que nunca se han atrevido a emprender, o que, si lo han iniciado, no se han atrevido a acabar. Pero yo he caído en la misma locura, valiente sarraceno, hablándote de cosas que tú no puedes comprender; porque hasta diciéndote la más simple verdad, he pasado a tus ojos como un burlón. Por consiguiente, te ruego que no hablemos más de eso.

En aquel momento llegaron al grupo de palmeras y a la fuente que manaba a su sombra con deliciosa abundancia.

Nos hemos referido al momento de tregua en mitad de una guerra; igualmente, un lugar fértil en medio de un desierto estéril no era menos agradable a la imaginación. Era un lugar que situado en cualquier otro sitio habría pasado, posiblemente, desapercibido; pero como era el único que en el ilimitado horizonte prometía un poco de sombra y agua viva, estos beneficios, que despreciamos cuando son frecuentes, convertían la fuente y lo que la rodeaba en un pequeño paraíso. Antes de que empezaran los tiempos difíciles para Palestina, una mano generosa o caritativa había hecho un cercado alrededor de la fuente y había levantado una bóveda sobre ella, para evitar que la tierra la absorbiera o que la sepultaran las espesas nubes de arena que levantaba el viento. La bóveda estaba rota, y en parte se encontraba ya en estado ruinoso, pero de ella subsistía aún lo suficiente para proteger la fuente y mantener a la sombra el agua, a la que escasamente llegaban los rayos del sol, cuando en derredor suyo la atmósfera ardía; y manaban constantemente en reposo, tan delicioso a la vista como al espíritu. Las aguas brotaban debajo de la bóveda, y eran recogidas en una pila de mármol, que ya estaba muy deteriorada y que demostraba que en tiempos antiguos ya se había considerado aquel lugar como un punto de descanso, creado allí por la mano del hombre, y que hasta cierto punto se habían tenido en cuenta en él las necesidades humanas. El sediento y rendido caballero, al ver aquellos indicios, recordaba que otros habían sufrido las mismas penalidades, habían descansado en el mismo lugar y, sin duda, habían hallado sin peligros el camino hacia otro país más fértil. Por otra parte, el hilillo de agua, casi invisible, que salía de la pila alimentaba los pocos árboles que rodeaban la fuente, y cuando desaparecía, absorbido por la tierra, su refrigerante presencia era acusada por una alfombra de aterciopelado césped.

Los dos guerreros hicieron alto en este delicioso refugio, y cada uno de ellos a su manera procedió a quitar la silla, el freno y las riendas a su cabalgadura, y ambos permitieron a los animales beber en la pila, cuando ellos se hubieran refrescado al caño de bajo la bóveda. Entonces les dejaron pastar libremente, seguros de que su instinto y el hábito de domesticidad que tenían

les impediría alejarse de un lugar que les ofrecía buena agua y fresca hierba.

El cristiano y el sarraceno se sentaron uno al lado del otro, sobre las hierbas, y sacaron las escasas provisiones que cada uno de ellos llevaba para reponer sus fuerzas. Sin embargo, antes de que se decidieran a empezar a comer, se miraron uno a otro, con aquella curiosidad que les inspiraba el enconado e indeciso combate que habían sostenido poco antes. Cada uno de ellos parecía querer hacerse una idea exacta de la fuerza y el carácter de un adversario tan formidable, y uno y otro se vieron obligados a reconocer que si hubiese sido vencido, habría caído bajo la fuerza de un brazo digno del suyo.

Ambos campeones ofrecían un contraste tan notable, tanto por la persona como por los hechos, que se les podía muy bien tomar como representantes característicos de sus naciones respectivas. El europeo era un hombre robusto, cuyos rasgos delataban su ascendencia goda; tenía el pelo castaño claro, y al quitarse el yelmo viose que era abundante y rizado naturalmente. El ardor del clima había atezado su rostro mucho más que el cuello, adonde no llegaba la luz, como no se había podido sospechar, a juzgar por sus grandes ojos azules, el color de sus cabellos y del bigote que cubría abundantemente su labio superior. Su barba, en cambio, estaba completamente afeitada, según la moda normanda. Su nariz era helénica y bien formada; su boca, más bien grande, pero provista de bien alineados, fuertes y bonitos dientes blancos; su cabeza era pequeña, y sentada graciosamente sobre el cuello. Su edad no podía ser superior a los treinta años, a juzgar por la apariencia; pero, teniendo en cuenta los efectos del clima y del viaje, se le podían suponer tres o cuatro años menos. Era alto, fornido y atlético, y daba la sensación de que en su vejez su corpulencia podía serle pesada, pero en aquella época iba acompañada de agilidad y dinamismo. Cuando se quitó los guanteletes, descubrió unas manos largas, finas y bien proporcionadas, unos puños robustos y unos brazos musculosos y notablemente bien modelados. Un ímpetu militar y una despreocupada franqueza de expresión caracterizaban sus palabras y sus ademanes; y su voz tenía la entonación del que está más acostumbrado a ordenar que a obedecer, y que ha adquirido la costumbre de manifestar sus sentimientos en voz alta y con toda serenidad, dondequiera que sea preciso proclamarlos.

El emir sarraceno ofrecía un acusado y sorprendente contraste con el cruzado occidental. Aunque su estatura era mayor que la corriente, tenía unas tres pulgadas menos que el europeo, que casi era de estatura gigantesca. La delgadez de sus manos y brazos, aunque estaba proporcionada con las demás partes de su cuerpo y correspondía perfectamente a su porte, no habría permitido adivinar la fuerza y elasticidad que el emir había demostrado poco rato antes. Pero examinando más detenidamente sus piernas, en las partes de ellas que llevaba al descubierto, se veían constituidas solamente por los

huesos, los músculos y los nervios, y desprovistas de carne superflua; era de una constitución adecuada para la actividad y la fatiga, lo que le daría ventaja sobre un adversario más voluminoso, cuyo peso mermaría su fuerza y su talla, y que quedaría agotado con el esfuerzo de sus propios movimientos. Naturalmente, el rostro del sarraceno presentaba las características nacionales generales de la tribu oriental de que descendía, pero sin que se notara en él ninguno de los exagerados rasgos con que los cronistas de la época acostumbraban a describir a los guerreros infieles, ni se pareciera en nada a la manera fabulosa con que los representa aún hoy un arte hermano, como las cabezas de moro que se ven todavía en las enseñas. Sus facciones eran finas, muy regulares y delicadas; pero extraordinariamente atezadas por el sol de Oriente, y completadas por una abundante barba negra, rizada y peinada con extrema atención, según podía apreciarse. La nariz era recta y regular; los ojos, vivos, profundos, negros y brillantes; y la belleza de sus dientes igualaba a la del marfil de sus desiertos. En resumen, la persona y las proporciones del sarraceno, tendido como estaba sobre el césped, al lado de su vigoroso contrincante, podían compararse a su brillante y curvado sable de ligera y estrecha, pero brillante y fina, hoja de Damasco, que contrastaba con la larga y pesada de combate goda que, desceñida, yacía en aquel mismo suelo. El emir estaba en la flor de su edad, y habría podido pasar por un hombre guapo en verdad, a no ser por su frente estrecha y por la excesiva delgadez y angulosidad de la cara. Por lo menos, tal debía parecer a un europeo entendido en belleza masculina.

Las maneras del guerrero oriental eran graves, graciosas y nobles; sin embargo, en algunos detalles revelaban el esfuerzo que habitualmente tiene que hacer el hombre de temperamento impulsivo y colérico para mantenerse en guardia contra su natural predisposición a la impetuosidad, así como un sentimiento de la propia dignidad que parecía imponer cierto trato ceremonioso al que con él conversaba.

Esta altiva sensación de superioridad es posible que la tuviera también su nuevo amigo europeo, pero el efecto era diferente; y el mismo sentimiento que dictaba al caballero cristiano un porte de valentía, franco y sereno, con cierta despreocupación, como de quien es excesivamente consciente de su propia importancia para que se preocupe por lo que digan los demás, parecía imponer al sarraceno un estilo de cortesía más rebuscada y más respetuosa con las fórmulas de la etiqueta. Ambos eran corteses: pero la cortesía del cristiano parecía nacer más bien del elevado concepto que tenía de los demás, mientras que la del musulmán procedía del elevado concepto que creía que los demás tenían de él.

Las provisiones que llevaban uno y otro eran sobrias, pero las del sarraceno rayaban en frugales. Un puñado de dátiles y un trozo de pan

moreno, de cebada, eran suficientes para satisfacer el apetito del último, cuya educación le había habituado a la vida del desierto, a pesar de que, desde las conquistas de Siria, la simplicidad de los árabes había sido substituida frecuentemente por el lujo más exagerado. Un poco de la fresca agua de la fuente cerca de la cual estaban descansando, completó su comida. La del cristiano, a pesar de su sencillez, fue mucho más substancial. El tocino salado, del que abominan los musulmanes, constituyó la parte más importante de su refrigerio, y su bebida, que sacaba de una cantimplora de cuero, era algo mejor que el agua pura. El caballero comió con más ostentación de su apetito y bebió con más apariencias de satisfacción de lo que el sarraceno creía conveniente manifestar en el cumplimiento de una función meramente corporal; sin duda, el secreto desprecio que sentían mutuamente el uno hacia el otro a título de secuaces de una falsa religión, aumentó de manera considerable a causa de la notable diferencia de alimentación y de gustos. Sin embargo, cada uno de ellos había probado la fuerza del brazo del otro, y el mutuo respeto que les había inspirado la enconada lucha era suficiente para acallar toda clase de consideraciones de orden inferior. De todas maneras, el sarraceno no pudo evitar algún comentario sobre algo que le desagradaba de manera especial en la conducta y los procedimientos del cristiano, y después de contemplar durante un rato, silenciosamente, el vivo apetito que prolongaba el ágape del cristiano mucho más de lo que había durado el suyo, le dijo:

—Valiente nazareno: ¿está bien que quien puede luchar como un hombre coma como un perro o un lobo? Hasta un infiel judío sentiría horror de la carne que comes con más regocijo que si fuese fruta de los árboles del Paraíso.

—Valiente sarraceno —contestó el cristiano con cierta sorpresa por este inesperado reproche—: tienes que saber que hago uso de mi libertad de cristiano al comer lo que tienen prohibido los judíos, porque aún están bajo el yugo de la antigua ley mosaica. Nosotros, sarraceno, tenemos más libertad en nuestras acciones, a Dios gracias.

Y, como si desafiara los escrúpulos de su compañero, terminó una breve oración de acción de gracias, en latín, con un largo trago de su cantimplora.

—¡Esa debe ser una parte de lo que vosotros llamáis libertad!, —dijo el sarraceno—; y, como os hartáis como brutos, también os degradáis hasta un estado bestial, bebiendo un licor venenoso, que hasta los animales rechazan.

—Tienes que saber, loco sarraceno —replicó el cristiano sin vacilar—, que estás despreciando los dones de Dios, como tu padre Ismael. El jugo de la uva ha sido dado a quien lo bebe moderadamente para alegrar el corazón del hombre después de su trabajo, para reponerle después de las enfermedades y para Consolarle en las penas. El que lo usa de tal manera, puede dar gracias a Dios por su vaso de vino como se las da por su pan cotidiano; y quien abusa

de este don del Cielo no es mayor loco en su intoxicación que tú con tu abstinencia.

Los penetrantes ojos del sarraceno se inflamaron al oír este sarcasmo, y su mano buscó la empuñadura de su daga. Pero aquello fue sólo un pensamiento momentáneo, que se desvaneció al recordar la fuerza del adversario con quien se había enfrentado, y aquella desesperada lucha, cuya impresión persistía aún en sus miembros y en sus venas. Se contentó, pues, con proseguir la discusión dialogando, considerándolo lo más conveniente en aquella ocasión.

—Tus palabras, nazareno —dijo—, podrían provocar mi indignación, si tu ignorancia no me diera lástima. ¿No ves, hombre, que estás más ciego que los que piden limosna a la puerta de la mezquita, que la libertad de que te enorgulleces está limitada en lo que constituye lo más precioso para la felicidad del hombre, y lo que es más necesario para el bien de su hogar; y que tu ley, si la pones en práctica, te une a una sola esposa, tanto si está sana como si está enferma, tanto si es fecunda como estéril, y tanto si en la mesa y en la alcoba te produce alegría y consuelo como si provoca riñas y disgustos? A eso, nazareno, yo lo llamo verdadera esclavitud, en tanto que al creyente, el Profeta le concedió en la Tierra el privilegio de Abrahán, nuestro padre, y el de Salomón, el más sabio de los hombres, permitiéndole en este mundo la variedad de bellezas para nuestro placer, y, más allá de la tumba, los negros ojos de las huríes del Paraíso.

—¡Por el Nombre que más adoro en el Cielo —dijo el cristiano— y por el de la que más quiero en la Tierra, que no eres más que un ciego y obcecado infiel! Ese diamante que llevas en la sortija consideras, sin duda, que tiene inestimable valor, ¿verdad?

—Ni en Basora ni en Bagdad se hallaría otro semejante. Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que decíamos?

—Mucho —contestó el franco—, y tú mismo vas a reconocerlo. Toma mi maza de guerra y rompe la piedra en veinte trozos: ¿tendrá cada trozo el valor de la piedra entera, o todos juntos llegarían a tener la décima parte de su valor?

—¡Qué pregunta tan pueril! —contestó el sarraceno—; los fragmentos de esta piedra no llegarían a valer en junto ni la centésima parte de lo que vale estando entera.

—Sarraceno —replicó el cristiano—: el amor de un verdadero caballero por una sola mujer, bella y fiel, es el diamante entero; el afecto que repartes entre tus esclavizadas esposas y concubinas tiene tan poco valor en comparación, como los trozos del diamante partido.

—¡Por la santa Caaba! —exclamó el emir—; eres un loco que se pone una cadena de hierro, como si fuese de oro. Fíjate bien. Este diamante perdería la

mitad de su belleza si no estuviera engarzado y rodeado de piedras menos brillantes que le hacen resaltar y relucir más. El diamante del centro es el hombre, firme y entero, cuyo valor depende sólo de él; y este círculo de piedrecillas son mujeres que tienen el brillo que él les da, según su placer o conveniencia. Quita del anillo el diamante central, y éste continuará siendo tan precioso como antes, y, en cambio, las piedrecitas tendrán proporcionalmente menos valor. Y esta es la verdadera interpretación de tu parábola; por lo cual dijo el poeta Mansour: «El favor del hombre es lo que da belleza y encanto a la mujer, lo mismo que el agua deja de brillar cuando no le da el sol».

—Sarraceno —replicó el cruzado—: estás hablando como quien no ha visto jamás a una mujer que merezca el afecto de un guerrero. Puedes creer que si vieras a las mujeres europeas, a las cuales hemos hecho voto de fidelidad y devoción después de Dios los que pertenecemos a la Orden de Caballería, olvidarías para siempre a las pobres esclavas sensuales que constituyen tu harén. Los hechizos de nuestras bellas afilan la punta de nuestras lanzas y el filo de nuestras espadas; sus palabras son nuestra ley, y es más fácil que dé luz una lámpara apagada que un caballero se distinga por sus hechos de armas sin tener una dama que sea dueña de su corazón.

—Ya he oído hablar de esa manía de los guerreros occidentales —dijo el emir—, y siempre la he considerado como uno de los síntomas que acompañan esa locura que os hace venir a nuestro país para apoderaros de un sepulcro vacío. De todas maneras, los francos que he conocido han alabado tanto la belleza de vuestras damas, que me gustaría ver con mis propios ojos esos encantos, que tienen poder bastante para transformar a guerreros tan valerosos en instrumentos de sus fantasías.

—Valiente sarraceno —dijo el caballero—: si no estuviera ahora en peregrinación al Santo Sepulcro, tendría el honor de acompañarte, con absoluta garantía de seguridad para ti, al campamento de Ricardo de Inglaterra, que sabe honrar como el que más a un noble enemigo; y aunque yo sea pobre y no lleve séquito, tengo interés en asegurarte, a ti y a todos los que sean lo que tú pareces ser, no solamente la integridad personal, sino también respeto y estima. Allí verías a algunas de las más perfectas bellezas de Francia e Inglaterra, que forman un pequeño grupo cuyo esplendor supera diez mil veces el de todas las minas de diamantes, aunque éstos sean como el tuyo.

—¡Por la piedra angular de la Kaaba! —exclamó el sarraceno—: aceptaré tu ofrecimiento con la misma franqueza con que lo haces, si desistes de tu peregrinación; y, créeme, valiente nazareno: sería preferible que volvieras grupas y regresaras a tu campamento, porque dirigirse a Jerusalén sin un salvoconducto es obstinarse en perder la vida.

—Ya lo tengo —contestó el caballero exhibiendo un pergamino—, y está

firmado por el propio Saladino.

El sarraceno se prosternó hasta que su cabeza tocó el polvo del suelo, al reconocer el sello y la letra del famoso sultán de Egipto y Siria, y después de besar el pergamino con profundo respeto, se lo acercó a la frente y lo devolvió al caballero, diciéndole:

—Franco temerario: has pecado contra tu propia sangre y contra la mía no enseñándome ese documento cuando nos encontramos.

—Me has salido al encuentro con la lanza en ristre —contestó el caballero—. Si hubiese sido atacado por un grupo de sarracenos, mi honor habría permitido enseñarles el salvoconducto del Sultán, pero no me permitía hacerlo tratándose de un hombre solo.

—Y, sin embargo —repuso el sarraceno altivamente—, un hombre solo ha bastado para detenerte.

—Es cierto, valiente sarraceno —contestó el caballero—; pero no hay muchos como tú. Los halcones de esta especie no van en bandadas, y si van, no se arrojan nunca, todos a la vez, sobre un solo pájaro.

—Me haces justicia —dijo el sarraceno, evidentemente tan satisfecho del halago como molesto antes por la pulla que contenían las palabras del europeo—. No te engañas, pero ha sido una suerte para mí no haberte matado llevando tú encima esa salvaguardia del rey de reyes. En verdad te digo que ni la soga ni la espada habrían bastado para hacerme expiar este delito.

—Me gusta saber que la influencia de este documento pueda serme de tanto valor —dijo el caballero—, porque he oído decir que el camino está infestado de tribus de ladrones, que no respetan nada cuando se les presenta ocasión de robar.

—Y te han dicho la verdad, bravo cristiano —dijo el sarraceno—; pero te juro por el turbante del Profeta que, si caes en manos de esos malhechores, saldré yo mismo a vengarte con quinientos caballos; mataré a todos sus hombres, y a las mujeres las llevaré cautivas tan lejos que ni el nombre de su tribu se pronunciará nunca más en un radio de quinientas leguas en torno de Damasco. Sembraré de sal los cimientos de su aldea, y jamás podrá nadie vivir en ella.

—Sería preferible que todos esos propósitos fuesen destinados a vengar a alguna otra persona de más importancia que la mía, noble emir —contestó el caballero—; pero mi voto está escrito en el cielo, por bien o por mal, y te quedaré muy agradecido si quieres enseñarme el camino que debo seguir para llegar adonde pienso pernoctar.

—Que será —dijo el sarraceno— bajo la negra cubierta de la tienda de mi

padre.

—Esta noche —contestó el cristiano— debo pasarla en oración y haciendo penitencia, con un santo varón, Teodorico de Engaddi, que vive en este desierto y pasa su vida consagrada al servicio de Dios.

—Por lo menos te acompañaré hasta dejarte en lugar seguro.

—Ello sería una compañía muy agradable —dijo el cristiano—; pero podría poner en peligro la futura seguridad del buen ermitaño, porque la cruel mano de tu pueblo se ha manchado más de una vez con la sangre de los siervos del Señor, y si hemos venido aquí cubiertos de hierro y mallas, con lanza y espada, ha sido para abrir el camino que conduce al Santo Sepulcro y proteger a los santos elegidos y anacoretas que viven en esta tierra de promisión y de milagro.

—Nazareno —dijo el musulmán—: en eso, los griegos y los sirios nos han calumniado, porque nosotros sólo cumplimos las palabras de Abubeker Alwakel, sucesor del Profeta, y, después de éste, primer caudillo de los verdaderos creyentes. Cuando envió al famoso general Yezed Ben Sophian a conquistar Siria de manos de los infieles, les dijo: «Marchad; portaos como hombres en la lucha, pero no matéis ni a los viejos, ni a las mujeres, ni a los niños. No devastéis la tierra ni destruyáis las cosechas ni los árboles frutales, porque son dones de Alá. Cumplid vuestra palabra cuando hagáis un pacto, aunque sea en perjuicio vuestro. Si encontráis santos varones que trabajan con sus amos y sirven a Dios en el desierto, no les hagáis daño alguno y respetad su morada. Pero si les halláis con la cabeza tonsurada en forma de corona, pertenecen a la Sinagoga de Satanás. Heridlos con la cimitarra, matadles, no les dejéis en paz hasta que se conviertan en creyentes o tributarios». Tal como nos dijo el califa, compañero del Profeta, hemos obrado, y nuestra justicia sólo ha alcanzado a los sacerdotes de Satanás. Pero para los santos varones que sin azuzar a nación contra nación rinden de corazón culto a la fe de Issa Ben Mariam, nosotros somos una sombra protectora y un escudo, y si es tal el que buscas tú, en mí sólo hallará amor, amparo y respeto, aunque no le haya iluminado la luz del Profeta.

—El anacoreta a quien quiero ir a ver —dijo el guerrero peregrino— no es sacerdote, según me han dicho; pero si fuese de esta ungida y sagrada orden demostraría con mi excelente lanza al pagano infiel...

—No nos provoquemos mutuamente, hermano —interrumpió el musulmán—. Cada uno de nosotros hallará bastantes francos y bastantes sarracenos con quienes ejercitar la espada y la lanza. A este Teodorico le protegen por igual los turcos y los árabes, y a pesar de que es hombre de carácter singular, en todo se porta tan bien como seguidor de su profeta, que merece la protección del que fue enviado...

—¡Por Nuestra Señora, sarraceno —exclamó el cristiano—, si te atreves a pronunciar juntos el nombre del camellero de la Meca y el de...!

Una violenta convulsión de cólera agitó al emir; pero fue sólo momentánea, y la serenidad de su respuesta contenía tanta dignidad como cordura, pues dijo:

—No calumnies a aquél a quien tú no conoces, tanto más cuanto que nosotros veneramos al fundador de tu religión, aunque condenemos la doctrina que vuestros sacerdotes han sacado de él. Yo mismo te guiaré a la gruta del ermitaño, porque creo que sin mi auxilio te sería muy difícil dar con ella. Y durante el camino dejemos que los mollahs y los monjes disputen sobre la divinidad de nuestra fe, y hablemos de temas adecuados a jóvenes guerreros..., hablemos de batallas, de mujeres bonitas, de espadas bien afiladas y de brillantes armaduras.

CAPÍTULO III

Los dos guerreros se levantaron del lugar en que habían descansado brevemente y tomado su parco refrigerio, y con toda amabilidad se ayudaron a poner las guarniciones que poco antes habían quitado a sus fieles caballos. Ambos parecían familiarizados con esta operación que en aquella época era, no sólo necesario, sino en verdad indispensable conocer. Igualmente parecía que ambos poseían, hasta donde lo permite la diferencia entre las especies racional y animal, la confianza y el afecto del caballo, constante compañero de camino y de guerra. Por lo que se refiere al sarraceno, esta familiaridad formaba parte de sus primitivas costumbres, porque en las tiendas de las tribus militares orientales, el caballo del soldado ocupa un lugar casi tan importante como la esposa y la familia. En cuanto al guerrero europeo, las circunstancias y una verdadera necesidad, convertían su caballo de guerra en una especie de hermano de armas. Por ello los corceles se dejaban privar pacientemente de la libertad y del pasto, relinchando alrededor de sus amos, mientras éstos los ensillaban para reanudar el camino y sufrir nuevas fatigas. Y cada guerrero, mientras hacía su propia tarea o ayudaba amablemente a su compañero, observaba con viva curiosidad el equipo del otro, fijándose principalmente en las notables diferencias que ofrecía la manera de colocar las guarniciones de las cabalgaduras.

Antes de montar a caballo y reanudar la marcha, el caballero cristiano volvió a beber, se remojó las manos y dijo a su compañero de viaje:

—Quisiera saber el nombre de esta deliciosa fuente, para conservar su

grato recuerdo; porque nunca un agua más deliciosa ha apagado una sed más ardiente que la que tenía hoy yo.

—En árabe tiene un nombre —contestó el sarraceno— que significa «Diamante del Desierto».

—Está muy apropiado —dijo el cristiano—. En el valle donde nací existen mil fuentes, pero desde hoy ninguna de ellas tiene para mí el valor de esta fuente solitaria que da sus líquidos tesoros en un lugar en que no solamente son deliciosos, sino indispensables.

—Tienes razón —dijo el sarraceno—, porque la maldición se extiende más allá del Mar Muerto, y ni hombres ni animales beben sus aguas, ni las del río que lo alimenta sin llenarlo nunca, hasta que ha pasado este inhospitalario desierto.

Montaron en sus caballos y prosiguieron el viaje a través del estéril arenal. Ya no reinaba el ardiente calor del mediodía, y una ligera brisa hacía más soportables los horrores del desierto, a pesar de que en sus alas llevaba un polvillo impalpable, del que hacía poco caso el sarraceno, pero que molestaba mucho a su compañero, tan pesadamente armado; éste colgó el yelmo del arzón, substituyéndolo por un ligero gorro de montar, de los que entonces se llamaban morteros por su parecido con los morteros corrientes. Durante un rato cabalgaron silenciosamente; el sarraceno hacía de director y guía de la expedición, función que cumplía observando minuciosamente las señales y siluetas de rocas distantes, a las que se acercaban lentamente. Anduvo un trecho absorto en esta tarea, como un piloto que guía la nave por un paso difícil; pero no habían recorrido aún media legua, cuando ya pareció seguro del camino, y dispuesto a entablar conversación, con una franqueza poco frecuente en su país.

—Me has preguntado el nombre de una fuente muda —dijo—, que se parece, pero no lo es, a una cosa viva. Permíteme que te pregunte el del compañero que he conocido hoy, con el que he compartido peligros y descanso y a quien no puedo imaginar desconocido, ni siquiera en los desiertos de Palestina.

—No merece la pena darlo a conocer —dijo el cristiano—. Sin embargo, te diré que entre los soldados de la Cruz soy conocido por Kenneth, Kenneth el del Leopardo Yacente; en mi país tengo otros títulos, pero serían demasiado duros para un oído oriental. Valiente sarraceno: permíteme que te pregunte de qué tribu de Arabia descendes, y cómo te llamas.

—Caballero Kenneth —dijo el musulmán—: me alegro de que mis labios puedan pronunciar tan fácilmente tu nombre. Yo no soy árabe, pero desciendo de una raza no menos agreste ni menos guerrera. Sabe, pues, Caballero del

Leopardo, que yo soy Sheerkohf, el León de la Montaña, y que en el Kurdistán, de donde procedo, no existe familia más noble que la de los Seljook.

—He oído decir —contestó el cristiano— que vuestro gran sultán desciende del mismo origen.

—Gracias al Profeta, que hizo tanto honor a nuestras montañas enviando desde ellas a aquel cuya palabra es una victoria —contestó el mahometano—. Pero yo no soy más que un gusano delante del rey de Egipto y de Siria, y, de todas maneras, en mi país, mi nombre puede valer algo. Extranjero: ¿con cuántos hombres viniste a hacer la guerra?

—Por mi fe —dijo Sir Kenneth—, que, a pesar del apoyo de parientes y amigos, me vi en apuros para reunir diez lanzas bien armadas con unos cincuenta hombres, contando a los arqueros y pajes. Algunos han desertado de mi desgraciada bandera; otros han caído luchando; otros han muerto de enfermedad, y el único fiel escudero que me queda, y por cuya salud estoy haciendo esta peregrinación, yace enfermo en la cama.

—Cristiano —dijo Sheerkohf—: tengo cinco flechas en la aljaba, todas adornadas con plumas de ala de águila. Cuando envío una de ellas a mis tiendas, montan a caballo un millar de guerreros; si envío otra, se levanta otra fuerza igual; con las cinco puedo disponer de cinco mil hombres; pero si envío mi arco, diez mil jinetes harán estremecer el desierto. ¿Y con una hueste de cincuenta hombres han venido a invadir un país donde yo soy uno de los que tienen menor importancia?

—Por la Cruz, sarraceno —contestó el guerrero occidental—; antes de jactarte de esta forma, deberías saber que un guante de acero puede aplastar un puñado de abejas.

—Sí, pero antes es preciso tenerlas en la mano —redarguyó el sarraceno, con una sonrisa que habría podido poner en peligro su reciente amistad, a no ser porque se apresuró a cambiar de tema, añadiendo—: Así, pues, ¿entre los príncipes cristianos se tiene en tan elevada estima la valentía que tú, que no tienes fortuna ni guerreros propios, puedes ofrecerme, como acabas de hacerlo, ser mi protector y defensa en el campamento de tus hermanos?

—Debes saber, sarraceno —contestó el cristiano—, ya que me hablas en estos términos, que el nombre de un caballero y la sangre de un noble le dan derecho a situarse a la misma altura que los soberanos incluso de los más elevados por razón de nacimiento, en todo, salvo lo relativo al poder y autoridad real. Si el mismísimo Ricardo de Inglaterra ofendiera el honor de un caballero; aunque fuese tan pobre como yo, en virtud de las leyes de la Caballería no podría negarse a cruzar sus armas con las de él.

—Creo que me gustaría ver una escena tan rara —dijo el emir—, en la que un cinturón de cuero y un par de espuelas igualan el más pobre con el más poderoso.

—Debes añadir una sangre libre y un alma intrépida —contestó el cristiano—; y es probable que entonces no hablarías equivocadamente de la dignidad de la Caballería.

—Y con el mismo desparpajo, ¿llegáis hasta las mujeres de vuestros señores y caudillos? —preguntó el sarraceno.

—Dios no permita lo contrario —dijo el Caballero del Leopardo Yacente—. El más pobre caballero de la Cristiandad es libre de consagrar, en honorable servicio, su brazo y su espada, la fama de sus hazañas y la total devoción de su corazón a la más bella princesa, aunque ésta haya llevado siempre una corona sobre su frente.

—Sin embargo —dijo el sarraceno— hace poco que me has descrito el amor como el más preciado tesoro del corazón. Sin duda, pues, el tuyo debe haber sido puesto en persona muy elevada y muy noble.

—Extranjero —contestó el cristiano, excitándose a medida que hablaba—: nosotros no explicamos temerariamente dónde ponemos nuestro precioso tesoro. Bástete saber que, como dices, mi amor está consagrado a una persona muy elevada y muy noble: el más alto y más noble amor; pero si quieres oír hablar de amor y de lanzas rotas, aventúrate, como decías, a ir al campo de los cruzados, y allí encontrarás con qué ejercitar tus oídos, y, si quieres, también tus brazos.

El guerrero oriental se irguió en los estribos, y levantando su lanza, replicó:

—Creo que difícilmente encontraría un cruzado que se atreviera a cruzar conmigo su lanza.

—Nada puedo prometerte sobre este particular —contestó el caballero—; de todas maneras, en el campo se encuentran algunos españoles que practican muy diestramente vuestro ejercicio oriental del lanzamiento de la jabalina.

—¡Perros! ¡Cachorros! —exclamó el sarraceno—. ¿A qué vienen aquí esos españoles, para combatir a los verdaderos creyentes, que en su país son sus señores? No quisiera mezclarme con ellos en ningún juego guerrero.

—Procura que los caballeros de Asturias o León no te oigan hablar en esa forma de ellos —dijo el Caballero del Leopardo, el cual sonrió, pensando en el combate de aquella mañana, y agregó—: Pero, si en lugar de probar a arrojar el venablo, prefirieses hacer la prueba con una maza de guerra, no faltarían guerreros occidentales que te dejarían satisfecho.

—Por la barba de mi padre —exclamó el sarraceno, casi riendo—: el juego es demasiado violento para constituir un pasatiempo. Nunca les volveré la espalda, si me encuentro con ellos en el combate, pero mi cabeza (y se puso una mano en la frente) tardará algún tiempo en consentir juegos semejantes.

—Me gustaría que vieses la maza de combate del rey Ricardo —contestó el guerrero occidental—. Comparada con ella, ésa que llevo en el arzón es una pluma.

—Hemos oído hablar mucho de este soberano de una isla —dijo el sarraceno—. ¿Quizá tú eres súbdito suyo?

—Uno de los que le siguen en esta expedición soy —contestó el Caballero—, y tengo a grande honor este servicio; pero no soy súbdito suyo por nacimiento, aunque nací en la misma isla en que él reina.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el guerrero oriental—. ¿Es que tenéis dos reyes en una sola isleta?

—Como lo dices —contestó el escocés, que tal era Sir Kenneth por su nacimiento—; eso mismo. Y, a pesar de que los habitantes de las dos partes de la isla se hacen la guerra a menudo, como has podido ver, el país aun puede levantar un cuerpo de hombres armados capaz de poner en peligro la autoridad infiel que vuestro soberano ejerce sobre las ciudades de Sión.

—¡Por la barba de Saladino! Si no fuese una locura y una travesura de niño, nazareno, me reiría de la ingenuidad de vuestro gran sultán, que viene aquí a conquistar desiertos y peñascos y a disputar su posesión a quien tiene diez veces más hombres a su servicio, y que deja una parte de la pequeña isla de que nació soberano bajo el poder de otro cetro. Seguramente, Caballero Kenneth, tú y otros buenos varones de tu país os debéis haber sometido a la soberanía de este rey Ricardo antes de abandonar vuestra patria, dividida contra él, para formar parte de esta expedición.

La respuesta de Sir Kenneth fue contundente y arrogante:

—¡No, por la luz del cielo! Si el rey de Inglaterra no hubiese organizado la Cruzada hasta que hubiese sido rey de Escocia, por lo que a mí y a todos los buenos escoceses respecta, la Medie Luna habría brillado para siempre sobre las murallas de Sión.

Pero tan pronto como hubo pronunciado estas palabras, se recogió sobre sí, murmurando:

—¡Mea culpa! ¡Mea culpa! ¿Por qué yo, un soldado de la Cruz, he de pensar en guerras entre dos reinos cristianos?

La brusca expresión de sus sentimientos, templada por la voz del deber, no pasó desapercibida al musulmán, quien si no llegó a entenderlo por completo,

vio lo suficiente para convencerse de que los cristianos, lo mismo que los musulmanes, tenían enemistades personales y litigios nacionales, no siempre solucionables. Pero los sarracenos eran una raza tan discreta como lo permitía su religión, y especialmente capaz de tener elevadas ideas de cortesía y urbanidad; y estos sentimientos le privaron de demostrar que se había dado cuenta de la incompatibilidad de los sentimientos de Sir Kenneth, en su doble carácter de escocés y de cruzado.

A medida que avanzaban, cambiaba el escenario que les rodeaba. Caminaban en dirección a Oriente, y habían llegado a la cadena de áridos y abruptos promontorios que por un lado cerraban la lisa llanura, y que modificaban la superficie del país, pero sin que cambiaran su aspecto de desolación. En derredor suyo empezaban a elevarse agudas y escarpadas eminencias roqueñas, y pronto aparecieron profundos declives y picachos escarpados, de formidable altura y difícilmente practicables por lo estrecho del sendero, todo lo cual ofrecía a los viajeros obstáculos muy diferentes de los que habían surgido hasta entonces. Obscuras cavernas y grietas en las rocas —aquellas grutas a que alude tan frecuentemente la Escritura— se abrían, amenazadoras, a ambos lados del camino; y el emir explicó al caballero escocés que aquellas cuevas eran refugio a menudo de fieras o de hombres, más feroces aún, que arrojados a la desesperada a consecuencia de las constantes guerras y de la opresión que sufrían por parte de los dos ejércitos contendientes, el de la Cruz y el de la Media Luna, se habían convertido en salteadores, y no respetaban en su fechorías ni religión, ni condición social, ni edad, ni sexo.

El caballero escocés escuchó con indiferencia el relato de los desmanes de las fieras o de los malhechores, confiado en la seguridad que le daba el convencimiento de su valor y de su fuerza; pero se sintió sobrecogido de un misterioso temor al recordar que se encontraba en el memorable desierto del ayuno de cuarenta días, escenario de la efectiva tentación personal con que al Príncipe del Mal le fue permitido tentar al Hijo del Hombre. Lentamente fue alejándose su atención de la frívola y mundana conversación del guerrero infiel que tenía al lado, y, a pesar de que sus alegres y elegantes palabras habrían hecho de él un compañero muy agradable en cualquier otro lugar, Sir Kenneth sintió que en aquella soledad —el vasto y árido desierto— en donde erraban habitualmente los malos espíritus expulsados de los cuerpos mortales, le habría sido más conveniente la compañía de un religioso descalzo, que no la de un alegre pero infiel musulmán.

El caballero se ensimismaba tanto en estas reflexiones, cuanto la locuacidad del sarraceno parecía aumentar a medida que adelantaban en el camino; cuando más penetraban en los misteriosos recovecos de las montañas, tanto más frívola era su conversación, y cuando se dio cuenta de que su

compañero no le contestaba, se puso a cantar a vos en grito. Sir Kenneth conocía lo suficiente los lenguajes de Oriente para entender que cantaba canciones de amor, en que figuraban todos los ardientes elogios que la belleza inspira al preciosista estilo de los poetas orientales, y que, por consiguiente, contrastaban profundamente con los pensamientos graves y devotos, mucho más adecuados al ambiente del Desierto de la Tentación. Con sorprendente inconsecuencia, el sarraceno cantaba también canciones en elogio del vino, el líquido rubí de los poetas de Persia, y al fin su alegría llegó a ser de tal modo insoportable a los sentimientos, tan diferentes, del caballero cristiano, que a no ser por la promesa de amistad que se habían hecho, Sir Kenneth habría tomado de buena gana alguna decisión para obligar a su compañero a cambiar de tema. Al caballero le parecía que llevaba a su lado a un alegre y silencioso diablejo que trataba de inducir su alma a la tentación, y que ponía en peligro su salvación eterna, tratando de inspirarle licenciosos pensamientos de placeres terrenales para disminuir su devoción, precisamente en una ocasión en que su fe como cristiano y su voto como peregrino le obligaban a permanecer en un estado mental de seriedad y contrición. Por todo lo cual se encontraba verdaderamente preocupado y vacilaba en cuanto a la decisión que le convenía tomar; con áspero acento de disgusto rompió, por fin, su silencio, con lo que interrumpió la canción del famoso Rudpiki, en la estrofa en que dice que prefiere el lunar que su amante tiene en un pecho, a todas las riquezas de Bukhara y Samarcanda.

—Sarraceno —dijo, muy serio, el cruzado—: aunque ciego y sumido en los errores de una falsa ley, deberías comprender que unos lugares son más santos que otros, y que en algunos de ellos el diablo tiene más poder sobre los pecadores mortales que en otros. No te contaré por qué sublime razón este sitio —estas rocas— y estas cavernas, con sus tenebrosas bóvedas, que parecen conducir al abismo del centro de la Tierra, se consideran como especial lugar de acción de Satanás y sus ángeles malos. Es suficiente que santos y sabios varones que conocen bien los diabólicos peligros de esta región me hayan aconsejado que desconfíe de ella. Por consiguiente, sarraceno, cesa en tus locas y desconsideradas palabras, y vuelve tus pensamientos hacia cosas que estén en más consonancia con el lugar en que nos encontramos, a pesar de que, ¡pobre de ti!, tus mejores plegarias no sean nada más que blasfemia y pecado.

El sarraceno le escuchó con cierta sorpresa, y le contestó con un humorismo y una jovialidad que sólo reprimía algo la cortesía:

—Querido caballero Kenneth: me parece que eres injusto con tu compañero, o bien es que en vuestras tribus occidentales la cortesía es cosa ignorada. Yo no me he ofendido cuando te he visto beber vino y atracarte de carne de cerdo, y te he permitido disfrutar de una comida de la que me has

dicho que constituía tu libertad de cristiano, y me he limitado a compadecerte de todo corazón por tus impuros apetitos. ¿Por qué te escandalizas, pues, si me esfuerzo en alegrar un camino triste con canciones alegres? Ya lo dijo el poeta: «El canto es como el rocío del cielo en medio del desierto: refresca el camino del viajero».

—Amigo sarraceno —repuso el caballero cristiano—: yo no critico el amor al canto y a la poesía, porque nosotros mismos les dedicamos frecuentemente excesiva atención, que podríamos aplicar a cosas mejores. Pero las plegarias y los salmos sagrados están más adecuados que las coplas de amor y las canciones de taberna cuando se atraviesa este Valle de la Sombra de la Muerte, lleno de espíritus infernales y demonios que las oraciones de los santos varones han obligado a alejarse de entre la Humanidad y a errar en lugares tan malditos como ellos mismos.

—No hables de los Genios en esos términos, cristiano —contestó el sarraceno—, porque has de saber que te diriges a un hombre cuya familia y cuya nación proceden de la raza inmortal que tu secta teme y condena.

—Ya me imaginaba —repuso el cristiano— que tu ciega raza descendía del Espíritu de las Tinieblas, sin cuya ayuda no os habríais podido hacer fuertes en esta bendita tierra de Palestina contra tantos valientes soldados de Dios. No me refiero a ti en particular, sarraceno; me refiero a tu pueblo en general y a tu religión. Lo que me parece raro no es que seáis descendientes del espíritu maligno, sino que lo tengáis a gloria.

—¿De quién podrían vanagloriarse de descender los más valientes —dijo el sarraceno—, sino del que fue el más valiente de todos? Los más arrogantes, ¿qué ascendencia mejor podrían buscar que la del Espíritu de las Tinieblas, que prefirió sucumbir bajo la fuerza que doblar la rodilla contra su voluntad? Eblis puede ser odiado, extranjero, pero es preciso que se le tema; y como él son todos sus descendientes del Kurdistán. Los cuentos de magia y de nigromancia constituían la ciencia de la época, y Sir Kenneth oyó la confesión de aquella diabólica ascendencia sin incredulidad ni grandes muestras de sorpresa, pero no sin un secreto horror, al pensar que se encontraba en aquel espantoso paraje en compañía de un hombre que confesaba ser de aquella raza.

Sin embargo, inaccesible por naturaleza al miedo, se persignó y se atrevió a pedir al musulmán que le explicara la genealogía de que tanto se preciaba.

Y el sarraceno accedió inmediatamente:

—Has de saber, valiente extranjero —le dijo—, que cuando el cruel Zohauk, uno de los descendientes de Giamschid, ocupaba el trono de Persia, formó una alianza con los Poderes de las Tinieblas, bajo las bóvedas secretas de Istakhar, bóvedas que las manos de los espíritus elementales habían

excavado en la roca viva mucho tiempo antes de que Adán existiera. Allí alimentaba, con cotidianas oblaciones de sangre humana, dos voraces serpientes que, según relatan los poetas, llegaron a constituir una parte integrante de sí mismo. Para alimentarlas, impuso una tasa diaria de sacrificios humanos, hasta que agotó la paciencia de sus súbditos, en cuyo momento se produjo el alzamiento. Algunos esgrimieron la cimitarra de la resistencia, como el valiente Herrero y el victorioso Feridoun, por quien al fin fue destronado el tirano y encerrado para siempre en las terribles cavernas de la montaña Damavend. Pero, antes de que se produjera esta liberación, y cuando todavía estaba en toda su plenitud el poder del sangriento tirano, el grupo de terribles esclavos a quienes enviaba a buscar víctimas para su sacrificio diario, condujo al palacio de Istakhar a siete hermanas tan bonitas que parecían siete huríes. Aquellas siete muchachas eran hijas de un sabio que no tenía otros tesoros que estas bellezas y su propia sabiduría. Ésta no le bastó para prever su infortunio, y la belleza de sus hijas no fue suficiente para evitarlo. La mayor no tenía más de veinte años, la pequeña tenía escasamente trece; se parecían tanto, que sólo se las podía distinguir por la diferencia de estatura, que iba elevándose en insensible gradación, como el camino que conduce a las puertas del Paraíso. Tan bellas eran estas siete hermanas, que cuando las dejaron en la oscura cueva, despojadas de todas sus vestiduras, salvo una faja de seda blanca, sus encantos conmovieron el corazón de todos los que no eran mortales. Retumbó el trueno, se conmovió la tierra y las paredes de la triste cueva se agrietaron, y por una de sus grietas se filtró un ser vestido de cazador, con un arco y flechas, seguido de otros seis, que eran hermanos suyos. Eran altos, y, a pesar de ser muy morenos, eran muy atractivos; sin embargo, en sus ojos se veía, más que la viva luz que brilla a través de los párpados de los vivos, la helada luz de los muertos. «Zeineb —dijo el jefe de ellos, cogiendo de una mano a la hermana mayor; y con voz apagada, dulce y melancólica, prosiguió—: Yo soy Cothrob, rey del mundo subterráneo, y caudillo supremo de Ginnistán. Yo y mis hermanos somos de aquellos que, creados por el puro fuego elemental, se negaron, a pesar de la orden del Omnipotente, a rendir homenaje a un puñado de tierra que había recibido el nombre de Hombre. Es posible que hayas oído hablar de nosotros como de unos seres crueles, perseguidores y despiadados. Es falso. Por naturaleza, nosotros somos buenos y generosos. Sólo somos vengativos cuando se nos injuria, y sólo crueles cuando se nos ofende. Somos fieles a los que en nosotros tienen confianza; y hemos oído las invocaciones de vuestro padre, el sabio Mithrasp, lo suficientemente inteligente para honrar no sólo al Origen del Bien, sino también al que llaman Fuente del Mal. Tú y tus hermanas estáis a punto de morir; pero si cada una de vosotras nos da un cabello de vuestras bellas trenzas en prenda de fidelidad, os llevaremos a muchas leguas de aquí, a un lugar seguro, donde podréis desafiar a Zohuak y a sus ministros». El poeta dice que

el miedo al instante de la muerte es como la vara del profeta Haroun, que devoró todas las demás varas cuando fueron transformadas en serpientes en presencia del rey Faraón; y las hijas del sabio persa tenían tanto miedo como cualquier otra, al ver que les hablaba un espíritu. Dieron el tributo que les pedía Cothroob, y en un momento las siete hermanas fueron transportadas a un castillo encantado, situado en las montañas de Tugrut, en el Kurdistán, y jamás las volvió a ver ningún mortal. Pero, al cabo de algún tiempo, aparecieron en los alrededores del castillo siete jóvenes, diestros en la guerra y en la caza. Eran más morenos, más altos, más impetuosos y más decididos que ninguno de los habitantes de los valles del Kurdistán; las tomaron por esposas, y fueron los primeros padres de las siete tribus kurdas, cuyo valor es conocido en todo el Universo.

El caballero cristiano escuchó maravillado la terrible leyenda, de la que aún se hallan vestigios en el Kurdistán, y, después de unos momentos de meditación, contestó:

—Señor caballero, te has expresado muy bien; tu raza puede ser temida y odiada, pero no despreciada. No me maravillo de vuestra obstinación en una falsa fe, porque con toda seguridad ello es consecuencia de la diabólica predisposición que os han transmitido vuestros antepasados, aquellos cazadores infernales de que acabas de hablarme. Su influencia es lo que puede haceros preferir la mentira a la verdad, y no me admira mucho más el hecho de que vuestro espíritu se exalte y os inspire versos y canciones cuando os acercáis a los lugares frecuentados por los malos espíritus, que deben excitar aquel sentimiento de regocijo que experimentan las demás personas cuando se aproximan al país de sus antepasados.

—¡Por la barba de mi padre! Creo que tienes razón —dijo el sarraceno, más divertido que enfadado por la libertad con que el cristiano le había hecho aquellas reflexiones—; porque el Profeta (bendito sea su nombre) sembró entre nosotros la simiente de una fe más elevada que la que aprendieron nuestros padres entre las paredes encantadas de Tugrut; pero nosotros no queremos, como hacen otros musulmanes, condenar irreflexivamente a los poderosos espíritus elementales a quienes debemos nuestro origen. Aquellos Genios no están postergados para siempre, sino que atraviesan una época de prueba, y aún pueden ser castigados o recompensados; por lo menos, nosotros lo creemos y esperamos así. Pero dejemos esta cuestión para que la resuelvan los Mollahs y los imanes. Sólo te diré que nuestro respeto hacia esos espíritus no ha quedado borrado del todo por lo que hemos aprendido en el Corán, y que muchos de nosotros todavía cantamos, en memoria de la antiquísima fe de nuestros mayores, canciones como la que vas a oír.

Al decir estas palabras empezó a cantar unos versos muy antiguos, tanto por su lenguaje como por su estructura, y que parecían proceder de los

adoradores de Arimán, el Príncipe del Mal:

ARIMAN

Torvo Arimán, que el Irak reverencia
como el origen del mal y del duelo:
si ante tu altar, prosternados, oramos
y contemplamos, turbados, el cielo,
vemos que nada en el mundo hay más grande
que el infinito poder de tu imperio.

Si la Potencia del Bien brinda fuentes
al peregrino que cruza el desierto,
tú eres, en cambio, señor de las olas;
tú eres, en cambio, señor de los vientos;
y si incontables navíos naufragan,
es porque es tuyo el tornado siniestro.

Si la plegaria disipa las culpas
del pecador en arrepentimiento,
no puede en cambio librar de la herida
en que destilan nefasto veneno
la fiebre roja, la lúgubre peste
que tú, cual flechas, arrojas al viento.

Dentro del fondo del alma, el Humano
siente el augusto poder de tu cetro,
y cuando humilla su frente en plegaria,
a otro Poder elevando su rezo,
a ti, Arimán, sus palabras dirige,
porque es a ti a quién adora en secreto.

Dicen los magos de oriente que llevas
en tu garganta las voces del trueno,
que el huracán es tu veste sombría.

¿Eres así, y en tu negro sendero

vuelas con rápidas alas oscuras,
tensas tus garras hirientes de fuego?
¿O eres más bien una fuerza que, obrando
desde el origen del mundo y del tiempo,
inexorable, conviertes en malo
lo que otra fuerza quisiera hacer bueno?
¿Eres, en lucha triunfal con el Numen
de la bondad, un principio malévolo?
Vano es pensar, Arimán, lo que fueres;
sólo es verdad que nos rige tu reino;
que odio y amor, ambición y alegría,
miedo y valor, ilusión y deseo,
cuanto compone la vida del hombre,
tú lo transformas en daño y en cieno.
Cuando ilumina este valle de lágrimas
del sol riente un alegre reflejo,
cuando un segundo de dicha gozamos,
tampoco tú, ¡oh Arimán!, estás lejos,
presto a volver el festín en matanza,
presto a trocar las orgías en duelos.
Desde que el hombre da un paso en la tierra,
guía su sino tu impulso maléfico;
tú de dolor le jalonas la vida;
tú de la muerte le das el tormento...
Torvo Arimán: ¿aún después de este mundo
cabe quizá que se imponga tu reino?

Es posible que estos versos no fueran más que un natural desahogo de algún filósofo visionario, que en la fabulosa divinidad de Arimán no viera más que el predominio del mal moral y físico; pero en los oídos de Sir Kenneth, el del Leopardo, produjeron muy diferente efecto, y, cantadas por un hombre que acababa de vanagloriarse de descender de demonios, le parecieron como una

invocación al propio rey de los infiernos. Mientras oía tales blasfemias en el mismo desierto donde Satanás fue rechazado en su demanda de homenaje, reflexionaba si, abandonando bruscamente al sarraceno, demostraría suficientemente el horror que le inspiraba, o si su voto de cruzado no le obligaba más bien a desafiar al infiel allí mismo, derrotarlo y dejarle para pasto de las fieras. Pero en aquel momento una inesperada figura atrajo su atención.

Declinaba el día, pero todavía había luz suficiente para que el caballero se diera cuenta de que ya no estaban solos en el desierto, sino que les espiaba con gran atención una persona de alta talla y muy delgada, que saltaba de una roca a otra, entre los arbustos, con tanta agilidad que, por su aspecto salvaje y los largos cabellos que llevaba, recordaba a los faunos y silvanos que había visto reproducidos en las iglesias antiguas de Roma. Como el escocés, en su simplicidad de corazón, jamás había puesto en duda que aquellos dioses de los antiguos gentiles eran demonios en realidad, no vaciló en creer que el blasfemo himno del sarraceno había evocado a un espíritu infernal.

—¡Lo mismo da! —dijo para sí Sir Kenneth—. ¡Mueran el Diablo y los que le adoren!

Sin embargo, no creyó necesario lanzar el mismo reto a sus dos enemigos, como innegablemente habría hecho si se hubiese tratado de hacer frente a uno solo. Puso su mano sobre la maza, y es posible que el desprevenido sarraceno hubiese pagado sus versos persas con un golpe que le rompiera el cráneo allí mismo, sin más explicación, a no ser que una circunstancia imprevista evitó que el caballero escocés cometiera un acto que habría sido un lamentable baldón para su escudo de armas. La aparición en que se fijó unos momentos antes había ido espiando a los caballeros, escondida detrás de las rocas y los arbustos, aprovechando con gran habilidad todas las ventajas del terreno y salvando las irregularidades del mismo con una sorprendente agilidad. Al fin, en el preciso momento en que el sarraceno acababa su canción, el espectro, que no era más que un hombre de elevada estatura vestido con una piel de cabra, saltó al sendero, y con ambas manos cogió las riendas del caballo del sarraceno, haciéndole parar y haciéndole recular. El noble caballo no pudo resistir la forma en que el inesperado atacante le apretaba el freno, que según costumbre oriental era un sólido anillo de hierro: se levantó sobre sus patas traseras y cayó hacia atrás junto con su amo, el cual, de todas maneras, esquivó el peligro de la caída echándose ágilmente hacia un lado.

—¡Hamako!, ¡loco!, ¡déjame! No debes hacer esto. Déjame o saco a relucir mi cuchillo.

—¡Tu cuchillo, perro infiel! —contestó el hombre de la pierde cabra—. ¡Cógelo si puedes!

Y arrancándoselo de las manos, lo blandió sobre la cabeza del sarraceno.

—¡Auxilio, nazareno! —gritó Sheerkohf, que ahora estaba seriamente alarmado—. Ayúdame, porque si no el Hamako me matará.

—¡Matarte! —exclamó el habitante del desierto—. Te mereces muy bien la muerte por haber cantado tu himno blasfemo, no sólo en honor de tu falso Profeta, que es el heraldo del demonio, sino del mismo Autor del Mal.

Tan rara había sido esta escena, que el caballero cristiano quedó estupefacto. Sin embargo, sintió al fin que su honor le exigía intervenir en favor de su derrotado compañero, y, por consiguiente, se dirigió al victorioso hombre de la piel de cabra.

—Seas quien seas —le dijo—, y tanto si tus intenciones son buenas como malas, has de saber que he jurado ser, por ahora, fiel compañero del sarraceno que tienes en tu poder; por tanto, te ruego que le dejes levantar, pues en caso contrario saldré en defensa suya.

—Sería una hazaña muy pintoresca para un cruzado —contestó el Hamako — la de luchar contra un hombre de tu misma religión en defensa de un perro que ni siquiera está bautizado. ¿Habrás venido al desierto para luchar por la Media Luna contra la Cruz? Es curioso ver a un buen soldado de Dios que escucha a los que cantan las alabanzas de Satanás.

Mientras decía estas palabras, se levantó, permitiendo que se levantara también el sarraceno, y le devolvió su cangiar o cuchillo.

—Ya has visto a qué peligro te ha llevado tu jactancia —prosiguió el hombre de la piel de cabra, dirigiéndose a Sheerkohf—, y de qué manera tan sencilla pueden ser vencidas tu agilidad, tan ponderada, y tu destreza en el manejo de las armas, cuando el Cielo lo dispone. Ten mucho cuidado, pues, ¡oh Ilderim!, porque has de saber que si en el astro de tu nacimiento no hubiese una luz que promete esperar de ti algo bueno y venturoso, cuando plazca al Cielo disponerlo, no te habría dejado sin antes cortarte la garganta con que acabas de pronunciar tales blasfemias.

—Hamako —dijo el sarraceno, sin demostrar resentimiento alguno por las violentas palabras y por el trato, más violento aún, que acababa de sufrir—. Te ruego, buen Hamako, que, de ahora en adelante, procures no abusar de los privilegios que te son concedidos; porque, a pesar de que, como buen musulmán, respeto a los que el Cielo ha privado de la razón para darles el espíritu de la profecía, no me gusta que nadie, sea quien sea, ponga mano en la rienda de mi caballo, y mucho menos en mi persona. Puedes hablar tanto como quieras, seguro de que yo no me ofenderé nunca; pero procura tener la suficiente cordura para comprender que si vuelves a cometer cualquier otro acto de violencia contra mí, retorceré tu peluda cabeza sobre tus flacos

hombros.

Y dirigiéndose a su compañero, a la vez que volvía a montar, le dijo:

—Y a ti, amigo Kenneth, debo decirte que en un compañero que viaja conmigo a través del desierto, prefiero los actos de amistad a las buenas palabras. De estas últimas me has dado muchas, pero habría sido preferible que me hubieses ayudado más activamente en mi lucha con este Hamako, que en su locura, ha estado a punto de matarme.

—¡Por mi fe! —dijo el caballero—. He faltado..., he sido tardío en ayudarte; pero lo raro del agresor y lo inesperado de la escena me han hecho creer que tus salvajes y perversos cantos habían evocado al Diablo entre nosotros..., y he quedado tan confuso, que han transcurrido dos o tres minutos antes de que haya podido empuñar mi arma.

—No eres más que un amigo frío y prudente —dijo el sarraceno—; y si el Hamako hubiese sido un poquitín más loco, tu compañero habría quedado muerto a tu lado, con deshonor eterno para ti, sin que tú hubieses ni siquiera movido un dedo para defenderle, a pesar de que estabas montado en un caballo y de que ibas armado.

—Si quieres que te hable francamente, sarraceno —dijo el cristiano—, te doy palabra de que pensé que esta extraña figura era el demonio, y como tú eres de su raza, no sabía qué secretos de familia podíais estar comunicándoos mientras rodabais por la arena.

—Eso es gaber y no contestar a lo que te digo hermano Kenneth —dijo el sarraceno—, porque, aunque mi agresor hubiese sido en verdad el Príncipe de las Tinieblas, no debías haberte abstenido de combatirle para ayudar a tu camarada. Has de saber también que si en este Hamako hay algo impuro o diabólico, pertenece más a tu raza que a la mía, porque este Hamako es el anacoreta a quien buscas.

—¡Este! —dijo Sir Kenneth, contemplando la atlética, pero demacrada figura que tenía delante—. ¡Éste es! ¡Te estás burlando de mí, sarraceno! ¡Éste no puede ser el venerable Teodorico!

—¡Pregúntaselo a él mismo, si no me quieres creer! —contestó Sheerkohf; y antes de que terminara de decir estas palabras, el ermitaño dio fe de su personalidad.

—Yo soy Teodorico de Engaddi —dijo—. Soy el caminante del desierto. Soy el amigo de la Cruz y el azote de todos los infieles, de los herejes y adoradores del demonio. ¡Marchaos, marchaos! ¡Mueran Mahoma, Termagante y todos sus seguidores! —y entretanto extrajo de debajo de su piel de cabra una especie de maza con cabeza de hierro que empezó a blandir por

encima de su cabeza con singular habilidad.

—Ya estás viendo a tu santo —dijo el sarraceno, riendo por primera vez, al ver la franca sorpresa con que Sir Kenneth contemplaba los movimientos salvajes y oía las ásperas palabras de Teodorico, quien, después de blandir la maza en todas direcciones, sin mirar si tocaba a la cabeza de alguno de sus visitantes, demostró al fin la fuerza y la eficacia de su arma rompiendo de un solo golpe una gruesa piedra que había cerca de él.

—Está loco —dijo Sir Kenneth.

—Tan loco como santo —contestó el musulmán, hablando de conformidad con la conocida creencia oriental de que los locos están sujetos a la influencia de inspiraciones directas—. Has de saber, cristiano, que cuando un ojo queda ciego, el otro es más penetrante; cuando es cortada una mano, la otra es más fuerte; y de igual manera cuando se perturba o desaparece nuestra razón para las cosas humanas, se nos hace más aguda y perfecta la visión de las cosas divinas.

En este punto la voz del sarraceno fue ahogada por la del ermitaño, que con cantilena salvaje empezó a gritar:

—¡Soy Teodorico de Engaddi..., soy la antorcha del desierto..., soy el azote de los infieles! El león y el leopardo serán mis compañeros y vendrán a refugiarse en mi celda; ni la cabra se asustará de sus garras. Soy la antorcha y la luz... ¡Kyrie Eleison!

Terminó la cantilena, y echó a correr, dando por fin tres saltos que le habrían calificado en primer lugar en un gimnasio, pero que, dado su carácter de ermitaño, eran tan grotescos que el caballero escocés quedó confuso y desorientado.

El sarraceno pareció comprenderle mejor.

—Ya ves —dijo— que espera que le sigamos a su celda, la cual es, por otra parte, el único refugio que podemos encontrar para pasar la noche. Tú eres el leopardo, porque lo llevas pintado en el escudo; yo soy el león, porque tal es el apodo que me dieron; y en cuanto a la cabra, se ha aludido a él mismo, porque se viste con una piel de ese animal. Pero es preciso que no le perdamos de vista, porque corre como un dromedario.

En efecto, la tarea fue difícil, a pesar de que su reverendo guía se paraba de vez en cuando y movía las manos como para animarles a seguirle. Conocedor consumado de los tortuosos senderos y de los desfiladeros de las montañas del desierto, y dotado de una extraordinaria agilidad, que, seguramente, el desequilibrio mental mantenía en ejercicio constante, guio a ambos jinetes a través de los precipicios y atajos por los que el propio sarraceno, que llevaba

una armadura más ligera, y su bien entrenado caballo árabe, se veían en apuros para pasar. El caballero europeo, forrado de hierro y con su sobrecargado caballo, tropezaba a cada paso con peligros tan grandes, que de buena gana habría preferido a ellos los más duros riesgos de una batalla. Se sintió más tranquilizado cuando, al fin de aquella penosa marcha, vio al santo varón de pie a la entrada de una caverna, con una gran antorcha encendida en la mano, hecha con una rama mojada en betún, y que despedía una llama rojiza y temblorosa y un fuerte olor a azufre.

Sin hacer caso de aquella asfixiante humareda, el caballero se apeó y entró en la caverna, que por su aspecto parecía ofrecer muy pocas comodidades. La celda estaba dividida en dos partes: en la entrada se veían un altar de piedra y una cruz hecha de cañas; esta estancia servía de capilla al anacoreta. El caballero cristiano dejó su caballo a un lado de esta estancia, no sin escrúpulos, suscitados por los objetos religiosos que veía en derredor suyo, y lo acomodó para que pasara la noche, imitando al sarraceno, quien le hizo comprender que era costumbre hacerlo en aquel lugar. Entretanto, el ermitaño estaba ocupado en ordenar la estancia interior para recibir a sus huéspedes, los cuales se reunieron con él muy pronto. Al fondo de la estancia exterior se veía una pequeña abertura, cerrada con una basta madera que servía de puerta y que conducía al dormitorio del ermitaño, más cómodo que el resto de la cueva. Gracias a un paciente trabajo, el anacoreta había nivelado el suelo cubriéndolo con arena blanca, que diariamente regaba con agua de una pequeña fuente que brotaba en un rincón de la roca, y que en aquel ardiente clima resultaba tan agradable al oído como al paladar. En el suelo, y junto a las paredes, se veían una especie de colchones de hierbas entretejidas; las paredes, como el suelo, habían sido labradas, para darles cierta uniformidad, y de todas partes colgaban hierbas y flores olorosas. El ermitaño encendió dos cirios de cera, cuya luz alegró la cueva.

En un rincón se veían herramientas de trabajo, y en otro un nicho que contenía una rústica imagen de la Virgen. Una mesa y dos sillas demostraban la habilidad del anacoreta, porque eran de estilo muy diferente al de los pueblos orientales. Encima de la mesa se veían muchas cañas y legumbres, así como carne seca que Teodorico extendía allí expresamente para estimular el apetito de sus huéspedes. Estas manifestaciones de cortesía, a pesar de que eran muchas, expresadas tan sólo con gestos, le parecieron a Sir Kenneth totalmente en contradicción con la extraña y violenta conducta que el ermitaño había observado antes. Ahora todos los movimientos de éste eran medidos, y parecía que lo único que privaba a su persona, demacrada por una austera vida, de una majestad y una nobleza que parecían serle natural, era un sentimiento de profunda humildad religiosa. Andaba por su celda como quien ha nacido para reinar sobre los nombres, pero que ha renunciado a su imperio para convertirse en siervo de Dios. Además, era preciso reconocer que su

gigantesca talla, la longitud de su barba y de su enmarañada cabellera, y el fuego de sus profundos y salvajes ojos, le daban más bien el carácter de un guerrero que de un penitente.

Incluso el sarraceno parecía contemplar al anacoreta mostrando alguna vacilación, mientras este último iba de una parte a otra de su celda, y en voz baja dijo a Sir Kenneth:

—El Hamako tiene ahora un momento de lucidez, pero no hablará hasta que hayamos comido. Es un voto que ha hecho.

En efecto, Teodorico indicó silenciosamente al escocés que se sentara en una de las sillas bajas, mientras Sheerkohf se acomodó en un almohadón de paja, siguiendo la costumbre de su país. Entonces el ermitaño levantó ambas manos, como para bendecir el refrigerio que acababa de poner ante sus huéspedes, y éstos procedieron a comer en medio de un silencio impresionante. Para el sarraceno esta seriedad era natural; el cristiano imitó su taciturnidad, dedicándose a meditar sobre la singularidad de la situación en que se hallaba y el contraste que ofrecían las salvajes y furiosas gesticulaciones, los ensordecedores gritos y la feroz violencia de Teodorico cuando le encontraron por primera vez, con la solemne y cortés solicitud con que en aquel momento cumplía los deberes de la hospitalidad.

Cuando terminaron de comer, el ermitaño, que no había comido ni un bocado, retiró los restos del ágape que quedaron encima de la mesa, y puso delante del sarraceno un jarro de limonada, y delante del escocés una botella de vino.

—Bebed, hijos míos —dijo; y estas fueron las primeras palabras que pronunció—. Está permitido disfrutar de los dones de Dios, si nos acordamos de Quién los da.

Después de decir estas palabras se retiró a la estancia exterior, seguramente para entregarse a sus devociones, y dejó a sus huéspedes juntos en el departamento interior; entonces Sir Kenneth dirigió varias preguntas a Sheerkohf, intentando hacer decir al emir todo lo que sabía sobre el anacoreta. Estas preguntas no estaban inspiradas simplemente por la curiosidad. Aunque era difícil relacionar la violenta conducta que el ermitaño había observado al hacer su primera aparición, y sus plácidas y humildes maneras de ahora, lo era mucho más explicarse la alta consideración que, según habían dicho a Sir Kenneth, tributaban a este ermitaño los más ilustres prelados del mundo cristiano. Teodorico, el ermitaño de Engaddi, había mantenido, en calidad de tal, correspondencia con Papas y Concilios, a los que sus cartas, llenas de elocuente fervor, habían enterado de las miserias impuestas por los infieles a los cristianos latinos en la Tierra Santa, con un colorido no inferior al de Pedro el Ermitaño, cuando predicó la primera cruzada en el Concilio de Clermont. El

hecho de encontrar en una persona tan reverenciada y alabada las gesticulaciones de un faquir loco indujo al caballero cristiano a meditar, antes de decidirse a comunicarle ciertos importantes asuntos que le habían encargado algunos de los jefes de la Cruzada.

Estas comunicaciones constituían el objeto principal de la peregrinación de Sir Kenneth, emprendida a través de caminos tan poco corrientes; pero todo lo que aquella tarde había visto le indujo a reflexionar. Del emir no pudo sacar mucha información; los detalles de éste eran términos generales, como los siguientes:

«Según había oído decir, el ermitaño había sido en otros tiempos un bravo y valiente soldado, sabio en el consejo y afortunado en la guerra, lo cual podía creerse fácilmente, dada la fuerza y agilidad que le había visto desplegar a menudo; había aparecido en Jerusalén, no como un peregrino sino como quien se consagra a pasar el resto de su vida en la Tierra Santa. Poco después fijó su residencia en el escenario de desolación en que le encontraban ahora, respetado por los latinos por su austera devoción, y por los turcos y árabes a causa de los síntomas de locura que le observaban, y a los cuales atribuyen ellos el don de profecía. De estos últimos había recibido el nombre de Hamako, que en lengua turca expresa este estado de la persona. Sheerkohf mismo no sabía cómo debía clasificar al anacoreta. Dijo que éste había sido un sabio, y que podía pasar horas enteras muy a menudo dando lecciones de virtud o sabiduría, sin demostrar la más ligera sombra de incoherencia. En otras ocasiones era insociable y violento, pero jamás le había visto con tan malas intenciones como las de aquel día. Lo que principalmente despertaba su cólera eran los insultos a su religión; y se explicaba un relato de unos árabes que insultaron su culto y profanaron su altar, a quienes él atacó y mató por tal motivo con la maza que siempre llevaba consigo en lugar de cualquier otra arma. Se habló mucho de este incidente, y tanto por el miedo a su maza de hierro como por su carácter de Hamako, las tribus nómadas respetaron desde entonces su celda y su altar. Su fama se extendió de tal manera, que Saladino dictó órdenes expresas para que no se le hiciera ningún daño, y se le protegiera. El propio Saladino y otros dignatarios musulmanes le visitaron más de una vez en su celda, mitad por curiosidad y mitad, quizá, porque esperaban de un hombre tan sabio como el Hamako cristiano que les dijera algo de los secretos del porvenir. El sarraceno agregó que el anacoreta poseía un rashid, u observatorio a gran altura, desde el que estudiaba los cuerpos celestes, y principalmente el sistema planetario, por cuyos movimientos e influencia, según creían tanto cristianos como musulmanes, se regulaban el desarrollo de los acontecimientos humanos, y podían éstos predecirse».

Éste fue, en síntesis, el informe que el emir Sheerkohf dio a Sir Kenneth, al cual dejó en la duda de si la locura que se atribuía al ermitaño era debida al

excesivo fervor religioso de éste, o si era una ficción de la que se aprovechaba para gozar de las ventajas que tal estado proporcionaba a los que lo sufrían. Le pareció, sin embargo, que los infieles llevaban su tolerancia a un extremo nada común, dado el fanatismo de los creyentes de Mahoma entre los cuales vivía el anacoreta, a pesar de declararse enemigo de su fe. Igualmente le pareció que entre el ermitaño y el sarraceno existía una amistad más íntima que la que las palabras de éste último habrían podido hacer suponer; y asimismo tampoco le pasó desapercibido que el anacoreta había llamado al emir con un nombre diferente del que se había atribuido él mismo. Todas estas consideraciones autorizaban la cautela, sino la sospecha. El caballero determinó observar a su huésped más atentamente, sin precipitarse en comunicarle la importante misión que se le había confiado.

—Fíjate, sarraceno —dijo—: me parece que la imaginación de nuestro anfitrión se descarría en los nombres, lo mismo que en las demás cosas. Tú te llamas Sheerkohf, y él te ha llamado con otro nombre.

—Cuando yo estaba en la tienda de mi padre —contestó el kurdo—, mi nombre era Ilderim, y todavía existe mucha gente que me llama por este nombre. En el campo y entre los soldados me conocen por el apodo de León de la Montaña, que es el que me ha ganado mi buena espada. Pero silencio: ya tenemos ahí al Hamako... Viene a invitarnos al descanso. Conozco sus costumbres; nadie debe ser testigo de sus vigilias.

En efecto, entró el anacoreta y, cruzando los brazos sobre el pecho y poniéndose delante de ellos, les dijo con voz solemne:

—Bendito sea el nombre de Aquel que ha dispuesto que la noche tranquila suceda al día agitado, y que el sosegado sueño descansen los miembros fatigados y apacigüe el espíritu agitado.

Los dos guerreros contestaron:

—¡Amén!

Y levantándose de la mesa se prepararon para tenderse en los colchones que el anacoreta les indicaba con su mano extendida, a la vez que, haciendo una reverencia a cada uno de ellos, volvía a salir de la estancia.

El Caballero del Leopardo se quitó su pesada armadura, ayudado amablemente por su compañero sarraceno, que le ayudó a deshacerse las hebillas, hasta que quedó sólo con el ceñido vestido de piel de camello que tanto los caballeros como los simples hombres de armas acostumbraban llevar debajo de la armadura. El sarraceno, que había admirado la fuerza de su adversario cuando luchó con él cubierto de acero, no quedó ahora menos sorprendido por la perfecta proporción de su musculatura y complexión. Por su parte, el caballero correspondió a la Cortesía del sarraceno, y ayudó a éste a

despojarse de sus ropas para que pudiese descansar más cómodamente, y le sorprendió que un cuerpo tan delgado y unos miembros tan flacos pudieran tener la fuerza que habían demostrado durante la lucha.

Antes de acostarse, cada uno de los dos guerreros hizo sus devociones. El musulmán se volvió hacia su keblah, el punto hacia donde deben dirigirse las plegarias de los creyentes del Profeta, y murmuró sus oraciones; mientras el cristiano, algo apartado de él, como si temiera el impuro contacto con el infiel, hincó su gruesa espada en el suelo, y arrodillándose delante de ella, como enseña de salvación, rezó el rosario con una devoción avivada por los recuerdos de los parajes por donde había pasado y de los peligros de que había sido salvado en el transcurso del día. Ambos guerreros, agotados por la fatiga, no tardaron en quedar dormidos, cada uno en su jergón.

CAPÍTULO IV

Kenneth, el escocés, no sabía el tiempo que sus sentidos habían estado sumidos en profundo reposo, cuando se despertó sobresaltado por un sentido de opresión sobre su pecho, que, de momento, atribuyó a una pesadilla de lucha con un poderoso enemigo, hasta que al fin recobró completamente sus sentidos. Estaba a punto de preguntar quién estaba allí, cuando, abriendo sus ojos, vio la cara del anacoreta, cuyo feroz y raro aspecto ya hemos descrito, que estaba quieto a su lado y apretaba su mano derecha sobre el pecho, mientras con la otra sostenía una lámpara de plata.

—¡Calla! —le dijo el \1 mientras el yacente caballero le miraba sorprendido—. Tengo que decirte cosas que este infiel no debe oír.

Dijo estas palabras en francés y no en lengua franca, la cual era una mezcla de dialectos europeos y orientales que hasta entonces habían usado entre ellos.

—Levántate —dijo—, ponte la capa, y no digas nada, no hagas ruido y sígueme.

Sir Kenneth se levantó y tomó su espada.

—No la necesitas —le dijo en un susurro el anacoreta—; vamos a un sitio donde las armas espirituales valen mucho, pero donde las armas mundanales son lo mismo que una caña y una calabaza vacía.

El caballero dejó la espada al lado del jergón donde estaba antes, y sin más arma que la daga, que nunca se quitaba de encima en aquel país de peligros, se dispuso a seguir a su misterioso huésped.

Entonces el ermitaño empezó a caminar lentamente, seguido por el

caballero, que aun no estaba completamente seguro de que la obscura forma que se deslizaba delante de él para enseñarle el camino no fuese en realidad más que una creación de su agitado sueño. Como sombras, pasaron a la otra estancia, sin molestar al emir musulmán, que estaba sumido en el descanso. Delante de la cruz y del altar del recinto de entrada se veían una lamparilla encendida y un misal abierto, y en el suelo unas disciplinas, instrumento de penitencia formado por pequeños trozos de cuerdas y de alambres, en los que todavía se notaban manchas de sangre fresca, que indudablemente revelaban las severas flagelaciones que se imponía el anacoreta. Al llegar allí, Teodorico se arrodilló e invitó al caballero a que hiciera lo mismo a su lado, sobre el pavimento de agudas piedras, que parecían elegidas a propósito para hacer más penosa aquella devota postura. Leyó varias oraciones de la Iglesia católica, y en voz baja, pero clara, cantó tres salmos penitenciales, mezclándolos con suspiros, lágrimas y convulsivos gemidos, que demostraban el profundo sentimiento con que recitaba la poesía divina. El caballero escocés asistía con profunda sinceridad a estos actos de devoción, y la opinión que al principio había formado del penitente empezaba a modificarse, hasta tal punto de que dudaba, dada la severidad de la penitencia y el fervor de sus oraciones, si debía considerarle como un santo. Cuando se levantaron del suelo, él quedó reverentemente delante del anacoreta, como un escolar delante de un sabio maestro. Por su parte, el ermitaño quedó silencioso y abstraído por espacio de unos minutos.

—Mira en aquel escondrijo, hijo mío —dijo señalándole el rincón más apartado de la celda—; allí encontrarás un velo; tráemelo.

Obedeció el caballero, y en un pequeño orificio hecho en la pared y protegido por una puertecilla de mimbres, encontró el velo pedido. Cuando lo llevó a la luz, vio que estaba roto y manchado en varios sitios con una substancia oscura. El anacoreta lo contempló con profunda emoción, y antes de que pudiera dirigir la palabra al caballero escocés tuvo necesidad de manifestar su sentimiento con un profundo suspiro.

—Vas a ver el más rico tesoro que existe en la tierra —le dijo al fin—. ¡Ay de mí, que mis ojos son indignos de contemplarlo! ¡Ay! Yo no soy más que el vil y miserable guía que indica al viajero extraviado un puerto de descanso y seguridad, pero que siempre debe permanecer fuera de la puerta. Inútilmente me he escondido en las profundas simas de las rocas y en el mismo corazón del sediento desierto. Mi enemigo me ha encontrado; el que yo he renegado me ha perseguido, incluso hasta dentro de mi propia fortaleza.

—Volvió a callar un momento, y, volviéndose hacia el caballero escocés, y con un tono de voz más firme, le dijo:

—¿Me traes un saludo de Ricardo de Inglaterra?

—Me envía el Consejo de Príncipes Cristianos —contestó el caballero—; pero, debido a la enfermedad del rey de Inglaterra, no he tenido el honor de recibir ninguna orden de Su Majestad.

—¿Tu santo y seña? —preguntó el ermitaño.

Sir Kenneth vaciló. Las primitivas sospechas y los síntomas de locura que el anacoreta había manifestado al principio volvieron a su pensamiento; pero ¿cómo desconfiar de un hombre cuyas costumbres eran tan santas?

—Mi santo y seña —dijo al fin— es éste: «Los reyes piden limosna al pordiosero».

—Muy bien —dijo el ermitaño, después de un silencio—. Te conozco bien; pero cuando el centinela está en su lugar (y el mío es muy importante), pide la consigna tanto al amigo como al enemigo.

Y fue a buscar la lámpara que iluminaba el camino por donde habían pasado. El sarraceno estaba tendido en su jergón y dormía profundamente aún. El ermitaño se paró un momento a su lado, y le miró.

—Duerme en las tinieblas, y no debemos despertarle —dijo.

En efecto, la actitud del emir daba la sensación de un profundo sueño. Un brazo caía atravesado sobre el cuerpo, y la manga le cubría la mayor parte del rostro, que tenía vuelto hacia la pared, pero le dejaba visible la frente. Sus músculos, tan poderosos en los momentos de actividad, estaban ahora inmóviles como los de una estatua de obscuro mármol, y sus sedosas y largas pestañas, cerradas sobre sus penetrantes ojos de halcón. La abierta y abandonada mano, y su suave, regular y profunda respiración indicaban el más perfecto reposo. El durmiente formaba un singular grupo tendido al lado de las altas figuras del ermitaño, cubierto con su piel de cabra y con una lámpara en la mano, y la del caballero, con su vestido de piel de camello: el primero, con austera expresión de ascetismo, y el segundo con una ansiosa curiosidad impresa profundamente en su rostro varonil.

—Duerme profundamente —dijo el ermitaño, con el mismo tono apagado de antes y repitiendo las palabras, pero cambiando su significado literal en metafórico—. Duerme en las tinieblas, mas también para él llegará el día del despertar... ¡Oh, Ilderim! Cuando estás despierto, tus pensamientos son todavía tan vanos y salvajes como los que te asaltan cuando duermes; pero oirás la trompeta y el sueño se desvanecerá.

Dijo estas palabras, e indicó al caballero que le siguiera; el ermitaño se dirigió hacia el altar, pasó detrás de él y apretó un resorte que se abrió sin hacer ruido y que dejó al descubierto una puertecita de hierro tan bien disimulada en un lado de la caverna, que sin una rigurosa inspección podía

pasar desapercibida. Antes de decidirse a abrirla del todo, el ermitaño echó algunas gotas de aceite de la lámpara sobre los goznes, y cuando quedó abierta de par en par, apareció una escalerilla cavada en la roca.

—Toma este velo —dijo el ermitaño con voz triste— y tápame los ojos, porque no puedo mirar, sin pecado de orgullo, el tesoro que ahora verás.

Sin réplica alguna, el caballero cubrió apretadamente con el velo la cabeza del ermitaño, y éste empezó a subir la escalera como quien está acostumbrado al camino y no necesita luz alguna. El escocés cogió la lámpara y empezó a subir también los peldaños de la estrecha escalera. Al fin se detuvieron bajo una pequeña bóveda de forma irregular, situada en un rincón en el que terminaban los últimos peldaños, mientras que en otro rincón se veía el arranque de otra escalerilla, que continuaba subiendo. En un tercer ángulo había una puerta gótica decorada muy rudamente con los adornos usuales de las columnas y las esculturas de los conventos, y protegida por un portillo poderosamente reforzado con hierro y lleno de gruesos clavos. A este último punto dirigió el ermitaño sus pasos, que cada vez parecían más inseguros.

—Descálzate —dijo a su seguidor—; el suelo que pisas es sagrado. Expulsa de lo más recóndito de tu corazón cualquier pensamiento profano y carnal, porque uno sólo de ellos sería pecado mortal en este lugar.

El caballero se quitó los zapatos, tal como le ordenaran, mientras el ermitaño permanecía silencioso, como si tuviera su alma sumida en secreta oración. Cuando abandonó su inmovilidad, ordenó al caballero que diera tres golpes en la puerta. Él lo hizo. La puerta se abrió por sí sola —por lo menos Sir Kenneth no vio a nadie—, y sus sentidos fueron heridos por un torrente de vivísima luz y por un fuerte y casi irrespirable aroma de los más ricos perfumes. Dio dos o tres pasos atrás, y trascurrió un minuto antes de que se repusiera de los deslumbrantes y abrumadores efectos del súbito tránsito de la obscuridad a la luz.

Cuando entró en la estancia en que reinaba esta vivísima luz, se dio cuenta de que procedía de una combinación de lámparas de plata alimentadas con el más puro aceite, y que despedían los más ricos perfumes, suspendidas con cadenas de plata desde el techo de una pequeña capilla gótica, cavada, como la mayor parte de la singular mansión del ermitaño, en la roca viva. Pero mientras que en todos los demás lugares que había visto Sir Kenneth, la labor empleada en la roca era de lo más simple y grosero, en el de aquella capilla parecía que se había empleado la fantasía y el cincel de los más hábiles arquitectos. La bóveda estaba sostenida por seis columnas a cada lado, esculpidas con rara habilidad; y la forma en que estaba resuelto el cruce de los arcos y sus adornos adecuados revelaban el más puro estilo arquitectónico de la época. Correspondiendo con la línea de columnas, había de cada lado seis

hornacinas ricamente trabajadas, cada una de las cuales contenía la imagen de uno de los doce Apóstoles.

El altar se levantaba en el extremo superior de la capilla, en dirección a Oriente, y detrás de él colgaba una riquísima cortina de seda de Persia, profusamente bordada en oro, que tapaba un arca que seguramente contenía alguna imagen o reliquia de extraordinaria santidad, en honor de la cual se había erigido aquel singular lugar de culto. Con la convicción de que esta suposición era la verdadera, el caballero se adelantó hacia el altar, se arrodilló delante de él y rezó fervorosamente, hasta que su atención se desvió por el súbito movimiento que hizo la cortina, que se levantó, o, más bien, se hizo a un lado, sin que se viera si este movimiento lo había producido alguna persona o no. En la hornacina que de esta forma quedó al descubierto, se veía una gran urna de plata y ébano cerrada con una doble puerta, y que, en conjunto, ofrecía el aspecto de una catedral gótica en miniatura.

Mientras contemplaba con profunda curiosidad este relicario, se abrieron también las dos puertas, y descubrieron un gran trozo de madera, en la que estaban grabadas las palabras: VERA CRUZ, y al mismo tiempo un coro de voces femeninas cantó el Gloria Patri. Tan pronto como terminó el canto, se cerraron las puertas y la cortina volvió a cerrarse; el caballero, que permanecía arrodillado delante del altar, pudo continuar ahora sus oraciones, interrumpidas en honor de la santa reliquia que acababa de ser expuesta a su vista. Dijo sus oraciones bajo la profunda impresión de quien ha sido testigo ocular de una irrefutable prueba de la verdad de su religión.

Y tan pronto como terminó sus oraciones se levantó y miró en derredor suyo, buscando al ermitaño que le había guiado a aquel sagrado y misterioso lugar. Le vio con la cabeza tapada todavía por el velo que él mismo le había anudado, arrodillado, como un perro asustado, en el umbral de la capilla, sin que al parecer se atreviera a entrar en ella; su actitud de devota adoración y de profundo arrepentimiento era la del hombre acusado y doblegado bajo el peso de la conciencia. Al escocés le pareció que sólo el sentimiento de la más severa penitencia, del remordimiento o de la humillación podían haber postrado de aquella manera un cuerpo tan robusto y un espíritu tan altivo.

Se le acercó como si quisiera hablarle; pero el ermitaño, anticipándose a su propósito, murmuró con voz apagada, que salía de debajo del velo que le cubría la cabeza como si saliera de debajo de un sudario:

—Espera, espera. Feliz tú, que puedes verlo. La visión no ha terminado.

Y al decir estas palabras se levantó del suelo, se retiró del umbral donde había estado arrodillado, y empujó la puerta de la capilla, que por la parte de atrás estaba asegurada con un pestillo de resorte, que hizo un ruido que resonó en el interior. La puerta parecía confundida de tal manera con la roca viva en

que la capilla estaba excavada, que Kenneth casi no pudo distinguir dónde estaban los goznes. El caballero quedó solo en la iluminada capilla que contenía la reliquia que acababa de adorar, sin más armas que su daga, ni más compañía que sus piadosos pensamientos y su invencible valentía.

No sabía lo que iba a ocurrir, pero decidió esperar el desarrollo de los acontecimientos; Sir Kenneth se paseó, pues, por la solitaria capilla hasta muy cerca de la hora en que canta el gallo. En aquel momento indefinido en que se juntan la noche y el día, oyó, sin poder descubrir de dónde procedía, el sonido de las campanillas utilizadas en el momento de la elevación de la Hostia, en la ceremonia o sacrificio de la Misa. La hora y el lugar hacían más solemne aquel sonido, y a pesar de que el caballero era muy intrépido, se retiró al rincón más alejado de la capilla, en el extremo opuesto del altar, para observar, sin ser interrumpido, las consecuencias de aquella inesperada señal.

No tuvo que esperar mucho para ver que la cortina de seda volvía a correrse y que de nuevo se ofrecía a su vista la santa reliquia. En el momento en que se arrodillaba devotamente, oyó el canto de Laudes, el primero de los oficios de la Iglesia católica, cantado por voces femeninas al unísono, como los cantos que había oído anteriormente. El caballero se dio cuenta muy pronto de que las voces no procedían de muy lejos de la capilla, y que se iban acercando y que cada vez eran más claras y distintas. Una puerta tan invisible cómo la que le había dado paso, se abrió al otro extremo de la nave, y las voces que formaron el coro resonaron más ampliamente bajo las arcadas de la bóveda.

El caballero fijó con ansiedad su mirada en la puerta que acababa de abrirse, y sin abandonar la devota posición que exigía el lugar y la escena, esperó el término de aquellos preparativos. Apareció una procesión como dispuesta a salir por aquella puerta. En primer término, cuatro bellos muchachos, con los brazos, el cuello y las piernas desnudos, mostrando el color atezado del Oriente, que contrastaba con la blancura nívea de las túnicas que llevaban. Entraron en la capilla de dos en dos. Los que abrían la marcha llevaban incensarios, que balanceaban de un lado a otro, añadiendo nueva fragancia a las que ya perfumaban la capilla. Los que seguían en segundo lugar, iban esparciendo flores.

Luego venían, en perfecto y majestuoso orden, las mujeres que formaban el coro, seis de las cuales, que llevaban escapularios negros y velos del mismo color sobre vestidos blancos, parecían ser religiosas profesas de la orden Carmelitana; y otras tantas de las que, por sus velos blancos, se podía afirmar que eran novicias u oblatas temporales del convento, que no habían hecho votos. Las primeras llevaban en las manos grandes rosarios, mientras las más jóvenes y bellas, que iban detrás, llevaban cada una, una guirnalda de rosas blancas y encarnadas. En procesión dieron la vuelta a la capilla, sin que

demostraran darse cuenta de Kenneth, a pesar de que pasaron tan cerca de él que casi le rozaron con sus ropas. El caballero no dudó de que se encontraba en uno de aquellos conventos en que las nobles doncellas cristianas se habían consagrado, en otros tiempos, abiertamente, al servicio de Dios. La mayor parte de aquellos conventos desapareció cuando los mahometanos reconquistaron Palestina, pero otros muchos habían comprado la tolerancia con dádivas, o la habían obtenido por la clemencia o la indiferencia de los vencedores, de manera que en privado continuaban practicando el ritual a que habían hecho voto de consagrarse. Pero, a pesar de que Kenneth conociera de qué se trataba, la solemnidad del lugar y de la hora, la sorpresa que le causó la inesperada aparición de aquellas religiosas y la manera fantasmagórica con que desfilaban delante de él, influyó de tal manera en su imaginación que a duras penas podía concebir que aquella procesión que estaba presenciando estuviese integrada por criaturas humanas; tanto se parecían a un coro de seres sobrenaturales que rindieran homenaje al objeto de la adoración universal.

Esta fue la primera idea del caballero, a medida que la procesión desfilaba delante de él, casi sin moverse, sólo con el movimiento estrictamente necesario para avanzar en conjunto; de manera que, vistas a la incierta y devota luz que las lámparas proyectaban a través de las nubes de incienso que llenaban la capilla, le parecieron que más bien se deslizaban que no que caminaban.

Pero, al dar la segunda vuelta por la capilla y pasar por el lugar en que él estaba arrodillado, una de las que llevaban el velo blanco arrancó un capullo de la guirnalda, lo dejó escapar de sus dedos, quizá involuntariamente, y cayó a los mismos pies de Sir Kenneth. El caballero se estremeció como si le hubiese herido un dardo, porque cuando el espíritu es presa de la ansiedad y la emoción, el más pequeño incidente inesperado inflama la imaginación. Sin embargo, dominó su emoción, pensando cuan fácilmente puede ocurrir un hecho tan inocente, y que sólo la monotonía de movimientos de las religiosas podía haber hecho que tuviera importancia para él un incidente tan insignificante.

Sin embargo, cuando la procesión dio la tercera vuelta a la capilla, las miradas y los pensamientos de Kenneth siguieron exclusivamente a la novicia que había dejado caer el capullo. Su paso, su aspecto y su figura eran tan completamente iguales a los de las demás, que era totalmente imposible distinguir la más pequeña señal que la hiciera diferente; pero el corazón de Kenneth latía como un pájaro que quiere escapar de su jaula, como si quisiera asegurarse con estas manifestaciones de simpatía, que la doncella que iba en segundo lugar de la fila de novicias era para él la más preciosa, no sólo de todas las mujeres que estaban allí, sino de todas las del Mundo. La romántica pasión del amor, tal como era fomentada y prescrita positivamente por las

leyes de la Caballería, estaba en todo acorde con los no menos románticos sentimientos de devoción; y en verdad puede decirse que estos sentimientos, en lugar de contradecirse, se complementaban mutuamente. Por consiguiente, fue con una especie de impaciencia, que tenía algo de religioso, como Sir Kenneth, a quien el temblor de su emocionado corazón se le propagaba hasta el extremo de los dedos, esperaba una segunda manifestación de la presencia de aquella que le había dado la primera señal, y por quien se sentía locamente ilusionado. El corto espacio de tiempo que invirtió la procesión en dar la tercera vuelta a la capilla le pareció a Kenneth una eternidad. Por fin, se le acercó la figura que había seguido con tanta atención. No presentaba ninguna diferencia notable con relación a las demás, pero cuando pasó por tercera vez delante del cruzado prosternado, el extremo de una pequeña y bien proporcionada mano, tan bella que daba una elevadísima idea de las perfectas proporciones de la persona a quien pertenecía, salió de entre el velo, igual que un rayo de luna atraviesa las ligeras nubes de una noche de verano, y otra vez dejó caer un capullo de rosa a los pies del Caballero del Leopardo.

Esta segunda manifestación no podía ser casual, como tampoco podía serlo el parecido de aquella bellísima mano femenina con otra que sus labios habían tocado una vez, y que le inspiraron el sentimiento de consagrar su fidelidad a su poseedora. Si le hubiesen sido precisas otras pruebas, existía el fulgor de aquella sortija de rubíes sin igual, que brillaba en aquel dedo blanco como la nieve, y que, a pesar de tener un incalculable valor, a los ojos de Kenneth habría valido mucho menos que la señal más insignificante que le hubiese podido hacer aquel dedo. Además, a pesar del velo que la cubría, le había podido ver, por casualidad o por deferencia, un rizo rebelde de una obscura trenza, cada cabello de la cual él prefería cien veces a una cadena de oro macizo. ¡Era la dama de su amor! Pero que ella estuviere allí, en aquel solitario y salvaje desierto, entre vestales que se habían convertido a sí mismas en habitantes de desiertos y cavernas, que habían de cumplir en secreto aquellos ritos cristianos que no se atrevían a practicar abiertamente; que todo aquello fuese posible, real, verdadero, le parecía demasiado increíble; y pensó que debía ser un sueño. Mientras pasaban por la mente de Kenneth estos pensamientos, la procesión salió de la capilla por el mismo lugar por donde había entrado. Los jóvenes acólitos y las enlutadas monjas desaparecieron sucesivamente por la puerta abierta.

Y en último lugar pasó también aquélla de quien él había recibido la doble manifestación de deferencia; y, en el momento en que ella pasaba el umbral, volvió la cabeza, aunque ligeramente, de manera bastante perceptible, hacia el lugar en que él quedaba inmóvil como una estatua. Vio él el ondular del velo... y ella desapareció..., y las tinieblas se cernieron sobre su alma, tan impenetrables como las que casi inmediatamente envolvieron sus sentidos externos; porque, tan pronto como la última religiosa hubo traspuesto el

umbral de la puerta, ésta se cerró silenciosamente, cesó de oírse el coro, y las luces de la capilla se extinguieron. Sir Kenneth quedó solo en medio de una profunda obscuridad. Pero para Kenneth la soledad, la obscuridad y la incertidumbre de su misteriosa situación no eran nada extraordinarias, y sólo se lo parecía la fugaz visión que acababa de deslizarse delante de él, y la manifestación de deferencia con que había sido favorecido. Echarse al suelo para recoger los capullos que ella había dejado caer, apretarlos contra sus labios y contra su pecho, ora uno, ora otro, ora ambos a la vez; estampar los labios en las frías losas sobre los cuales creía que ella había pasado unos momentos antes; abandonarse a todas las extravagancias que sugiere el afecto apasionado, y que son la excusa de los que a éste se entregan, no eran sino prueba de un arrebatado amor, común a todas las épocas. Pero era característica de los tiempos de la caballería que el caballero enamorado, a pesar de su loca exaltación, no intentara nada absolutamente para seguir el rastro del objeto de su romántico apasionamiento; sólo pensaba en ella como en una divinidad que se hubiese dignado mostrarse un momento a su devoto adorador y hubiese regresado a la obscuridad de su santuario, o como un planeta que le influenciara, que habiéndole enviado durante unos minutos un rayo benéfico, se hubiese vuelto a envolver en su velo de niebla. Los movimientos de la dama de su corazón eran para él los de un ser superior que escapaban a toda vigilancia o comprobación, que con una voluntad completamente libre, le alegraba con su presencia o le entristecía con su ausencia, le animaba con sus bondades o le desesperaba con sus desdenes, sin tolerar otras importunidades o súplicas que las expresadas por lealísimos servicios del corazón y de la espada del guerrero, cuyo único objeto en la vida era obedecer las órdenes y ensalzar la fama de su dama con el esplendor de sus propias hazañas.

Tales eran las leyes de la caballería y del amor, que era el principio que la inspiraba. Pero el afecto de Sir Kenneth se había convertido en romántico por otras y más particulares circunstancias. Jamás había oído la voz de su dama, aunque muy a menudo había quedado arrobado delante de su belleza. Ella vivía en un ambiente que él podía frecuentar, ciertamente, gracias a su título de caballero, pero sin poder mezclarse en él; y aunque era tenido en elevado concepto por sus méritos militares y por su valor, el pobre soldado escocés se veía obligado a adorar a su divinidad a una distancia casi tan grande como la que separa a los persas del sol, al que adoran. Pero ¿cuándo ha sido demasiado alto el orgullo de una mujer para no descubrir la apasionada devoción de un enamorado, por baja que sea la categoría de éste? La dama había puesto sus ojos en él, en los torneos; había oído los elogios que se pronunciaban, relacionados con los combates que él libraba diariamente; y mientras condes, duques y lores disputaban por sus gracias, éstas florecían, quizá inconscientemente al principio, para el pobre caballero del Leopardo, quien,

para mantener su rango, no contaba con gran cosa más que con su espada. Todo lo que valía ella y todo lo que oía era suficiente para alentarla en la deferencia que se había infiltrado insensiblemente en su corazón. Si se elogiaba la buena estampa de algún caballero, hasta las más púdicas damas de la guerrera Corte de Inglaterra inclinaban sus preferencias por el escocés Kenneth; y a pesar de las grandes consideraciones que los príncipes y los pares concedían a los trovadores, a veces ocurría que se apoderaba del poeta un espíritu de imparcial independencia, y su arpa cantaba el heroísmo de un guerrero que no tenía palafrenes, ni siquiera lujosos vestidos que darle, en pago de sus elogios.

Los momentos en que oía las alabanzas de su amador eran cada vez más gratos para la noble Edith, y descansándola de las adulaciones que fatigaban sus oídos, le designaban un tema de secreta admiración más digno y más valioso que los de los que le superaban en nobleza y en fortuna. A medida que su atención se fue fijando, aunque discretamente, con mayor constancia en Sir Kenneth, se convenció más firmemente del afecto personal del caballero, y adquirió el íntimo convencimiento de que en Sir Kenneth de Escocia veía al caballero que el destino le había designado para compartir con ella, tanto en los momentos de ventura como en las calamidades —las perspectivas eran obscuras y peligrosas— el apasionado afecto que los poetas de la época pintaban como soberano universal, y que las costumbres y la moral de aquellos tiempos situaban casi al nivel de la devoción misma.

No vamos a esconder la verdad a nuestros lectores. Cuando Edith se dio cuenta del estado de sus sentimientos, por altivos que fuesen los de una doncella que por su nacimiento estaba muy cerca del trono de Inglaterra, por satisfecho que se sintiera su orgullo al verse objeto de la muda, pero constante adoración del caballero preferido, había momentos en que los afectos de la mujer enamorada protestaban contra las trabas que a ellos ponían su rango y su posición; y en tales momentos casi condenaba la timidez de su amador, que parecía dispuesto a no traspasar los límites que le marcaba su posición social. La etiqueta del nacimiento y del rango, para usar una frase moderna, habían levantado alrededor de ella un círculo mágico, en cuyo interior Sir Kenneth podía mirar con respeto ciertamente, pero donde no podía entrar, como le ocurre a un espíritu al que la varita mágica de un poderoso encantador le ha señalado ciertos límites. Involuntariamente, tuvo la idea de que debía ser ella la que se atreviese a dar el primer paso, incluso más allá de los límites fijados, si quería dar a un amador tan reservado y timorato la ocasión de un favor tan insignificante como besar el lazo de su zapato. Existía un ejemplo —el conocido precedente de «la hija del rey de Hungría», que con aquel ardid había alentado generosamente a un «escudero de baja posición»—, y Edith, aunque era de sangre real, no era hija de ningún rey, y, además, su enamorado no era de tan baja procedencia; la fortuna no podía poner un obstáculo tan

infranqueable a su amor.

Sin embargo, algo dentro de su pecho de doncella —este modesto orgullo que encadena incluso al propio amor— la privaba, a pesar de la superioridad de su condición, de hacer estas insinuaciones que la extremada delicadeza del caso imponen a los enamorados del sexo contrario; por encima de todo, Sir Kenneth era un caballero tan bien nacido y honorable, tan perfectamente cumplido, por lo menos su fantasía se lo pintaba así, tan conocedor de los respetos debidos a ella y a sí mismo, que a pesar de la violencia que tenía que hacerse para recibir el culto de su amor como una divinidad insensible, el ídolo temía, descendiendo prematuramente de su pedestal, degradarse a los ojos del que la adoraba tan devotamente.

A veces el devoto adorador de un ídolo material puede llegar a descubrir indicios de aprobación en los rasgos rígidos e inmóviles de una imagen de mármol; y por consiguiente, nada tiene de extraño que alguna vez el caballero interpretara favorablemente las miradas que la amada Edith, cuya belleza, por otra parte, consistía más bien en el poder de la expresión que no en la absoluta regularidad de sus facciones o en la esplendidez de su figura. A pesar de su celosa vigilancia de sí misma, Edith había dejado escapar algunas manifestaciones de distinción para el caballero; porque, en caso contrario, ¿cómo habría podido reconocer tan rápidamente aquella mano de la que sólo había visto dos dedos debajo del velo, o cómo habría podido tener la certidumbre de que las dos flores que habían caído sucesivamente delante de él significaban que había sido reconocido por la dama de su corazón? Por qué procedimiento de observación, por cuáles signos secretos, miradas o ademanes, por qué instintiva francmasonería amorosa se había establecido entre Edith y su galán aquel grado de inteligencia, nos es imposible explicarlo; porque nosotros somos viejos y tales vestigios de afecto, que la vista joven reconoce rápidamente, escapan al poder de nuestros ojos. Nos bastará decir que tal afecto existía entre dos amantes que no se habían hablado nunca, a pesar de que por parte de Edith fuese reprimido por la clara visión de las dificultades y peligros, que necesariamente habían de acompañar los progresos de su afecto; y por parte del caballero, por mil dudas y temores de haber otorgado excesiva importancia a ligeras manifestaciones de deferencia dadas por ella, separadas, como forzosamente tenían que serlo, por largos intervalos de aparente maldad, durante los cuales ambos se manifestaban reservados por el temor de excitar la curiosidad de los demás, lo cual habría podido crear peligros para su amor, o, por miedo de parecer que se abandonaba con demasiado entusiasmo a su estimación, ella conservaba una actitud indiferente, como si no se diera cuenta de la presencia de él.

Este relato, puede servir para explicar el estado de compenetración, entre los dos enamorados, cuando la presencia inesperada de Edith en la capilla

produjo tan poderoso efecto en los sentimientos de su caballero.

CAPÍTULO V

Por espacio de más de una hora reinaron profundo silencio y oscuras tinieblas en la capilla en que dejamos al Caballero del Leopardo, arrodillado aún, dando alternativamente gracias al Cielo y a su dama por la gracia que acababan de concederle. Su propia seguridad, su propio destino, del que nunca se preocupaba mucho, no pesaban ni lo que un grano de arena en sus reflexiones de aquel momento. Se hallaba cerca de lady Edith; había recibido pruebas de su afecto; se encontraba en un lugar santificado por reliquias de la más impresionante santidad. Un soldado cristiano y un devoto enamorado no podía temer ni pensar nada más, que en sus deberes para con el Cielo y con su dama.

Transcurrido el lapso de tiempo que dejamos consignado, se oyó un agudo silbido, parecido al del halconero cuando llama a su halcón, y que resonó vivamente bajo la bóveda de la capilla. Era un sonido muy inapropiado para el lugar, y que recordó a Kenneth lo necesario que era mantenerse en guardia. Se levantó y llevó su mano sobre la daga. Se oyó luego un chirrido, como el de un tornillo o de una polea, y una luz que subía del suelo le demostró que acababan de abrir o levantar alguna trampa. No había transcurrido aún un minuto cuando un brazo largo y enjuto, mitad desnudo y mitad cubierto con una ancha manga de tela de seda encarnada entretejida de oro, salió de la abertura sosteniendo una lámpara que levantaba tanto como podía; y la persona a quien pertenecía aquel brazo subió lentamente hasta el nivel del suelo de la capilla. La forma y la cara del ser que se presentaba de aquella manera eran las de un pavoroso enano, con una cabeza muy grande, cubierto con una gorra fantásticamente adornada con tres plumas de gallo, vestido de seda roja, cuya riqueza hacía resaltar aún más su fealdad. Llevaba brazaletes y anillos de oro, y una faja de seda blanca de la que colgaba una daga con empuñadura de oro. Aquella singular aparición empuñaba en su mano izquierda una especie de escoba. Tan pronto como salió de la trampa por donde había subido, se quedó quieto, y como si quisiera exhibirse más ostensiblemente, se acercó la lámpara al rostro y a las demás partes de su cuerpo, iluminando sucesivamente sus fantásticos rasgos y sus deformes pero nervudas extremidades. A pesar de la desproporción de su persona, el enano no era tan contrahecho que pareciese estar desprovisto de fuerza y agilidad. Mientras Sir Kenneth contemplaba aquella desagradable aparición, recordó la creencia popular en gnomos o espíritus de la tierra, que viven en cavernas subterráneas; y esta figura correspondía tanto con la idea que él tenía formada

de tales seres, que lo miró con repugnancia mezclada, no precisamente con miedo, pero sí con aquella especie de estupor que la presencia de un ser sobrenatural puede infundir en el alma más firme.

El enano silbó otra vez e hizo subir a otro compañero suyo. Esta segunda figura subió de la misma manera que la primera; pero el brazo que salió ahora por la trampa sosteniendo la lámpara era esta vez de mujer. Era una forma femenina muy parecida a la primera en el aspecto y proporciones, la que lentamente surgió del nivel del suelo. También su vestido era de seda roja, cortado y cosido raramente, como si se hubiese vestido para tomar parte en una exhibición de cómicos o bufones; y con la misma minuciosidad con que procedió el que le había precedido, también se acercó la lámpara a su cara y a todo su cuerpo, que por su fealdad podía rivalizar con la de su compañero. Pero, a pesar de ese exterior tan poco favorecido, en sus fisonomías se notaban rasgos de vivacidad y de inteligencia nada comunes. Ello procedía del brillo de sus ojos, que, hundidos bajo negras y espesas cejas, despedían luz como los de los sapos, lo cual compensaba en cierta manera la extrema fealdad de sus rostros y de sus personas. Sir Kenneth quedó como encantado mientras la horrible pareja daba una vuelta alrededor de la capilla, una al lado del otro, como si cumplieran su deber de criados, barriéndola; pero como sólo utilizaban una mano, el suelo no se beneficiaba mucho del trabajo, que ejecutaban con gesticulaciones y movimientos tan raros como correspondía a su extravagante y fantástica apariencia. Cuando, continuando su tarea, se acercaron a Sir Kenneth, dejaron sus escobas, y poniéndosele delante, uno al lado del otro, movieron lentamente las lámparas que llevaban, como si quisieran enseñarle más claramente sus caras, que no por estar ahora más cercanas eran más agradables, y pusieron al caballero en situación de observar la extrema vivacidad y penetración con que sus ojos negros y brillantes reflejaban la luz de las lámparas. Entonces volvieron la luz de éstas, proyectándola sobre el caballero, y después de examinarle detenidamente, se miraron y prorrumpieron en una estrepitosa carcajada, que dejó medio sordo al cristiano. El sonido de esta carcajada era tan desagradable, que Sir Kenneth tembló al oírlo y se apresuró a preguntarles, en nombre de Dios, quiénes eran para profanar aquel lugar sagrado con tales gestos y exclamaciones grotescas.

—Yo soy el enano Nectabanus —dijo el contrahecho, que parecía del género masculino, con una voz tan desagradable como su cara, y parecida más al graznido de un cuervo nocturno que a ninguno de los sonidos que se oyen durante el día.

—Y yo soy Guenevra, su mujer y su enamorada —contestó la mujer, en un tono que, por el hecho de ser más áspero, era aún más desagradable que el de su compañero.

—¿Y por qué estáis aquí? —volvió a preguntar el caballero, no muy

seguro de que fuesen seres humanos los que tenía delante de él.

—Yo soy —contestó el enano, adoptando una actitud arrogante y seria— el duodécimo Imaum. Soy Mohammed Mohadi, el guía y conductor de los creyentes. Cien caballos me esperan, a mí y a mi séquito, en la Ciudad Santa, y otros tantos en la Ciudad de refugio. Soy el que dará testimonio, y ésta es una de mis huríes.

—¡Mientes! —exclamó la mujer, interrumpiendo a su compañero con una voz más desagradable que la de antes—. Yo no soy ninguna de tus huríes, y tú no eres ningún miserable infiel como el Mahommed de quien hablas. ¡Así pueda yo bailar sobre tu sepulcro! Te digo, asno de Issachar, que tú eres el rey Arturo de Inglaterra, que las hadas robaron del campo de batalla de Avalon, y yo soy la dama Guenevra, famosa por su belleza.

—La verdad es, noble señor —prosiguió el enano varón—, que nosotros somos unos príncipes desgraciados que vivíamos bajo la protección del rey Guido de Jerusalén, hasta que éste fue arrojado de su nido por los miserables infieles. ¡Que los relámpagos del Cielo les destruyan!

—¡Silencio! —dijo una voz procedente del lado por donde había entrado el caballero—. Callad, locos, y marchaos; ha terminado vuestra misión. Tan pronto como oyeron la orden, los enanos murmuraron algunas palabras incoherentes entre sí, apagaron sus lámparas inmediatamente y dejaron al caballero en la más absoluta oscuridad, la cual, tan pronto como desapareció el ruido de los pasos de los que se marchaban, fue muy pronto acompañada por su adecuado compañero, o sea el silencio más absoluto.

El caballero se sintió aliviado por la desaparición de aquellas desgraciadas criaturas. Por su forma de hablar, por sus maneras y por su apariencia, el caballero no dudó que pertenecían a aquella especie de seres degenerados que la deformidad de la persona y la debilidad del intelecto postergan a la triste situación de apéndices de grandes familias, en las que su apariencia personal y su imbecilidad es fomentada para diversión de toda la casa. Como en las ideas y en las costumbres el caballero escocés no se diferenciaba de la gente de su tiempo, en cualquier otro momento habría podido divertirse mucho con la mímica de aquellas pobres y grotescas caricaturas de humanidad; pero en aquel momento su presencia, sus gesticulaciones y su lenguaje interrumpieron el curso de los profundos y solemnes pensamientos en que había quedado sumido, por lo que la desaparición de aquellos desgraciados individuos le produjo verdadera satisfacción.

Pocos minutos después de haberse retirado, la puerta por donde había entrado se abrió lentamente, quedando medio entornada, y dejó entrar en la capilla la lechosa luz de una linterna colocada en el suelo, en el umbral. La confusa y temblorosa luz dejó ver una forma apoyada al lado de la puerta, pero

en la parte de afuera; figura en la que, al acercarse, reconoció al ermitaño, prosternado en la misma posición de humildad en que le había dejado, y que seguramente había conservado durante todo el tiempo que su huésped había permanecido en la capilla.

—Todo ha terminado —dijo el ermitaño al oír que se le acercaba el caballero—; y tanto el más miserable pecador de la tierra, como el que se puede considerar el más enaltecido y más feliz de la raza humana tienen que retirarse de este lugar. Toma la luz y guíame por la escalera, porque yo no puedo destapar mis ojos hasta que esté lejos de este sagrado recinto.

El caballero escocés obedeció en silencio, porque el solemne e inefable recuerdo de todo lo que había visto, le frenaba los impulsivos movimientos de la curiosidad. Siguiéron con gran cuidado el mismo camino por donde habían llegado hasta allí, pasando por los mismos lugares y escaleras secretas por donde había subido, hasta que, por fin se encontraron en la estancia de entrada de la cueva del ermitaño.

—El condenado criminal es restituido a su calabozo, arrastrado de un miserable día a otro, hasta que su Juez Supremo disponga, finalmente, que se cumpla la sentencia que tiene bien merecida.

Mientras decía estas palabras, el ermitaño se quitó el velo que le tapaba los ojos, y lo contemplo exhalando un ahogado y profundo suspiro. Tan pronto como lo hubo devuelto al lugar de donde lo sacara el escocés, dijo a su compañero, en un tono casi brusco:

—¡Vete, vete! Vete a descansar. Tienes que dormir; tú puedes dormir; yo ni puedo ni debo.

Respetando la agitación con que le había hablado, el caballero se retiró a la habitación interior; pero, volviendo la vista en el momento de abandonar el recinto exterior, vio cómo el anacoreta se quitaba de los hombros la piel de cabra con frenética precipitación, y no había tenido tiempo aún de cerrar la puerta que separaba las dos estancias de la caverna, cuando oyó el chasquido de los disciplinazos que se infligía el penitente, y los gemidos que éste exhalaba a causa del dolor de la flagelación. Un frío sudor cubrió el rostro del caballero al pensar en lo terrible que debía ser el pecado cometido y la magnitud de los remordimientos, que no pudieran ser borrados ni aligerados por una penitencia tan dura. Rezó devotamente el rosario y se tendió sobre su rústico jergón, después de lanzar una mirada al musulmán, que seguía durmiendo; y, rendido por todas las variadas escenas que le habían sucedido durante aquel día y aquella noche, no tardó en quedar profundamente dormido como un niño. Cuando despertó, a la mañana siguiente, tuvo una conversación con el ermitaño sobre asuntos de importancia, y el resultado de su entrevista le indujo a permanecer dos días más en la caverna. Como buen peregrino,

practicó con gran regularidad sus devociones, pero no se le volvió a dejar entrar en la capilla, en que tuvo ocasión de ser testigo de tantas maravillas.

CAPÍTULO VI

Como anuncian los versos que anteceden, ahora la escena debe cambiar, y debemos pasar desde las desiertas montañas del Jordán al campamento del rey Ricardo de Inglaterra, que a la sazón estaba establecido entre San Juan de Acre y Ascalon, y en el cual se encontraba aquel ejército con que el del Corazón de León se había prometido marchar triunfalmente sobre Jerusalén, propósito en que probablemente habría triunfado, a no ser por los odios de los príncipes cristianos que tomaban parte en la misma expedición, las ofensas inferidas por la terca altivez del monarca inglés, y el descarado desprecio de Ricardo para con los monarcas hermanos, los cuales, si bien le eran iguales en cuanto a rango, lo eran en mucho inferiores, en cuanto a valentía, osadía y pericia militar. Tales discordias, y particularmente las existentes entre Ricardo y Felipe de Francia, crearon disputas y obstáculos que impidieron toda acción efectiva propuesta por el heroico, aunque impetuoso Ricardo, mientras las filas de los cruzados disminuían de día en día, no sólo por las deserciones de individuos, sino por las de bandos enteros que, mandados por sus respectivos señores feudales, se retiraban de una contienda en cuyo éxito habían dejado de creer. Como siempre, los efectos del clima fueron fatales para los soldados del Norte, mucho más teniendo en cuenta que la disoluta licencia de los cruzados contrastaba de manera singular con los principios y los propósitos por los que habían tomado las armas, y les hacía más fácilmente víctimas de la insana influencia de ardientes calores y de glaciales rocíos. A estas causas de desaliento se agregaba la espada del enemigo. Saladino, el nombre más grande que se recuerda en la historia oriental, había aprendido, a costa de una fatal experiencia, que sus soldados, armados a la ligera, no eran muy a propósito para combatir cuerpo a cuerpo con los francos, cubiertos de hierro. Y al mismo tiempo los acontecimientos le enseñaron que era preciso; temer y desconfiar del aventurero carácter de su antagonista Ricardo. Pero, si bien sus ejércitos habían sido derrotados más de una vez con gran carnicería, el número de sus soldados daba al sarraceno la ventaja en aquellas ligeras escaramuzas, que en su mayoría eran inevitables.

A medida que disminuía el ejército de los invasores, los ataques del sultán se hacían más numerosos y más intensos, en aquella especie de guerra de segunda categoría. El campamento de los cruzados estaba rodeado, y casi sitiado, por nubes de caballería ligera, que parecían enjambres de avispa. Fácilmente destruibles cuando se las podía alcanzar, pero que tenían alas para

escaparse de una fuerza superior, y agujones para herir y hacer daño. Se sostenía una guerra perpetua de avanzadillas y forrajeadores, en la que se perdían muchas vidas preciosas, sin obtener ninguna ganancia equivalente; se interceptaba la marcha de los convoyes y se cortaban las comunicaciones. Los cruzados tenían que comprar los medios de sostener la vida al coste de la vida misma, y el agua, como la de la fuente de Belén, tan deseada por el rey David, uno de sus antiguos monarcas, había de obtenerse, como en aquellos tiempos, a precio exclusivo de sangre.

En gran parte, estos males eran compensados por la firme resolución e incansable actividad del rey Ricardo, quien, junto con algunos de sus mejores caballeros, estaba siempre montado en su caballo, dispuesto a correr a cualquier peligro, y muchas veces no sólo había auxiliado inesperadamente a los cristianos, sino que había derrotado a los infieles cuando parecían estar más seguros de la victoria. Pero aun la férrea constitución de Corazón de León sucumbió a las alternativas de aquel insano clima, unidas a los incesantes esfuerzos, tanto del cuerpo como del espíritu. Ricardo cayó víctima de aquellas lentas y devoradoras fiebres peculiares al Asia, y, a pesar de su gran fuerza y su entereza de ánimo aún mayor, se vio imposibilitado de montar a caballo, y privado, por consiguiente, de asistir a los consejos de guerra que de vez en cuando celebraban los cruzados. No era fácil decir si este forzoso estado de inactividad personal fue más o menos soportable al monarca inglés, después que el Consejo de los Cruzados resolvió pactar una tregua de treinta días con el sultán Saladino; porque, por una parte, si le disgustaba el retraso que ello significaba en la realización de su gran empresa, por otra parte se consolaba pensando que nadie conquistaría laureles mientras él se consumía inactivo en su lecho.

Sin embargo, lo que Corazón de León podía perdonar menos era la inactividad general que reinó en el campamento tan pronto como su enfermedad tomó el carácter grave; y las noticias que obtuvo de las pocas personas fieles que le asistían le dieron a entender que las esperanzas del ejército disminuían a medida que la gravedad de su enfermedad aumentaba, y que el intervalo de la tregua no se empleaba en reclutar nuevos soldados, reanimar a los veteranos y fomentar el espíritu de conquista, a fin de preparar el ejército para un rápido e incontenible avance sobre la Ciudad Santa, que era el objetivo de su expedición, sino que se aprovechaba para fortificar el campamento que ocupaba su diezmado ejército, abriendo trincheras, levantando empalizadas y construyendo otras fortificaciones, como si se prepararan más bien para repeler un ataque de un poderoso enemigo, tan pronto como se reanudaran las hostilidades, en lugar de tomar el carácter agresivo de conquistadores y asaltantes.

En presencia de estos informes, el rey inglés se revolvió con la rabia de un

león cautivo, que ve una presa más allá de los hierros de su jaula. Violento e impetuoso por naturaleza, la irritabilidad de su temperamento le devoraba. Era temido por todos los que le asistían, e incluso sus médicos no se atrevían a adoptar la autoridad necesaria que un facultativo debe ejercer sobre un enfermo, en beneficio de este mismo. El único que se atrevía a interponerse entre el dragón y su cólera, era un fiel barón que, quizá por el parecido de su carácter, era especialmente afecto a la persona del rey; sin decir nada, pero persistentemente, mantenía sobre el peligroso inválido una vigilancia que nadie más habría podido ejercer, y que Thomas de Multon ejercía solo porque le preocupaba más la vida y el honor de su soberano que el favor que pudiese perder y el riesgo que corría velando a un enfermo tan intratable, y cuyo disgusto podía ser tan peligroso.

Sir Thomas era señor de Gilsland, en Cumberland; y, en una época en que los apodos y los títulos no eran aplicados a las personas tan distintamente como hoy, se le conocía entre los normandos por el nombre de señor De Vaux; y en Inglaterra, los sajones, fieles a su antiguo lenguaje y orgullosos de la parte de sangre sajona que corría por las venas de este famoso guerrero, le llamaban Thomas, o más familiarmente Thom de los Gills, o Valles Estrechadas, derivado su nombre de los extensos dominios que poseía.

Este guerrero había intervenido en casi todas las guerras habidas entre Inglaterra y Escocia, y entre las diferentes facciones nacionales que entonces devastaban el primero de dichos países; en todas ellas se había distinguido, tanto por su conducta militar como por su valor personal. Por lo demás, era un soldado rudo, obtuso y descuidado en su exterior, taciturno —por no decir insociable— en el trato, y que, por lo menos en apariencia, desdeñaba la política y la etiqueta. Sin embargo, algunos, pretendiendo descubrir lo que hay debajo del carácter de los hombres, aseguraban que el señor De Vaux era tan astuto y ambicioso como rudo y valiente, y otros creían que si imitaba lo brusco y agresivo del rey, lo hacía en definitiva para consolidar su favor y asegurarse la satisfacción de sus disimuladas ambiciones. Pero nadie se atrevía a oponerse a sus proyectos, si es que tenía algunos, rivalizando con él en la peligrosa ocupación de asistir diariamente a la cabecera de un enfermo cuya dolencia se había declarado infecciosa, y más especialmente cuando se recordaba que el paciente era Corazón de León, que sufría todas las furiosas impacencias del soldado retirado de la batalla, y del soberano incapacitado de hacer sentir su autoridad; y los simples soldados, por lo menos, los del ejército inglés, opinaban generalmente que De Vaux cuidaba al rey como un compañero de armas lo haría con otro, con la honrada y desinteresada franqueza de la camaradería militar, contraída entre los que comparten los peligros diarios.

Fue en el atardecer de un día de Siria cuando Ricardo se acostó enfermo, lo

cual le contrarió tanto en su espíritu, como la enfermedad repugnaba a su cuerpo. Sus grandes ojos azules, que habitualmente brillaban con singular viveza, aumentada ahora por la fiebre y la impaciencia mental, despedían entre los largos y enmarañados mechones de cabellos rubios, miradas tan fulgurantes y enérgicas que parecían en verdad los últimos resplandores de un ocaso atravesando las nubes de una tempestad que se avecina, pero dorados aún por los rayos del sol. Sus facciones varoniles delataban los progresos de la devoradora enfermedad, y su barba, crecida y descuidada, le cubría los labios y el mentón. La inquietud con que se revolvía de un lado a otro en la cama, con las ropas revueltas, que a veces se quitaba de encima rabiosamente; el desorden del mismo lecho y sus inquietos ademanes demostraban a simple vista la energía y la impetuosa impaciencia de un estado de espíritu, cuya esfera de acción natural la constituían los más activos ejercicios.

Al lado del lecho se encontraba Thomas de Vaux, que por su cara, su actitud y sus ademanes, contrastaba todo cuanto pueda imaginarse con el monarca enfermo. Su estatura era casi gigantesca, y su cabellera habría podido parecer, por su abundancia, la de Sansón, pero después de haber pasado este héroe israelita por las tijeras de los filisteos, porque la de De Vaux tenía cortados los cabellos de tal manera que pudiesen caber dentro del casco. El brillo de sus grandes ojos, de color de avellana, tenía la luz de una mañana de otoño, y sólo se turbaban momentáneamente cuando alguna que otra vez eran atraídos por las vehementes señales de agitación e inquietud de Ricardo. Su cara, tan robusta como el resto de su persona, debía haber sido bella antes de quedar desfigurada por las heridas; su labio superior, siguiendo la moda de los normandos, estaba cubierto de un espeso bigote, tan largo que se le juntaba con la cabellera, ambos de un castaño oscuro, moteado por algunas canas. Su cuerpo parecía hecho a propósito para desafiar la fatiga y el clima, porque era ancho de espaldas, liso de caderas, largo de brazos, de pecho elevado y piernas muy fuertes. Hacía más de tres noches que no se había quitado su jubón de piel de búfalo, que tenía pintada la cruz en la espalda, y durante aquel tiempo sólo se había permitido el momentáneo descanso de que puede disfrutar la persona que vela a un monarca enfermo. Este barón raras veces cambiaba de actitud, excepto para administrar a Ricardo la medicina o el alimento, que ninguno de los demás asistentes, menos afortunados, podía convencer al impaciente monarca de que tomara; y en la forma bondadosa, aunque ruda, con que desempeñaba una misión que contrastaba tan extrañamente con sus costumbres y maneras de solitario y de soldado, se veía algo que emocionaba.

El pabellón en que estaban estos personajes tenía más aspecto militar que suntuosidad real, siguiendo el gusto de la época y el carácter personal de Ricardo. Esparcidas por la tienda o colgadas de los pilares que la sostenían, se veían armas ofensivas y defensivas, muchas de ellas de rara y reciente construcción. Tendidas en el suelo, y a lo largo de los costados de la tienda,

había pieles de animales muertos en partidas de caza, y sobre estos restos de los habitantes de la selva yacían tres alanos, como se los llamaba entonces (es decir: producto del cruzamiento de lebel y dogo), de gran tamaño, y blancos como la nieve. Sus caras, marcadas con muchas huellas de zarpazos y mordiscos de jabalí, demostraban la parte activa que habían tomado en la conquista de aquellos trofeos sobre los cuales descansaban ahora; y sus ojos, fijos de vez en cuando con expresiva mirada en el lecho de Ricardo, demostraban cuan maravillados y entristecidos se sentían por la inactividad que se veían obligados a compartir. Ésos eran los compañeros del soldado y cazador; pero en una mesita cercana al lecho se hallaba un escudo de acero, de forma triangular, ostentando los tres leones que al principio adoptó el monarca para divisa, la diadema de oro, muy parecida a una corona ducal, pero más elevada en la frente que por detrás, la cual, con el terciopelo de púrpura y la tiara bordada que la remataba, constituía entonces el emblema de la soberanía inglesa. A su lado, como dispuesto a defender aquel símbolo real, yacía la pesada masa de guerra, cuyo peso habría rendido cualquier otro brazo que no hubiese sido el de Corazón de León.

En otro departamento de la tienda esperaban dos o tres oficiales de la Casa del rey, deprimidos y ansiosos por la salud de su señor, y aun más por su propia seguridad, en el caso de que cayeran enfermos ellos. Sus temores se propagaban a los centinelas del exterior de la tienda, que pasaban de arriba a abajo con la cabeza gacha y silenciosos, o quedaban inmóviles en su lugar, con las alabardas en la mano, más parecidos a trofeos armados que a guerreros vivientes.

—Así, pues, ¿no tienes mejores noticias que darme, Sir Thomas? —dijo el rey, después de un largo y agitado silencio, transcurrido entre el febril nerviosismo que ya hemos descrito. —Todos nuestros caballeros se han vuelto mujeres, nuestras damas se han vuelto devotas, y ya no queda ni una chispa de valor ni de galantería para iluminar un campamento que contiene lo más escogido de la Caballería europea. ¡Ay!

—La tregua, señor —dijo De Vaux, con la misma paciencia con que ya había repetido veinte veces la misma explicación—, nos priva de conducirnos como hombres de acción; y en cuanto a las señoras, yo no soy un gran galanteador, como muy bien sabe Vuestra Majestad, y pocas veces substituyo el cuero de mi jubón o el acero de mi espada por el terciopelo y el oro; pero todo lo que sé es que nuestras más escogidas bellezas acompañan a Su Majestad la reina y a las princesas en su peregrinación al convento de Engaddi, para cumplir la promesa que han hecho por la salud de Vuestra Majestad.

—¿Y de esta manera —dijo Ricardo con el nerviosismo de la enfermedad — se aventuran las damas y doncellas en un país en que los perros que lo

infestan tienen tan poca lealtad como fe en Dios?

—Acordaos, señor, de que tienen la palabra de Saladino garantizando su seguridad —contestó De Vaux.

—Es verdad, es verdad —contestó el rey—. He sido injusto con el sultán. Le debo las gracias: Dios quiera que se las pueda dar con mi cuerpo entre los dos ejércitos... a la vista de cristianos e infieles.

Al decir estas palabras, Ricardo sacó fuera de la cama su brazo derecho, desnudo hasta el hombro, e incorporándose penosamente agitó el puño cerrado como si tuviera cogida la espada, blandiéndola sobre el turbante alhajado del sultán. No sin una amable violencia, que el rey no habría tolerado fácilmente de nadie más, De Vaux, en su calidad de enfermero, obligó a su real señor a tenderse otra vez y le cubrió el brazo, el cuello y las espaldas con la misma solicitud de una madre para dominar a un niño travieso.

—A pesar de tu buena voluntad, eres un enfermero algo brusco, De Vaux —dijo el rey, sonriendo con amarga expresión, pero sometiéndose a una fuerza que él no estaba en situación de resistir—. Me parece que una cofia de vieja le iría tan bien a tu ruda cara como a mí un gorro de criatura. Seríamos un chiquillo y una nodriza que asustaríamos a las muchachas.

—Hemos asustado a los hombres más de una vez, señor —contestó De Vaux— y estoy seguro de que viviremos lo suficiente para volverlos a asustar. ¿Qué significa un acceso de fiebre que basta soportar con paciencia para que termine pronto?

—¡Un acceso de fiebre! —exclamó Ricardo impetuosamente—; tú puedes creer, y quizá tengas razón, que lo que sufro es un acceso de fiebre; pero ¿qué tienen los demás príncipes cristianos?, ¿qué tiene Felipe de Francia, y ese gordo austríaco, y el de Montserrat, y los Hospitalarios y los Templarios?, ¿qué tienen todos ellos? ¡Ya te lo diré yo! Es una fría parálisis, una letargia mortal; un mal que les priva de hablar y moverse, un cáncer que roe el corazón de todo lo que es noble, caballeroso y virtuoso entre ellos; que les hace faltar al más noble voto que haya hecho jamás caballero alguno, que les hace indiferentes a su fama y olvidadizos de Dios.

—¡Por el amor de Dios, señor! —dijo De Vaux—. ¡No lo toméis tan a pecho! Van a oídos desde fuera, por donde circulan estas frases de boca en boca, entre los soldados, y provocan disputas y riñas en el ejército cristiano. Pensad que vuestra enfermedad les priva del principal sostén de su empresa, y que una catapulta sin rodillo y sin palanca funcionaría mejor que el ejército cristiano sin el rey Ricardo.

—Me adulas, De Vaux —dijo Ricardo; y, no insensible del todo al poder de la adulación, reclinó su cabeza en la almohada, mejor dispuesto al descanso

de lo que había estado hasta entonces. Pero Thomas de Vaux no era un cortesano; la frase que había pronunciado había subido espontáneamente a sus labios, y no supo cómo continuar el agradable tema de manera que prolongara el buen estado de ánimo que él había suscitado. Por consiguiente, quedó silencioso, hasta que el rey, volviendo a caer en sus sombríos pensamientos, le dijo de pronto:

—¡Por Dios! Eso se dice sólo para apaciguar a un enfermo; pero ¿por qué razón una liga de monarcas, un conglomerado de nobles, una selección de toda la Caballería de Europa, tienen que suspender su actividad por la enfermedad de un solo hombre; aunque, por azar, éste sea el rey de Inglaterra? ¿Por qué razón la enfermedad, o la muerte, de Ricardo habría de paralizar la marcha de treinta mil hombres tan bravos como él mismo? Cuando el ciervo que va delante cae herido, no se dispersa en modo alguno el rebaño; y cuando el halcón se lanza sobre la cigüeña que guía a toda la bandada, otra se pone en su lugar, ¿por qué, pues, no se reúnen todas las dignidades y eligen a alguien a quien confiar el mando de toda la hueste?

—Está bien. Si ello agrada a Vuestra Majestad —dijo De Vaux—, os diré que he oído comentar que se han celebrado deliberaciones entre los caudillos reales, para tratar sobre este particular.

—¡Ah! —exclamó Ricardo, a quien se le despertó la envidia, y dirigiendo a otro punto su irritación mental—. ¿Ya me olvidan mis aliados antes de que se rae haya administrado el último sacramento? ¿Es que ya me consideran muerto? Pero no, no... Tienen razón. ¿Y a quién han designado para dirigir a la hueste cristiana?

—Por el rango y la dignidad —dijo De Vaux—, el puesto corresponde al rey de Francia.

—¡Oh, sí! —contestó el monarca inglés—. Felipe de Francia y de Navarra, Mountjoie Saint Denis. ¡Su Cristianísima Majestad! ¡Palabras ampulosas, ésas! Pero sólo existe un peligro, y es que pueda confundir las palabras En arrière por En avant, y que nos vuelva a París en lugar de marchar hacia Jerusalén. Su criterio político ha descubierto que es mucho más provechoso oprimir a sus feudatarios y saquear a sus aliados que luchar contra los turcos para la Conquista del Santo Sepulcro.

—Podrían designar al archiduque de Austria —dijo De Vaux.

—¿A ese? ¿Quizá porque es tan alto y está tan gordo como tú, Thomas, y porque tiene una cabeza grande como la tuya? Pero carece de tu indiferencia por el peligro y tu resistencia a las heridas... Te digo que el de Austria, con toda su masa de carne, no tiene más ímpetu bélico que el que pueda tener una avispa, ni más valentía que un pájaro. ¡No quiero saber nada de él! Él,

¿caudillo de caballeros de hazañas gloriosas? Dale una botella de vino del Rin, para que se lo beba con sus andrajosos, pero presuntuosos baarenhanter y lansquenetes.

—Queda el Gran Maestre de los Templarios —prosiguió el barón, satisfecho de que la atención de su señor se concentrara en otros temas que su enfermedad, aunque tuviese que ser a expensas de los príncipes y magnates—. Es intrépido, hábil, bravo en la batalla y sabio en el consejo, y, además no tiene reinos propios que le puedan distraer de sus esfuerzos para recobrar la Tierra Santa. ¿Qué piensa Vuestra Majestad del Maestre como comandante en jefe de la hueste cristiana?

—¡Ah! ¿Beau-Séant? —contestó el rey—. ¡Oh! Nada puede decirse del Hermano Giles Armaury; sabe ordenar una batalla y luchar delante de todos desde el principio. Pero, Sir Thomas, ¿estaría bien quitar Tierra Santa a Saladino, adornado con todas las virtudes que pueda tener un infiel, para darla a Giles Armaury, que es más pagano que el propio Saladino, que es un idólatra, un adorador del diablo, un nigromántico, que comete los más oscuros y antinaturales crímenes en subterráneos y secretos lugares de abominación y obscuridad?

—El Gran Maestre de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén no tiene fama de hereje ni de mago —contestó De Vaux.

—Pero ¿no es un miserable avaro? —dijo vivamente Ricardo—. Y, ¿no se sospecha mucho que haya vendido a los infieles las ventajas que nunca habrían podido obtener en lucha real? Créeme que sería preferible regalar el ejército a los patronos venecianos o a los mercaderes de Lombardía, que confiarlo al Gran Maestre de San Juan.

—Está bien; entonces, sólo voy a proponeros otro candidato —dijo el barón De Vaux—. ¿Qué me decís del bizarro marqués de Montserrat, tan sabio, tan elegante, y tan buen guerrero?

—¿Sabio? Astuto, debes querer decir —replicó Ricardo—. Elegante en la habitación de una dama, sí ¡Oh, ya lo creo, Conrado de Montserrat! ¿Quién no conoce a ese pisaverde? Político y versátil, cambiaría de proyectos tan a menudo como de vestido, y jamás podréis deducir el color de su ropa interior por la que lleva encima. ¿Un excelente guerrero? Sí; una magnífica figura cabalgando en su caballo, capaz de hacer un gran papel en un torneo y dentro del recinto donde las espadas tienen el filo y la punta embotados; y donde las lanzas son de madera y no de acero. Tú no estabas presente cuando dije a este elegante marqués: «Estamos aquí tres buenos cristianos, y allí, en el llano, están las lanzas en ristre de un destacamento de unos sesenta sarracenos. ¿Qué os parece si les atacáramos por sorpresa? Sólo tocan unos veinte infieles despreciables para cada verdadero caballero».

—Me dijeron que el marqués contestó —dijo De Vaux— que sus brazos eran de carne y no de hierro, y que prefería tener un corazón de hombre a tenerlo de fiera, aunque esta fiera fuese un león. Pero ya veo adonde vamos a parar: acabaremos allí donde hemos empezado, sin la esperanza de orar en el Sepulcro hasta que Dios devuelva la salud al rey Ricardo.

Al oír estas palabras, dichas con gran convicción, el rey prorrumpió en una gran carcajada, la primera que se permitía desde hacía algún tiempo.

—¡Qué cosa es la conciencia —dijo—, que a través de ella, hasta un obstinado caballero del Norte como tú, puede hacer que tu soberano confíese su locura! Es verdad que si ellos no se propusieron obtener más insignias de jefe, no me habría entretenido en arrancar los oropeles de seda de los muñecos de que me acabas de hablar. ¿Qué me importa que exhiban pomposas ropas, mientras no se les considera como rivales míos en la gloriosa empresa en que nos hemos empeñado? Sí, De Vaux, confieso mi debilidad y la obstinación de mi ambición. Con seguridad, se encuentran en el campo cristiano muchos caballeros mejores que Ricardo de Inglaterra, y sería de cordura y cosa digna elegir al mejor de ellos para dirigir la hueste, pero —agregó el belicoso monarca, incorporándose y apartando sus ropas con movimiento rápido, y con los ojos centelleantes, como si fuera a entrar en batalla—, si este caballero enarbolará la bandera de la Cruz en el Templo de Jerusalén, mientras yo estuviera imposibilitado de contribuir a esta noble empresa, se vería obligado, tan pronto como yo me sintiera con fuerzas para sostener una lanza, a combatir conmigo, por haber mermado mi fama llegando antes que yo al objetivo de mi empresa. Pero, oye: ¿qué son esas trompetas lejanas?

—Las del rey Felipe, si no me equivoco, señor —dijo el robusto inglés.

—¿Estás sordo, Thomas? —contestó el rey, intentando levantarse—. ¿No oyes esos relinchos y ese tumulto? Por Dios, que los turcos están dentro del campamento. Oigo sus gritos de guerra.

Intentó otra vez saltar del lecho, y De Vaux se vio obligado a hacer uso de toda su fuerza y a reclamar el auxilio de los chambelanes que estaban en la tienda, para dominarle.

—Eres un traidor desleal, De Vaux —dijo el monarca, cuando, rendido y sin aliento, hubo de someterse a una fuerza superior y quedarse quieto en la cama—. ¡Querría tener... querría tener bastante fuerza para rompértela cabeza de un mazazo!

—Yo querría también que la tuvieseis, señor —dijo De Vaux—, aunque hubieseis de utilizarla como decís. La Cristiandad saldría ganando mucho si moría Thomas Multon, y Corazón de León volvía a ser lo que era.

—Mi fiel y honrado servidor —dijo Ricardo tendiéndole la mano, que el

barón besó reverentemente—: olvida los arrebatos de impaciencia de tu soberano. Quien te insulta es esta fiebre devoradora, y no tu buen señor Ricardo de Inglaterra. Pero te ruego que salgas un momento afuera, y vuelvas a decirme qué gente extraña ha entrado en el campamento, porque estos gritos no son de cristianos.

De Vaux salió de la tienda para cumplir la orden, y encargó a los chambelanes y pajes enfermeros que, durante su ausencia, que decidió hacer tan breve como le fuese posible, vigilaran estrechamente al soberano, amenazando con hacerles responsables de lo que ocurriera, con lo que aumentó la temida inquietud de aquellos en perjuicio del cumplimiento de sus funciones, ya que, salvo la ira del monarca, nada les asustaba tanto como la del férreo e inexorable lord de Gilsland.

CAPÍTULO VII

Un considerable destacamento de guerreros escoceses se había unido a los cruzados, poniéndose, naturalmente bajo el mando del monarca inglés, puesto que en su mayoría eran de origen sajón o normando como los soldados de este príncipe, hablaban el mismo idioma, y algunos de ellos poseían fincas en Inglaterra y Escocia, y, en muchos casos, estaban unidos a familias inglesas por la sangre o por matrimonio. Esta época precedió a aquella en que, a causa de la invariable ambición de Eduardo I, adquirieron un terrible e implacable carácter las guerras entre ambas naciones; los ingleses luchaban para dominar Escocia, y los escoceses, con la firme decisión y obstinación que siempre había caracterizado su país, para defender su independencia, valiéndose para ello de los más violentos recursos, en las circunstancias más adversas y más peligrosamente azarasas. De todas maneras, hasta entonces las guerras entre ambas naciones habían sido sostenidas de una manera noble y admitían aquellos matices de delicada cortesía y de respeto hacia los enemigos declarados, que atenúan y hacen más soportables los horrores de la lucha. De consiguiente, en tiempos de paz y en tiempos de guerra, como entonces, cuando ambos países sostenían en común una lucha que, a causa de sus ideas religiosas, era igualmente interesante para uno como para otro, los aventureros de ambos pueblos muchas veces luchaban mezclados, y la emulación nacional les servía de estímulo para destacarse en los esfuerzos contra el enemigo de todos ellos.

El franco y marcial carácter de Ricardo, que no establecía ninguna diferencia entre sus súbditos y los de Guillermo de Escocia, salvo la que resultaba del comportamiento en el campo de batalla, contribuía mucho a la

unión de las tropas de ambos países. Pero a consecuencia de su enfermedad y debido a las circunstancias desfavorables en que se encontraban los cruzados, las antipatías nacionales entre los diferentes grupos incorporados a la Cruzada empezaron a manifestarse, igual que las antiguas llagas del cuerpo del hombre se irritan de nuevo bajo la influencia de la enfermedad o de la debilidad.

Los escoceses y los ingleses, igualmente altivos, celosos y susceptibles a la ofensa —más los primeros que los segundos, a causa de ser su nación más pobre y débil— empezaron a emplear en discrepancias intestinas el tiempo en que la tregua les impedía luchar juntos contra los sarracenos. Igual que los jefes romanos de antaño, los escoceses no reconocían superioridad alguna, y sus vecinos del Sur no querían considerarles iguales. Se formulaban acusaciones y recriminaciones, y tanto los soldados como los jefes y caballeros, que habían sido buenos camaradas en tiempo de victoria, se miraban irritados en la adversidad, como sí entonces no fuera más necesaria que nunca la concordia, no sólo para el triunfo de su causa, sino también para su seguridad personal. La misma desunión había empezado a manifestarse entre franceses e ingleses, italianos y alemanes, y suecos y daneses; pero lo que interesa principalmente a nuestro relato es la discordia entre las dos naciones situadas en una misma isla, y que, por esta misma razón, parecían más llenas de mutua animadversión.

De todos los nobles que habían seguido al rey a Palestina, el que mayores prejuicios tenía contra los escoceses era De Vaux; era su vecino más próximo, y se había pasado la vida luchando contra ellos en privado y en público, habiéndoles infligido muchas y grandes calamidades en todas las ocasiones que se le presentaban. Su amor y adhesión al rey eran semejantes al vivo afecto del viejo mastín inglés hacia su dueño, y le hacían ser brutal e inaccesible con todos los demás, hasta con los que eran indiferentes al rey, y agresivo y peligroso hacia aquellos a los que el rey tenía animadversión. De Vaux no vio jamás sin enfado y celos las manifestaciones de cortesía o favor del monarca hacia la perversa, falsa y feroz raza nacida a la orilla de un río o de una frontera imaginaria establecida entre yermos y desiertos, e incluso llegaba a dudar del éxito de una Cruzada en la que se había permitido que intervinieran los escoceses, y en el fondo de su corazón les miraba con no mejor voluntad que a los sarracenos, a quienes había ido a combatir. Puede añadirse que, siendo un inglés de sangre y de corazón, poco acostumbrado a disimular los impulsos de afecto u odio, consideraba que la ponderada cortesía que los escoceses habían aprendido, quizá por imitación de sus frecuentes aliados los franceses, o por su propio carácter altivo y reservado, era una muestra de la falsedad y astucia con que disimulaban las peores intenciones contra sus vecinos; y, por consiguiente, con inglesa buena fe, creía que sería muy difícil obtener de ellos ninguna ventaja positiva, si se utilizaban sólo procedimientos honorables.

Sin embargo, aunque De Vaux abrigaba estos sentimientos respecto a sus vecinos del Norte, y los hacía extensivos, con muy pocas reservas, a los que habían seguido la Cruz, el respeto al rey, y un sentimiento del deber impuesto por su voto de cruzado, le hacían abstenerse de ponerlos de manifiesto de otra manera que evitando sistemáticamente, en cuanto le era posible, el trato con sus hermanos de armas escoceses, guardando un sombrío silencio cada vez que se veía obligado a ponerse en contacto con ellos, y mirándoles con desdén cuando les encontraba en el camino o en el campamento. Los barones y caballeros escoceses no eran hombres que aguantaran sus desdenes o los dejaran sin réplica, y la situación llegó a tal extremo, que De Vaux fue considerado el enemigo más decidido y más activo de una nación a la que, al fin y a la postre, él se limitaba a odiar y, en cierta manera, a despreciar. Asiduos observadores habían hecho notar que, si no sentía por ellos la caridad de las Escrituras, que tolera mucho y juzga con benevolencia, no estaba falto de aquella virtud, inferior y limitada, que alivia y consuela las miserias del prójimo. Las riquezas de Thomas de Gilsland le proporcionaban provisiones y medicinas en exceso, y muchas veces algo de todo eso pasaba al campamento de los escoceses; esta altiva generosidad procedía del principio según el cual para el hombre lo más importante después de los amigos son los enemigos, por insignificantes que fuesen, prescindiendo de todos los matices intermedios; en ellos no había de pensarse ni un solo momento. Esta explicación es necesaria para que el lector pueda comprender claramente lo que vamos a relatar.

No había dado muchos pasos Thomas de Vaux fuera de la tienda real, cuando ya se dio cuenta de lo que el oído, más fino que el suyo, del monarca inglés, aficionado al arte de los trovadores, había percibido instantáneamente, es decir: que los sonidos estridentes que oyera eran producidos por chirimías, trompetas y atabales sarracenos. Al extremo de una calle de tiendas que conducía a la de Ricardo, pudo ver a un grupo de soldados ociosos congregados en el lugar de donde procedía la música, que estaba casi situado en el centro del campamento, y, con gran sorpresa, vio también, mezclados entre los yelmos de diferentes formas que usaban los cruzados de las diversas nacionalidades, turbantes blancos y largas lanzas, que anunciaban la presencia de guerreros sarracenos. Divisó también las enormes cabezas deformes de algunos camellos o dromedarios, que sobresalían de la multitud gracias a sus largos y desproporcionados cuellos.

Maravillado y sorprendido ante un espectáculo tan inesperado como singular —porque era costumbre dejar las banderas de tregua, o cualquier otra comunicación del enemigo, en un lugar determinado, fuera del recinto—, el barón lanzó una mirada en derredor suyo, para ver si descubría a alguien que le explicara aquella alarmante novedad. La primera persona a quien vio le pareció ser un español o un escocés, por su manera de andar altiva y grave; y en seguida murmuró:

—Sí, es un escocés, el del Leopardo. Le he visto luchar bastante bien, a pesar de ser escocés.

Desdeñó dirigirle la palabra, ni por pura fórmula, y ya iba a dejar pasar de largo a Sir Kenneth observando aquella actitud suya de enfurruñamiento y desprecio con que parecía querer decir: «Te conozco, pero no quiero decirte nada», cuando el caballero del Norte le desbarató el propósito, pues se dirigió a él abiertamente y con cortesía le dijo:

—Señor De Vaux, tengo que hablaros.

—¡Ah! —contestó el barón inglés—. ¿A mí? Decid lo que os convenga, pero abreviad; tengo una importante comisión del rey.

—La mía afecta al rey mucho más de cerca —contestó Sir Kenneth—. Creo que le traigo la salud. El señor de Gilsland contempló al escocés de pies a cabeza, con incredulidad, y replicó:

—Que yo sepa, no sois médico, señor escocés... Antes os creería si dijerais que traéis la riqueza al rey de Inglaterra.

Aunque disgustado por el tono con que le contestaba el barón, Sir Kenneth preguntó con calma:

—La salud del rey Ricardo es la gloria y la riqueza de la Cristiandad... Pero tengo prisa; os ruego me digáis si puedo ver al rey.

—No, ciertamente, mi buen señor —dijo el barón—, hasta que me hayáis explicado más claramente vuestra misión. Las habitaciones de los príncipes enfermos no se abren tan fácilmente al primero que quiera entrar en ellas, como si fuera una hostería del Norte.

—Señor —contestó Kenneth—: la Cruz que, como vos, llevo, y la importancia de lo que tengo que decir me obligan a pasar por alto, por ahora, un comportamiento que no toleraría en ninguna otra ocasión. En pocas palabras, pues: traigo un médico sarraceno que se encargará de la curación del rey.

—¿Un médico sarraceno? —exclamó De Vaux—. ¿Y quién nos asegura que, en lugar de medicinas, no le dará venenos?

—Su propia vida, señor; su cabeza, que él ofrece como garantía.

—He conocido a más de un atrevido bribón —dijo De Vaux— que apreciaba su vida mucho menos de lo que valía, y que habría ido a la horca tan alegremente como si el verdugo fuese su pareja de baile.

—Pero el caso es, señor —replicó el escocés—, que Saladino, a quien nadie negará la fama de ser un enemigo generoso y valiente, ha enviado a este médico acompañado de su séquito y una escolta dignos de la gran estima en

que tiene a El Hakim, junto con un regalo de frutas y golosinas para la Casa privada del rey, y un mensaje concebido en los términos que pueden esperarse de un enemigo honorable: es decir que desea que Ricardo quede curado muy pronto de la fiebre para que pueda recibir la visita que el sultán se propone hacerle, con su desnuda cimitarra en la mano y al frente de cien mil jinetes. Vos, que sois del Consejo secreto del rey, ¿haréis el favor de ordenar que descarguen aquellos camellos y que se tomen las disposiciones adecuadas para recibir al sabio médico?

—¡Maravilloso! —dijo De Vaux, como hablando consigo mismo—. Pero ¿quién respondería del honor de Saladino si mediante un acto de mala fe se quitara de delante su más poderoso adversario?

—Yo responderé con mi vida, mi fortuna y mi honor —replicó Sir Kenneth.

—Es raro —insistió De Vaux—. El Norte sale fiador por el Sur, y el escocés por el turco. ¿Puedo preguntar, Sir Kenneth, por qué os halláis mezclado en este asunto?

—He estado ausente para hacer una peregrinación, señor, en el transcurso de la cual he llevado un mensaje al santo ermitaño de Engaddi —contestó Kenneth.

—¿No podéis explicármelo, Sir Kenneth, ni decirme cuál ha sido la respuesta de aquel santo varón?

—Imposible, señor —contestó el escocés.

—Soy del Consejo secreto de Inglaterra —dijo el inglés arrogantemente.

—A cuyo país no debo acatamiento —contestó Kenneth—. Aunque en esta guerra he seguido voluntariamente las iniciativas personales del rey de Inglaterra, he sido enviado por el Consejo general de los reyes, príncipes y jefes supremos del ejército de la Santa Cruz, y sólo a ellos debo dar cuenta de mi misión.

—¡Ah! ¿En ésas estamos? —exclamó el orgulloso barón De Vaux—. Pues has de saber que por mensajero de reyes y príncipes que seas, ningún médico se acercará a la cabecera del lecho del rey de Inglaterra sin el consentimiento del señor de Gilsland, y ¡ay del que se atreva a penetrar en la tienda sin él!

Le volvió la espalda altaneramente, pero el escocés volvió a ponerse delante, y, con una voz que a pesar de estar llena de calma no dejaba de expresar su parte de orgullo, le preguntó si el señor de Gilsland le consideraba un noble y un buen caballero.

—Todos los escoceses son nobles de nacimiento —contestó Thomas de Vaux con cierta ironía; pero reconoció su injusticia al observar que el rostro de

Kenneth se sonrojaba, por lo que agregó—: Injusto sería dudar de que vos sois un buen caballero, por lo menos para quien os ha visto cumplir brava y lealmente con vuestro deber.

—Está bien —dijo el escocés, satisfecho por la franqueza de esta última declaración—. Permittedme, pues, Thomas de Gilsland, que os jure, como verdadero escocés que soy, lo cual considero un privilegio idéntico al de mi rancia nobleza, y tan cierto como que fui armado caballero y que he venido aquí para cosechar laureles y fama en esta vida mortal y el perdón de mis pecados en la futura, que de todo corazón afirmo, por la Cruz que llevo, que no deseo otra cosa que la salud del rey Ricardo Corazón de León, al ponerle en manos de este médico musulmán.

Al inglés le impresionó lo solemne de tal declaración, y contestó más cordialmente de lo que había hecho hasta entonces.

—Decidme, señor caballero del Leopardo: concediendo (de lo cual no dudo) que estáis absolutamente convencido de lo que decís, en un país donde el arte de envenenar está tan extendido como el arte culinario, ¿obraría prudentemente si permitiera que un médico desconocido probara sus drogas en una vida tan preciosa para toda la Cristiandad?

—Señor —contestó el escocés—: sólo puedo contestaros que mi escudero, el único sirviente que me han dejado la guerra y las enfermedades, ha sufrido la misma fiebre maligna que se ha apoderado del valiente rey y ha paralizado con ello el brazo principal de nuestra santa empresa. Este médico, este El Hakim, le ha administrado un remedio aun no hace dos horas, y el enfermo ya descansa en un sueño reparador. Que él puede curar la epidemia que nos ha sido tan fatal, no lo dudo; que tiene el propósito de hacerlo, me parece que lo asegura la misión que trae del real sultán, que es todo lo leal y cordial que puede ser un infiel ciego a la verdadera fe; y en cuanto al posible éxito, la seguridad de una recompensa si triunfa y del castigo en caso de fracaso voluntario, pueden ser suficientes garantías.

El inglés escuchaba con la vista baja, como quien duda, pero no se resistía sistemáticamente a dejarse convencer. Al fin, levantó los ojos y dijo:

—¿Puedo ver a vuestro escudero enfermo, señor?

El caballero escocés se sonrojó, pero después contestó:

—Con sumo gusto, señor de Gilsland; pero cuando veáis mi pobre tienda, es preciso que recordéis que los nobles y caballeros de Escocia no comen tan suntuosamente ni duermen en camas tan blandas ni se preocupan de la magnificencia de su alojamiento como sus vecinos del sur. Yo estoy pobremente instalado, señor de Gilsland —agregó recalcando altivamente, sus palabras, mientras guiaba al barón, con cierto desagrado, a su alojamiento

temporal.

Fuesen los que fuesen los prejuicios de De Vaux contra la patria de su nuevo amigo, y a pesar de que no intentaremos negar que en su mayor parte procedían de la proverbial pobreza de ese pueblo, el barón tenía demasiada nobleza de alma para disfrutar con la mortificación de un bravo guerrero que se veía obligado a exhibir miserias, que su amor propio había escondido con gran contento.

—Vergüenza para el soldado de la Cruz —dijo— que piense en mundanos esplendores o en lujosos alojamientos, cuando va a la conquista de la Ciudad Santa. Por privaciones que podamos sufrir, siempre estaremos mejor que el ejército de mártires y de santos que recorrieron estos lugares antes que nosotros, y ahora tienen lamparillas de oro y palmas siempre verdes.

Este fue el más metafórico discurso que pronunciara jamás Thomas de Gilsland; quizá el mejor; porque —como ocurre a menudo— no expresaba la totalidad de sus sentimientos, pues a él le gustaban la buena mesa y la buena cama. En aquel instante llegaron al lugar del campamento donde tenía su tienda el caballero del Leopardo.

Ciertamente, todo lo que allí se veía daba fe de que no se violaban las leyes de mortificación a que debían sujetarse los cruzados, según la opinión que sobre ellos acababa de manifestar Gilsland. Un espacio de terreno lo suficientemente grande para instalar en él unas treinta tiendas, según las reglas de castrametación de los cruzados, estaba mitad vacío —porque el caballero, por ostentación, había pedido un espacio proporcionado al contingente que llevaba cuando llegó— y mitad ocupado por algunas cabañas construidas toscamente con ramas y cubiertas con hojas de palmera. Estas habitaciones parecían abandonadas en su totalidad, y en su mayoría estaban en ruinas. La choza central, que representaba la tienda del jefe, se distinguía por un pendón acabado en dos puntas, como una cola de golondrina, clavado en el extremo de una lanza a lo largo de la cual colgaban los pliegues inmóviles, como marchitados por los ardientes rayos del sol de Asia. Pero ni pajes, ni escuderos, ni siquiera un centinela guardaban este emblema del poder feudal y del título de caballero. No tenía más guardia que le protegiera que su propia fama.

Sir Kenneth dirigió una mirada melancólica en derredor suyo; pero, dominando sus sentimientos, entró en la choza, e hizo seña de que le siguiera al barón de Gilsland. Éste también miró en derredor, con curiosidad que expresaba una compasión no desprovista de desprecio, de la que quizá éste es, según se dice, pariente tan próximo como del amor. Agachó su casco adornado con plumas y entró en una barraca tan baja de techo que parecía que iba a quedar llena con su corpulenta persona.

El interior de aquella choza lo ocupaban principalmente dos camas; una, formada por un montón de hojas y cubierta con una piel de antílope, estaba vacía; por los objetos de guerra que se veían a su lado y por el crucifijo de plata colgado cuidadosa y respetuosamente en la cabecera, se podía suponer que era la del caballero. En la otra se encontraba el enfermo de quien hablara Sir Kenneth: un hombre robusto, de facciones duras y de algo más de mediana edad, a juzgar por su aspecto. Su cama estaba mejor arreglada, y más blanda, que la de su dueño, y era evidente que las mejores ropas, el traje que llevaba éste en tiempo de paz, y otras piezas de lujo habían sido puestas en la cama por el caballero, para mayor comodidad de su sirviente. En la parte de la entrada de la choza, que era la que estaba a la vista del barón inglés, se encontraba un muchacho calzado toscamente con unas botas de piel de ciervo, tocado con un gorro azul, y llevando un jubón que en su tiempo debían haber sido muy elegantes, pero que a la sazón se encontraban en muy mal estado; estaba de rodillas, delante de un fogón lleno de carbón vegetal, y tostando sobre unas planchas de hierro unas tortas de harina de cebada que eran entonces, como son hoy aún, el alimento predilecto del pueblo escocés. Parte de un antílope colgaba de uno de los puntales de la cabaña, y no era nada difícil adivinar cómo había sido cobrada aquella pieza, porque un perro de caza, de mejor estampa y proporciones que los que vigilaban el lecho del rey Ricardo, estaba echado cerca del fogón, siguiendo con gran atención los progresos que hacía la cochura de la torta. Este sagaz animal gruñó sordamente al ver entrar a los dos caballeros, resonándole el pecho con ruido de trueno lejano. Pero tan pronto como reconoció a su amo, meneó la cola y agachó la cabeza, absteniéndose de toda manifestación de alegría tumultuosa o ruidosa, como si su noble instinto le indicara la conveniencia del silencio en la habitación de un enfermo. Al lado de la cama, en un almohadón hecho también de hojarasca, estaba sentado, con los pies cruzados al estilo oriental, el médico sarraceno de que hablara Sir Kenneth. La poca luz que entraba no permitía ver nada más sino la parte inferior de su cara —cubierta por una barba negra y larga que le llegaba hasta el pecho—, y que llevaba un alto tolpach, gorro tártaro de lana de cordero, fabricado en Astracán, del mismo color que la barba, y un ancho caftán, o vertido turco, también muy oscuro. Lo único que podía distinguirse de su rostro, entre la penumbra que le rodeaba, eran dos ojos penetrantes, que centelleaban con brillo nada corriente.

El barón inglés quedó silencioso, presa de una especie de respetuoso temor, porque, a pesar de su carácter, generalmente enfurruñado, el espectáculo de una desgracia y de una miseria soportadas con firme resignación, sin quejas ni murmuraciones, habían inspirado siempre más respeto a Thomas de Vaux que todo el espléndido ceremonial de la habitación de un rey, menos cuando esta habitación era la del rey Ricardo. Por espacio de unos minutos sólo se oyó la fuerte y regular respiración del enfermo, que

parecía sumido en el descanso.

—Hacía seis días que no había cerrado los ojos —dijo Sir Kenneth—, según me ha asegurado el muchacho que le atiende.

—Noble escocés —dijo Thomas de Vaux, tomando la mano de Kenneth y estrechándola con más efusión de la que podía expresar con palabras—. Esto hay que arreglarlo. Vuestro escudero no está alimentado ni asistido como su caso requiere.

Al pronunciar estas últimas palabras, su voz se había elevado al tono imperativo que le era habitual. El enfermo se despertó.

—Mi señor —dijo, como si soñara—, noble Sir Kenneth; ¿no os parecen, como a mí, más frescas las aguas del Clyde, después de conocer las de Palestina?

—Sueña en su país, y es feliz en su sueño —dijo Kenneth a De Vaux. Pero apenas había dicho estas palabras, cuando el médico sarraceno se levantó de la cabecera de la cama y, dejando suavemente sobre ésta la mano del enfermo, que tenía cogida para seguir atentamente el pulso, se acercó a los dos caballeros, cogió por el brazo a ambos, y, recomendándoles silencio, se los llevó al exterior de la choza.

—En nombre de Issa Ben Mariam —dijo—, a quien nosotros veneramos como vosotros, pero no con la misma ciega superstición, no estorbéis el efecto de la medicina que el enfermo ha tomado. Si ese despertara en estos momentos, moriría o se volvería loco; en cambio, os prometo que a la hora en que el almuédano llama desde el minarete para la adoración de la tarde en la mezquita, si le habéis dejado descansar, ese mismo soldado franco podrá, sin que resulte perjudicada en nada su salud, conversar un poco con vosotros sobre cualquier cosa que su amo tenga especial necesidad de hablarle.

Ambos caballeros se retiraron, cediendo al tono autoritario del médico, que parecía poseído de la verdad del proverbio oriental, que dice que la habitación del enfermo es el reino del médico.

Permanecieron juntos unos momentos a la puerta de la choza; Sir Kenneth en actitud de esperar que su visitante se despidiera, y De Vaux como si tuviera algo en la mente que le privara de marcharse. El lebrél les había seguido corriendo fuera de la tienda, y rozaba su largo y rasposo hocico en la mano de su dueño, como si solicitara humildemente alguna demostración de afecto. Tan pronto como obtuvo lo que deseaba, en forma de una palabra amable y una ligera caricia, para demostrar la alegría que le causaba el regreso y la bondad de su dueño, púsose a correr, con la cola levantada, de una parte a otra, yendo y viniendo, y dando vueltas y rodeos entre las ruinosas chozas que hemos descrito, pero sin que nunca saliera del cercado que su sagacidad le decía que

estaba protegido por el pendón de su dueño. Después de correr un rato de esta manera, el perro volvió al lado de Sir Kenneth, cesando su jugueteo, y de nuevo adquirió su gravedad habitual y su lentitud de movimientos, como si se sintiera avergonzado de haberse dejado llevar tan lejos de los límites de su cordura y moderación.

Los dos caballeros le miraban satisfechos; Sir Kenneth, porque estaba orgulloso de su noble perro, y el norteño barón inglés porque era, por supuesto, un admirador de la caza y muy entendido en aquellos animales.

—¡Magnífico perro! —dijo—. No creo, señor, que el propio rey Ricardo tenga un alano que se le pueda comparar, si es tan fuerte como corredor. Pero permitidme que os pregunte, sin intención de ofenderos, si no habéis oído el edicto que dispone que nadie, de conde para abajo, pueda tener perros de caza dentro del campamento del rey Ricardo sin licencia real, la cual no creo que os haya sido concedida. Hablo como Maestre de Caballería.

—Y yo contesto como libre caballero escocés —dijo Kenneth con sequedad—. Porque, si bien ahora sirvo bajo la bandera de Inglaterra, no recuerdo que me haya sometido al Código forestal de este reino, ni debo respetarlo, como se me querría hacer creer. Cuando las trompetas llaman a la lucha, mi pie entra en el estribo tan rápidamente como el que más; cuando ordenan el ataque, no es mi lanza la última que se mueve. Pero el rey Ricardo no tiene el derecho de estorbar mis recreos en los ratos de ocio y libertad.

—Sin embargo —dijo De Vaux—, es una locura desobedecer las órdenes del rey; así, pues, con vuestra venia, yo, como autoridad en esta materia, os enviaré un permiso para ese amigo.

—Gracias —contestó el escocés con frialdad—; pero él ya conoce el terreno que me está concedido, y dentro de este recinto puedo protegerle yo mismo. Pero eso —dijo cambiando rápidamente de tono— es corresponder muy fríamente a una amable oferta. Gracias de todo corazón, señor, escuderos y caballeros del rey podrían encontrar a Roswall desprevenido y causarle algún daño, que yo no tardaría en devolverles, de todo lo cual se podrían derivar males peores. Ya habéis visto mis provisiones, señor —agregó sonriendo—, y puedo decirlos sin avergonzarme que Roswal es nuestro principal proveedor; y bien puedo esperar que nuestro León Ricardo no hará como el de la fábula del poeta, que salió de caza y se guardó todo el botín para él. No creo que pueda envidiar, a un pobre caballero que le sigue fielmente, su hora de deporte ni su trozo de caza, principalmente cuando ya es bastante difícil hacer llegar otros alimentos hasta aquí.

—A fe mía, que no hacéis sino justicia al rey —dijo el barón—, mucho más teniendo en cuenta que estas palabras: bosque y caza, levantan de cascos a nuestros príncipes normandos.

—Últimamente hemos sabido, por poetas y peregrinos —dijo el escocés—, que vuestros proscritos han formado grandes grupos en los condados de York y de Nottingham, teniendo por capitán a un habilísimo arquero llamado Robin Hood, con su teniente Juanito. Me parece que Ricardo obraría mejor dulcificando su Código forestal en Inglaterra que intentando imponerlo en Tierra Santa.

—Tarea ingrata, Sir Kenneth —replicó De Vaux, encogiéndose de hombros como quien quiere evitar una conversación desagradable y peligrosa—. El mundo está loco, señor. Es preciso que os deje y regrese a la tienda del rey. A vísperas volveré, con vuestro permiso, a haceros otra visita para hablar de este médico sarraceno. Entretanto, si no he de ofenderos, quisiera enviaros algo que mejorara vuestra mesa.

—Gracias, señor —dijo Kenneth—, pero no lo necesito. Roswal me ha provisto la despensa para dos semanas, porque si bien el sol de Palestina nos trae enfermedades, también sirve para secar la caza.

Ambos guerreros se separaron mucho más amigos de lo que eran al encontrarse; pero antes de marcharse, Thomas de Vaux se enteró más detalladamente de las circunstancias relativas a la misión del médico oriental, y recibió del caballero escocés las credenciales que aquél llevaba para el rey Ricardo, de parte de Saladino.

CAPÍTULO VIII

Todo eso es muy raro, Sir Thomas —dijo el monarca enfermo, después de oír el relato del barón de Gilsland—. ¿Estás seguro de que ese escocés es leal?

—No sé qué decir, señor —contestó, receloso, el fronterizo—. Vivo demasiado cerca de los escoceses para que tenga confianza en ellos, porque siempre les he hallado de tan buenas palabras como falsos. Pero lo único que puedo decir en conciencia es que el aspecto de este caballero es el de un hombre leal, tanto si es un diablo como si es un escocés.

—Y de su conducta como caballero, ¿qué me dices, De Vaux? —preguntó el rey.

—Eso de juzgar la conducta de los hombres es más bien cosa vuestra, Majestad, que no mía, y creo que ya habéis notado la conducta de este hombre del Leopardo. Siempre se ha hablado muy bien de él.

—Y con justicia, Thomas —dijo el rey—. Nosotros mismos lo podemos atestiguar. Por esta razón siempre nos situamos delante de todos, en la batalla,

para ver cómo se portan nuestros vasallos y nuestros aliados, y no por el deseo de acumular laureles, como algunos han supuesto. Conocemos la vanidad de los elogios de los hombres, que no son más que humo, y no nos ponemos la armadura para conquistarlos.

De Vaux se alarmó al oír que el rey hacía una declaración tan contraria a su carácter, y creyó al principio que sólo la inminencia de la muerte podía hacerle hablar en términos tan despectivos para la fama militar, que era lo único que le causaba placer. Pero se acordó de que había encontrado al confesor del rey en la puerta de entrada, y se tranquilizó considerando aquella pasajera humildad como un efecto de las palabras del religioso. Dejó, pues, que el rey hablara, sin interrumpirle.

—Sí —agregó Ricardo—, he notado, en verdad, la conducta de este caballero en el cumplimiento de su deber. Mi bastón de mando sería un juguete de bufón, si no me hubiese dado cuenta de ello, y este hombre habría recibido pruebas de nuestra bondad haría tiempo, si yo no hubiese observado su altanera y audaz presunción.

—Señor —dijo el barón de Gilsland, al ver la demudación del rey—: temo haberos disgustado al ayudar yo a este caballero en la transgresión que ha cometido.

—¡Pero, Multon! ¿Tú? —exclamó el rey frunciendo el ceño y con irritada sorpresa—. ¿Tú has ayudado su insolencia? No puede ser.

—Vuestra Majestad me perdonará si le recuerdo que mi cargo me concede facultad para otorgar licencia a los hombres de buena caza para que tengan dentro del campamento uno o dos perros, sólo para fomentar el noble arte de la caza; por otra parte, sería lástima matar o herir a un animal tan precioso como es el perro que tiene ese noble.

—¿Tan bonito es su perro? —dijo el rey.

—El más perfecto que se haya creado bajo el cielo —dijo el barón, que era un entusiasta del deporte de la caza—. Es de la más pura raza nortea; ancho de pecho, con vigorosas ancas, negro, con las patas y el pecho moteados, no de manchas blancas, sino de un gris muy fino; es tan fuerte, que es capaz de derribar a un toro, y más corredor que un antílope.

El rey se rio de su entusiasmo, y añadió:

—Está bien; si le has dado licencia para que pueda conservar el perro, ya está hecho. Pero, de todas maneras, no seas tan liberal en tus licencias con estos aventureros que no tienen príncipe ni jefe de quien depender; son ingobernables, y no dejarán ni una pieza de caza en todo el territorio de Palestina. Pero, volviendo a lo de ese médico musulmán, ¿decías que el

escocés lo encontró en el desierto?

—No, señor. Lo que me ha explicado el escocés es lo siguiente: él iba con un mensaje para el anciano ermitaño de Engaddi, de quien se habla tanto...

—¡Muerte e infierno! —exclamó Ricardo, encolerizado—. ¿Quién le envió allí, y para qué? ¿Quién se ha atrevido a enviar a alguien allí cuando la reina estaba en el convento de Engaddi, en peregrinación para impetrar mi salud?

—El Consejo de la Cruzada le envió, señor —contestó De Vaux—. Él no me ha querido decir para qué. Creo que en el campamento casi nadie sabe que vuestra real esposa esté en peregrinación... y hasta los príncipes pueden haberlo ignorado, mucho más cuando la reina ha permanecido encerrada desde que vuestro amor le prohibió asistir por temor al contagio.

—Muy bien; ya lo pondremos en claro —dijo Ricardo—. Así, pues, ese escocés, ese mensajero, ha encontrado a un médico errante en la cueva de Engaddi, ¿no es eso?

—No es eso, señor —contestó De Vaux—; creo que encontró a un emir sarraceno, con quien sostuvo un combate para probar su valor, y viendo que era un valiente digno de ser tenido por compañero, ambos fueron, como dos caballeros errantes, a la gruta de Engaddi.

Al llegar aquí, De Vaux tomó aliento, porque no era de esas personas que pueden explicar una historia larga en pocas palabras.

—¿Y encontraron allí al médico? —preguntó el rey, impaciente.

—No, señor —volvió a decir De Vaux—; pero el sarraceno, enterado de la enfermedad de Vuestra Majestad, declaró que Saladino os enviaría su propio médico con todas las garantías de su saber, y éste se presentó en la cueva, en donde el escocés le esperó uno o dos días. Lleva un séquito como si fuese un príncipe, con trompetas, atabales y sirvientes de a pie y a caballo, y trae una carta credencial de Saladino.

—¿La ha examinado ya Giacomo Loredani?

—La he enseñado al intérprete antes de traerla aquí, y ahí está su traducción en inglés.

Ricardo tomó un pergamino en que estaban escritas las siguientes palabras:

«La bendición de Alá y de su Profeta Mahoma».

—¡Vaya con el perro! —dijo Ricardo, escupiendo despreciativamente, y a manera de interjección.

«Saladino, rey de reyes, sultán de Egipto y de Siria, luz y refugio de la Tierra, al gran Melech Ric, Ricardo de Inglaterra, salud. Dado que hemos

sabido que la mano de la enfermedad pesa sobre ti, real hermano nuestro, y como sea que sólo te rodean médicos, nazarenos y judíos, que trabajan sin la bendición de Alá y del Santo Profeta —¡La confusión caiga sobre su cabeza! —volvió a interrumpir el monarca inglés—, enviamos a tu tienda, para que te cure, a nuestro propio médico, Adonbec el Hakim, ante el cual el ángel Azrael tiende sus alas y abandona la habitación del enfermo; él conoce las virtudes de las hierbas y de las piedras; el curso del sol, de la luna y de las estrellas, y puede salvar al hombre de todo lo que no lleva escrito en su frente. Y hacemos eso rogándote cordialmente que honres y utilices su arte, no sólo porque deseamos servir tu honor y tu mérito, que es la gloria del Frangistán, sino para que podamos poner fin a la discordia existente entre nosotros dos, ya sea por medio de honorable tratado, ya midiendo nuestras armas en el campo de batalla, puesto que no corresponde ni a tu rango ni a tu valor morir como un esclavo aplastado por el trabajo excesivo, ni conviene a nuestra fama que un adversario tan valiente se vea substraído a nuestras armas por una enfermedad. Y, por consiguiente, que pueda el santo...».

—¡Basta, basta! —dijo Ricardo—. ¡No quiero saber nada más de ese perro de Profeta! Me subleva pensar que el valiente y digno sultán pueda creer en un perro muerto. Sí, veré a su médico; me confiaré a ese Hakim. Corresponderé a la generosidad del noble sultán. Nos encontraremos en el campo de batalla, como tan dignamente me propone, y de cierto que no tendrá motivos para acusar de ingrato al rey de Inglaterra. Le abriré la cabeza de un mazazo. Le convertiré a la Santa Iglesia con golpes tan rudos como jamás haya podido soportar. Abjuraré sus errores delante de la cruz de mi espada, y le bautizaré en el mismo campo de batalla con mi casco de guerra, aunque el agua purificadora esté mezclada con sangre de ambos. ¡Aprisa, De Vaux! ¿Por qué retrasas ese momento tan feliz? Acompaña al Hakim hasta aquí.

—Señor —dijo el barón, que en esta tumultuosa confianza creyó ver un nuevo ataque de fiebre—. Pensar que el Sultán es un pagano y que vos sois su más formidable enemigo...

—Por eso tiene más interés en servirme en esta cuestión, por el miedo de que una miserable fiebre termine la contienda entablada entre dos reyes como nosotros. Te digo que me estima, como yo le estimo a él, como se estiman siempre los adversarios nobles. Por mi honor, que sería injusto dudar de su lealtad.

—De todas maneras, señor, sería preferible esperar los resultados de sus medicamentos en el escudero del escocés —dijo el barón de Gilsland—. Va a en ello mi propia vida, porque merecería morir como un perro si procediera temerariamente en este asunto e hiciera naufragar la felicidad del mundo cristiano.

—Nunca te vi vacilar de esa manera por miedo a perder la vida —dijo Ricardo, reconviniéndole.

—Ni yo vacilaría, señor —dijo el valiente barón—, si la vuestra no estuviese en ello tan en peligro como la mía.

—Está bien, suspicaz mortal —contestó Ricardo—. Ve, pues, y mira los efectos de sus remedios. Casi preferiría que ese médico me matara, si no ha de curarme, porque estoy hastiado ya de estar echado aquí, como un buey muriendo de epidemia, mientras oigo redoblar los tambores, piafar los caballos y sonar las trompetas.

El barón salió precipitadamente, aunque decidido a comunicar su misión a algún eclesiástico, para quitarse el peso que le atenazaba la conciencia al pensar que el rey había de ser atendido por un infiel.

Al arzobispo de Tiro fue a quien confió en primer lugar sus dudas, pues conocía el interés que tenía por Ricardo, el cual quería y respetaba a este perspicaz prelado. El arzobispo escuchó las dudas que le expuso De Vaux, con aquella agudeza de inteligencia que caracteriza al clero católico romano, y trató los escrúpulos religiosos de De Vaux tan ligeramente como las conveniencias le permitían demostrar en una cuestión como aquélla, delante de un seglar.

—Los médicos —dijo—, lo mismo que las medicinas que administran, pueden ser provechosas, a pesar que unos, por el origen y las costumbres sean los peores hombres del mundo, y que las otras, en muchas ocasiones, sean extraídas de las cosas más viles. Puédese, pues, aprovechar la asistencia de los infieles y de los paganos —añadió—, si es necesario, e incluso se puede creer que si se les permite estar en el mundo es para que sean útiles en algo a los verdaderos creyentes. Por ello nosotros podemos convertir legal mente en esclavos a los cautivos infieles. Por otra parte —prosiguió el prelado—, no hay duda de que los primitivos cristianos utilizaron los servicios de los gentiles aun no convertidos. De la misma manera, en el buque de Alejandría en que el santo apóstol Pablo marchó a Italia, los marineros debieron ser, seguramente, paganos; y por ello dijo el Santo, cuando necesitó de sus servicios: *Nisi hi in navi manserint, vos salvi fieri non potestis.* (A menos de que esos hombres permanezcan en la nave, no podréis salvaros). Además, los judíos son tan infieles al Cristianismo como los musulmanes. En el campamento tenemos muy pocos médicos que no sean judíos, y éstos son utilizados sin escrúpulo ni escándalo. Por consiguiente, los servicios de los mahometanos pueden ser utilizados igualmente, con el mismo fin: *quo derat demonstrandum.*

Este razonamiento hizo desaparecer los escrúpulos de Thomas de Vaux, que era particularmente sensible a las citas latinas, porque de ellas no entendía

ni una palabra.

Pero el obispo procedió con menos soltura cuando se trató de la posibilidad de que el sarraceno procediera de mala fe, y en este punto no expresó una opinión decidida con la misma rapidez que antes. El barón le enseñó la carta de presentación. El prelado la leyó una y otra vez, y cotejó el original con la traducción.

—Todo está muy bien aderezado para el paladar del rey Ricardo —dijo—, y no puedo dejar de tener algún recelo respecto a estos estatutos sarracenos. Son entendidos en el arte de los venenos, y saben prepararlos de manera que no hacen efecto hasta después de varias semanas de haber sido administrados, de manera que su autor puede tener tiempo de sobra para huir. Pueden impregnar ropas y pieles, papeles y pergaminos con el más sutil veneno. Pero ¡la Virgen me perdone! Sabiendo eso, ¿por qué tengo estas credenciales tan cerca de mi rostro? Ahí las tenéis, Sir Thomas; tomadlas en seguida.

Dio el documento al barón, con el brazo tan extendido como le fue posible.

—Pero venid, señor De Vaux —dijo—; vamos a la tienda de ese escudero enfermo, y veremos si ese Hakim posee el arte de curar, tal como dice, y estudiaremos si es conveniente consentirle que lo ejerza en la persona del rey Ricardo... Esperad un momento. Permitidme que tome mi cajita de polvos de sandáraca, porque estas fiebres son contagiosas. Os aconsejo una infusión de romero seco en vinagre, señor. Yo también sé algo del arte de curar.

—Gracias, reverendo señor —replicó el barón—; pero si hubiese de sufrir el contagio, ya haría mucho tiempo que lo habría contraído al lado del lecho del rey.

El arzobispo de Tiro se sonrojó, porque él había evitado cuanto le había sido posible la presencia del monarca, y dijo al barón que le guiara.

Cuando llegaron frente a la puerta de la choza en que vivía Sir Kenneth con su escudero, el arzobispo dijo quedamente a De Vaux:

—A decir verdad, señor, esos caballeros escoceses tratan peor a sus sirvientes que nosotros a nuestros perros. Ese es, según dicen, un caballero valiente en la guerra, y digno de ser favorecido con altos cargos en tiempo de paz, y, a pesar de todo, tiene a su escudero tan mal instalado, que más bien estaría en el peor corral de Inglaterra. ¿Qué me decís de vuestros vecinos, los escoceses?

—Que un señor hace bastante para su sirviente cuando le alberga en un aposento no peor que el suyo propio —dijo De Vaux; y entró en la choza. El arzobispo le siguió no sin evidente repugnancia, porque, si bien es cierto que no le faltaba valentía en muchos aspectos, la refrenaba una fuerte y viva

preocupación por su seguridad personal. De todas maneras, recordó que tenía necesidad de juzgar personalmente de la habilidad del médico sarraceno, y penetró en la choza con una actitud majestuosa, que él creía adecuada para inspirar respeto al forastero.

En realidad, el prelado tenía un aspecto imponente y dominador. En sus años mozos había sido un hombre de soberbio aspecto, y ahora, aunque viejo, le gustaba parecer bien aún. Sus vestidos episcopales eran de gran riqueza, adornados con pieles de mucho valor y cubiertos por una capa pluvial cuajada de finos bordados. Las sortijas que llevaba en sus dedos valían muy bien una baronía, y la muceta, que en aquel momento llevaba desabrochada y echada hacia atrás, a causa del calor, tenía broches del oro más fino para cerrarla. La larga barba, que la edad había plateado, se le extendía sobre el pecho. Uno de los dos jóvenes acólitos que, según la costumbre oriental, le acompañaba, le protegía del sol con una sombrilla de hojas de palmera, mientras el otro le daba aire con un abanico de plumas de pavo. Cuando el arzobispo de Tiro entró en la choza, el caballero escocés se hallaba ausente. El médico sarraceno estaba sentado en la misma posición en que le dejara De Vaux unas horas antes, con las piernas cruzadas sobre un cojín de hojas entretejidas, al lado del lecho del enfermo, el cual parecía profundamente dormido, y a quien tomaba el pulso de vez en cuando. El arzobispo se quedó de pie ante él, silencioso, por espacio de dos o tres minutos, como si esperara algún respetuoso saludo, o, por lo menos, que el sarraceno se impresionara por la dignidad de su presencia. Pero Adonbec el Hakim sólo pareció haberse dado cuenta de él por una fugaz sonrisa, y cuando, al fin, el arzobispo le saludó en lengua franca, usada ordinariamente en el país, se limitó a contestar con el acostumbrado saludo oriental:

—Salam alicum. (La paz sea con vosotros).

—¿Eres médico, infiel? —dijo el arzobispo, algo mortificado por la frialdad con que se le recibía—. Quisiera hablar contigo de tu arte.

—Si entiendes algo de medicina —contestó El Hakim— debes saber que los médicos no discuten ni se consultan entre sí en la habitación del enfermo. Escucha —añadió, oyendo que el perro gruñía en la otra habitación—. Hasta este perro parece saberlo, Ulemat. Su instinto le enseña a contener los ladridos, si un enfermo puede oírlos. Salgamos fuera —dijo, levantándose y dirigiéndose a la puerta—, si tienes que decirme algo.

A pesar de la simplicidad del vestido del médico y de la inferioridad de su estatura, que contrastaba con la corpulencia del prelado y la alta talla del barón inglés, en su rostro y en sus ademanes se veía algo que sorprendía y que hacía abstenerse al arzobispo de Tiro de manifestar el disgusto que le había causado la nada ceremoniosa amonestación. Cuando estuvieron fuera de la choza, miró

a Adonbec por espacio de unos minutos, sin saber cómo reanudar la conversación. Ni un cabello asomaba bajo el elevado bonete del sarraceno, que le tapaba la mitad de la frente, la cual parecía ser alta y espaciosa, lisa y sin ninguna arruga, lo mismo que la porción de la cara, que permitía ver la sombra de su larga barba. Ya hemos hablado del poder de penetración de sus ojos negros.

El prelado, sorprendido por aquella apariencia de joven, rompió al fin el largo silencio que el otro no parecía tener prisa en interrumpir, y le preguntó qué edad tenía.

—Los años de los hombres ordinarios —dijo el sarraceno— se cuentan por sus arrugas; los de los sabios, por sus estudios. Yo no me atrevo a decir que tengo más de cien revoluciones de la Hégira.

El barón de Gilsland, que tomó estas palabras en su sentido literal de que el médico tenía cien años, miró con desconfianza al prelado, quien, a pesar de haber comprendido mejor el pensamiento de El Hakim, contestó a su mirada moviendo enigmáticamente la cabeza. Y volvió a tomar una actitud de importancia cuando volvió a preguntar autoritariamente qué prueba podía dar Adonbec de su suficiencia médica.

—Ya tienes la palabra del poderoso Saladino —dijo el sabio poniéndose una mano en la frente, en señal de respeto—, palabra a la que no ha faltado jamás, ni con amigos ni con enemigos. ¿Qué más quieres, nazareno?

—Querría una prueba visible de tu ciencia —dijo el barón—, y si no la das, no te acercarás al lecho del rey Ricardo.

—La gloria del médico radica en la curación del enfermo —contestó el árabe—. Mira ese soldado cuya sangre ha estado seca por la fiebre que ha blanqueado vuestro campamento de esqueletos, y contra la cual el arte de vuestros sabios nazarenos ha sido como un jubón de seda para parar los golpes de una lanza de acero. Mira sus dedos y sus brazos descarnados como las patas de una grulla. Esta mañana aún, la muerte le tenía asido, pero Azrael estaba a un lado de la cama y yo en otro, y su alma no ha sido separada de su cuerpo. No me entretengas con más preguntas; espera el momento preciso, y contempla silenciosamente maravillado el prodigioso acontecimiento.

Entonces, el médico consultó su astrolabio, el oráculo de la ciencia oriental, y esperando con profunda atención que llegara el instante de la oración de la tarde, se arrodilló con el rostro vuelto hacia La Meca, y recitó las oraciones con que el musulmán termina el trabajo de la jornada. El obispo y el barón inglés se miraban mutuamente, con evidentes muestras de indignación y desprecio, pero ninguno de los dos creyó oportuno interrumpir a El Hakim en sus devociones, a pesar de que las consideraban sacrílegas.

El árabe se levantó del suelo, donde había estado arrodillado, y penetrando en la choza del enfermo, sacó una esponja de una cajita de plata, seguramente empapada en alguna composición aromática, porque cuando la acercó a la nariz del durmiente, éste estornudó, se despertó, y miró extrañado, en derredor suyo. Tendido en la cama, medio desnudo, viéndosele a través de la piel los huesos y ternillas, que parecía que nunca hubiesen estado recubiertas de carne, semejava un espectro; tenía el rostro enjuto y surcado de arrugas; pero sus ojos, que al principio miraban descentrados, se normalizaron gradualmente. Pareció que se daba cuenta de la presencia de sus nobles visitantes, porque con la mano débil hizo el ademán de quitarse el sombrero, en señal de respeto, y con voz apagada y cansada preguntó por su amo.

—¿Nos conoces, vasallo? —dijo el señor de Gilsland.

—No muy bien, señor —contestó débilmente el escudero—. He dormido mucho y he soñado muchísimo más. Conozco que vos sois un gran señor inglés por la cruz encarnada que lleváis, y ese otro un santo prelado cuya bendición pido para este pobre pecador.

—Ahora mismo: *Benedictio Domini sit vobiscum* —dijo el prelado haciendo la señal de la cruz, pero sin acercarse demasiado al lecho del enfermo.

—Vuestros ojos son testigos —dijo el árabe— de que ha sido dominada la fiebre. Habla con cordura y sin exaltación; el pulso le late con tanta regularidad como el vuestro; tomadle las pulsaciones vosotros mismos.

El prelado declinó el experimento, pero Thomas de Gilsland, más decidido a hacer la prueba, le tomó el pulso, y quedó convencido de que había desaparecido la fiebre.

—¡Es maravilloso! —dijo el caballero, mirando al arzobispo—; este hombre está positivamente curado. Debo llevar este médico a la tienda del rey Ricardo. ¿Qué os parece, reverencia?

—Esperad. Dejad que termine una cura antes de empezar otra —dijo el árabe—. Iré con vosotros cuando haya dado la segunda toma de este santo elíxir a mi enfermo.

Al decir estas palabras sacó una copa de plata, la llenó con agua de uña calabaza que tenía a su lado, tomó luego una bolsita de punto de seda y plata, cuyo contenido no pudieron ver los visitantes, y la sumergió en la copa, quedando en silenciosa observación por espacio de cinco minutos. A los espectadores les pareció que la operación provocaba una especie de ebullición, pero si fue así realmente, sólo duró breves instantes.

—Bebe —dijo el médico al enfermo—, duerme, y despertarás libre de toda

enfermedad.

—¿Y con un brebaje tan sencillo quieres curar a un rey? —dijo el obispo de Tiro.

—Como acabas de ver, he curado a un pobre —replicó el sabio—. ¿Es que los reyes de Frangistán están formados de arcilla diferente de la de sus más pobres vasallos?

—Presentémosle al rey —dijo el barón de Gilsland—. Ha demostrado que posee el secreto que puede devolverle la salud. Si fracasa, ya le pondré yo en un estado en que ni su propia medicina podrá salvarle.

Cuando se disponían a salir de la choza, el enfermo levantó la voz tanto como le permitía su debilidad, y exclamó:

—Reverendo padre, noble caballero y vos, sabio bondadoso: si queréis que duerma y recupere la salud, decidme por caridad: ¿dónde está mi querido amo?

—Está haciendo un largo viaje, amigo —contestó el prelado—; lleva una misión que puede entretenerle algunos días más.

—No —replicó el barón de Gilsland—. ¿Por qué engañar a este pobre hombre? Amigo: tu amo ha vuelto ya, y le verás pronto.

El enfermo levantó sus descarnadas manos al cielo, en acción de gracias, y rindiéndose pronto al soporífero efecto del brebaje, se durmió tranquilamente.

—Sois mejor médico que yo, Sir Thomas —dijo el prelado—. Una mentira tranquilizadora es más conveniente que una verdad desagradable en la habitación de un enfermo.

—¿Qué queréis decir, reverendo señor? —repuso vivamente De Vaux—. ¿Creéis que yo diría una mentira, aunque fuese para salvar a una docena de hombres como ése?

—Habéis dicho —repuso el prelado, con evidentes síntomas de alarma— que el dueño de ese escudero había regresado... Quiero decir el Caballero del Leopardo...

—Y ha regresado —replicó De Vaux—. No hace una hora aún, he hablado con él. Él es quien ha traído este médico.

—¡Virgen Santa! ¿Por qué no me habéis dicho que ya había regresado? —dijo el obispo, muy trastornado.

—¿No os dije que este Caballero del Leopardo había vuelto acompañado del médico? Yo creí que sí —contestó De Vaux, con indiferencia—. Pero ¿qué tiene que ver su regreso con el arte de este sabio y con la curación del rey?

—Mucho, Sir Thomas, mucho tiene que ver —dijo el obispo juntando las manos, dando con los pies en el suelo y manifestando, involuntariamente, gran impaciencia—. Pero ¿dónde puede estar en estos momentos el caballero?... Adiós... ¡En todo esto puede haber fatales errores!

—Seguramente aquel muchacho que estaba en la entrada sabrá decirnos adonde ha ido su amo —dijo De Vaux, no sin extrañar la agitación del obispo.

Y llamó al chiquillo, quién, en un lenguaje casi ininteligible para ellos, les hizo comprender al fin que un oficial había ido a buscar a su amo para que acudiera a la tienda del rey, poco rato antes de que ellos llegasen a la del caballero. La ansiedad del obispo se acentuó de tal manera, que la notó De Vaux, a pesar de que éste no era, ni un agudo observador, ni de un temperamento perspicaz. Pero cuanto más aumentaba la ansiedad del prelado, tanto más vivo parecía ser su deseo de disimularla. Se despidió apresuradamente de De Vaux, que se quedó mirándolo sorprendido, y luego, encogiéndose de hombros, con silenciosa extrañeza, se decidió a acompañar al médico hasta la tienda del rey.

CAPÍTULO IX

El barón de Gilsland fuese con paso lento y aspecto de inquietud hacia la tienda del rey. Desconfiaba mucho de su propia capacidad fuera del campo de batalla, y estaba convencido de no poseer una inteligencia muy despierta, por lo que comúnmente se contentaba con asombrarse de cosas que un hombre de imaginación más viva habría intentado investigar y entender, o por lo menos habría sido para él objeto de meditación. Pero era un hecho tan extraordinario, en verdad —hasta él mismo lo advertía—, que el arzobispo dejara de lado toda meditación sobre la cura prodigiosa de que habían sido testigos, y sobre las posibilidades que se ofrecían respecto al restablecimiento de la salud del rey, sólo por una noticia tan insignificante como la ida o regreso de un miserable caballero escocés, tan oscuro que Thomas de Gilsland, dentro del círculo de personas de sangre noble, no conocía a otro alguno más humilde y despreciable, que, a pesar de la costumbre que había adquirido de mirar impassible los acontecimientos, la inteligencia del barón se esforzaba extraordinariamente por desentrañar aquel misterio.

Al fin le asaltó la idea de que todo podía ser debido a una conspiración contra el rey Ricardo, urdida en el campamento de los aliados, en la que el arzobispo de Tiro, considerado por muchos como hombre y político de pocos escrúpulos, podría muy bien haber intervenido. Era cierto que, para él, no existía persona más perfecta que su rey; porque siendo Ricardo la flor de la

Caballería y el caudillo de todos los jefes cristianos, y obedeciendo en todos los preceptos de la Santa Iglesia, el concepto de la perfección, que tenía De Vaux, quedaba cumplidamente satisfecho, y no llegaba más allá. Pero sabía que, aunque sin merecerlo, el sino de su señor había sido siempre atraerse tantos reproches y enemistades como honores y adhesiones, debido a la influencia de su carácter, y que hasta en el propio campamento, y entre los príncipes sujetos a la Cruzada por juramento, se encontraban muchos que de buena gana habrían sacrificado todas las esperanzas de victoria contra los sarracenos a la satisfacción de perder o humillar a Ricardo de Inglaterra.

—Por todo lo cual —decíase el barón—, no es totalmente imposible que este El Hakim, con su cura real o fingida operada en el cuerpo del escudero escocés, no sea una trampa en que pueden haber intervenido el del Leopardo y hasta el arzobispo de Tiro, por muy prelado que sea.

En verdad, esta hipótesis no era de fácil conciliación con la alarma manifestada por el arzobispo al saber que, contrariamente a lo que suponía, el caballero escocés ya había regresado al campamento de los cruzados. Pero De Vaux sólo se dejaba influenciar por sus prejuicios generales, que le hacían creer que un intrigante clérigo italiano, un escocés hipócrita y un médico musulmán formaban un conjunto de ingredientes de que podía obtenerse todo el mal que se quisiera, pero nada bueno. Resolvió, pues, exponer sus dudas al rey, cuyo juicio consideraba él casi tan elevado como su valor.

Entretanto, habían ocurrido hechos muy contrarios a las suposiciones que hiciera Thomas De Vaux. Tan pronto como éste salió de la tienda del rey, éste, mitad por la impaciencia que le daba la fiebre, mitad porque su carácter ya era inquieto de sí, empezó a refunfunar por su tardanza y a manifestar un imperioso deseo de que regresara. Hizo esfuerzos para calmar aquella irritación, exacerbado por la enfermedad. Fatigó a sus sirvientes pidiéndoles distracciones; pero tanto el breviario del sacerdote como las historias que le contó un cortesano y el arpa del trovador favorito fueron recursos inútiles. Al fin, cosa de dos horas antes de ponerse al sol, y, por consiguiente, mucho antes de que pudiese esperar un relato satisfactorio de la cura que el médico moro o árabe había empezado, envió, como hemos visto ya, un mensajero con la orden de hacer comparecer inmediatamente al Caballero del Leopardo, decidido a aplacar su impaciencia mediante un detallado relato de Sir Kenneth sobre el motivo de su ausencia del campamento y de las circunstancias en que conoció al famoso médico.

Así convocado, el caballero escocés entró en el pabellón real como quien está acostumbrado a tales escenas. El rey de Inglaterra casi no le conocía, ni de vista, a pesar de que, tan celoso de su rango como constante en la secreta adoración de la dama de su corazón, el caballero no dejó jamás de aprovechar ninguna de aquellas ocasiones en que la magnificencia y la hospitalidad de

Inglaterra abrían la corte de su monarca a todos los que tenían un puesto en la Caballería. El rey miró fijamente a Sir Kenneth, que se había acercado al lecho, arrodillándose y levantándose en seguida, para permanecer de pie ante él, en la actitud que corresponde a un oficial frente a su soberano: respetuosa, pero sin servilismo ni humillación.

—Tu nombre —dijo el rey— es Kenneth del Leopardo. ¿De quién recibiste la orden de la Caballería?

—La recibí de la espada de Guillermo el León, rey de Escocia —contestó el escocés.

—Arma muy digna de conferir tal honor —dijo el rey—, y que no cayó sobre una espalda que no la merezca. Te hemos visto luchar caballeramente y con mucho valor, y en los momentos en que éste era más preciso. ¿Y no te han dicho que tus servicios nos han sido conocidos, pero que tu arrogancia en otras cosas ha sido tal, que la mayor recompensa que pueden tener es el perdón de tu falta? ¿Qué dices a eso?

Kenneth trató de hablar, pero no pudo articular palabra; la conciencia de su amor, más ambicioso todavía, y la mirada de halcón con que Ricardo parecía querer penetrar en el fondo de su alma le desconcertaron.

—Y a pesar de que los soldados deben obedecer las órdenes, y los vasallos respetar a sus superiores —dijo el rey—, podemos perdonar a un bravo caballero una falta más grave que poseer un perro de caza, aunque eso sea contrario a nuestra expresa prohibición.

Ricardo habla mirado fijamente el rostro del escocés, mientras decía tales palabras, observando la involuntaria sonrisa que asomaba en sus labios, nacida del sosiego producido por el cariz tranquilizador que habla tomado su acusación.

—Si tanta es vuestra bondad, señor —dijo el escocés—, Vuestra Majestad debe ser indulgente con nosotros, los pobres caballeros de escocia, en este aspecto. Nos encontramos muy lejos de nuestro país, estamos escasos de rentas, y no podemos hacer lo que vuestros opulentos nobles, que compran a crédito a los lombardos. Los sarracenos sentirán más fuerte nuestra mano si de vez en cuando podemos comer un trozo de carne con nuestras legumbres y nuestro pan de cebada.

—No tienes que pedirme permiso para eso —dijo Ricardo—, ya que Thomas De Vaux, que en eso, como en todo lo que me rodea, hace lo que él cree más conveniente, ya te ha concedido el permiso para cazar piezas de pelo y pluma.

—Sólo las de pelo, señor —dijo el escocés—; pero si Vuestra Majestad

también me da su permiso y me pone un halcón en la mano, prometo regalar vuestra real mesa con alguna delicada ave acuática.

—Me temo que si tú dispusieras del halcón —dijo el rey— no esperarías el permiso. Ya sé que en el extranjero se dice que los que procedemos de la Casa de Anjou nos resentimos más de una falta a nuestras leyes forestales que de un delito de alta traición con nuestra Corona. Pero podemos perdonar la primera de estas faltas a los que son bravos y dignos de ello. Basta de eso. Deseo saber de ti, señor caballero, por qué y con qué permiso has hecho este viaje al desierto del Mar Muerto y a Engaddi.

—Por orden del Consejo de los Príncipes de la Santa Cruzada —replicó el caballero.

—¿Y quién se ha atrevido a dar una orden así, cuando yo, que no soy ciertamente el más insignificante de la Liga, no sabía ni una sola palabra?

—Con vuestra venia, no es cosa que me corresponda —dijo el escocés— entrar en estos pormenores. Soy un soldado de la Cruz, que sirvo, es innegable, por ahora, bajo la bandera de Vuestra Majestad, muy orgulloso de poderlo hacer; pero he tomado este símbolo sagrado para defender los derechos de la Cristiandad y recuperar el Santo Sepulcro, y, por consiguiente, estoy obligado a obedecer las órdenes de los jefes y príncipes que dirigen esta Santa expedición. Como toda la Cristiandad, lamento que esta enfermedad, que creo será pasajera, prive a Vuestra Majestad de asistir a los consejos en que tiene tanta influencia vuestra voz; pero como soldado debo obedecer a los que tienen el derecho legal de ordenar, pues de otra manera daría un mal ejemplo en el campamento cristiano.

—Tienes razón —dijo Ricardo—; no es culpa tuya, sino de aquellos a quienes, cuando Dios sea servido de hacerme levantar de este maldito lecho de tormento y de inactividad, pediré buena cuenta. ¿Cuál era el objeto de tu viaje?

—Con la venia de Vuestra Majestad —replicó Sir Kenneth—, me parece que eso sería preferible preguntarlo a las personas que me enviaron, y que pueden explicar los motivos de mi viaje; yo sólo puedo hablar de las circunstancias externas del mensaje.

—No me vengas con bromas, señor escocés, porque en ello te juegas tu seguridad —dijo el irritable monarca.

—La seguridad, señor —replicó el caballero con firme tono—, la dejé detrás de mí como algo despreciable, al consagrarme a esta empresa, teniendo en cuenta más mi felicidad eterna que no las conveniencias de mi cuerpo terrenal.

—¡Por la Misa —dijo el rey Ricardo—, que eres un valiente! Oye, señor caballero: quiero al pueblo escocés; sois valientes, aunque obstinados y antojadizos; sin embargo, creo que en el fondo sois todo franqueza, si bien alguna vez las razones de Estado os hayan obligado a fingir. Bien merezco un poco de afecto por tu parte, ya que he hecho por tu pueblo lo que no me habrían podido arrancar por las armas más fácilmente que a mis predecesores. He reconstruido la fortaleza de Roxburgh y Berwick, que corresponden a Inglaterra. He restablecido vuestras antiguas fronteras, y, finalmente, he renunciado a reclamar el tributo de homenaje a la Corona de Inglaterra, a lo cual creo que se os obligaba injustamente. He procurado conquistarme amistades honorables e independientes donde los antiguos reyes de Inglaterra sólo buscaban vasallos despechados y rebeldes.

—Todo eso habéis hecho, señor —dijo Sir Kenneth, inclinándose—. Todo eso habéis hecho por vuestro tratado real con nuestro soberano en Canterbury. Por eso me tenéis a mí y a otros mucho mejores caballeros escoceses haciendo la guerra contra los infieles bajo vuestras banderas, porque, si no, estaríamos en Inglaterra devastando vuestras fronteras. Si ahora somos pocos, es porque los demás han prodigado generosamente sus vidas.

—Y yo respondo que es verdad —dijo el rey—; y por los buenos servicios que he prestado a vuestra tierra, os pido que recordéis que, como principal miembro de la Liga Cristiana, tengo el derecho de conocer las negociaciones de mis confederados. Hazme, pues, la justicia de decirme que tengo atribuciones para saber lo que te pregunto, porque estoy convencido de saber mejor la verdad por ti que por los demás.

—Señor —dijo el escocés—: si me conjuráis así, os diré la verdad; porque estoy convencido de que vuestro propósito de ir rectamente hasta el fin en esta expedición es sincero y honrado, lo cual yo no me atrevería a decir de otros miembros de la Santa Liga. Con vuestra venia, pues, sabed que mi misión era proponer, por mediación del ermitaño de Engaddi, un santo varón, respetado y protegido por el propio Saladino...

—Una prolongación de la tregua, seguramente —dijo Ricardo, interrumpiéndole de pronto.

—Nada de eso, ¡por San Andrés! —dijo el caballero escocés—, sino el establecimiento de una larga paz, y la retirada de nuestros ejércitos de Palestina.

—¡San Jorge! —exclamó Ricardo asombrado—. A pesar de que opinaba tan mal de ellos, y con justicia, jamás habría imaginado que fuesen capaces de rebajarse a un extremo tan vergonzoso. Habla, Sir Kenneth: ¿cómo te has encargado de una comisión como esa?

—Con la mejor intención, señor —dijo Kenneth—, porque, no teniendo nuestro noble jefe, único guía de quien poder esperar la victoria, no veía a nadie que pudiese substituirle para conducirnos a la conquista, y, en tales circunstancias, me ha parecido prudente evitar una derrota.

—¿Y en qué condiciones tenía que concertarse esa esperanzadora paz? —dijo el rey Ricardo, dominando a duras penas la cólera que le devoraba el corazón.

—No me las confiaron, señor —contestó el Caballero del Leopardo yacente—. Las entregué, selladas, al ermitaño.

—¿Y qué opinas de ese venerable penitente? ¿Es un loco, un traidor o un santo? —dijo Ricardo.

—Su locura, señor —contestó el prudente escocés—, creo que es un ardid con que obtiene la protección y el respeto de los paganos, quienes consideran a los locos como inspirados por Dios; o, por lo menos, me parece que su locura se manifiesta tan sólo en determinadas ocasiones, y no se mezcla en todos los actos de su vida, como ocurre cuando es natural.

—Has contestado prudentemente —dijo el monarca, reclinándose en un almohadón sobre el que se había incorporado—. ¿Y su penitencia?

—Su penitencia —prosiguió Kenneth— me ha parecido sincera, fruto del remordimiento de algún terrible crimen, por el que, según dice él mismo, está condenado.

—¿Y su política?

—Creo que desespera tanto de la liberación de Palestina como de su propia salvación, a menos de que ocurra un milagro, especialmente desde que el brazo de Ricardo de Inglaterra ha dejado de luchar para conseguirla.

—Así, pues, la cobarde política de ese ermitaño es igual que la de esos miserables príncipes que, olvidando su condición de caballeros y su fe, sólo son valientes y enérgicos cuando se trata de retirarse, y más que marchar contra un sarraceno armado, prefieren huir pasando por encima del cuerpo de un aliado moribundo.

—Si me atreviera, os diría, señor rey —dijo el caballero escocés—, que esta conversación no puede hacer otra cosa que empeorar vuestra enfermedad, la cual es el peor enemigo que tiene la Cristiandad, más que las huestes armadas infieles.

Efectivamente, el rostro del rey Ricardo estaba congestionado, y sus ademanes habían adquirido una febril vehemencia: extendía el brazo, cerraba el puño, y sus ojos centelleaban; parecía sufrir los tormentos del cuerpo junto con las torturas de la imaginación, mientras su fuerte espíritu le obligaba a

continuar la conversación, como si desechara unos y otros.

—Sabes adular, señor caballero —dijo—; pero no me engañas. Necesito saber más de lo que me has dicho. ¿Has visto a mi real esposa en Engaddi?

—Que yo sepa, no, señor —contestó Kenneth, muy turbado, recordando la procesión nocturna que había presenciado en la capilla de los peñascos.

—Te pregunto —dijo el rey, con voz más severa—, si no has estado en la capilla de las religiosas Carmelitas de Engaddi, y si no has visto allí a Berengaria, reina de Inglaterra, y a las doncellas de su corte, que la acompañan en su peregrinación.

—Señor —dijo Sir Kenneth—: os diré la verdad, como si me encontrara en el confesionario. En una capilla subterránea a la que me acompañó el ermitaño, vi un coro de damas que rendían homenaje a una reliquia de gran santidad; pero como no vi rostros ni oí sus voces, sino en los himnos que entonaron, no puedo decir si la reina de Inglaterra se encontraba entre ellas.

—¿Y no reconociste a ninguna de aquellas damas?

Sir Kenneth guardó silencio.

—Te pregunto —dijo Ricardo, apoyándose en el codo—, como a caballero y noble, y por tu respuesta veré el valor que atribuyes a estas palabras, si reconociste o no a alguna de las damas que formaban parte de la procesión.

—Señor —dijo Kenneth, no sin profunda vacilación—: pude hacer conjeturas.

—Y yo también puedo hacerlas —dijo Ricardo frunciendo las cejas ferozmente—. Pero basta. A pesar de ser Leopardo, señor caballero, procura no caer en las garras del León. Óyeme: enamorarse de la luna no sería, al fin y al cabo, más que una locura; pero tirarse desde una alta torre con la loca esperanza de llegar a aquel astro, sería una locura suicida.

En aquel momento se oyó ruido en la estancia exterior, y el rey, volviendo a su tono de voz acostumbrado, dijo:

—Basta. Vete, busca a De Vaux, y envíamelo junto con el médico árabe. Pongo mi vida en la lealtad del sultán. Si éste abjurara su falsa ley, yo le ayudaría con mi espada a arrojar a toda esta escoria de franceses y austríacos de sus dominios, y estoy convencido de que Palestina estaría tan bien gobernada por él como cuando sus reyes eran ungidos por el mismo Dios.

El caballero del Leopardo se retiró y casi en el mismo instante un chambelán anunció que una delegación del Consejo esperaba ser recibida por el rey de Inglaterra.

—Menos mal que quieren acordarse de que vivo todavía —fue su

contestación—. ¿Y quiénes son esos reverendos embajadores?

—El Gran Maestre de los Templarios y el Marqués de Montserrat.

—A nuestro hermano de Francia no le gustan los lechos de enfermo —dijo Ricardo—; y, sin embargo, si Felipe hubiese estado enfermo, haría mucho tiempo que yo no me movería de su cabecera. Jocelyn: arrégrame la cama, que está revuelta como un mar en tempestad. Tráeme ese espejo de acero. Pásame el peine por los cabellos y la barba. En verdad más parecen la crin de un león que la cabellera de un cristiano. Dame agua.

—Señor —dijo el chambelán temblando—; el médico dice que el agua fría os puede ser fatal.

—¡Que se vayan al diablo los médicos! —replicó el monarca—. Si no son capaces de curarme, ¿por qué he de aguantar que me atormenten? Y ahora —dijo, después de haber hecho sus abluciones—, que entren los respetables embajadores. Supongo que no podrán decir que la enfermedad ha hecho que Ricardo abandonara el aseo de su persona.

El famoso Maestre de los Templarios era un hombre alto, delgado, curtido en la guerra, de mirada sombría, pero penetrante, y con una frente en que mil turbias intrigas habían dejado una parte de su obscuridad. Situado a la cabeza de aquel Cuerpo especial para el que la Orden lo era todo y los individuos nada, trabajando sólo para el engrandecimiento de su poder, hasta a expensas de la verdadera religión para cuya protección se, había fundado la Comunidad; acusado de herejía y de brujería, a despecho de su carácter de religioso católico, sospechoso de inteligencia con el sultán, a pesar de haber hecho voto de defender el Sagrado Templo o de recuperarlo, el carácter de toda la Orden y el carácter personal de su jefe o Gran Maestre, era un enigma ante el cual la mayor parte se horrorizaba. El Gran Maestre vestía blancos hábitos de gala y llevaba el ábaco, símbolo místico de su dignidad, cuya forma peculiar ha motivado tantas singulares conjeturas y provocado tantos comentarios, hasta hacer suponer que aquella Orden de caballeros cristianos se habían apropiado los más impuros símbolos del paganismo.

Conrado de Montserrat era de apariencia mucho más agradable que el sombrío y misterioso monje-guerrero que le acompañaba. Era un hombre agradable, de mediana edad, valeroso en la batalla, sagaz en el consejo, alegre y elegante en las fiestas y recreos; pero, por otra parte, se le acusaba generalmente de ser versátil, de estrecha y egoísta ambición, de desear extender su poderío, sin interesarse por el bien del Reino Latino de Palestina, y de trabajar en favor de sus intereses particulares, mediante negociaciones secretas con Saladino, en perjuicio de los miembros de la Liga Cristiana.

Cuando estos dignatarios hubieron hecho los saludos acostumbrados,

correspondidos cortésmente por el rey Ricardo, el Marqués de Montserrat empezó a exponer los motivos de su visita, diciendo que habían sido enviados por los ansiosos reyes y príncipes que integraban el Consejo de los Cruzados, «a fin de enterarse del estado de salud de su magnánimo aliado, el valeroso rey Ricardo de Inglaterra».

—Sabemos la importancia que los príncipes del Consejo conceden a nuestra salud —replicó el rey inglés—, y sabemos muy bien lo que deben haber sufrido reprimiendo su curiosidad sobre este punto durante catorce días, por temor, sin duda, de agravar nuestra enfermedad, si nos dejaban ver la inquietud que les inspiraba.

La ola de elocuencia del marqués se estrelló contra esta réplica, que le produjo tal confusión de ideas, que su más austero compañero tuvo que tomar el peso de la conversación, y con tono mucho más seco y con breve gravedad (toda la que le permitía el rango de la persona a quien se dirigía) informó al rey de que iban a rogarle, de parte del Consejo y en nombre de toda la Cristiandad, que no permitiera que su salud fuese puesta en manos de un médico infiel, enviado, según se decía, por Saladino, hasta que el Consejo hubiese tomado disposiciones que desvaneciesen o confirmasen las sospechas que, como es natural, inspiraba la misión de dicha persona.

—Gran Maestre de la santa y valerosa Orden de los Caballeros Templarios y tú, muy noble marqués de Montserrat —replicó Ricardo—: si hacéis el favor de retiraros a la estancia contigua, veréis ahora mismo el caso que hacemos de las solícitas advertencias de nuestros reales colegas y príncipes aliados en esta religiosa guerra.

El marqués y el Gran Maestre se retiraron, según se les acababa de indicar; y, al cabo de unos minutos de permanecer en el pabellón exterior, llegó el médico oriental acompañado por el barón de Gilsland y por Kenneth, el escocés. El barón, de todas maneras, entró allí unos momentos después que los otros dos, porque se paró a la puerta de la tienda, seguramente para dar algunas órdenes a los centinelas.

Cuando entró el médico árabe, éste saludó a la manera oriental, al marqués y al Gran Maestre, cuya apariencia y vestidos anunciaban su alta dignidad. El Gran Maestre correspondió al saludo con una expresión de desdeñosa frialdad; el marqués, con llana cortesía que habitualmente usaba para tratar con hombres de todas las clases sociales y naciones. Hubo un momento de silencio, porque el caballero-escocés esperó que llegara De Vaux, no atreviéndose a servirse de su sola autoridad para entrar en la tienda del rey de Inglaterra. Durante este intervalo, el Gran Maestre preguntó severamente al musulmán:

—Infiel: ¿tendrás la osadía necesaria para practicar tu arte en la persona de

un ungido soberano de la hueste cristiana?

—El sol de Alá —contestó el sabio— ilumina tanto al nazareno como al verdadero creyente, y su servidor no se atreve a hacer distinción alguna entre uno y otro, cuando le llaman a ejercer el arte de restablecer la salud.

—Infiel Hakim —dijo el Gran Maestre—, o cualquiera que sea el nombre que se da a un esclavo de las tinieblas que no ha sido bautizado: ¿sabes que serás descuartizado por cuatro caballos salvajes si el rey Ricardo muere en tus manos?

—Sería una injusticia —contestó el médico—, porque yo sólo puedo usar de recursos humanos, y su resultado está escrito en el libro de la luz.

—Venerable y valiente Gran Maestre —dijo el marqués de Montserrat—: ¿creéis que este sabio no conoce nuestras leyes cristianas, inspiradas en el temor de Dios y protectoras de sus ungidos? Has de saber, respetable médico, que no dudamos de tu ciencia, pero que la más sabia decisión que podrías tomar sería presentarte ante el ilustre Consejo de nuestra Santa Liga, y dar razonada cuenta a la asamblea de médicos sabios y hábiles que se reunirían con tal fin, sobre los procedimientos de curación que piensas utilizar en tu ilustre paciente, y de esta manera evitarías el peligro a que temerariamente te expones, asumiendo tú solo la responsabilidad que, según acabas de decir, puedes contraer.

—Señores —dijo El Hakim—: os comprendo muy bien. Pero la sabiduría tiene sus campeones, lo mismo que vuestro arte militar, y a veces tiene también sus mártires, como la religión. De mi soberano, el sultán Saladino, he recibido la orden de curar a este rey nazareno, y, con la bendición del Profeta, debo obedecer su orden. Si fracaso, vosotros lleváis espadas sedientas de sangre de creyentes, y yo abandono mi cuerpo a vuestras armas. Pero no quiero discutir con un incircunciso sobre la virtud de los remedios, cuyo conocimiento he adquirido por la gracia del Profeta, y os ruego que no interpongáis ninguna dilación entre mi persona y el ejercicio de mi tarea.

—¿Quién habla de dilación? —dijo el barón De Vaux, entrando precipitadamente en la tienda—. Ya hemos tenido bastantes. Os saludo, marqués de Montserrat, y a vos también, valeroso Gran Maestre. Pero tengo que presentar inmediatamente este médico al rey.

—Señor —dijo el marqués en francés-normando, o lengua de Oil, como se llamaba también dicho lenguaje—: debéis saber que hemos venido en representación del Consejo de los monarcas y príncipes de la Cruzada para exponer los peligros que presupone el permitir que un médico infiel y oriental intervenga en una salud tan preciosa como la de vuestro señor, el rey Ricardo.

—Noble señor marqués —contestó bruscamente el barón—: no soy

hombre de muchas palabras, ni me gusta oír las; pero siempre estoy más dispuesto a creer lo que han visto mis ojos que lo que han escuchado mis oídos. Estoy convencido de que este infiel puede curar la enfermedad del rey Ricardo, y tengo en él confianza bastante para creer que procederá de buena fe. El tiempo es precioso. Si Mahoma (¡que la maldición de Dios caiga sobre él!) estuviese en la puerta de la tienda con tan buenas intenciones como este Adonbec el Hakim, consideraría un pecado hacerle esperar ni un minuto siquiera. Por consiguiente, que Dios os guarde, señores.

—Pero el mismo rey —dijo Conrado de Montserrat— nos ha dicho que presenciáramos la visita de este médico.

El barón cuchicheó con el chambelán, probablemente para saber si el marqués decía la verdad, y luego contestó:

—Señores: si tenéis paciencia, podéis entrar con nosotros, pero si con palabras o ademanes interrumpís la tarea de este médico, sabed que, sin contemplaciones a vuestra alta dignidad, os obligaré a salir de la tienda de Ricardo; porque estoy tan convencido de la virtud de las medicinas de este hombre, que si el propio Ricardo las rechazara, os digo por Nuestra Señora de Lanercost, que me parece que encontraría en mi corazón la fuerza necesaria para obligarle a tomarlas de grado o por fuerza. Adelante, El Hakim.

Dijo esta última frase en lengua franca, y fue obedecida inmediatamente por el médico. El Gran Maestre miró torvamente al poco ceremonioso guerrero, pero una rápida mirada del marqués le hizo desarrugar algo el ceño, y todos juntos siguieron a De Vaux y al árabe hasta la estancia interior, donde Ricardo les esperaba con la impaciencia con que el enfermo espera oír los pasos de su médico. Sir Kenneth, a quien nadie había invitado a entrar, ni nadie le había prohibido hacerlo, creyó que las circunstancias le autorizaban para seguir a aquellos dignatarios, pero consciente de la inferioridad de su rango, se mantuvo algo separado durante la escena.

Tan pronto como les vio entrar en su habitación, Ricardo exclamó:

—¡Oh! ¡Qué buenos compañeros vienen a ver cómo Ricardo da el gran salto a las tinieblas! Mis nobles aliados, os saludo como representantes de nuestra Liga; Ricardo volverá a estar entre vosotros como antes, o llevaréis a la tumba mi cadáver. De Vaux: tanto si vivo como si muero, cuenta con el agradecimiento de tu príncipe. Pero aún hay alguien más... esta fiebre enturbia la vista. ¡Ah, es el bravo escocés, que quería subir al cielo sin escalera! Le saludo también. Vamos, señor Hakim, a la tarea, a la tarea.

El médico, que ya se había hecho informar de los diferentes síntomas de la enfermedad del rey, le tomó el pulso largo rato y con mucha atención, mientras todos los presentes permanecían silenciosos, casi conteniendo la respiración.

El médico llenó en seguida una copa de agua clara, y sumergió en ella la bolsita de seda roja que se sacó del pecho, como hiciera antes. Cuando pareció suponer que el agua estaba suficientemente saturada, iba a ofrecerla al soberano, quien, conteniéndole, dijo:

—Espera un momento. Tú has tomado mi pulso; deja que ponga yo los dedos en el tuyo. Yo también, como ocurre a todo buen caballero, sé algo de tu arte.

El árabe le alargó su mano sin vacilar, y sus largos, delgados y oscuros dedos permanecieron un momento aprisionados y casi quemados dentro de la ancha mano del rey Ricardo.

—Su sangre late como la de un niño —dijo el rey—; no debe latir así la de un hombre que quiere envenenar a un príncipe. De Vaux: tanto si vivo como si muero, despide a este Hakim con honor y seguridad. Amigo, saluda de mi parte al noble Saladino. Si muero, moriré sin dudar de su lealtad; si vivo, le daré las gracias de la manera que un guerrero quiere que se las den.

Se incorporó en la cama, tomó la copa en la mano, y volviéndose al marqués y al Gran Maestre, dijo:

—Oíd bien lo que digo, y que mis reales hermanos me acompañen con vino de Chipre: «A la gloria inmortal del primer cruzado que toque con la lanza o la espada la puerta de Jerusalén; y por la vergüenza y la infamia eterna de cualquiera que vuelva el arado que tiene en la mano».

Apuró la copa de un sorbo, la devolvió al árabe, y se estiró, como extenuado, sobre los almohadones preparados para recibirle. Entonces, el médico, sin decir nada, pero con ademanes expresivos, indicó que era preciso que todos marcharan de la tienda, salvo él y De Vaux, a quien ninguna indicación habría arrancado de allí. Por consiguiente, todos los demás se marcharon.

CAPÍTULO X

El marqués de Montserrat y el Gran Maestre de los Caballeros Templarios permanecieron delante del pabellón real, dentro del que había ocurrido aquella singular escena, y vieron cómo una fuerte guardia de hombres de armas y arqueros se disponía a rodearla para mantener a distancia todo lo que pudiese estorbar el sueño del monarca. Los soldados iban cabizbajos, silenciosos, con la mirada sombría, como si siguieran una comitiva fúnebre, y andaban con tal cuidado, que nadie habría podido percibir el ruido de un escudo ni de una espada, a pesar de ser muchos y bien armados los que se movían alrededor de

la tienda. Cuando los dos dignatarios pasaron entre ellos, bajaron sus armas en señal de reverencia, pero sin interrumpir el profundo silencio.

—¡Qué cambio entre estos perros insulares! —dijo el Gran Maestre a Conrado, cuando hubieron dejado atrás a los soldados de la guardia—. ¡Qué tumulto de caballos y qué ruido había antes delante de este pabellón! Siempre se tiraba la barra, se jugaba a la pelota, se luchaba, se cantaban romances y se vaciaban botellas entre esta gentuza, como si celebrasen la fiesta del Árbol de Mayo, en lugar de montar la guardia ante un pabellón real.

—Los mastines son una raza fiel —contestó Conrado—, y el rey, su dueño, ha conquistado su afecto dejándoles jugar, luchar y divertirse, y haciéndolo con ellos si tal cosa le venía en gana.

—Es un humorista —dijo el Gran Maestre—. ¿Os habéis fijado en el discurso que nos ha dirigido, en lugar de rogar a Dios por su alma, cuando ha tomado la copa y ha hecho aquel brindis?

—Habría hecho un buen brindis y con una bebida muy especial, si Saladino fuese como todos los turcos que llevan turbante y se vuelven de cara a La Meca al toque del muecín. Pero Saladino presume de lealtad, de honor y de generosidad, como si fuese cosa de un perro no bautizado, como él, practicar las virtudes de los caballeros cristianos. ¡Dicen que ha pedido a Ricardo que le confiera la orden de Caballería!

—¡Por San Bernardo! —exclamó el Gran Maestre—. Sería cuestión de tirar los cinturones y las espuelas, señor marqués, de borrar nuestros escudos de armas y renunciar a nuestros burgonetes si se concediera el más elevado honor de la Cristiandad a un infiel turco de diez peniques.

—¡Qué precio tan barato ponéis al sultán! —replicó el marqués—. Pero, aunque sea un hombre de buena talla, he visto vender a otros mejores que él a cuarenta peniques en el bazar.

Llegaron en aquel momento al lugar donde tenían los caballos, que habían estado esperando a cierta distancia de la tienda real, en medio de un brillante séquito de pajes y escuderos que les acompañaban. Conrado, después de un momento de silencio, propuso al Gran Maestre enviar el séquito y los caballos, y regresar a pie atravesando las líneas del extenso campamento cristiano, con el objeto de disfrutar de la fresca brisa de la tarde. Consintió el Gran Maestre, y empezaron a caminar ambos, evitando, como si lo hubiesen convenido tácitamente, la parte más poblada de aquella ciudad de tiendas, siguiendo la ancha explanada que separaba el campamento de las defensas exteriores, y en donde podían hablar secretamente y pasar desapercibidos de todos, menos de los centinelas que encontrarán a su paso.

Durante buen rato hablaron de cuestiones militares y de preparativos de

defensa.

Pero esta conversación, que no parecía interesarles, se terminó, siguiendo un largo intervalo de silencio, que fue roto al fin por el marqués de Montserrat, el cual se paró en seco, como quien ha tomado de súbito una resolución; y fijando la mirada un momento en la sombría y dura fisonomía del Gran Maestro, le dirigió estas palabras:

—Si ello fuese compatible con vuestro valor y santidad, reverendo Sir Giles Amaury, os rogaría que por una vez, levantarais la obscura visera que lleváis bajada y hablaseis con un amigo con la cara descubierta.

El templario sonrió.

—Existen máscaras de colores claros —dijo— que esconden la fisonomía natural tan bien como las otras.

—Como queráis —dijo el marqués, poniéndose la mano en la barba y haciendo como quien se quita una careta—. Éste es mi disfraz. Y ahora, ¿qué opináis de los resultados de esta Cruzada, en lo que afecta a los intereses de vuestra Orden?

—Eso es levantar el velo de mis pensamientos y no exponer los vuestros. Pero os contestaré con una parábola que me explicó un santón del desierto. Un labriego pidió al Cielo que lloviera y murmuraba porque el agua no le era enviada según su conveniencia. Para castigar su impaciencia, Alá (dijo el santón) envió al Éufrates sobre sus tierras, y el río arrastró al labriego y las haciendas, para que quedase completamente satisfecho de sus deseos.

—Esa parábola es una gran verdad —dijo el marqués—. ¡Ojalá el Océano hubiese tragado las diecinueve partes de los armamentos de estos príncipes occidentales! El resto habría servido mejor los proyectos de los nobles cristianos de Palestina, lamentables reliquias del Reino Latino de Jerusalén. Abandonados a nuestras propias fuerzas, habríamos podido capear el temporal, o, ayudados moderadamente con tropas y dinero, habríamos obligado a Saladino a respetar nuestro valor, concediéndonos paz y protección en condiciones más tolerables. Pero ante el peligro inminente con que le amenaza esta Cruzada, no podemos confiar en que Saladino, si la vence, permita que ninguno de nosotros conserve posesiones o principados en Siria, y mucho menos que consienta la existencia de comunidades religiosas y militares, que le han originado tantos males.

—Sí, es verdad —dijo el templario—; pero estos cruzados aventureros pueden triunfar y plantar la Cruz de nuevo en los baluartes de Sión.

—¿Y qué ventajas obtendrán con ello la Orden de los templarios o Conrado de Montserrat? —dijo el marqués.

—La ventaja para vos —contestó el Gran Maestre—, podría ser que Conrado de Montserrat se convirtiera en rey de Jerusalén.

—Eso parece una gran cosa —dijo el marqués—, pero suena a hueco. Ya obró cuerdamente Godofredo de Bouillon al escoger la corona de espinas por emblema. Os confieso, Gran Maestre, que he adquirido cierta afición a las formas de gobierno orientales: una monarquía debe consistir pura y simplemente en rey y súbditos, y nada más. Ésta es la primitiva y sencilla estructura; un pastor y su rebaño. Toda esa cadena inferior de dependencias feudales es artificiosa y sofística; yo preferiría mucho más tener con mano firme el cetro en mi pobre marquesado, y manejarlo a mi gusto, a tener el cetro de monarca encadenado y doblegado a la voluntad de todos los barones feudales que poseyesen dominios sujetos a la Ley de Jerusalén. Un rey debe tener libertad para ir a donde quiera, Gran Maestre, y no ser contenido en el camino, aquí por un foso, allá por una cerca, más allá por un privilegio que un barón feudal, armado de pies a cabeza, se dispone a mantener con la espada en la mano; en una palabra: sé muy bien que los derechos de Guido de Lusiñán al trono serán preferidos a los míos, si Ricardo se restablece y si tiene que intervenir en la elección.

—Basta —dijo el Gran Maestre—. Me habéis convencido con vuestra sinceridad. Puede haber otros que tengan la misma opinión, pero pocos como Conrado de Montserrat, que se atreven a confesar francamente que son contrarios al restablecimiento del Reino de Jerusalén y que prefieren continuar siendo dueños de una parte de sus restos, como los bárbaros insulares, que en lugar de trabajar en el salvamento de un buque que está a punto de perderse en el temporal, prefieren esperar a que naufrague para enriquecerse con los despojos.

—¿No descubriréis mi pensamiento? —dijo Conrado, mirándole fijamente y con desconfianza—. Tened por cierto que la lengua no me pondrá jamás en peligro, y que mi mano sabrá salir en defensa de una y otra. Acusadme, si queréis, que estoy dispuesto a defenderme en combate contra el templario más valeroso que jamás haya tomado la lanza.

—Os desbocáis muy rápidamente, a pesar de ser tan buen corcel —contestó el Gran Maestre—. Ocurra lo que ocurra, os prometo por el Sagrado Templo que nuestra Orden ha jurado defender, que guardaré el secreto como un buen compañero.

—¿Por qué templo? —preguntó el marqués de Montserrat, a quien la afición al sarcasmo le hacía pasar a menudo por encima de la cortesía y de la discreción—. ¿Juráis por el que hay en la montaña de Sión, construido por el rey Salomón, o por el edificio simbólico y emblemático del que dicen que se habla en los consejos que celebráis bajo las bóvedas de vuestros Preceptorios,

para el engrandecimiento de vuestra venerable y valerosa Orden?

El templario le contempló con terrible mirada, pero contestó con gran calma:

—Sea el que sea el templo por el que jure, marqués de Montserrat, estad convencido de que mi juramento es sagrado. Querría saber cómo podría encadenaros a vos con un juramento igual.

—Juro seros leal —dijo el marqués riendo— por la corona de marqués, que espero convertir en algo mejor antes de que esta guerra termine. Es tan sencilla, que no me llega a calentar la frente; una corona ducal me preservaría mejor del aire nocturno que ahora nos da, pero aún sería mejor una corona real, teniendo en cuenta que va forrada de terciopelo y armiño. En pocas palabras: ambos estamos encadenados por unos mismos intereses; porque no creáis, señor Gran Maestre, que si estos príncipes cristianos logran conquistar Jerusalén poniendo allí a un rey designado por ellos, tolerarían que ni vuestra Orden ni mi marquesado conservaran la independencia de que disfrutan hoy. No, por la Virgen. Antes, si así fuera, los orgullosos caballeros de San Juan podrían empezar otra vez a hacer ungüentos y vendas para los hospitales, y vosotros, los muy poderosos y venerables caballeros del Temple, tendríais que volver a vuestra humilde condición de hombres de armas, durmiendo tres en un mismo lecho, cabalgando dos en un caballo y volviendo a la regla de humildad que antes teníais, como lo demuestra el sello que todavía usáis actualmente.

—El rango, los privilegios y la opulencia de nuestra Orden la salvarán de esa degradación con que la amenazáis —contestó altivamente el templario.

—Ése es vuestro castigo —dijo Conrado de Montserrat—, y vos sabéis tan bien como yo, reverendo Gran Maestre, que si los príncipes cristianos triunfan en Palestina, su primera disposición será destruir la independencia de vuestra Orden, lo cual ya habría ocurrido hace mucho tiempo, a no ser por la protección del Papa, y si no se precisara de vuestro valor para reconquistar Tierra Santa. Dadles una victoria completa, y os arrinconarán, lo mismo que se recogen y ponen en un rincón los trozos de las lanzas que se rompen en el torneo.

—Puede muy bien ser verdad lo que decís —contestó el templario, sonriendo tristemente—. Pero ¿qué saldríamos ganando si los aliados retiraran sus fuerzas y dejaran Palestina bajo las garras de Saladino?

—Mucho y seguro —replicó el marqués—. El sultán daría grandes provincias a cambio de poder tener a sus órdenes un cuerpo bien armado de lanzas francas. En Egipto y en Persia, un centenar de auxiliares de esta clase, unidos a la caballería ligera, le aseguraría la victoria contra la desigualdad

numérica, por terrible que fuese. Esta dependencia sería temporal, quizá sólo duraría el tiempo que viviera este sultán emprendedor; pero en Oriente los imperios nacen como setas. Supongamos que muere, y que nosotros estuviésemos fortificados, y con los ejércitos bien nutridos por el constante alistamiento de osados aventureros europeos. ¿Qué no podríamos esperar obtener, libres de la autoridad de estos monarcas, cuya dignidad hoy nos hace sombra, y que si permanecen aquí y triunfan en su empresa nos obligarán a una degradación y dependencia perpetuas?

—Tenéis razón, señor marqués —dijo el Gran Maestre—, y vuestras palabras encuentran eco en mi espíritu. Pero hemos de ser cautos; Felipe de Francia es prudente y valeroso.

—Es cierto, y por eso sería más fácil hacerle desistir de una expedición en que se ha comprometido desatinadamente en un momento de entusiasmo o instigado por sus nobles. Tiene envidia al rey Ricardo, su enemigo natural, y no piensa más que en volver a continuar sus planes ambiciosos cuyo objetivo está más cerca de París que de Palestina. Aceptará el primer pretexto que le dé motivo para retirarse de una escena en la que sabe muy bien que malgasta inútilmente las fuerzas de su reino.

—¿Y el duque de Austria? —dijo el templario.

—¡Oh! En cuanto al duque —replicó Conrado—, su vanidad y su locura le conducen a las mismas conclusiones que la política y la sabiduría de Felipe. Cree (¡Dios le guarde!) que le tratan con ingratitud, porque en los labios de todos hasta los de sus mismos minne-singers, no hay más que elogios al rey Ricardo, a quien tanto detesta y teme, y cuya ruina le llenaría de alegría, como aquellos perros cobardes que cuando el más bravo de la jauría cae bajo las garras del lobo, están dispuestos más bien a atacar la víctima por detrás que para ir en su ayuda. Pero ¿por qué os digo todo esto, sino porque deseo sinceramente que esta Liga se desvanezca y que el país se vea liberado de esos grandes monarcas y de sus ejércitos? Y ya sabéis muy bien, y lo habéis visto con vuestros propios ojos, que todos los príncipes que aquí tienen influencia y autoridad se perecen por entrar en tratos con el sultán.

—Ya lo sé —dijo el templario—; precisaría estar ciego para no haberlo notado en sus últimas deliberaciones. Pero quitaos la máscara un tanto más, y decidme la verdadera razón que os hizo insistir en el Consejo para que se encargase a ese inglés del Norte, o escocés, o Caballero de Leopardo, como le llamáis, la misión de llevar la propuesta de ese tratado.

—Fue un ardid político —contestó el italiano—. Ser hijo de Inglaterra es una cualidad que predispondría favorablemente a Saladino, quien, por otra parte, sabía que él hacía mucho tiempo que luchaba bajo las banderas de Ricardo, mientras que su carácter de escocés, y algunas otras causas de

disgusto personal que yo sé, daban muchas probabilidades de que, a pesar de no parecer un verdadero enviado nuestro, a su regreso evitara toda comunicación con el rey Ricardo, a quien su presencia siempre ha sido desagradable.

—¡Oh, es una política demasiado sutil! —dijo el Gran Maestre—; creedme: esa telaraña italiana no envolverá jamás a ese Sansón insular, que conserva toda su cabellera; sería preferible que le ataseis con cuerdas nuevas y muy fuertes. ¿No veis que este emisario tan astutamente elegido nos ha traído a este médico que nos pondrá a este corazón leonino, a este inglés de cuello de toro, en estado de reanudar la Cruzada? Y cuando esté en condiciones de continuar la marcha, ¿qué príncipe se atreverá a quedarse atrás? Tendrán que seguirle por vergüenza, aunque prefiriesen marchar bajo las banderas de Satanás.

—Tranquilizaos —dijo Conrado de Montserrat—; antes de que ese médico, si no recurre a una especie de milagro, tenga tiempo de acabar la curación de Ricardo, será posible hacer surgir una abierta ruptura entre el francés, o por lo menos el austríaco, y sus aliados de Inglaterra, de manera que la divergencia sea irreconciliable; y aunque Ricardo se levante de su lecho, será quizá para tomar el mando de sus propias tropas nacionales, pero jamás, por sus solas fuerzas, para hacerse cargo de la totalidad de las tropas de la Cruzada.

—Eres un arquero de buena voluntad —dijo el templario—; pero, Conrado de Montserrat, no tienes el arco bastante tirante para disparar una flecha y dar en el blanco.

Callóse de pronto, miró con inquietud en derredor suyo, para asegurarse de que nadie podía oírles, y tomando la mano de Conrado la estrechó con fuerza, le miró de hito en hito, y dijo en voz baja:

—¿Levantarse Ricardo has dicho? Conrado: ¡es preciso que no se levante jamás!

El marqués de Montserrat se estremeció.

—¿Qué decís? ¿Habláis de Ricardo de Inglaterra, de Corazón de León, del defensor de la Cristiandad?

Le palideció el rostro y las rodillas le temblaron mientras decía tales palabras. El templario le miró, y una sonrisa de desprecio contrajo su rostro de hierro.

—¿Sabes a qué te pareces en este momento, Conrado? No al político marqués de Montserrat, ni al que quería dirigir el Consejo de Príncipes y determinar el destino del Imperio..., sino a un novicio que, habiendo

encontrado por azar una fórmula de conjuros en el libro de su maestro, ha evocado al diablo sin pensarlo, y se horroriza al ver que el mal espíritu se presenta ante él.

—Reconozco —dijo Conrado tranquilizándose— que, salvo en el caso de encontrar otro camino muy seguro, habéis señalado el que nos puede llevar más pronto al fin que nos proponemos. Pero ¡Virgen Santa!, nos aborrecería toda Europa, y seríamos objeto de todas las maldiciones, desde el Papa hasta el último pordiosero de las puertas de las iglesias, que, andrajoso, leproso y caído en la más espantosa miseria humana, aún daría gracias a Dios por no ser ni Giles Amaury ni Conrado de Montserrat.

—Si lo tomas así —dijo el Gran Maestre, con la serenidad que había conservado durante la totalidad de este notable diálogo—, hagamos como si no hubiese pasado nada entre nosotros, como si hubiésemos hablado dormidos, y como si ahora que nos hemos despertado, la visión se hubiera desvanecido.

—Jamás se apartará de mí —contestó Conrado.

—Es verdad que las visiones de coronas ducales o de reales diademas se agarran, generalmente, al lugar que ocupan en la imaginación —dijo el Gran Maestre.

—Está bien —contestó Conrado—, pero antes dejadme sembrar la cizaña entre Austria e Inglaterra.

Se separaron. Conrado permaneció de pie en el mismo lugar, mirando la ondeante capa blanca del templario, quien se alejaba lentamente, y al fin desapareció entre las rápidas tinieblas de la noche oriental. Altivo, ambicioso, político y poco escrupuloso, el marqués de Montserrat no era cruel por naturaleza. Era un voluptuoso y un epicúreo, y, como muchos de su carácter, a pesar de su egoísmo, no le gustaba causar daños graves ni presenciar actos de crueldad; en general, también conservaba un sentimiento de respeto para su propia fama, que algunas veces sustituía la falta de aquellos principios más elevados que constituyen la base y el punto de apoyo de una reputación.

—¡Verdaderamente, he evocado al diablo con una venganza! —dijo con la vista fija en el punto por donde se había desvanecido la última elegante ondulación del manto templario—. ¿Quién habría pensado nunca que este severo y ascético Gran Maestre, cuya suerte o desgracia está mezclada a la de su Orden, sería capaz, para engrandecer a ésta, de ir más lejos de lo que yo estoy dispuesto a ir por mi interés personal? Ciertamente, mi propósito era hacer fracasar esta salvaje Cruzada, pero jamás me habría atrevido a imaginar el expeditivo proceso que este poco escrupuloso monje se ha atrevido a sugerirme. Claro que es el más seguro... y quizá el menos peligroso.

Tales eran las irreflexiones del marqués, cuando su soliloquio fue interrumpido por una voz cercana que, con el enfático tono de un heraldo, decía:

—¡Recordad el Santo Sepulcro!

Esta exhortación era repetida como un eco en cada puesto de guardia, porque tal era la misión de los centinelas, a fin de que el ejército de los cruzados no olvidara ni un momento el motivo por el que había tomado las armas. A pesar de que Conrado estaba familiarizado con esta costumbre, y había oído tal exhortación en otras muchas ocasiones sin darle importancia alguna, en aquel momento coincidía tan poco con sus pensamientos, que le pareció un aviso de Dios, que le advertía contra la iniquidad de lo que él forjaba en su corazón. Miró en derredor suyo ansiosamente, lo mismo que el patriarca de la antigüedad, aunque en circunstancias diferentes, como si hubiese esperado ver algún cordero prendido entre las zarzas de un bosque, alguna substitución para el sacrificio que le proponía ofrecer su compañero, no al Ser Supremo, sino al Moloch de su propia ambición. Levantó la vista y vio los amplios pliegues del estandarte real de Inglaterra, agitado fuertemente por la brisa nocturna. Se elevaba en un promontorio artificial situado casi en el centro del campamento, que quizá algún antiguo jefe hebreo o algún guerrero había escogido para su lugar de descanso eterno. Si tal era, su nombre se había olvidado, y los cruzados lo bautizaron con el nombre de Monte de San Jorge. Desde aquella colina que dominaba el campamento, la bandera de Inglaterra ondeaba como un emblema de soberanía sobre todas las demás insignias nobles y hasta reales, izadas en lugares inferiores.

Un espíritu tan vivo como el de Conrado se impresiona con una fugaz visión de las cosas. Una simple mirada a la bandera pareció disipar todas las vacilaciones. Se dirigió a su tienda con el paso rápido y decidido del hombre que acaba de adoptar un plan y que está resuelto a ponerlo en práctica; hizo retirar a todos los sirvientes de su casi principesco séquito que le esperaban, y cuando se acostó pensó en la nueva solución que había imaginado, y se dijo que era preciso probar los procedimientos más suaves antes de recurrir a medios desesperados.

—Mañana —dijo— me sentaré a la mesa del de Austria. Veré qué puede hacerse para el éxito de nuestros proyectos antes de seguir las negras sugerencias de ese templario.

CAPÍTULO XI

Leopoldo, Gran Duque de Austria, fue el primer señor de este noble país que ostentó el título de príncipe. Fue elevado a la dignidad ducal del Imperio alemán por ser pariente cercano del emperador Enrique el Severo, y gobernaba las mejores provincias que riega el Danubio. La Historia le ha criticado a causa de un acto de violencia y de perfidia derivado de hechos ocurridos en Tierra Santa, y, sin embargo, la vergüenza de haber hecho prisionero a Ricardo cuando, de regreso, atravesaba sus dominios solo y disfrazado, no era un acto que concordara con el carácter natural de Leopoldo. Era más bien un príncipe fatuo y débil, que ambicioso y cruel. Sus facultades mentales se parecían mucho a las cualidades de su persona. Era alta de estatura, fuerte y agradable de aspecto; en su rostro contrastaban extrañamente el rojo y el blanco, y tenía una larga caballera rubia. Pero en su andar había algo desagradable, que parecía indicar que su corpulencia no estaba animada por la energía suficiente para poner en movimiento una masa como aquella; asimismo, a pesar de llevar los más ricos vestidos, siempre parecía que no habían sido hechos para él. Como príncipe, se mostraba poco familiarizado con su propia dignidad; y por el afán de adoptar un aspecto digno cuando la ocasión lo requería, muy a menudo se creía obligado a recobrar con actos y manifestaciones de inoportuna violencia la situación que habría podido mantener fácilmente y con gracia, si hubiese tenido algo más que presencia de espíritu al empezar la controversia.

No sólo eran los demás los que veían estos defectos, sino que el propio archiduque no podía substraerse muchas veces al convencimiento de que no era hombre para mantener y hacer respetar la dignidad a que había llegado, y a ello se añadía la firme, y en muchos momentos justificada, sospecha de que los demás tenían la misma opinión respecto a él.

Al principio de la Cruzada, cuando se sumó a ella con un ejército digno de un príncipe, se moría de ganas de obtener la amistad y la confianza de Ricardo, e hizo tantas cosas para lograrlas, que, en buena política, el rey de Inglaterra habría debido agradecerlas y corresponderías. Pero el archiduque, que no dejaba de ser valiente, estaba lejos de poseer aquel ardiente ímpetu de Corazón de León, que le hacía amar el peligro como si fuese una novia, y por consiguiente, el rey sintió pronto hacia él una especie de desprecio. Además, Ricardo, que era normando y como tal estaba habituado por naturaleza a la templanza, criticaba la inclinación que el alemán sentía por los placeres de la mesa, y principalmente su liberal indulgencia por el uso del vino. Por estas razones y otras razones de carácter personal, el rey de Inglaterra trató muy pronto al austríaco con desdeñosa superioridad, sin preocuparse de disimular o modificar sus sentimientos, de lo cual se dio cuenta el desconfiado Leopoldo, y correspondió a ellos con el más profundo odio. La discordia entre ellos fue fomentada por las artes secretas y políticas de Felipe de Francia, uno de los monarcas más sagaces de la época; temeroso del carácter arrogante y

antojadizo de Ricardo, le consideraba su rival natural, y se sentía ofendido por los procedimientos de dictador con aquél que, vasallo de Francia por los dominios que poseía en el Continente, se conducía con su señor natural, y buscaba la manera de robustecer su partido y debilitar el de Ricardo, excitando a los príncipes cruzados de categoría inferior a reunirse para resistir a lo que él llamaba la usurpadora autoridad del rey de Inglaterra. Tal era el estado de la política y del criterio mantenido por el archiduque de Austria cuando Conrado de Montserrat resolvió emplear su envidia a Inglaterra como procedimiento para disolver o hacer desaparecer, a la larga, la Liga de los Cruzados.

El momento que escogió para su visita fue el mediodía, y el pretexto, obsequiar al archiduque con un selecto vino de Chipre que últimamente había caído en sus manos, y comentar sus méritos, comparándolo con los vinos de Hungría y del Rin. Un obsequio de esta clase fue correspondido, por supuesto, con una amable invitación del archiduque a una comida, en la que no se ahorró nada para que fuese digna del esplendor que corresponde a un príncipe soberano. Sin embargo, el refinado gusto del italiano vio más abigarrada profusión que finura o esplendor en la abundancia de platos, bajo cuyo peso crujía la mesa.

Los alemanes, si bien poseían el carácter franco y marcial de sus antepasados, que sojuzgaron el Imperio romano, habían conservado un deje muy acentuado de su barbarie. Entre ellos, las prácticas y los principios de la Caballería no eran llevados a tan delicados extremos como entre los caballeros ingleses y franceses, ni observaban con mucho rigor las reglas de la etiqueta, que estas dos últimas naciones consideraban el exponente más elevado de la civilización. Sentado a la mesa del archiduque, Conrado quedó ensordecido, y a la vez muy divertido, por el tumulto de los ruidos teutónicos que asaltaban sus oídos desde todos los rincones, a pesar de la solemnidad que debía presidir un banquete principesco. Los trajes parecían igualmente fantásticos; muchos de los nobles austríacos conservaban las largas barbas, y casi todos llevaban cortos jubones de diferentes colores, con cortes floreados y listas de colores, como no se estilaban en el Occidente de Europa.

Muchos criados, jóvenes y viejos, permanecían en el interior de la tienda, se mezclaban alguna vez en la conversación, y recibían de sus dueños restos de manjares, que devoraban de pie, detrás de los comensales. Había allí un extraordinario número de juglares, enanos y trovadores, que armaban más ruido y se permitían más licencias de las que se habría tolerado en una sociedad más ceremoniosa. Como se les permitía beber cuanto querían, y el vino era muy abundante, el tumulto que entre todos armaban era verdaderamente excesivo.

Entre esta escena tan pintoresca, y en medio de los gritos y de una confusión más propia de una taberna alemana en tiempo de feria, que de la

tienda de un príncipe soberano, el archiduque era servido con una minuciosidad de formalidades y de ceremonial que demostraba el afán que tenía de mantener con todo rigor la dignidad y el carácter que le había dado su elevación al alto lugar que ocupaba. Le servían rodilla en tierra, y sólo pajes de sangre noble; comía en platos de plata y bebía su Tokay y vino del Rin en copas de oro. Su manto ducal estaba espléndidamente adornado de armiño; el valor de su corona igualaba al de la de cualquier rey, y sus pies, calzados con zapatos de terciopelo (cuya longitud, incluyendo la puntera, debía ser de dos pies), destacaban sobre un escabel de plata maciza. Pero lo que de cierta manera revelaba el carácter de aquel hombre era que, a pesar de querer manifestarse amable con el marqués de Montserrat, a quien había hecho sentar deferentemente a su derecha, concedía muchas más atenciones a su Spruch-sprecher, que estaba de pie detrás del hombro derecho del duque.

Este personaje iba ricamente vestido con un manto y un jubón de terciopelo negro, guarnecido este último con diferentes monedas de oro y de plata, cosidas allí en recuerdo de la munificencia de los príncipes que se las habían regalado; llevaba también una varilla, de la que colgaban algunos anillos que hacía entrechocar para llamar la atención cuando iba a decir alguna sentencia que él creía digna de ser escuchada. El cargo que este personaje ocupaba en la casa del archiduque se podía situar entre el de trovador y consejero. Sucesivamente actuaba de adulator, de poeta y de orador; y las personas que deseaban obtener la amistad del duque, generalmente buscaban la manera de atraerse la buena voluntad del Spruch-sprecher.

Para evitar que la excesiva manifestación de la sabiduría de este personaje llegara a fatigar, detrás del otro hombro del duque había su Hoff-narr, o juglar de corte, llamado Jonás Schwanker, que casi armaba tanto ruido con las campanillas de su gorro y su parlería, como el orador con su ruidosa varilla.

Estos, dos personajes alternaban sus dichos serios o cómicos, mientras su dueño, riendo o aplaudiendo, examinaba con atención el rostro de su huésped, para descubrir qué impresión causaba en tan cumplido caballero aquella ostentación de la elocuencia y del ingenio austríacos.

Sería muy difícil decir cuál de los dos, si el campeón de la sabiduría o el de la locura, contribuía más a la diversión de los reunidos, o gozaba de la parte principal en favor de su dueño; pero las tonterías que decían uno y otro parecían ser recibidas excelentemente. Alguna vez disputaban por el uso de la palabra, y agitaban sus instrumentos para ver quién de ellos hacía más ruido, pero, en general, parecían estar bien avenidos, y tan acostumbrados a soportar cada uno las pullas del otro, que el Spruch-sprecher muchas veces condescendía a glosar alguna del juglar para hacerla más asequible a la capacidad del auditorio, de manera que su ciencia servía para comentar una locura del juglar. Otras veces, en compensación, el Hoff-narr decía algún

chiste agudo al terminar algún enfadoso discurso el orador.

Cualesquiera que fuesen sus sentimientos, Conrado tuvo especial cuidado en que su rostro no expresara otra cosa que una gran satisfacción por todo lo que oía; y sonreía o aplaudía aparentando el mismo entusiasmo que el archiduque por la solemne locura del Spruch-sprecher o el ingenio indescifrable del juglar. En efecto, observó atentamente esperando que uno u otro intercalasen algún dicho favorable a las intenciones que ocupaban en absoluto su pensamiento.

No transcurrió mucho rato, cuando el juglar se metió con el rey de Inglaterra; el juglar se había acostumbrado a tomar a «Ricardito de la Retama» (epíteto irrespetuoso con que substituía al nombre de Ricardo Plantagenet) por tema de divertidas e inagotables bromas. Sin embargo, el orador callaba, y sólo a demanda de Conrado explicó que la ginesta o retama era un emblema de humildad, y que sería conveniente a los que la llevan, recordar la advertencia.

La alusión a la ilustre divisa de los Plantagenet se había hecho suficientemente manifiesta, y Jonás Schwanker observó que aquellos que se habían humillado habían sido exaltados con una venganza.

—Honrad a aquellas personas a quien se debe honor —contestó el marqués de Montserrat—. Todos hemos tenido alguna parte en estas marchas y batallas, y hasta parece que los demás príncipes podrían reclamar una pequeña parte de la fama que los trovadores y los Minne-singers atribuyen exclusivamente a Ricardo de Inglaterra. ¿No hay aquí nadie de la gaya ciencia que posea un canto en honor del real archiduque de Austria, nuestro principesco huésped?

Tres trovadores hicieron oír simultáneamente su voz, acompañándose con el arpa. El Spruch-sprecher, que parecía actuar como maestro de ceremonias, hizo callar a dos de ellos, no sin algunas dificultades, procurando obtener silencio para el poeta preferido, el cual cantó en alto alemán unas estrofas, que pueden ser traducidas de la siguiente forma:

Prez al valiente caudillo,
que de las cruzadas huestes
por la senda de la gloria
los pasos dirige y mueve.

Aquí, el orador, agitando su varilla, interrumpió al trovador para explicar a los comensales lo que no debían haber entendido lo suficiente de esta descripción, es decir: que su real anfitrión era el caudillo, y entonces, llenando los vasos, bebieron todos, prorrumpiendo en aclamaciones: «Hoch lebe der Herzog Leopold!».

¿Por qué del Austria se encumbran

las glorias y las banderas?

¿Por qué el águila atrevida
sobre los montes se eleva?

—El águila —dijo el glosador de dichos oscuros— es la divisa del escudo de nuestro noble señor el archiduque (quiero decir de su Real Gracia), y el águila se eleva más alto y más cerca del Sol que ninguna otra ave.

—Pero el león ha pasado delante del águila —dijo Conrado con tono indiferente.

El archiduque se sonrojó, y fijó su vista en él, mientras el Spruch-sprecher contestaba, después de meditar un minuto:

—El señor marqués me perdone; un león no puede volar por encima de un águila, porque no tiene alas.

—Salvo el león de San Marcos —dijo el juglar.

—Es la bandera de Venecia —dijo el archiduque—; pero ciertamente esta raza anfibia, mitad de nobles, mitad de comerciantes, no se atreverá a compararse con la nuestra en categoría.

—Yo no me refería al león de Venecia —dijo el marqués de Montserrat—, sino de los tres leones de Inglaterra; antes —agregó—, eran tres leopardos, pero ahora se han convertido en verdaderos leones, y tienen que marchar delante de todos los animales, peces y aves, y ¡ay del que intente disputárselo!

—¿Habláis en serio señor? —preguntó el austríaco, que estaba considerablemente excitado por el vino—. ¿Creéis que Ricardo de Inglaterra pretende tener alguna superioridad sobre los soberanos libres que se han aliado voluntariamente a la Cruzada?

—Lo digo sólo por lo que veo —contestó Conrado—. Allí está su bandera desplegada en el centro de nuestro campamento, como si él fuese rey y generalísimo de la totalidad del ejército cristiano.

—¿Y lo toleráis tan pacientemente, y lo comentáis con tanta frialdad?

—¡Oh, señor! —contestó Conrado—. No es precisamente al pobre marqués de Montserrat a quien corresponde reclamar contra una injuria a la que se someten pacientemente príncipes tan poderosos como Felipe de Francia y Leopoldo de Austria. El deshonor que vosotros os dignáis tolerar no puede ser una ignominia para mí.

Leopoldo apretó el puño, y descargó un violento golpe sobre la mesa.

—Ya lo dije a Felipe —exclamó—; muchas veces le he recordado que tenemos el derecho de proteger a los príncipes inferiores contra la usurpación

de este insular, pero siempre me ha contestado con frialdad, recordándome las relaciones de soberano a vasallo que existen entre ambos, recalcando que sería antipolítico, por su parte, provocar una ruptura en este momento.

—¡El mundo conoce la prudencia de Felipe —dijo Conrado—, y creerá que su sumisión es cosa de política! De la vuestra, señor, sólo vos podéis dar cuenta; pero no dudo que tenéis poderosas razones para someteros al dominio inglés.

—¡Someterme yo! —dijo Leopoldo, indignado—, yo, archiduque de Austria, un miembro tan importante y vital del Sacro Romano Imperio; yo, ¿someterme a ese rey de media isla, a ese nieto de un bastardo normando? ¡No, por Dios! El campamento y toda la Cristiandad, verán cómo sé hacer valer mis derechos, y si retrocedo una pulgada ante ese mastín inglés. ¡Levantaos, señores y buenos compañeros! ¡Levantaos y seguidme! Nosotros pondremos sin perder un instante, el águila de Austria en un lugar donde flotará tan alta como jamás haya flotado la bandera de ningún rey o Kaiser.

Se levantó rápidamente de la mesa, y, entre los tumultuosos gritos de los invitados y de su séquito, salió de la tienda y tomó su bandera, que estaba clavada delante de la entrada.

—Señor —observó Conrado, haciendo como quien quiere apaciguar los ánimos—: ¿no os parece que no cuadra a vuestra prudencia provocar una alarma en el campamento en estos momentos, y que quizá sería preferible que os sometierais a la usurpación de Inglaterra unos días más, que...?

—Ni una hora, ni un momento más —vociferó el duque; y con la bandera en la mano y seguido del griterío de sus comensales y de los miembros de su séquito, marchó rápidamente a la colina central, en cuya cumbre ondeaba la bandera inglesa, y cogió el asta de ésta, como si fuera a arrancarla.

—Señor, mi querido señor —dijo Jonás Schwanker, tendiendo sus brazos hacia el duque—. Id con cuidado, porque los leones tienen dientes...

—¡Y las águilas tienen garras! —dijo el duque, sin retirar la mano del asta de la bandera, pero sin decidirse a arrancarla.

El hombre de las sentencias, que a pesar de su oficio tenía intervalos de buen sentido, agitó vivamente su varilla, y Leopoldo, obedeciendo a la costumbre, volvió la cabeza hacia su consejero.

—El águila es rey entre las fieras del aire —dijo el Spruch-sprecher—, lo mismo que el león es rey entre los animales de la tierra, y ambos tienen dominios separados tan distintamente como Inglaterra y Alemania. Tú, noble águila, no ofendas al león real, y deja que ambas banderas ondeen una al lado de otra.

Leopoldo retiró la mano del asta, y con la mirada buscó a Conrado de Montserrat, pero no le vio en parte alguna, porque, tan pronto como vio que su proyecto daba buen resultado, se alejó de la comitiva, no sin antes manifestar delante de muchos espectadores neutrales que le disgustaba que Leopoldo hubiese escogido el momento de levantarse de la mesa para vengar una injuria, de la que él creía que tenía razón de quejarse.

Al no ver a su huésped, a quien habría querido particularmente hablar, el archiduque dijo en voz alta que, no queriendo provocar la discordia entre el ejército de la Cruz, se conformaba con reivindicar sus privilegios y el derecho que tenía a mantenerse al mismo nivel que el rey de Inglaterra, por lo que no izaba, como habría podido hacer, la bandera que había heredado de sus antepasados los emperadores, por encima de la de un simple descendiente de los condes de Anjou; y entretanto ordenó que trajeran un tonel de vino y que lo abrieran allí mismo para obsequiar a los circunstantes, los cuales, a son de tambores y música, empezaron a beber con gran entusiasmo alrededor de la bandera de Austria.

Esta tumultuosa escena produjo gran revuelo, y la alarma se propagó a todo el campamento.

Había llegado la hora crítica en que el médico, según las normas de su arte, había predicho que su real enfermo podría ser despertado sin peligro; a este efecto le aplicó la esponja, y el médico no hubo de hacer muchas observaciones antes de asegurar al barón de Gilsland que la fiebre había desaparecido en absoluto, y que la constitución del rey era tan robusta que no habría necesidad, como en muchos casos, de administrarle una segunda dosis de la enérgica medicina. El propio Ricardo parecía ser de la misma opinión, puesto que, sentándose en la cama y restregándose los ojos, preguntó a De Vaux qué cantidad había en aquel momento en las arcas reales.

El barón reflexionó un momento pero no le pudo informar exactamente sobre el total.

—Lo mismo da —dijo Ricardo—. Sea grande o pequeña, dásela toda a este sabio médico, que creo que acaba de restituirme al servicio de la Cruzada. Si no llega a mil bizantes, haz el completo con joyas.

—Yo no vendo la ciencia con que me ha favorecido Alá —contestó el médico árabe—; y has de saber, gran príncipe, que la divina medicina que has tomado perdería toda su virtud en mis manos, si yo la vendiera por oro o diamantes.

—¡Un médico que rechaza la paga! —pensó De Vaux—. Eso aún es más extraordinario que su edad de cien años.

—Thomas de Vaux —dijo Ricardo—; tú no conoces otro valor que el de la

espada, ni otras bondades ni virtudes que las de la Caballería. Yo te digo que este moro, con su independencia, podría constituir un ejemplo para los que se consideran como la flor de la Caballería.

—Es una recompensa demasiado elevada para mí —dijo el médico cruzando sus brazos sobre el pecho, y manteniéndose en una actitud que demostraba tanto respeto como dignidad—, que un rey como Melech Ric hable de esta manera de su servidor. Pero permitidme que os ruegue que os volváis a tender en la cama, porque si bien es cierto que no es preciso administraros una segunda dosis de esta divina medicina, podría seros peligroso exponeros a cualquier fatiga antes que estuviéseis enteramente restablecido.

—Debo obedecerte, Hakim —dijo el rey—; pero créeme: mi pecho se siente tan libre del fuego devorador que hacía tantos días que le consumía, que nada me importaría exponerlo ahora mismo a la lanza de cualquier valiente. Mas ¡oíd! ¿Qué son esos gritos y esa música que se oye en el campamento? Thomas de Vaux, ve y mira que ocurre.

Después de unos minutos de ausencia, regresó De Vaux, diciendo:

—Es el archiduque de Austria, que se pasea por el campamento con un grupo de compañeros de bebida.

—¡Qué loco borracho! —exclamó el rey Ricardo—. ¿No puede esconder su brutal embriaguez dentro de su tienda, y abstenerse de pasear su vergüenza ante toda la Cristiandad? ¿Qué hay de nuevo señor marqués? —agregó dirigiéndose a Conrado de Montserrat, que en aquel momento entraba en la tienda.

—Mucho, honorable príncipe —contestó el marqués—: que es un gran placer para mí ver a Vuestra Majestad en tan buen estado y casi restablecido del todo; y creed que éste es un discurso muy largo para quien acaba de dejar la mesa del archiduque de Austria.

—¡Cómo! ¿Has comido con ese pellejo de vino alemán? —dijo el monarca—. ¿Y qué nueva extravagancia ha encontrado, que le haga armar ese alboroto? A decir verdad, Sir Conrado, te he considerado siempre tan amigo de fiestas, que me maravilla que hayas dejado la partida.

De Vaux, que estaba casi detrás del rey, se esforzó para dar a entender al marqués, con señas y miradas, que no dijera ni una palabra a Ricardo de lo que ocurría en el campamento. Pero Conrado no lo entendió, o no quiso entenderlo.

—Lo que hace cualquier archiduque no tiene importancia alguna —dijo—, y para él menos que para nadie, porque es seguro que no sabe dónde tiene la

cabeza; pero, si he de decir la verdad, se entretiene con una diversión en la que no me gusta participar, desde el momento que se trata de quitar la bandera de Inglaterra, encumbrada en la colina de San Jorge, que está en el centro del campamento, para poner la suya.

—¿Qué dices? —exclamó el rey, dando una voz que habría despertado a un muerto.

—Señor —contestó el marqués—: no es preciso que Vuestra Majestad se encolerice, porque un loco haga locuras.

—No me digas nada más —exclamó Ricardo, levantándose de la cama y vistiéndose con una rapidez maravillosa—; no me digas nada más, señor marqués. De Multon: te ordeno que no me digas ni una palabra; quien pronuncie una sílaba no es amigo de Ricardo Plantagenet. Silencio, Hakim; yo te lo ordeno.

Durante este intervalo, el rey se había ido vistiendo rápidamente, y al pronunciar la última palabra descolgó la espada de uno de los postes, y sin más arma que ésta, sin llamar a nadie que le acompañara, salió fuera de su pabellón. Conrado levantó las manos para demostrar gran asombro, intentando hablar a De Vaux, pero Sir Thomas le rechazó con un ademán, y, llamando a un escudero real, dijo precipitadamente.

—Corre a ver a lord Salisbury, y dile que levante a sus hombres y me siga inmediatamente a la colina de San Jorge. Dile que la fiebre del rey se le ha ido de la sangre para subírsele a la cabeza.

Como lo oyeron imperfectamente y no lo comprendieron mejor, por la rapidez con que De Vaux había hablado, el caballero y los demás sirvientes de la Cámara real corrieron a las tiendas de los nobles de los alrededores, extendiéndose entre las tropas inglesas una alarma tanto más general, cuanto que eran muy imprecisos los motivos que la producían. Los soldados, despertados precipitadamente en el mejor momento de la siesta, que lo ardiente del clima hacía deliciosa, se preguntaban alarmados unos a otros la causa de aquel tumulto, y, sin esperar respuesta, suplían con la imaginación las informaciones que nadie les daba. Unos decían que los sarracenos estaban en el campamento, otros que se había atentado contra la vida del rey, otros que éste había muerto de la fiebre la noche anterior, y muchos que había sido asesinado por el duque de Austria. Los nobles y los oficiales, tan desorientados como los soldados, no podían adivinar la verdadera causa del tumulto, y se apresuraban tan sólo a concentrar las tropas, poniéndolas en orden de batalla, temerosos de que su descuido puede ocasionar algún grave contratiempo a las armas cristianas. Las trompetas inglesas tocaban sin parar con toques agudos y clamorosos. El grito de alarma: «¡Lanzas y ballestas, lanzas y ballestas!» se iba repitiendo de cuartel en cuartel, contestado por los

guerreros, que se presentaban armados, con el grito nacional de «¡San Jorge por Inglaterra!».

La alarma se propagó a todos los rincones del campamento, y los soldados de las diferentes naciones, reunidos en un lugar en que quizá no había pueblo de la cristiandad que no estuviese representado, corrieron a las armas, mezclados en una confusión general cuya causa y objeto desconocían. Fue una suerte que en medio de una escena tan amenazadora, el conde de Salisbury, en el momento de marchar con unos cuantos soldados escogidos al lugar a donde le había citado De Vaux, ordenara que el resto de las tropas inglesas fuese reunido y mantenido en estado de alarma, dispuesto a correr en socorro de Ricardo, si la necesidad lo exigía, pero ordenadamente y con el debido mando, y no con aquel tumultuoso tropel que el celo y la alarma por la seguridad del rey podrían haber provocado.

Y entretanto, sin preocuparse ni un momento de los gritos, las exclamaciones y el tumulto que empezaban a crecer en derredor suyo, Ricardo, con los vestidos no bien ceñidos y la espada envainada debajo del brazo, corría precipitadamente, seguido tan sólo por De Vaux y uno o dos escuderos reales, hacia el monte de San Jorge. Corrió más él que la misma alarma, que sólo su impetuosidad había provocado, y atravesó el distrito en que estaban acampadas sus bravas tropas de Normandía, Poitou, Gascuña y Anjou, antes de que se hubiese extendido hasta allí el tumulto, a pesar de que el ruido que armaban los alemanes había despertado a muchos soldados. Los guerreros escoceses también estaban acampados allí cerca, pero no habían sido despertados por el tumulto. Pero el Caballero del Leopardo reconoció la persona del rey y se dio cuenta de la agitación que le animaba; convencido, descolgó la espada y el escudo y se unió a De Vaux, que a duras penas podía seguir el paso de su encolerizado señor. De Vaux contestó a la mirada de curiosidad que le dirigiera el caballero escocés, con un encogimiento de sus anchos hombros, y los dos siguieron uno al lado de otro los pasos de Ricardo.

El rey llegó pronto al pie del monte de San Jorge, que estaba lleno de una multitud formada, por una parte, por la gente del duque de Austria, que celebraba con vivas el acto que consideraban como una reivindicación del honor nacional, y, por otra, por espectadores de diferentes nacionalidades, a quienes el odio a Inglaterra, o simplemente la curiosidad había atraído para ver cómo terminaría aquella extraordinaria escena. Ricardo se abrió camino a través de la desordenada multitud, como un buque se abre paso entre las olas espumantes, sin preocuparse de si se unen detrás suyo y asaltan su popa.

En la cumbre de aquella eminencia había un llano en el que se vejan izadas las dos banderas rivales, rodeadas aún por el séquito y los amigos del archiduque. En el centro del círculo que formaban, estaba el propio Leopoldo contemplando satisfecho el éxito de su hazaña y escuchando los vivas y

aplausos que sus partidarios le tributaban con incansable entusiasmo. Mientras el archiduque se encontraba en este estado de íntima satisfacción, apareció Ricardo en el círculo, seguido tan sólo de dos hombres, es verdad, pero llevando consigo el irresistible ejército de su temeraria energía.

—¿Quién se ha atrevido —dijo, poniendo las manos sobre la bandera austríaca, y con voz que parecía el ronco ruido subterráneo que precede a un terremoto—, quién se ha atrevido a poner este trapo miserable al lado de la bandera de Inglaterra?

Al archiduque no le faltaba valor personal, y era imposible que oyera aquella pregunta sin contestarla. Pero quedó sorprendido y asombrado de tal manera por la inesperada presencia de Ricardo, y tan impresionado por el temor general que inspiraba su impetuoso e inflexible carácter, que la pregunta tuvo que ser repetida, con una voz tonante que parecía desafiar cielos y tierra, antes de que el archiduque contestara, con toda la firmeza de que fue capaz:

—Yo, Leopoldo de Austria.

—Pues ahora verá Leopoldo de Austria —contestó el rey— el caso que Ricardo de Inglaterra hace de su bandera y de sus pretensiones.

Al decir esto, arrancó el asta de la bandera, la rompió en pedazos, arrojó la bandera al suelo y la pisoteó.

—¡La bandera austríaca la pisoteo yo así! —dijo—. ¿Existe entre la Caballería teutónica algún caballero que tenga algo que decir?

Siguió un silencio momentáneo; pero no hay hombres más bravos que los alemanes.

—¡Yo! ¡Y yo, y yo! —gritaron muchos caballeros del séquito del duque, y él mismo juntó su voz a las que contestaban al reto del rey de Inglaterra.

—¿Qué esperamos? —dijo el conde de Wallenrode, un gigantesco guerrero de las fronteras de Hungría—. Hermanos y nobles señores: los pies de este hombre han pisoteado el honor de nuestro país. Tenemos que vengar esta afrenta y derribar el orgullo de Inglaterra.

Y con la rapidez del rayo desenvainó la espada y se tiró a fondo contra el rey, lo cual habría sido fatal para éste, si el escocés no se hubiera interpuesto, parando el golpe con el escudo.

—He jurado —dijo el rey Ricardo, y su voz sobresalió del griterío, que ahora era ensordecedor— no herir jamás a un hombre cuyo hombro lleve la insignia de la Cruz; por consiguiente, vive, Wallenrode, pero vive para acordarte de Ricardo de Inglaterra.

Dichas estas palabras, cogió al hercúleo húngaro por la cintura, y, siempre

invicto en la lucha y en cualquier otro ejercicio militar, lo arrojó de espaldas con tal violencia que, como si hubiese sido proyectado por una máquina de guerra de aquel tiempo, su macizo cuerpo no sólo atravesó el corro de los espectadores que presenciaban aquella extraordinaria escena, sino que llegado al extremo de la altiplanicie, rodó por la ladera, hasta que al llegar abajo del montículo su hombro quedó como clavado en tierra, y dislocado; Wallenrode parecía muerto. Esta demostración de una fuerza sobrenatural no animó ni al archiduque, ni a ninguno de los que le seguían, a reanudar una lucha personal empezada bajo tan malos auspicios. Los que estaban en las últimas filas de los curiosos continuaban agitando las espadas y gritando:

—¡Despedazad a ese perro insular!, —pero los que estaban más cerca disimulaban, quizá, el miedo personal bajo un fingido respeto al orden, y la mayor parte de ellos gritaban:

—¡Paz! ¡Paz! ¡La paz de la Cruz! ¡La paz de la Santa Iglesia y de nuestro padre común, el Papa!

Estos varios gritos de los atacantes, que se contradecían con los de los demás, demostraban su indecisión, mientras Ricardo, con el pie sobre la bandera, miraba en derredor suyo como si buscara un enemigo, y su mirada furiosa hacía bajar las de los nobles, que estaban aterrorizados como si temieran el zarpazo de un león. De Vaux y el Caballero del Leopardo no se movieron de su lado, y aunque tuviesen las espadas envainadas, se veía que estaban dispuestos a defender la persona de Ricardo hasta el último extremo, y su complexión y su fuerza demostraban que la defensa sería desesperada.

Salisbury y los hombres que le seguían se acercaban con lanzas y hachas, y los arcos tendidos, a punto de disparar.

En aquel momento, el rey Felipe de Francia, acompañado de uno o dos de sus nobles, llegó a la explanada para enterarse de la causa de aquel tumulto, y quedó sorprendido al encontrar al rey de Inglaterra fuera de su lecho de enfermo y enfrentado con su común aliado el archiduque de Austria, en una actitud de insulto y amenaza. El propio Ricardo se sonrojó al verse sorprendido por Felipe, cuya inteligencia respetaba tanto como odiaba su persona, en una actitud que no estaba conforme ni con su dignidad de monarca, ni con su carácter de cruzado, y pudo verse cómo de manera disimulada quitaba el pie de encima de la bandera ultrajada, cambiando su expresión violenta por otra de afectada corrección e indiferencia. Leopoldo se esforzó también por manifestarse algo más calmado, pues le mortificó que Felipe le hubiese sorprendido soportando pasivamente los insultos del furioso rey de Inglaterra.

Dotado de muchas de aquellas cualidades reales que le habían valido que sus súbditos le dieran el nombre de Augusto, Felipe habría podido ser

calificado de Ulises de la Cruzada, como Ricardo era indiscutiblemente el Aquiles. El rey de Francia era sagaz, inteligente, prudente en el consejo, firme y seguro en la acción, veía con clarividencia y buscaba con constancia las medidas más convenientes a los intereses de su reino; su aspecto era digno y verdaderamente regio; era valiente como hombre, pero más político que guerrero. No se sumó a la Cruzada por decisión espontánea, pero el espíritu de los tiempos era contagioso, y la expedición le fue impuesta por la Iglesia y por el unánime deseo de su nobleza. En cualquier otra situación, o en una época más sosegada, la fama de su nombre habría superado la del batallador Corazón de León; pero en la Cruzada, empresa que era totalmente una equivocación, la cualidad que menos se apreciaba era una clara inteligencia, y se creía que el valor caballeresco que el tiempo y la expedición requerían se degradaba cuando le acompañaba la discreción. Por ello el mérito de Felipe, comparado con el de su rival, era como la llama clara, pero pequeña, de una lámpara, al lado del flamear de una antorcha, que a pesar de no ser ni en mucho tan útil, impresiona diez veces más la vista. Felipe sentía su inferioridad delante de la opinión pública, con la pena natural en un príncipe de espíritu elevado; por consiguiente, no hay que maravillarse de que aprovechara todas las oportunidades que se le presentaban para poner su carácter en contraposición con el de su rival, en las condiciones más ventajosas para él. La que entonces se le ofrecía pareció ser una de aquellas en que la cordura y la prudencia tienen que triunfar lógicamente de la obstinación y de la inconsiderada violencia.

—¿Qué significa esta indecorosa riña entre los hermanos jurados de la Cruz, la Real Majestad de Inglaterra y el Príncipe Duque Leopoldo? ¿Cómo es posible que los que son jefes y baluartes de esta santa expedición...?

—Tregua a los reproches, Francia —dijo Ricardo, furioso interiormente, al verse colocado al mismo nivel que Leopoldo, y no sabiendo cómo expresar este resentimiento—. Este duque, o príncipe, o baluarte, si quieres, ha estado insolente, y yo le he castigado; eso es todo. ¡Tanto jaleo porque se riñe a un perro!

—Majestad de Francia —dijo el duque—; apelo a ti y a todos los príncipes soberanos, de la baja indignidad que se ha cometido conmigo. Este rey de Inglaterra ha arrancado mi bandera, la ha arrojado al suelo y la ha pisoteado.

—Porque ha tenido la audacia de izarla al lado de la mía —dijo Ricardo.

—Mi categoría, que es igual a la tuya, me da ese derecho —replicó el duque, alentado por la presencia de Felipe.

—Demuestra esta igualdad con tu persona —dijo el rey Ricardo—, y, ¡por San Jorge!, que la trataré igual que al pañuelo bordado que hay allí, y que no sirve más que para el uso más vil que puede hacerse de un pañuelo.

—Un poco de paciencia, hermano de Inglaterra —dijo Felipe—, y demostraré ahora mismo al de Austria que está equivocado en esta cuestión. No creas, noble duque —continuó Felipe—, que permitiendo que la bandera de Inglaterra ocupe el lugar más alto de nuestro campamento, nosotros, los soberanos independientes que estamos en la Cruzada, reconozcamos ninguna superioridad en el rey Ricardo. Creer eso sería absurdo, ya que el mismo Oriflama, la gran bandera de Francia, de la que el rey Ricardo, por razón de sus posesiones francesas, es vasallo, ocupa en este momento una situación inferior a la de los Leones de Inglaterra. Pero, como hermanos jurados de la Cruz, peregrinos militares que, dejando de lado la pompa y el orgullo del mundo, abrimos con nuestras espadas el camino del Santo Sepulcro, yo mismo y los demás príncipes hemos cedido la preeminencia al rey Ricardo, en honor a su fama y grandes hechos de armas, lo cual no habríamos consentido en ningún otro lugar ni por ningún otro motivo. Estoy convencido de que, cuando Vuestra Alteza de Austria haya reflexionado en lo que acabo de decir, le disgustará haber izado su bandera en este sitio, y que la Real Majestad de Inglaterra os dará entonces satisfacción del ultraje que acaba de inferiros.

El Spruch-sprecher y el juglar se habían retirado a una respetable distancia cuando pareció que la situación iba a degenerar en batalla, pero se acercaron al ver que las palabras, que era lo único que les interesaba, parecía que volvían a figurar en el orden del día.

El hombre de los proverbios quedó tan satisfecho con el discurso político de Felipe, que, al terminar éste, agitó su varilla, y con gran énfasis y olvidando a quien tenía delante, dijo, a voz en grito, que ni él mismo había dicho cosa más sabia en toda su vida.

—Es posible —susurró Jonás Schwanker—; pero, si gritas tanto, nos van a apalear.

El duque contestó, de mal humor, que llevaría aquella querrela al Consejo General de la Cruzada, decisión que Felipe aplaudió calurosamente, porque podía poner término a aquel escándalo, que cabía que fuese muy funesto para la Cristiandad.

Ricardo, conservando la misma actitud indiferente, escuchó a Felipe hasta que éste pareció haber terminado de hablar, y entonces dijo en voz alta:

—Estoy soñoliento; aun no estoy totalmente libre de la fiebre. Hermano de Francia: ya conoces mi humor, y sabes que siempre he sido hombre de pocas palabras; pero has de saber que ni ahora ni nunca someteré una cuestión que afecte al honor de Inglaterra a ningún príncipe, ni a ningún consejo, ni al Papa. Aquí está mi bandera; cualquier bandera que se levanta a una distancia como tres veces su altura, aunque sea el Oriflama, del que me parece que se hablaba ahora mismo, será tratada como este miserable trapo, y no daré otra

satisfacción que la que estos pobres miembros enfermos pueden mantener en contestación a cualquier reto, aunque sea contra cinco campeones, en lugar de uno.

—Ahora —dijo en voz baja el juglar a su compañero— acabamos de oír un discurso tan loco como si lo hubiese dicho yo mismo; pero creo que en esta cuestión todavía se podría encontrar a un loco más loco que el propio Ricardo.

—¿Y quién podría ser ese? —preguntó el hombre de la sabiduría.

—Felipe —dijo el juglar—, o nuestro propio duque real, si ninguno de los dos acepta el desafío. Pero ¡oh sapientísimo Spruch-sprecher, qué reyes más excelentes habríamos sido tú y yo, ya que aquellos sobre cuyas cabezas han caído estas coronas pueden desempeñar el papel de juglares y de glosadores de dichos, también como nosotros mismos!

Mientras estos dignos funcionarios cumplían su cometido en privado, Felipe contestó severamente al reto casi injurioso de Ricardo.

—No he venido a suscitar nuevas querellas, tan contrarias a nuestro juramento y a la santa causa en que estamos comprometidos. Dejo a mi hermano de Inglaterra como han de dejarse los hermanos, y no habrá otro litigio entre los Leones de Inglaterra y los Lises de Francia, que el de ver quién penetra más profundamente en las filas de los infieles.

—Trato concluido, mi real hermano —dijo Ricardo, tendiéndole la mano con toda la franqueza de su carácter violento, pero generoso—. ¡Ojalá muy pronto tengamos ocasión de llevar a cabo esta bella y fraternal apuesta!

—Que este noble duque participe también en la cordialidad y de este feliz momento —dijo Felipe.

Y Leopoldo, mitad queriendo, mitad no queriendo, se acercó dispuesto a entrar en una componenda.

—No me preocupan los locos ni sus locuras —dijo Ricardo con indiferencia, y el archiduque, volviéndole la espalda, se retiró de la meseta.

Ricardo le siguió con la mirada.

—Existe una especie de valentía que, como la luciérnaga, sólo se ve de noche —dijo—; es preciso que no deje esta bandera sola en la obscuridad; de día, basta para defenderla la mirada de los Leones. Oye, Thomas de Gilsland: te confío la custodia de este estandarte; vela por el honor de Inglaterra.

—Su seguridad me es muy apreciada —contestó De Vaux—, y la vida de Ricardo es la seguridad de Inglaterra. Es preciso que Vuestra Majestad regrese a su tienda sin más tardanza.

—Eres un enfermero rudo y autoritario, De Vaux —dijo el rey, sonriendo;

y dirigiéndose a Sir Kenneth, añadió—: Valiente escocés, te debo una recompensa y quiero pagarte espléndidamente. Aquí está la bandera de Inglaterra. Vela por ella como un novicio vela las armas la noche antes de ser armado caballero. No te alejes de su lado ni la longitud de tres lanzas, y defiéndela con tu cuerpo de cualquier ataque o insulto. Si son más de tres los que te acometen, toca el cuerno de batalla. ¿Te sientes con ánimos para cumplir esta misión?

—De buen grado, señor —dijo Kenneth—; y la cumpliré aún a costa de la vida. Voy a armarme y regreso al instante.

Los reyes de Francia e Inglaterra se despidieron ceremoniosamente, disimulando bajo una fingida cortesía los motivos de descontento que cada uno de ellos tenía del otro. Ricardo contra Felipe, por lo que él consideraba una intervención demasiado favorable para el archiduque; y Felipe contra Corazón de León, por la manera tan poco respetuosa con que Ricardo había recibido su mediación. La multitud que se había congregado allí durante el tumulto fue dispersándose en todas direcciones, dejando el disputado promontorio en la misma soledad que reinaba en él antes de la fanfarronada del archiduque. Cada uno enjuiciaba los acontecimientos del día de conformidad con sus opiniones, y mientras los ingleses acusaban al austríaco de ser el único causante de la discordia, los de las demás naciones coincidían en condenar de la manera más enérgica el orgullo insular y la extremada arrogancia de Ricardo.

—Ya ves —dijo el marqués de Montserrat al Gran Maestre de los Templarios— que los ardidés sutiles son más efectivos que la violencia. He aflojado los lazos que mantenían unido este haz de cetros y lanzas, y pronto los verás caer esparcidos por el suelo.

—Tu ardid sería excelente —dijo el templario— si entre estos austríacos de sangre fría hubiese un hombre con suficiente valor para cortar con la espada esos lazos de que hablas. El nudo que has aflojado puede volverse a estrechar, pero no ocurre lo mismo cuando la cuerda ha sido cortada en pedazos.

CAPÍTULO XII

En los tiempos de la Caballería, una guardia peligrosa o una arriesgada aventura se consideraban muy a menudo como una recompensa otorgada a la bravura militar y como un premio a hazañas precedentes, de la misma manera que cuando se sube un precipicio, cada paso que se da no hace más que

aumentar el peligro del que sube.

Era medianoche, y la luna brillaba clara y alta en el cielo, cuando Kenneth el escocés montaba la guardia en el monte de San Jorge, al lado de la bandera de Inglaterra: un solo centinela para defender el emblema de aquella nación contra los ultrajes que podían meditar los miles de enemigos que Ricardo había cosechado con su orgullo. Elevados pensamientos se sucedían en la mente del guerrero. Le parecía haber ganado algún mérito a los ojos del caballeresco monarca, que hasta entonces aparentaba no haberle distinguido entre la multitud de caballeros que su fama había reunido bajo su bandera, y a Sir Kenneth poco le importaba que la prueba de la real deferencia que había recibido consistiera en confiarle un lugar tan peligroso. La devoción de su ambiciosa pasión, puesta en lugar tan elevado inflamaba su entusiasmo militar. Por pocas esperanzas de realización que tuviese su amor, esta oportunidad que se le ofrecía ahora acortaba hasta cierto punto la distancia entre Edith y él. Aquél a quien Ricardo había concedido la distinción de custodiar su bandera, ya no era un aventurero oscuro, sino un hombre situado al alcance de la mirada de una princesa, aunque ésta se encontrara muy por encima de su nivel. Su destino ya no podía ser ignorado ni desconocido. Si era sorprendido y perecía en el lugar que le habían confiado, su muerte, que él entendía gloriosa, merecería el elogio y la venganza de Corazón de León y las lamentaciones y hasta las lágrimas de las mayores bellezas de la Corte de Inglaterra. A partir de aquel momento, ya no le importaba morir como un temerario.

Sir Kenneth tenía tiempo de sobra para entregarse de lleno a estos y otros elevados pensamientos, excitado por el espíritu de la Caballería, que, en medio de los más extravagantes y fantásticos vuelos, siempre se mantenía limpio de cualquier impureza egoísta; generoso, fiel y quizá sólo censurable por proponerse cosas y actos incompatibles con las flaquezas e imperfecciones humanas. En derredor suyo todo dormía bajo la serenidad de la luna llena, o en la profunda sombra. Las largas filas de tiendas y pabellones que relucían o se perdían en la obscuridad, según les diera la luz de la luna o estuvieran en tinieblas, se hallaban silenciosas como las calles de una ciudad desierta. Al pie del asta de la bandera, yacía el perro de caza que ya hemos mencionado, único compañero de guardia de Kenneth, y con cuya vigilancia él contaba para avisarle a tiempo de la proximidad de cualquier paso hostil. El noble animal parecía comprender el objeto de su guardia, porque de vez en cuando miraba los ricos pliegues de la pesada bandera, y cuando el grito de los centinelas llegó de las lejanas líneas y defensas del campamento, correspondió él con un firme y reiterado ladrido, como si quisiera demostrar que él también estaba alerta en su puesto. Igualmente, de vez en vez bajaba la cabeza y movía su cola, cuando el caballero pasaba y volvía a pasar cerca de él, paseándose al lado de la bandera; y cuando el caballero se paraba silencioso y abstraído, apoyado en su lanza mirando al cielo, su fiel compañero alguna vez se atrevía,

para decirlo en frase de novela, «a estorbar sus pensamientos», despertándole de su contemplación, y rozando su largo hocico áspero con el guante de acero que llevaba el caballero, pidiendo una fugaz caricia.

Así transcurrieron dos horas de la guardia del caballero, sin que ocurriera nada notable. Por fin, y súbitamente, el magnífico perro ladró furiosamente, y pareció querer arrojar sobre alguien hacia el lado en que la obscuridad era más profunda, pero esperó a que su amo se lo ordenara para echarse sobre la presa.

—¿Quién va? —dijo Kenneth, convencido de que alguien se arrastraba por el lado oscuro del zarzal.

—En nombre de Merlín y de Maugis —contestó una voz ronca y desagradable—, contened a ese demonio de cuatro patas, o no me acerco.

—¿Y quién eres tú para querer acercarte hasta aquí? —dijo Kenneth fijando la vista en un objeto que distinguía al borde de la meseta, pero cuya forma le era imposible precisar—. Cuidado, porque estoy aquí para jugarme la vida.

—Os digo que aguantéis a ese Satanás de largos dientes —contestó voz— o le haré estar quieto con un disparo de mi arco.

Después de estas palabras, Kenneth oyó el ruido del resorte o gatillo de una ballesta cuando se pone tirante.

—Afloja el arco y sal a la luz de la luna —dijo el escocés—, o, ¡por San Andrés!, que te derribaré al suelo seas quien seas.

Mientras tal decía, empuñó la lanza por la mitad, y apuntando al objeto que parecía moverse, hizo ademán de arrojarla, uso que se hacía de este arma raras veces, es decir sólo cuando no se disponía de otra arrojadiza. Sir Kenneth bajó el arma, avergonzado de su propósito, cuando vio pasar de la sombra a la luz, igual que cuando un actor entra en escena, a un ser deforme y enclenque, al que, por su fantástico vestido y por lo raro de su persona, reconoció en seguida, a pesar de la distancia que le separaba de él: era el enano varón que viera en la capilla de Engaddi. En el mismo momento, se acordó de las visiones de aquella noche extraordinaria, e hizo una seña al perro, que volvió al pie de la bandera, con un sordo gruñido.

La pequeña y deformada miniatura de hombre, tranquilizado respecto a la amenaza de enemigo tan formidable, subió la pendiente jadeando, ascensión que lo corto de sus piernas había más penosa, y cuando llegó a la cumbre de la altiplanicie, se puso en la mano izquierda la pequeña ballesta, que era como un juguete de niño para tirar a los pájaros, y, adoptando mu actitud de gran dignidad, tendió graciosamente su mano derecha a Sir Kenneth, como si

esperara un saludo de éste. Pero como no obtuviera lo que esperaba, preguntó con voz desagradable e irritada:

—Soldado: ¿por qué no rindes a Nectabanus los honores que corresponden a su dignidad? ¿Es posible que no te acuerdes de él?

—Gran Nectabanus —contestó el caballero queriendo apaciguar la cólera del enano—, eso es imposible para quien te ha visto una vez. Perdona si, como soldado que está de guardia con la lanza en la mano, no puedo conceder a una persona tan poderosa como eres tú, la ventaja de encontrarme indefenso o de dejarme arrebatar las armas. Basta, pues, que haga acatamiento a tu dignidad, y me someta a ti, tan humildemente como pueda hacerlo un soldado que se halle en mi situación.

—Será suficiente —dijo Nectabanus— que me acompañes ahora a ver a los que me envían.

—Gran señor —replicó el caballero—, tampoco en eso puedo complacerte, porque tengo órdenes de permanecer al lado de esta bandera hasta el alba; por consiguiente, te ruego que me perdones también en eso.

Dijo, y reanudó su paseo por la meseta; pero el enano no le permitió que escapara tan fácilmente a su insistencia.

—Mira —díjole poniéndose delante de Sir Kenneth y cortándole el paso —: o me obedeces, señor caballero, como es tu deber, o te lo ordenaré en nombre de una persona cuya belleza puede inspirar a los genios, y cuya grandeza puede imperar en la raza inmortal.

Una impresionante e improbable conjetura acudió a la mente del caballero, pero la rechazó. Pensó que era imposible que la dama de su corazón le hubiese enviado tal mensaje por mediación de tal mensajero; pero su voz temblaba cuando dijo:

—Vamos, Nectabanus. Dime en seguida, como hombre leal, si esta sublime dama de quien has hablado es otra que la hurí que contigo barría la capilla de Engaddi.

—¡Cómo! Presuntuoso caballero —replicó el enano—: ¿crees que la señora de nuestros reales afectos, la que comparte nuestra grandeza y nuestra gentileza, querría rebajarse a enviar un mensaje a un vasallo como tú? No: por muy noble que seas, no has merecido aún la atención de la reina Guenevra, la preciosa novia de Arturo, a quien, desde su alto trono, hasta las princesas le parecen pigmeos. Pero mira eso, y si conoces o no esta prenda, obedece o desobedece las órdenes que ella se ha dignado darte.

Y diciendo estas palabras, puso en manos del caballero una sortija con un rubí, que, hasta a la luz de la luna, reconoció Kenneth sin dificultad que era el

que habitualmente adornaba el dedo de la noble dama a cuyo servicio se había consagrado. Si hubiese dudado de la autenticidad de la prenda, le habría convencido el lacito de cinta encarnada anudado a la sortija. Éste era el color favorito de la dama, y más de una vez él mismo lo había adoptado por divisa, haciéndole triunfar, tanto en el torneo como en la batalla, sobre todos los demás colores.

Sir Kenneth quedó pasmado, caso sin poder articular palabra, al ver tal prenda en aquellas manos.

—En nombre de todo lo sagrado, ¿quién te ha dado esta prenda? —dijo el caballero—; sienta, si puedes, por un minuto o dos, tu valientemente, y dime la persona que te envía el verdadero objeto de tu misión. Y mira lo que dices, porque éste no es asunto para tomarlo a broma.

—Caballero loco y antojadizo —dijo el enano—: ¿qué más quieres saber, sino que eres honrado por las órdenes de una princesa, transmitidas por un rey? No quiero hablar más contigo, sino para ordenarte, en nombre y por el poder de esta sortija, que me sigas hasta la que es dueña de esta alhaja. Cada minuto que pierdes es un crimen que cometes contra tu fidelidad.

—Buen Nectabanus, piensa bien lo que dices —repuso el caballero—. ¿Cómo puede saber la dama dónde y a qué servicio estoy destinado esta noche? ¿Sabe ella que mi vida (¡pse! ¿por qué hablar de mi vida?), que mi honor depende del celo con que guarde esta bandera hasta la salida del sol, y quiere que yo lo pierda aunque sea para rendirla homenaje? No puede ser; la princesa ha querido divertirse con su siervo al enviar este mensaje, y la clase de mensajero que ha elegido me lo hace creer todavía más.

—¡Oh! No me importa tu parecer —dijo Nectabanus, volviéndole la espalda, como si se dispusiera a descender al llano—. A mí no me importa un bledo que seas inconstante o fiel a esta real dama. Adiós.

—Espera, espera... Te ruego que esperes —dijo Kenneth—; contesta sólo a una pregunta: ¿está cerca de este lugar la dama que te envía?

—¿Qué significa eso? —dijo el enano—. ¿Acaso la fidelidad tiene en cuenta estadios o millas o leguas, como un pobre postillón que cobra según la distancia que recorre? Sin embargo, hombre desconfiado, te diré que la bella poseedora de esta sortija enviada a un vasallo que la merece tan poco, que carece de lealtad y de valor, se halla a un tiro de esta ballesta del lugar en que nos encontramos.

El caballero volvió a contemplar el rubí como para asegurarse de que no se engañaba.

—Dime —dijo al enano—: ¿necesitan de mi presencia mucho tiempo?

—¡Tiempo! —contestó Nectabanus con sus ambiguas maneras—. ¿A qué llamáis tiempo, vosotros? Yo no lo veo ni le percibo; eso no es más que un nombre imaginario: una sucesión de respiros medidos de noche por el toque de una campana, y de día por la sombra que corre sobre un cuadrante. ¿Es que no sabes que el tiempo de un verdadero caballero sólo debe medirse, por las hazañas que realiza por Dios y por su dama?

—Esas palabras son verdaderas, aunque estén en boca de la locura —dijo el caballero—. ¿Y mi dama me envía a buscar para que realice alguna hazaña por su nombre o por su causa? ¿Y no puede aplazarse esto hasta unos minutos después de la salida del sol?

—Ella reclama tu presencia ahora mismo —dijo el enano—, y sin que pierdas ni siquiera el tiempo que se necesita para que diez granos de arena caigan del reloj. Oye, frío y desconfiado caballero: sus propias palabras han sido: «Dile que la mano que ha ofrecido rosas puede otorgar laureles».

Esta alusión a la escena ocurrida en la capilla de Engaddi hizo surgir mil recuerdos en la memoria de Sir Kenneth, y le convenció de la autenticidad del mensaje del enano. Los capullos de rosa, aunque marchitos, estaban guardados como un tesoro bajo de su coraza, cerca del corazón. Vaciló, y no pudo decidirse a dejar escapar una ocasión que quizá no volvería a presentarse jamás, de ganar algún mérito a los ojos de la que él escogiera para soberana de sus afectos. El enano aumentaba su confusión insistiendo tenía que seguirle o bien devolverle la sortija.

—Espera, espera un momento siquiera —dijo el caballero; y, hablando consigo mismo, añadió—: ¿Soy súbdito o esclavo del rey Ricardo, o tan sólo un caballero libre consagrado al servicio de la Cruzada? Y ¿qué honor he venido a defender aquí con mi lanza y mi espada? ¡El honor de nuestra santa causa y de mi noble dama!

—¡La sortija!, ¡la sortija! —exclamó el enano, impaciente—; desleal e indeciso caballero, devuélveme el anillo que eres indigno de mirar y de tocar.

—Un momento, un momento, buen Nectabanus —dijo el caballero—; no distraigas mis pensamientos. Si los sarracenos vinieran a atacar nuestras líneas, ¿me quedaría aquí como un vasallo jurado de Inglaterra, velando para que nadie humillara el orgullo del rey, o bien correría a la brecha, a luchar por la Cruz? Con toda seguridad, correría a la brecha. Pues bien: después de la causa de Dios, están las órdenes de mi dama soberana. Pero ¿y las de Corazón de León...? ¿Y la palabra que he empeñado? Nectabanus, te ruego otra vez que me digas si vas a llevarme a mucha distancia de aquí.

—Hasta aquel pabellón —replicó Nectabanus—; y si tanto quieres saber, te diré que la luna se refleja en la bola de oro que corona el techo, y que vale el

rescate de un rey.

—Puedo estar de regreso dentro de un momento —se dijo el caballero, cerrando los ojos desesperadamente a todas las consecuencias que podían sobrevenir—. Si alguien se acerca a la bandera, desde allí podré oír los ladridos de perros. Me arrojaré a los pies de mi dama y le rogaré que me permita volver a acabar la guardia. ¡Aquí, Roswoll —llamó al perro, y arrojó su capa al pie del asta de la bandera—. Vigila aquí, y no dejes acercarse a nadie!

El majestuoso perro miró al rostro de su amo como para asegurarse de que había entendido bien la orden, y se sentó al lado de la capa con las orejas alerta y la cola levantada, como un centinela, comprendiendo muy bien por qué se le dejaba allí.

—Vamos, buen Nectabanus —dijo el caballero—; apresurémonos a cumplir las órdenes que me has traído.

—Que se apresure quien quiera —contestó el enano—. Tú no te has apresurado mucho en obedecer mis órdenes, ni yo puedo andar tan aprisa que pueda seguir tus zancadas; tú no andas como un hombre, sino que saltas como el avestruz en el desierto.

Sólo había dos procedimientos para vencer la obstinación de Nectabanus que, al decir las anteriores palabras, acortó la marcha, y ahora andaba a paso de tortuga. Sir Kenneth no tenía recursos para ofrecerle regalos, ni tiempo para convencerle con palabras; así, pues, impulsado por su impaciencia levantó al enano del suelo y se lo puso en brazos, y, a pesar de sus ruegos y de su miedo, pronto llegaron a la tienda, que, a juzgar por las apariencias, era la de la reina. Sin embargo, al aproximarse a ella, el caballero descubrió una escasa guardia de soldados sentados en el suelo, a quienes no había visto a causa de las tiendas que había tendido interpuestas entre ellos y él. Sorprendido de que el ruido de su armadura no les hubiese llamado la atención, y suponiendo que sus movimientos, dada la situación, debían quedar en secreto, puso al enano en el suelo para que se repusiera del susto y le dijera lo que tenía que hacer. Nectabanus estaba asustado e irritado a la vez, pero ante la fuerza del caballero se sentía tan medroso como un mochuelo entre las garras de un águila, y procuró no provocar otro arrebató de su fuerza.

Cesó de quejarse del trato de que le había hecho objeto el caballero, y, dando la vuelta, entre el laberinto de tiendas, le guio en silencio hasta la parte opuesta del pabellón, rehuyendo la vigilancia de los centinelas, que con su deber con la atención debida. Tan pronto como llegaron allí el enano levantó la tela de la tienda, que llegaba hasta el suelo y con un ademán indicó a Sir Kenneth que entrase arrastrándose por el suelo. El caballero vaciló. Le pareció indecoroso penetrar furtivamente en un pabellón que con toda seguridad servía de habitación a nobles damas; pero se abordó de la autenticidad de la prenda

que le mostrara el enano, y llegó a la conclusión de que no tenía derecho a discutir los deseos de su dama.

Por consiguere, se agachó, se arrastró debajo de la lona de la tienda, y oyó que, desde el exterior, el enano le decía:

—Quédate ahí hasta que te avise.

CAPÍTULO XIII

Sir Kenneth permaneció unos momentos en la obscuridad. Esto constituía otra dificultad que prolongaba su ausencia de su puesto, y ya empezaba a arrepentirse de la facilidad con que se había dejado convencer para abandonarlo. Pero no era cosa de pensar, ahora, volver a su guardia sin haber visto a Edith. Había faltado a la disciplina militar, y estaba decidido, por lo menos, a comprobar la realidad de la seductora esperanza que le había tentado a cometer aquel acto. Entretanto, su situación era muy desagradable. No había luz alguna que le permitiera ver en qué clase de estancia le habían dejado. Lady Edith formaba parte del séquito de la reina, y el descubrimiento de su furtiva entrada en el pabellón real podía dar pie, sin se descubría, a muchas y peligrosas sospechas. Mientras hacía estas desagradables reflexiones, y ya casi empezaba a decidirse a retirarse sin que nadie le viera, oyó un rumor de voces femeninas, riendo, cuchicheando y conversando en una habitación contigua de la que sólo le separaba una cortina, a juzgar por el tono de aquellas voces. Se encendieron unas lámparas, como pudo ver por la luz que se transparentaba por la tela, y distinguió las sombras de algunas figuras que reían y se movían en la estancia vecina. No podrá considerarse indiscreto a Sir Kenneth porque, desde el lugar en que se encontraba, oyera una conversación en la que estaba profundamente interesado.

—¡Llámala, llámala, Virgen Santa! —dijo la voz de una de aquellas risueñas invisibles—. Nectabanus, serás enviado como embajador a la corte del Preste Juan, para demostrarles con qué talento sabes cumplir una misión.

—Se hizo sentir la voz desagradable del enano, pero tan baja, que Sir Kenneth no pudo entender nada de lo que decía, salvo unas pocas palabras relativas a las diversiones dadas a la guardia.

—¿Pero cómo nos quitaremos de delante al espíritu que ha evocado Nectabanus, doncellas?

—Oídmme, real señora —dijo otra voz—; si el sabio y noble Nectabanus no está demasiado celoso de su noble esposa y emperatriz, podemos encargarla de que le despache, para reírnos todavía más de ese insolente caballero errante

que se deja convencer tan fácilmente de que elevadas damas pueden necesitar de su petulante valor.

—Me parece que sería justo que la reina de Guenevra despidiera con toda su cortesía a aquel a quien el talento de su esposo ha sabido traer aquí.

Con el corazón destrozado por el despecho y la vergüenza a causa de lo que oía, Sir Kenneth estaba a punto de huir de la tienda desafiando todo lo que pudiera ocurrir, cuando le hizo desistir de su propósito lo que se dijo a continuación.

—No, en verdad —dijo la voz que hablara primeramente—. Ante todo, es preciso que nuestra prima Edith sepa el comportamiento de este envanecido individuo, y nosotros debemos reservarnos la facultad de demostrarle con pruebas a la vista la falta que ha cometido contra su deber. Podrá servirle de provechosa lección, porque, créeme, Calixta, a veces pienso que ha dejado que ese aventurero nortño le interesara el corazón más de lo que aconseja la prudencia.

Se oyó otra voz que murmuraba algo sobre la cordura y la prudencia de Lady Edith.

—¿Prudencia? ¡Quiá! —fue la respuesta que recibió—. No es más que orgullo y afán de que la consideren más escrupulosa que cualquiera de nosotras. ¡Ah, no renunciaré a mi ventaja! Sabéis perfectamente que cuando ella nos sorprende en alguna falta, no deja de reprochárnosla por nada del mundo. Pero ahí viene.

Una figura que entraba en la habitación proyectó una sombra en la cortina, y se deslizó lentamente, hasta confundirse con las demás. A pesar de la amarga decepción que experimentaba, a pesar de la injuria y el insulto que le infería la malicia o, en el mejor de los casos, el ocioso humor de la reina Berengaria (porque dedujo que la que hablaba en voz alta y en tono autoritario era la esposa de Ricardo), el caballero sintió algo que le consolaba en su pena, al saber que Edith no había intervenido en el engaño de que había sido víctima, y la escena que se preparaba tenía tanto interés para él, que en lugar de seguir el prudente proyecto de retirarse al momento, buscó ansiosamente, al contrario, algún claro de la tela, o una rendija, a través de la cual su vista y su oído le pudiesen convertir en espectador de lo que iba a ocurrir.

—En verdad —díjose—, si la reina ha querido divertirse poniendo en peligro mi fama, y quizá mi vida, no tiene derecho a quejarse si aprovecho la ocasión que me brinda el azar para saber lo que se propone.

En el intervalo, pareció como si Edith estuviese esperando las órdenes de la reina, y como si ésta no se atreviera a hablar por temor a que ni ella ni las que con ella estaban pudieran contener la carcajada, pues Sir Kenneth podía

distinguir el rumor de alegres cuchicheos y risas reprimidas.

—Me parece —dijo Edith al fin— que Vuestra Majestad está muy alegre, a pesar de que la hora es más apropiada para dormir que para reír. Me disponía a acostarme cuando he recibido vuestra orden de que viniera.

—No te estorbaré mucho, prima —dijo la reina—. Pero temo que dormirás menos tranquila cuando sepas que has perdido la apuesta.

—Real señor —contestó Edith—, eso es entretenerse en un juego ya pasado de moda. Yo no he hecho apuesta alguna; aunque a Vuestra Majestad le guste suponerlo e insistir en que realmente sí la he hecho.

—Veo que a pesar de nuestra peregrinación, todavía puede contigo Satanás, mi gentil prima, y te inspira una mentira. ¿Puedes negar que has apostado tu sortija del rubí contra mi brazalete de oro a que aquel Caballero del Leopardo, o como le llames tú, no se dejaría convencer para abandonar su puesto?

—Vuestra Majestad es demasiado grande para que yo me atreva a contradecirle —replicó Edith—; pero estas damas pueden, si quieren, ser testigos de que fue Vuestra Majestad quien propuso la apuesta, y que me quitó la sortija del dedo, a pesar de que yo decía que no estaba bien que, dada mi condición, hiciera una apuesta de esta clase.

—Pero no me negarás, lady Edith —dijo otra voz— que tú misma afirmaste tu absoluta confianza en el valor de este Caballero del Leopardo.

—Y si efectivamente ésta fuese la verdad —dijo vivamente Edith—, ¿es eso razón para que eches más leña al fuego, sólo para adular el humor de Su Majestad? Hablé de este caballero en la forma en que hablan de él todos los que le han visto en el campo de batalla, y yo no tenía precisamente tanto interés en alabarle como vosotros en vituperarle. En un campamento, ¿de qué pueden hablar las damas, sino de guerreros y de hechos de armas?

—La noble lady Edith —dijo una tercera voz— nunca nos perdonó a Calixta y a mí, que dijésemos a Vuestra Majestad que dejó caer dos capullos en la capilla.

—Si Vuestra Majestad —dijo Edith en un tono que a Sir Kenneth le pareció de respetuosa reconvención— no tiene otras órdenes que darme, que escuchar las burlas de sus damas, pido vuestra venia para retirarme.

—Silencio. Florisa —dijo la reina—, y que nuestra indulgencia no os haga olvidar la distancia que media entre vosotras y las damas de sangre real de Inglaterra —y volviendo a su tono burlón, agregó—: Y tú, querida prima, ¿cómo puedes, a pesar de tu buen natural, reprocharnos un momento de distracción a nosotras, pobres damas que nos hemos pasado tantos días

llorando y temblando?

—Que vuestra alegría sea duradera, real señora —dijo lady Edith—. Yo me resignaría a no sonreír jamás, a menos que...

Calló, al parecer, por respeto, pero Sir Kenneth conoció que era presa de gran agitación.

—Perdóname —dijo Berengaria, que era una princesa juguetona y alegre de la Casa de Navarra—. Pero, al fin y a la postre, ¿qué gran ofensa es ésta? Un joven caballero ha sido llevado, engañado, hasta aquí: ha desertado o le han hecho desertar de su lugar, por el amor de una bella dama, con la particularidad de que durante su estancia nadie atacará su puesto de guardia; y, haciendo justicia a tu guerrero, has de saber que Nectabanus no ha podido traerle hasta aquí sino en tu nombre.

—¡Dios mío! ¡Vuestra Majestad no ha hecho eso que está diciendo! —exclamó Edith en un tono de alarma muy diferente de la agitación, de que había dado pruebas hasta entonces—. ¡Vuestra Majestad no puede decir eso por respeto a vuestro propio honor y al mío, que soy pariente de vuestro esposo! Decidme que todo no es más que una broma que me gastáis, mi real señora, y perdonadme que haya podido pensar ni un momento que hablabais en serio.

—A lady Edith —dijo la reina en tono de enfado— le disgusta haber perdido la sortija que le hemos ganado. Te devolveremos la prenda, gentil prima, pero deja de reprocharnos un pequeño triunfo que hemos obtenido sobre la cordura que tantas veces nos ha protegido extendiéndose sobre nosotras, como una bandera sobre un ejército.

—¡Un triunfo! —dijo Edith con indignación—. ¡Un triunfo! El triunfo será para los infieles cuando sepan que la reina de Inglaterra puede convertir en juguete de sus caprichos la reputación de las parientas de su esposo.

—Estás irritada, bella prima, por la pérdida de tu alhaja favorita —dijo la reina—; pero ¡ea!, ya que te molesta tanto pagar la apuesta, renunciaremos a vuestro derecho, porque han sido tu nombre y esta prenda lo que han hecho venir hasta aquí a tu caballero, y el anzuelo no tiene importancia cuando se consigue el pez.

—Señora —contestó, impaciente, Edith—: Vuestra Majestad sabe perfectamente que cualquier cosa más que le guste, es suya inmediatamente, con sólo enunciarla. Pero daría un puñado de rubíes porque ni ese anillo ni mi nombre se hubiesen utilizado para hacer caer a un bravo caballero en falta, y quizá en la vergüenza o en el castigo.

—¡Oh! ¡Es por la seguridad de nuestro fiel caballero por lo que tememos!

—dijo la reina—. Tenéis en muy poco nuestro poder, bella prima, al hablar del peligro de que se pierda una vida por un capricho nuestro. ¡Oh, lady Edith! Otras existen, que pueden ablandar el pecho de hierro de los guerreros, como tú; hasta el corazón de un león es de carne, y no de piedra, y créeme que tengo bastante ascendiente sobre Ricardo para salvar a un caballero por cuya suerte tanto se interesa lady Edith, del castigo a que le expone el haber desobedecido las órdenes del rey.

—¡Por el amor de la Santa Cruz, real señora! —dijo Edith; y Sir Kenneth, presa de sentimientos que le habría sido muy difícil definir, oyó como ella se arrodillaba a los pies de la reina—. ¡Por el amor de la Virgen bendita y de todos los santos del calendario, pensar lo que hacéis! ¡No conocéis al rey Ricardo! Hace muy poco tiempo que sois su esposa; tan fácil sería a vuestro aliento, contener el viento del oeste cuando sopla con toda fuerza, como convencer con vuestras palabras a mi real pariente para que perdone un delito militar. ¡Oh, por el amor de Dios! ¡Despedid a ese caballero, si es que realmente le habéis hecho venir aquí! ¡Pasaré de buena gana la vergüenza de haber sido yo quien le llamara, si sé que ha vuelto al lugar donde le reclama su deber!

—Levántate, prima, levántate —dijo la reina Berengaria—, y persuádetes de que todo acabará mejor de lo que crees. Levántate, querida Edith; lamento haber gastado esa broma a un caballero por quien tienes tan profundo interés. ¡Ea! No te retuerzas las manos; creeré que te es indiferente..., creeré lo que quieras, antes que verte tan desconsolada. Te digo que, delante del rey, cargaré yo con toda la culpa, en beneficio de tu amigo norteño..., de tu conocido, quería decir, ya que no confiesas que sea un amigo. ¡Ea! No me mires tan irritada. Enviaremos a Nectabanus para que haga volver a su puesto a ese caballero de la Bandera, y nosotras mismas le recompensaremos algún día, en expiación de haberle pescado con anzuelo. Creo que debe estar en alguna tienda en los alrededores.

—Por mi corona de lirios y por mi cetro de una excelente caña de río —dijo Nectabanus—, Vuestra Majestad se equivoca: le tenéis más cerca de lo que imagináis... Está escondido detrás de esta pared de tela.

—¡Y habrá podido oír todo lo que hemos dicho! —exclamó la reina, violentamente sorprendida y agitada—. ¡Vete de aquí, monstruo de locura y de maldad!

Al decir la reina estas palabras, Nectabanus huyó del pabellón dando un chillido tal, que se puede pensar que Berengaria no se limitó a las palabras, sino que agregó a ellas una demostración de enfado más contundente.

—¿Y qué podemos hacer, ahora? —dijo la reina a Edith, en voz baja, y francamente contrariada.

—Lo que nos corresponde hacer —contestó firmemente Edith—. Es necesario ver a ese caballero y confiarnos a su indulgencia.

Al decir estas palabras se dirigió rápidamente hacia una cortina que cubría una puerta o paso de comunicación.

—¡Por Dios, espera!... piensa que... —dijo la reina—. Mi habitación..., nuestros vestidos..., la hora..., ¡y mi honor!

Pero antes de que pudiera terminar sus advertencias, Edith descorrió la cortina, y ya no hubo separación alguna entre el armado caballero y las damas. El calor de la noche oriental hacía que los vestidos de casa de la reina Berengaria y de sus damas fuesen más sencillos y holgados de lo que correspondía a su categoría, y de lo que requería la presencia de un espectador varón.

La reina se dio cuenta de ello, y dando un grito huyó de la habitación donde habla sido descubierto Sir Kenneth, a otra estancia del amplio pabellón, inmediato a la en que se encontraba. La vergüenza y la agitación de lady Edith, así como su interés por tener una inmediata explicación con el caballero escocés, le hacían olvidar que quizá su cabellera estaba demasiado en desorden y su cuerpo menos cuidadosamente cubierto de lo conveniente a una doncella noble, incluso para una época que, al fin y a la postre, no era el período más recatado y escrupuloso de la Antigüedad. Una ligera y holgada túnica de seda encarnada constituía la parte principal de su vestido, completado con unas babuchas, en las que a toda prisa había metido sus pies descalzos, y con un chai echado precipitadamente sobre sus hombros. En la cabeza no llevaba otra cosa que la rica cofia de sus cabellos desatados que, cayéndole por ambos lados, casi le tapaban su rostro encendido por una mezcla de modestia, irritación y otros sentimientos más profundos y agitados.

Pero, aunque Edith comprendía la situación, con aquella delicadeza que es el mayor encanto de su sexo, ni por un momento dudó en sacrificar su natural timidez al deber que creía tener contraído con aquel a quien habían inducido a faltar y puesto en peligro a causa de ella. Con el chal que llevaba se tapó el cuello y el pecho, y rápidamente dejó una lámpara que llevaba en la mano, y que iluminaba excesivamente su persona. Mientras Sir Kenneth permanecía inmóvil en el mismo lugar en que le habían descubierto, ella, en lugar de apartarse, se acercó aún más a él, y le dijo:

—¡Corred a vuestro puesto, valeroso caballero! ¡Os han engañado al traeros aquí! No preguntéis nada.

—No necesito preguntar —dijo el caballero, hincando una rodilla en tierra, con la rendida devoción que se profesa a un santo en un altar, y bajando la vista, por el temor de que su mirada aumentara la turbación de la dama.

—¿Lo habéis oído todo? —dijo Edith, impaciente—. ¡Santos de Dios! Pues, ¿qué esperáis aquí si cada minuto que pasa aumenta vuestro deshonor?

—He oído que estoy deshonrado, señora, y lo oigo de vos —contestó Kenneth—. ¿Qué me importa el castigo que venga? Sólo tengo que pedir os una cosa, y después iré a arrojarme contra las espadas de los infieles, para ver si el deshonor puede ser lavado con sangre.

—No lo hagáis —dijo la dama—. Tened cordura, no os entretengáis más aquí, y aun puede arreglarse todo, si os apresuráis a marchar.

—No espero sino vuestro perdón —dijo el caballero, rodilla en tierra— por mi petulancia en creer que mis pobres servicios podían haber sido solicitados o apreciados por vos.

—Os perdono... ¡Oh! ¡No tengo que perdonaros nada! Yo he sido el instrumento que ha servido para que se os injuriara. Pero marchaos; os perdonaré. ¡Os apreciaré..., eso es: como aprecio a todos los bravos cruzados..., si queréis marcharos!

—Antes tomad esta prenda preciosa, aunque fatal —dijo el caballero, tendiendo la sortija a Edith, que se agitaba impacientemente.

—¡Oh, no, no! —dijo, rechazando la alhaja—. Guardadla. Guardadla como prueba de mi estima..., de la pena que siento por todo eso, quería decir. ¡Oh, marchaos! Si no por vos, hacedlo por mí.

Casi consolado hasta la pérdida del honor que le anunciara la voz de ella, por el interés que Edith parecía demostrar respecto a su seguridad, Sir Kenneth se levantó, y dirigiéndole una rápida mirada, se inclinó profundamente en actitud de despedida. En aquel mismo momento recobró su imperio la timidez de la doncella, de la que hasta entonces había triunfado su propia energía, y huyó de la estancia, apagando su lámpara al salir, y dejando atrás de ella al espíritu y el cuerpo de Sir Kenneth sumidos en tinieblas.

Que era preciso obedecerla fue el primer pensamiento que le asaltó cuando volvió de su ensueño, y se apresuró a buscar el lugar por donde había penetrado en el pabellón. Pasar debajo de la tela de la tienda, como hiciera al entrar, era una operación que requería tiempo y cuidado, y, para abreviar, hizo con la daga un corte en la tela de la pared. Cuando se halló fuera ya, se sintió rendido y confuso por una lucha de sentimientos, y le habría sido imposible concretar qué significado tenía todo aquello. Hubo de moverse con precaución mientras estuvo entre aquel laberinto de estacas, cuerdas y tiendas, hasta que salió al camino o sendero por donde le había guiado antes el enano para burlar la vigilancia de los centinelas de la tienda de la reina, y cuando se halló allí, tuvo que andar muy lenta y silenciosamente para evitar la alarma que podría provocar una caída o el ruido de su armadura. Una nubecilla había tapado la

luna en el preciso momento en que salió de la tienda, y Sir Kenneth hubo de luchar con aquel nuevo obstáculo en un momento en que el vértigo de su cabeza y el trastorno de su corazón le restaban fuerzas para dirigir sus movimientos.

Pero, de pronto, oyó unos ruidos, que le despabilaron y le devolvieron instantáneamente la plena energía de sus facultades. Procedían del monte de San Jorge. Lo primero fue un ladrido furioso y salvaje, seguido inmediatamente de un aullido de agonía. Jamás un ciervo corrió tan desesperadamente al oír el aullido de Roswal como se puso a correr Sir Kenneth, temiendo que fuese el quejido de la muerte de aquel noble animal al que una herida ordinaria no habría hecho escapar ni el más leve quejido de dolor. De un salto ganó el campo, y a pesar de su cota de malla, empezó a correr hacia la altiplanicie tan velozmente, que difícilmente le habría podido alcanzar nadie, aunque estuviese sin armadura; subió la pendiente sin moderar el paso, y a los pocos minutos se encontraba en la cumbre. En aquel momento salió la luna, y le permitió ver que la bandera de Inglaterra había desaparecido, que la lanza que la sostenía estaba hecha pedazos en el suelo, y que, a su lado, el perro fiel jadeaba en las angustias de la muerte.

CAPÍTULO XIV

Después de un torrente de aflictivas sensaciones que al principio le dejó aturrido y confuso, el primer pensamiento de Sir Kenneth fue buscar a los autores de la violación de la bandera de Inglaterra, pero no pudo hallar rastro de ellos en parte alguna. Lo que se le ocurrió en segundo lugar (y ello no extrañará a nadie que sea muy aficionado a los perros), fue examinar a su fiel Roswal, herido mortalmente al parecer, en cumplimiento de un deber que, víctima de un engaño, no había cumplido su amo. Acarició al animal agonizante, que, leal hasta el último momento, parecía olvidar sus propios sentimientos, ante la alegría que le producía la presencia de su dueño, y seguía moviendo la cola y lamiéndose las manos; y hasta cuando, con débiles gemidos, indicaba que los intentos que hacía Sir Kenneth para arrancarle de la herida el pedazo de lanza o jabalina que le había herido aumentaban los dolores de su agonía, prodigaba sus débiles caricias, como si temiera ofender a su amo manifestando sufrir cuando él quería aliviarle. Estas pruebas de afecto que le daba el animal agonizante eran como un amargo ingrediente que se mezclaba al sentimiento de desgracia y desconsuelo, que oprimía a Sir Kenneth. Parecía como si le arrebataran el único amigo, precisamente cuando había incurrido en el desprecio y el odio de todos los demás. El caballero perdió la serenidad, y se entregó a su desesperada angustia, prorrumpiendo en

llanto y fuertes suspiros.

Mientras estaba entregado de esta forma a su dolor, una voz clara y solemne pronunció cerca de él estas palabras en lengua franca, que entendían tanto cristianos como sarracenos, y en el tono sonoro de los lectores de una mezquita:

—La adversidad es como el tiempo de las primeras lluvias y el de las últimas: frío molesto, tan desagradable a los hombres como a los animales, y, sin embargo, en tal estación nacen las flores y los frutos, el dátil, la rosa y la granada.

Sir Kenneth del Leopardo se volvió hacia el que hablaba, y vio al médico árabe, quien se le había acercado sin que él le oyera, y se había sentado detrás de él, con las piernas entrecruzadas, y le recitaba en tono grave, pero no sin un acusado acento de simpatía, las sabias sentencias consoladoras con que el Corán y sus comentaristas le habían consolado a él, porque en Oriente se cree que la sabiduría consiste más en demostrar una poderosa memoria, aplicándola acertadamente y refiriéndola a «lo que está escrito», que en desplegar las facultades inventivas naturales de cada uno.

Avergonzado de que le hubiese sorprendido en una explosión de desconsuelo más bien propia de una mujer, Sir Kenneth dejó de lado las lágrimas, y volvió a ocuparse de su perro agonizante.

—El poeta ha dicho —agregó el árabe, sin aparentar haberse dado cuenta de la tristeza y la desesperación del caballero—: «El buey para el campo, y el camello para el desierto». Más que la mano del soldado, ¿no será mejor la del médico, para curar heridas, a pesar de que esta última sea menos hábil que aquélla en causarlas?

—Este paciente, Hakim, ya no está en situación de ser curado —dijo Sir Kenneth—, y, por otra parte, éste es un animal impuro, según tu ley.

—Donde Alá ha querido poner vida y sentimientos de pena y alegría —dijo el sarraceno—, sería un pecado de orgullo por parte del médico, que de Él ha recibido la luz, negarse a prolongar la existencia o dulcificar la agonía. Entre la curación de un miserable escudero, la de un pobre perro y la de un conquistador monarca, no existe diferencia alguna. Deja que examine a este animal herido.

Sir Kenneth accedió en silencio, y el médico inspeccionó y tanteó la herida de Roswal con la misma atención que si se hubiera tratado de un ser humano. Luego sacó un estuche de instrumentos de cirugía, y, con gran cuidado y habilidad, aplicó las pinzas, extrayendo del costado herido el trozo de arma. Luego, con un astringente y con vendas, cortó la hemorragia que dicha operación produjo. El perro se sometió pacientemente, como si conociera lo

beneficiosos que eran para él aquellos cuidados.

—Este animal puede curarse —dijo El Hakim, dirigiéndose a Sir Kenneth—, si permites que lo lleve a mi tienda y le cuide con toda la atención que merece su noble natural. Porque has de saber que tu sirviente Adonbec entiende tanto de razas, especies y particularidades de los perros y nobles caballos, como de las enfermedades que afligen a la raza humana.

—Llévatelo —dijo el caballero—. Te lo regalo de todo corazón, si se cura. Por otra parte, te debo los honorarios por tu asistencia a mi escudero, y no tengo otra cosa que darte. Yo jamás volveré a tocar el cuerno de caza ni azuzaré a ningún perro.

El árabe no contestó, pero dio una palmada e instantáneamente aparecieron dos esclavos negros. Les dio órdenes en lengua árabe, las cuales fueron contestadas con la frase «oír es obedecer», y cogiendo al perro entre ambos se lo llevaron, sin que el animal opusiera resistencia alguna, a pesar de que su vista se volvía hacia su dueño, porque estaba demasiado débil para defenderse.

—Adiós, pues, Roswal —dijo Sir Kenneth—; adiós, mi último y único amigo; eres demasiado noble para que te posea uno como el que seré yo de hoy en adelante. Querría —agrego mientras los esclavos se llevaban al perro— poder transformarme en ese animal, a pesar de que está agonizando.

—Escrito está —contestó el médico, aunque la anterior exclamación no hubiese sido dirigida a él— que todas las criaturas están hechas para el servicio del hombre, y el señor de la tierra dice que una locura cuando, en su desesperación, dice que quiere cambiar las esperanzas presentes y futuras por la servil condición de un ser inferior.

—Un perro que muere en el cumplimiento de su deber —dijo el caballero en tono enérgico— vale más que un hombre que sobrevive a la vergüenza de haber desertado. Déjame, Hakim; tú posees, hasta un nivel rayano en el milagro, la más maravillosa ciencia que el hombre haya poseído jamás; pero las heridas del espíritu no están al alcance de tu poder.

—Sí, si el paciente quiere explicar sus sufrimientos y ser guiado por el médico —dijo Adonbec El Hakim.

—Pues has de saber —dijo Sir Kenneth—, ya que eres tan curioso, que esta noche la bandera de Inglaterra ondeaba en la cumbre de esta colina; yo estaba encargado de velar por ella hasta esta madrugada; y aquí está destrozada la lanza que la sostenía, la bandera ha desaparecido, y aquí está sentado un hombre que vive todavía.

—¡Cómo! —dijo El Hakim examinándole—; tienes la armadura entera, no se ve sangre en tus armas, y tienes fama de no ser hombre que vuelva así de un

combate. Te has dejado alejar de tu puesto... seducido por las mejillas de rosa y los negros ojos de una de esas huríes a las que vosotros, los nazarenos, hacéis voto de servir como sólo puede servirse a Alá, con un amor que no está permitido sentir por figurillas de arcilla como somos nosotros mismos. Así debe haber sido, porque el hombre siempre cae de esta manera, desde los días del Sultán Adán.

—¿Y si así fuera, médico —dijo Sir Kenneth sombríamente—, qué remedio habría?

—La sabiduría es madre del poder —dijo El Hakim—, lo mismo que la valentía supe a la fuerza. Óyeme: el hombre no es como el árbol, que está arraigado en un solo punto de la Tierra, ni está hecho para enquistarse en la roca como las conchas casi inanimadas. Vuestros mismos autores cristianos ordenan que, cuando seas perseguido en cualquier ciudad, huyas a otra, y nosotros, los musulmanes, también sabemos que Mahoma, el Profeta de Alá, arrojado de la Ciudad Santa de La Meca, encontró en Medina refugio para él y los que le seguían.

—¿Y a mí qué me importa todo eso? —dijo el escocés.

—Mucho —contestó el médico—. Hasta el sabio huye del temporal que no puede dominar. Haz tú lo mismo, y huye de la venganza de Ricardo, y refúgiate bajo la sombra de la victoriosa bandera de Saladino.

—Es cierto —contestó irónicamente Sir Kenneth— que podría ir a esconder mi deshonor en un campamento de infieles en el que es desconocida la verdad. Pero ¿quieres decir que no obraría mejor pasándome a él del todo? Tu consejo, ¿llegará hasta recomendarme que me ponga el turbante? Me parece que sólo falta la apostasía para consumir plenamente mi infamia.

—No blasfemes, nazareno —dijo el médico, en tono enérgico—. Saladino no trabaja para convertir gente a la ley del Profeta, salvo de aquellos a quienes sus preceptos han convencido de antemano. Abre los ojos a la luz, y el gran Sultán, cuya liberalidad es tan ilimitada como su poder, te puede dar un reino; si quieres, puedes continuar en tu obcecación, y aunque sea, de aquellos cuya segunda vida está destinada a las tinieblas, Saladino ti hará rico y feliz por el tiempo que te reste de vida. Pero no temas que ti frente sea envuelta en el turbante, si no lo decides tú mismo.

—Antes decidiría que fuese pisoteada mi cabeza cortada, como lo será a atardecer de hoy.

—No obras cuerdamente, nazareno —dijo El Hakim—, al rechazar esta magnífica oferta, porque yo tengo ascendiente sobre Saladino, y puedo elevarte hasta su gracia. Mira, hijo mío: esta Cruzada, como vosotros llamáis a esta loca expedición, es como un gran dromond destrozado entre las olas. Tú

mismo has sido portador de proposiciones de tregua en nombre de los reyes y príncipes cuyos ejércitos se han reunido en este lugar, dirigidas al poderosísimo Saladino, y es posible que no conozcas completamente el objeto de tu viaje.

—No lo conozco ni me interesa —dijo el caballero con impaciencia—. ¿Qué me importa haber sido mensajero de príncipes, si antes de la noche seré un cadáver deshonorado que colgará de la horca?

—No; lo que voy a decirte puede evitarlo —dijo el médico—. Saladino está siendo solicitado de todas partes. Los príncipes aliados de esta Liga formada contra él, le han hecho tales proposiciones de paz y concordia que en otras circunstancias quizá le habría sido un honor aceptarlas. Otros han hecho ofrecimientos encaminados a su provecho personal exclusivamente, en orden a retirar sus fuerzas del campamento de los reyes del Frangistán, y hasta consagrar las suyas a la defensa de la bandera del Profeta. Pero Saladino no quiere aprovecharse de esta traidora e interesada defección. El rey de reyes sólo quiere tratar con el rey León. Saladino no quiere tratos sino con Melech Ric, y pactar con él como un príncipe, o combatirle como un guerrero. A Ricardo le hará tales condiciones por su propia voluntad, como no se las habría arrancado jamás por la fuerza o el terror la espada de todos los príncipes de Europa reunidos. Dará libertad de peregrinación a Jerusalén y a todos los lugares que los nazarenos tienen en devoción; además, quiere compartir su Imperio con el de su hermano Ricardo, que podrá dejar fuerzas cristianas en las seis ciudades más fuertes de Palestina, y una guarnición en la propia Jerusalén, con la particularidad de que permitirá que todas estas fuerzas estén bajo las órdenes directas de oficiales de Ricardo, quien, con el consentimiento del sultán, llevaría el nombre de Rey Guardián de Jerusalén. Por raro e increíble que te pueda parecer, debes saber, Sir Kenneth —porque a tu honor ya puedo confiar este casi increíble secreto—, que Saladino pondrá un sagrado broche a este pacto y feliz unión entre lo más noble y valeroso del Frangistán y del Asia, elevando a la categoría de real esposa suya a una doncella cristiana de la familia del rey Ricardo, conocida con el nombre de Lady Edith de Plantagenet.

—¡O! ¿Qué dices? —exclamó Sir Kenneth, que había escuchado con indiferencia y apatía el principio de la charla del Hakim, pero que se sorprendió al oír estas últimas palabras, de la misma manera que el estremecimiento de un nervio herido inesperadamente despierta la sensación de dolor, hasta en el torpor de la parálisis. Con un gran esfuerzo moderó su entonación y contuvo su ira, disfrazándola con una apariencia de desdeñosa duda, y prosiguió la conversación con el propósito de descubrir cuanto pudiera del complot, que tal lo consideraba, contra el honor y la felicidad de la que él amaba, a pesar de que aquel amor fuese en verdad la causa de su desventura y

de su deshonra.

—¿Y qué cristiano —dijo con relativa calma— aprobaría una unión tan antinatural como la de una doncella cristiana con un infiel sarraceno?

—No eres más que un ignorante, fanático nazareno —dijo El Hakim—. ¿No has visto que cada día príncipes mahometanos se casan con nobles doncellas cristianas en España, sin que esto escandalice ni a moros ni a cristianos? Por la confianza que tiene en la sangre de Ricardo, el sultán permitirá a la doncella inglesa la libertad que vuestras costumbres francas han concedido a la mujer. Le consentirá el libre ejercicio de su religión, ya que, a decir verdad, muy poca cosa significa la religión que practican las mujeres, y le asignará un lugar tan preeminente sobre todas las mujeres de su zenana, que ella sería en todos los órdenes la reina única y absoluta.

—¡Cómo! —dijo Sir Kenneth—. ¿Te atreves a creer, musulmán, que Ricardo daría a una parienta suya, a una noble y virtuosa princesa, para ser la concubina favorita en el harén de un infiel? Debes saber, Hakim, que el más humilde de los nobles cristianos libres rechazaría, en bien de su hijo, esta espléndida ignominia.

—Te engañas —contestó El Hakim—. Felipe de Francia y Enrique de Champagne, así como otros significados aliados de Roberto, han oído la proposición sin horrorizarse, y han prometido hacer todo lo posible para llegar a una alianza susceptible de poner fin a esta desastrosa guerra; y el sabio arcipreste de Tiro se ha encargado de transmitir la proposición a Ricardo, con la esperanza de tener éxito en su misión. La cordura del sultán mantiene secreto este proyecto a otros como De Montserrat y el Maestre de los Templarios, porque sabe que confían en la muerte o la desgracia de Ricardo para medrar, pero no en su vida ni en su honor. Vamos, pues, señor caballero, súbete al caballo. Yo te daré un pliego que podrá abrirte paso hasta el sultán, y no creas que haces traición a tu país, a tu causa o a tu religión, porque pronto serán unos los intereses de ambos monarcas. A Saladino le pueden ser muy gratos tus consejos, ya que le enterarán de muchas cosas relacionadas con los casamientos cristianos, el trato que se da a las esposas, y otros puntos de las leyes y costumbres de los cristianos, todo lo cual le es de sumo interés conocer en la concertación de este tratado. La mano derecha del sultán guarda los tesoros de Oriente, y es una fuente de generosidades. O, si lo prefieres, cuando él sea aliado de Inglaterra, a Saladino no le será difícil obtener de Ricardo, no sólo el perdón y la restitución de su favor, sino un lugar honorable en el mando de las tropas del ejército inglés que puedan quedar para mantener la soberanía de ambos reyes en Palestina. Vamos, pues, y súbete a caballo..., el camino se allana delante de ti.

—Hakim —dijo el caballero escocés—: tú eres un hombre de paz; has

salvado la vida del rey de Inglaterra, y hasta la de mi pobre escudero Strauchan. Por todo ello te he escuchado hasta el fin de tu discurso, porque si me lo hubiese hecho otro musulmán cualquiera, lo habría cortado en seco con un golpe de mi daga. Hakim: en pago de tu bondad, te aconsejo que digas al musulmán que venga a proponer a Ricardo la unión entre la sangre de los Plantagenet y la de tu raza maldita, que lleve un casco que sea capaz de resistir un mazazo como el que hundi6 la puerta de Acre. Porque, de otro modo, quedaría en situación tal, que ni tu ciencia le valdría.

—¿Así, pues, estás bien decidido a no huir al ejército musulmán? —dijo el médico—. Pero acuérdate de que aquí te espera una muerte segura, y tanto los preceptores de tu religión como los de la nuestra, prohíben al hombre destruir el tabernáculo de su vida.

—¡Dios no lo permita! —contestó el escocés persignándose—; pero tampoco podemos rehuir los castigos a que nos hemos hecho acreedores por nuestros crímenes. Y ya que veo que tienes un concepto tan pobre de la fidelidad, Hakim, me apena haberte dado mi buen perro, porque, si vive, tendrá un dueño que no sabrá apreciar todo lo que vale.

—El regalo que se envidia quiere decir que se reclama —dijo El Hakim—; pero nosotros, los médicos, juramos no abandonar a un enfermo antes de que esté curado. Si ese animal cura, desde ahora vuelve a ser tuyo.

—Está bien, Hakim —contestó Sir Kenneth—; pero los hombres no hablan de perros ni de halcones cuando entre ellos y la muerte sólo tienen una hora de luz matinal. Déjame hacer examen de mis pecados y encomendarme a Dios.

—Te dejo en tu obstinación —dijo el médico—; la niebla esconde el precipicio a los que están destinados a rodar por él.

Marchóse lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza, como para observar si el devoto caballero le hacía un grito o una señal para que volviera. Por último, la cabeza cubierta con el turbante se perdió entre el laberinto de tiendas que se extendían al pie de la colina, blancuzcas a la pálida luz de la aurora, mezclada con la de la luna, que aún no se había puesto completamente.

Aunque las palabras del médico Adonbec no hicieran en Kenneth la impresión que el sabio esperaba de ellas, habían inspirado al escocés un motivo para desear la vida; deshonrado como se consideraba, el caballero habría renunciado a vivir poco antes, como se abandona un vestido viejo, imposible de ser usado más. Mucho de lo que ocurriera entre él y el ermitaño, unido a lo que había observado entre el anacoreta y Sheerkohf (o Ilderim), le acudía ahora a la memoria, y le confirmaba lo que El Hakim le había hecho saber: el artículo secreto del tratado.

—¡Que reverendo impostor! —exclamó para sí—. ¡El hipócrita de cabellos

blancos! Hablaba del esposo infiel convertido por la esposa creyente; y ¿quién me asegura que el traidor no haya enseñado al sarraceno, maldito de Dios sea, el rostro de Edith Plantagenet, para que el perro pudiera decidir si la princesa cristiana era lo bastante hermosa para ser admitida en el harén de un incrédulo? Si ahora tuviese al infiel Ilderim, o como se llame, bajo mi garra otra vez, como le tuve días atrás, jamás volvería a llevar ningún mensaje deshonesto para un rey cristiano ni para una noble y virtuosa doncella. Pero... mis horas pasan como minutos... Lo mismo da: mientras viva y tenga fuerzas, es preciso que haga algo y muy rápidamente.

CAPÍTULO XV

En la tarde en que Sir Kenneth empezó la guardia, Ricardo, después del tempestuoso acontecimiento que había interrumpido su tranquilidad, se retiró a descansar, con la absoluta confianza que le daba el valor ilimitado y la superioridad que había demostrado manteniendo su punto de vista en presencia de todo el ejército cristiano y de sus jefes, muchos de los cuales —él lo sabía bien— consideraban en el fondo de su corazón que la derrota del duque de Austria era una victoria sobre ellos. Precisamente por eso mismo, Ricardo sentía su orgullo satisfecho, ya que, humillando a un enemigo, había mortificado a un centenar.

Otro rey, después de un choque como aquél, habría doblado su guardia nocturna, y mantenido acuarteladas una parte de sus tropas, por lo menos. Pero Corazón de León, al contrario; pasado el incidente, hizo retirar incluso su guardia habitual, y ordenó se repartiera vino a sus soldados para que celebraran su restablecimiento y bebieran en honor de la bandera de San Jorge. El sector en que se hallaba su pabellón habría dado la sensación de una falta absoluta de vigilancia y precauciones militares, si Sir Thomas de Vaux, el conde de Salisbury y otros nobles no hubiesen tomado disposiciones para asegurar el orden y la disciplina entre los soldados.

El médico no se movió de la cabecera del lecho del rey hasta después de medianoche, haciéndole tomar la medicina dos veces durante aquellas horas, después de observar en qué sector del cielo se encontraba la luna llena, pues decía que su influencia podía ayudar o estorbaren gran manera el efecto del remedio. Hacia las tres de la madrugada, El Hakim salió de la tienda para retirarse a la que habían instalado para él y su servicio. Cuando se dirigía allí, entró en la tienda de Sir Kenneth del Leopardo, para ver el estado del primer paciente que había tenido en el campamento cristiano, el viejo Strauchan, como se llamaba el escudero del caballero escocés. Al preguntarle por su

dueño, se enteró de la misión que le habían encargado, y seguramente esta información fue lo que le hizo decidir a encaminarse hacia el monte de San Jorge, donde encontró al que buscaba en la lamentable situación que hemos relatado en el capítulo anterior.

Aproximadamente una hora después de la salida del sol, se oyeron las lentas pisadas de un hombre armado que se acercaba a la tienda real; De Vaux, que dormía al lado de la cama del rey, con un sueño tan ligero como el del perro que vigila, sólo tuvo tiempo de levantarse y decir: —¿Quién va?—, cuando ya el Caballero del Leopardo entraba en la tienda, con su varonil rostro turbado profundamente por la tristeza.

—¿A qué se debe esta osada intrusión, señor caballero? —preguntó De Vaux en tono enérgico, aunque bajo, para respetar el sueño del rey.

—¡Calla, De Vaux! —dijo Ricardo, que acababa de despertarse—; Sir Kenneth entra, como un buen soldado, a darnos cuenta de su guardia, y los soldados siempre tienen abierta para ellos la tienda de su general.

Se incorporó, y, apoyándose en el codo, fijó sus grandes ojos claros en el guerrero:

—Habla, señor escocés, ¿vienes a darme cuenta de tu guardia, que ha sido vigilante, segura y honorable, no es verdad? El chasquido de los pliegues de la bandera de Inglaterra habría sido suficiente para defenderla, aun sin la presencia de todo un caballero como dicen que tú eres.

—Ya no lo dirán más —dijo Sir Kenneth—; mi guardia no ha sido ni vigilante, ni segura, ni honorable. La bandera de Inglaterra ha sido robada.

—¡Y tú te has apresurado a venírmelo a decir! —contestó el rey en tono de risueña incredulidad—. ¡No puede ser!; no tienes ni un rasguño en el rostro. ¿Por qué callas? Di la verdad..., es peligroso burlarse de un rey..., pero te perdono si has mentado.

—¡Mentir, señor rey! —replicó el desventurado caballero con arrogancia y con una llamarada en los ojos, clara y pasajera como la chispa que sale del pedernal—. Pero también tengo que resignarme a eso. He dicho la verdad.

—¡Por Dios y por San Jorge! —dijo el rey, furioso, pero reprimiéndose instantáneamente—. De Vaux: ve a verlo. La fiebre le ha hecho perder el seso. Es imposible... El valor de este hombre está demostrado. ¡Eso no puede ser! Ve aprisa... o envía alguien allí, si tú no quieres ir.

El rey fue interrumpido por la llegada de sir Enrique Neville, que, con la respiración cortada, venía a comunicar que la bandera había desaparecido y que el caballero encargado de guardarla había sido atacado por una fuerza superior y asesinado seguramente, porque se veía un charco de sangre al lado

de los pedazos de la lanza que servía de asta.

—¿Pero, qué veo? —dijo Neville dándose cuenta, de pronto, de la presencia de Sir Kenneth.

—¡Un traidor! —contestó el rey, saltando de la cama y cogiendo la maza de guerra que siempre tenía cerca—; ¡un traidor a quién verás morir como mueren los traidores! —Y levantó la maza en actitud de descargar un golpe.

Pálido pero inmóvil como una estatua de mármol, el escocés permaneció erguido ante él, con la cabeza descubierta y sin defensa alguna, la vista baja, mirando al suelo, y los labios ligeramente temblorosos, probablemente porque murmuraba una oración.

De pie delante de él y a distancia suficiente para herirle, permanecía el rey Ricardo, que tenía cubierto su alto cuerpo sólo con su holgado vestido de dormir, que le tapaba todo, menos el brazo, porque con la violencia del ademán, la ropa se había arremangado, dejando al descubierto el hombro y un trozo de pecho, de tan vigorosa conformación, que le podían hacer merecedor del sobrenombre de Brazo de Hierro, que había llevado uno de sus antecesores sajones. Después de unos momentos de mantener el brazo en el aire, a punto de descargar el golpe, bajó el arma al suelo, y preguntó:

—Pero ¿había sangre allí, Neville? ¿Había sangre? Oye, señor escocés: tú has sido valeroso en otras ocasiones, porque yo te he visto luchar. Dime que has muerto a dos de los bandidos defendiendo la bandera... Dime que sólo has derribado a uno... Dime siquiera que has dado un buen golpe para defenderla, y vete de mi campamento con tu vida y tu infamia.

—Mi señor rey: me habéis dicho embustero —contestó Kenneth en tono firme—; y sólo en eso no me hacéis justicia. Sabed que en defensa de la bandera no se ha vertido otra sangre que la de un pobre perro, que, mucho más fiel que su amo, ha cumplido la obligación que éste había abandonado.

—¡Por San Jorge! —dijo Ricardo—, volviendo a levantar el brazo.

Pero De Vaux se interpuso entre el rey y el objeto de su venganza, y, con la brusca franqueza que le era característica, le dijo:

—Señor: eso no debe ser aquí, ni por vuestra propia mano. Sin duda, no había habido locuras bastantes para un día y una noche, y aun faltaba que confiarais la bandera a un escocés... ¿No os dije que siempre han sido corteses y falsos?

—Ya me lo dijiste, De Vaux; tenías razón, lo confieso —dijo Ricardo—: debía haberlo sabido mejor; debía haberme acordado de que el astuto Guillermo me ha engañado respecto a este Cruzada.

—Señor —dijo Sir Kenneth—, Guillermo de Escocia no engaña nunca; las

circunstancias le han privado de que reuniera sus fuerzas.

—¡Calla, desvergonzado! —dijo el rey—. Ensucias el nombre de un príncipe, con sólo hablar de él. Pero me extraña, De Vaux —añadió—, la actitud de este hombre. Tiene que ser un cobarde o un traidor, y, sin embargo, ha esperado el golpe de Ricardo Plantagenet como si nuestra arma le fuese a dar un mero espaldarazo. Si hubiese dado un indicio de miedo, si hubiese temblado, o se le hubiese estremecido un párpado, le habría aplastado la cabeza como un vaso de cristal. Pero no puedo pegar cuando no encuentro ni miedo ni resistencia.

Se hizo una pausa.

—¡Ah! —replicó Ricardo—. ¿Has recobrado el uso de la palabra? Pide clemencia al Cielo, pero no la esperes de mí, porque Inglaterra está deshonrada por culpa tuya y aunque fueses mi único hermano, no habría perdón para tu falta.

—No hablo de pedir gracia a ningún hombre mortal —dijo el escocés—. Está en vuestra voluntad el concederme o negarme el tiempo para que me pueda confesar. Si el hombre me la niega, Dios puede darme la absolución que pediría a su Iglesia. Pero tanto si muero ahora mismo como dentro de media hora, igualmente pido a Vuestra Majestad la gracia de una oportunidad para decir a Vuestra Real persona algo que afecta altamente a vuestra fama de rey cristiano.

—Di, pues —contestó el monarca, convencido de que iba a oír una confesión sobre la pérdida de la bandera.

—Lo que tengo que deciros —dijo Sir Kenneth— afecta a la realeza de Inglaterra, y no puede escucharlo más oído que el vuestro.

—Salid, señores —dijo el rey a Neville y a De Vaux. El primero obedeció, pero el segundo no quiso apartarse de la persona del rey:

—Si habéis dicho que tenía razón —replicó De Vaux a su soberano—, quiero que se me trate como a quien se le ha reconocido que tiene razón..., es decir, que pueda hacer mi voluntad. No os dejaré solo con este escocés traidor.

—¡Cómo, De Vaux! —exclamó el rey irritado, dando un golpe con el pie en el suelo—. ¿No te atreves a dejar nuestra persona con un traidor?

—Es inútil que os enfurruñéis y deis golpes con el pie en el suelo, señor —dijo De Vaux—; no expondré a un hombre enfermo ante uno que está en la plenitud de su fuerza, a un hombre inerme contra otro armado con todas sus armas.

—No importa —dijo el caballero escocés—; no busco pretextos para pasar tiempo. Hablaré en presencia del señor De Gilsland. Es bueno y fiel.

—Aun no hace media hora que yo habría dicho lo mismo de ti —repuso De Vaux, con un gruñido mezcla de tristeza y de despecho.

—Estáis rodeados de traidores, rey de Inglaterra —dijo el escocés.

—Puede ser tal como dices —contestó Ricardo—: tengo un buen ejemplo aquí.

—Es una traición que os ofenderá más profundamente que la pérdida de cien banderas en un campo de batalla La... la... —Sir Kenneth vaciló, y, por fin, se decidió a continuar, en voz baja—: Lady Edith...

—¡Ah! —exclamó el rey, adquiriendo de pronto una actitud de altiva atención y fijando una terrible mirada en el supuesto criminal—. ¿Qué tienes que decirme de ella...? ¿Qué? ¿Qué tiene que ver ella con todo eso?

—Señor —dijo el escocés—: existe el proyecto de envilecer vuestro real linaje dando la mano de Lady Edith al sultán sarraceno, para concertar la paz más deshonrosa para la Cristiandad con el matrimonio más vergonzoso para Inglaterra.

Esta noticia produjo precisamente un efecto completamente contrario del que esperaba Sir Kenneth. Ricardo Plantagenet era un hombre de aquellos que, por decirlo con las palabras de Iago, no servirían a Dios si el diablo se lo ordenara; consejos y advertencias le afectaban a menudo mucho menos de lo que realmente debían interesarle, debido al color que adquirían a sus ojos según el carácter y las intenciones que atribuía a la persona que los daba. Desgraciadamente, la mención de aquel nombre le despertó el recuerdo de lo que él había conceptuado una extremada presunción en el Caballero del Leopardo, incluso cuando gozaba de un lugar preeminente en la Orden de la Caballería, y dada su situación presente, el orgulloso monarca lo consideró como un insulto, que le exasperó en grado sumo.

—¡Silencio —dijo—, infame y audaz! ¡Por Dios, que voy a retorcerte la lengua con unas tenazas al rojo vivo si pronuncias el nombre de una noble doncella cristiana! Sabes, miserable traidor, que ya sabía hasta dónde te habías atrevido a levantar los ojos, y lo había tolerado, aunque fuera una insolencia, mientras nos engañabas, porque tú no eres más que un falsario, que aparentas tener nombre y fama. Pero ahora, que te has ensuciado los labios con la confesión de tu propio deshonor, ¡no te atrevas a nombrar a nuestra noble parienta, como si se tratara de alguien en cuyo destino tú tuvieses participación o interés! ¿Qué te importa si se casa con un sarraceno o con un cristiano? ¿Qué te importa eso, en un campamento donde los príncipes se vuelven cobardes de día, y ladrones de noche; donde los bravos caballeros se convierten en viles desertores y traidores? ¿Qué te importa a ti, te digo, ni a quien sea, si me place aliarme con la lealtad y el valor en la persona de

Saladino?

—A mí, muy poco, ciertamente; tanto más cuanto muy pronto el mundo no será nada para mí —contestó Sir Kenneth osadamente—; pero aunque me pusierais en la tortura, os diría que lo que acabo de anunciar interesa muy mucho a vuestra conciencia y a vuestra fama. Y os digo, señor rey, que si tan sólo habéis tenido en el pensamiento el propósito de casar a vuestra parienta Lady Edith...

—¡No la nombres, no pienses ni un momento más en ella! —dijo el rey empuñando otra vez la maza, con tanta fuerza que los músculos se marcaban en un brazo vigoroso, como el entretejido que hace la hiedra alrededor del tronco del roble.

—¡Ni nombrarla!..., ¡no pensar en ella!... —contestó Sir Kenneth, cuyo espíritu, a pesar de estar aturdido por la depresión, empezaba a reaccionar y recobraba su elasticidad con esta discusión—. Pues, por la Cruz, que es mi esperanza, su nombre será la última palabra de mis labios, y su imagen mi último pensamiento. Probad vuestra fuerza, tan admirada, en esta frente desnuda, y mirad si podéis impedir mi propósito.

—¡Me hará volver loco! —dijo Ricardo; y, a pesar suyo, se sintió vacilar en la amenaza ante la decidida actitud del culpable. Antes de que Thomas de Gilsland pudiese contestar, se oyó en el exterior un ruido de pasos, y en el departamento exterior de la tienda se anunció la llegada de la reina.

—¡No la dejes entrar! ¡No la dejes entrar, Neville! —gritó el rey—. Este no es un espectáculo para mujeres. ¡Ah!, ¡que haya permitido que un miserable traidor como éste me haya hecho exaltar así! Llévatelo, De Vaux —murmuró—; hazle salir por detrás de la tienda; enciérrale bajo llave; me respondes de él con tu vida. Y oye: ya que va a morir, envíale un confesor; no queremos matar cuerpo y alma. Espera: no queremos que sea deshonorado; que muera como caballero, con el cinto y las espuelas, porque si su traición es negra como el infierno, su valentía puede compararse con la del diablo. Si hay que confesar la verdad, De Vaux estaba muy satisfecho de que la escena hubiese terminado sin que Ricardo cometiera un acto de crueldad matando a un prisionero indefenso, y se dio prisa a llevarse a Sir Kenneth por una salida excusada que daba a una tienda separada, donde se le desarmó y se le pusieron grilletes para más seguridad. Con sostenida y triste atención, contemplaba cómo los oficiales del preboste, a quienes Sir Kenneth fue entregado, cumplían estas severas disposiciones.

Cuando hubieron terminado, dijo solemnemente al desventurado delincuente:

—El rey Ricardo no quiere que mueras degradado, ni con mutilación de tu

cuerpo, ni vergüenza para tus armas; quiere que tu cabeza sea separada del cuerpo por la espada del verdugo.

—¡Qué bueno es! —dijo el caballero, en un tono bajo y sumiso, como el de quien recibe un inesperado favor—. De esta manera, los míos no sabrán lo peor de esta historia. ¡Oh, padre mío, padre mío!

Esta invocación, pronunciada entre dientes, no escapó al rudo pero bondadoso inglés, que hubo de pasarse el dorso de su gruesa mano por su adusto rostro, antes de poder continuar hablando.

—La última disposición de Ricardo de Inglaterra —dijo al fin— es que hables con un santo varón, y al venir hacia aquí he encontrado a un fraile carmelita que te ayudará en este trance. Está esperando afuera, hasta que estés en disposición de recibirle.

—Hacedle entrar en seguida —dijo el caballero—. Esa es otra bondad del rey. En ningún otro momento estaré tan bien dispuesto como ahora para recibirle, porque la vida y yo nos hemos despedido como dos caminantes que han llegado a una encrucijada que separa sus caminos.

—Está bien —dijo De Vaux en voz baja y en tono solemne—. Me da pena tenerte que decir el final de mi mensaje. El rey quiere que te prepares a morir en seguida.

—Cúmplase la voluntad de Dios y del rey —contestó el caballero resignadamente—. No discuto la sentencia ni quiero dilatar su cumplimiento.

De Vaux empezó a retirarse de la tienda, pero muy poco a poco; se detuvo en la puerta y se volvió a mirar al escocés, del que parecían haberse alejado todos los pensamientos mundanos, y que representaba estar entregado a la más profunda devoción. La sensibilidad del corpulento barón inglés no era muy aguda en general, pero en aquel momento la compasión se apoderó de él de manera desacostumbrada. Volvió atrás rápidamente, hasta el haz de cañas donde estaba sentado el preso, le tomó la mano encadenada, y con toda la ternura que su áspera voz era capaz de expresar, díjole:

—Sir Kenneth: todavía eres joven; tienes padre. Mi pequeño Ralph, a quien dejé corriendo en su pequeña jaca escocesa en las orillas del Irthing, puede llegar un día a tener tus años, y haga Dios que yo pueda ver su juventud tan prometedora como era la tuya hasta esta noche. ¿Puedo decir o hacer algo por ti?

—Nada —fue la triste respuesta—. He desertado de mi lugar, y la bandera que me confiaron se ha perdido. Cuando el verdugo y el tajo estén dispuestos, la cabeza y el cuerpo también lo estarán para separarse.

—Así, pues, que Dios te perdone —dijo De Vaux—. Pero habría preferido

perder mi mejor caballo y haberme encargado yo de la guardia. En todo esto existe un misterio, muchacho; lo puede ver el más zafio, aunque yo no sé explicármelo. ¿Cobardía? No puede ser cobarde quien combate como siempre te he visto combatir. ¿Traición? Me parece que los traidores no mueren con tanta serenidad. Tú has sido arrebatado de tu lugar por algún engaño, con algún ingenioso ardid; los gritos de auxilio de alguna doncella llegaron a tus oídos, o te deslumbre la risueña mirada de alguna hechicera criatura. No te avergüences de ello, porque todos somos débiles y todos hemos sufrido esta tentación. Vamos: te ruego que te confieses conmigo, en lugar de hacerlo con el fraile. Ricardo es indulgente cuando le ha pasado el arrebatado de cólera. ¿Tienes algo que confiarme?

El infortunado caballero volvió su rostro al amable guerrero y contestó:

—Nada.

Y De Vaux, que había agotado sus argumentos persuasivos, se levantó y salió de la tienda cruzado de brazos, mucho más afligido de lo que creía que exigía la situación, e irritado contra él mismo por el hecho de que una cosa tan simple como la muerte de un escocés le impresionara tan profundamente.

—A pesar de que estos endiablados palurdos —dijo para sí— son enemigos nuestros en Cumberland, en Palestina les tenemos casi como hermanos.

CAPÍTULO XVI

La noble Berengaria, hija de Sancho, rey de Navarra, y reina consorte del heroico Ricardo, estaba considerada como una de las damas más bellas de su tiempo. Era esbelta y exquisitamente formada, agraciada, con una tez nada común en su país, abundante cabellera rubia, y unos rasgos tan sumamente juveniles, que todo el mundo le calculaba menos edad de la que realmente tenía, a pesar de que no pasaba de los veintiún años. Quizá porque estaba demasiado convencida de este aspecto juvenil suyo, tenía o aparentaba tener un carácter infantil y mimado, que ella podía suponer que no dejaban de ser apropiados a una joven esposa cuya posición y edad le dan derecho a que le sean perdonados y tolerados toda clase de antojos. Era agradable de natural, y si se le tributaba la admiración y el homenaje que creía que le correspondían (y en eso su opinión era muy exigente), se resignaba sin protesta, y entonces no podía hallarse persona de mejor carácter ni de trato más agradable que ella; pero, como todos los déspotas, cuanto más poder se le concedía voluntariamente, mayor deseaba tenerlo. A veces, incluso cuando eran

satisfechas todas las veleidades de su ambición, le gustaba tener una pequeña indisposición o un pequeño desmayo, y los médicos se devanaban los sesos para inventar nombres de enfermedades imaginarias, mientras sus damas se torturaban la imaginación para encontrar nuevas diversiones, nuevos peinados y tocados o nuevas charlas con que hacerle pasar agradablemente aquellas enfadosas horas durante las cuales su estado no era nada envidiable. El más frecuente recurso consistía en gastarse alguna mala broma o engaño entre ellas mismas, y la buena de la reina, para resucitar su alegre humor perdido no se preocupaba mucho, si hemos de decir la verdad, de si las bromas estaban totalmente en consonancia con su dignidad o si la pena que causaban a los que las sufrían no era superior a la distracción que de ellas obtenía. Por otra parte, tenía gran confianza en el favor que le otorgaba su esposo, en su elevada situación y en su supuesto poder de reparar los daños que tales bromas pudieran causar a los demás. En pocas palabras: era retozona, con la libertad de una leonzuela, inconsciente del daño que puede causar el peso de sus garras a aquellos sobre quienes las pone.

La reina Berengaria amaba apasionadamente a su esposo, pero temía lo brusco de su carácter y su orgullo, y como, además, ella se reconocía inferior en talento a él, no veía con gusto que a menudo prefiriera conversar con Edith Plantagenet, por la sola razón de que encontraba en ella temas más atractivos, una inteligencia más abierta y una corriente de ideas y de sentimientos más elevados que los que manifestaba su bella esposa. No por eso Berengaria aborrecía a Edith, y mucho menos sintió jamás deseos de desacreditarla, porque pasando por alto un poco de egoísmo, en conjunto su carácter era inocente y generoso. Pero las damas de su séquito, que veían mucho más lejos en esta materia, hacía algún tiempo que habían descubierto que una broma algo pesada a expensas de Lady Edith era un medicamento muy adecuado para reanimar el espíritu de la reina de Inglaterra cuando estaba decaído; y este descubrimiento ahorró mucho trabajo a su imaginación.

En esta conducta había mucha injusticia, porque Lady Edith pasaba por ser huérfana, y, a pesar de que llevara el nombre de Plantagenet y de la bella Doncella de Anjou, y de que Ricardo la favoreciera con algunos privilegios que sólo concedía a los miembros de la familia real, otorgándole el lugar correspondiente en las altas esferas de la Corte, pocas eran las personas que supieran —y en la Corte nadie se había atrevido a preguntarlo—, qué grado de parentesco la unía con Corazón de León. Había venido con Leonor, la célebre reina madre, de Inglaterra, y se reunió con Ricardo en Mesina, como una de las damas destinadas al servicio de Berengaria, cuya boda se aproximaba entonces. Ricardo trataba a su parienta con ceremonioso respeto, la reina había hecho de ella su dama predilecta, y a pesar de la pequeña envidia a que nos hemos referido, la trataba siempre con el debido comedimiento.

Las damas de la reina no obtuvieron sobre Edith, durante mucho tiempo, otras ventajas que las que les proporcionaba una ocasión de censurar un peinado resuelto con poca gracia, o un vestido poco elegante, porque se consideraba que la doncella desconocía estos misterios. La silenciosa devoción del caballero escocés no pasó desapercibida; los colores de sus vestidos e insignias, sus hechos de armas, sus lemas y sus divisas fueron observados muy pronto, y aprovechados como motivo de pasajeras bromas. Después tuvo efecto la peregrinación de la reina y de sus damas a Engaddi, viaje que la reina emprendió en virtud de una promesa hecha por la salud de su esposo, y a la que había sido alentada por el arzobispo de Tiro con fines políticos. Fue entonces, y en la capilla de aquel santo lugar, puesta en comunicación por la parte superior con un convento de monjas carmelitas y por la inferior con la cueva del ermitaño, donde una de las damas de la reina se dio cuenta de las señales de secreta inteligencia que Edith diera a su galán, y de las que se apresuró a enterar a Su Majestad. La reina regresó de aquella peregrinación enriquecida con esta admirable receta contra el aburrimiento y la tristeza, y su séquito aumentado con el regalo de dos desgraciados enanos que le hizo la reina destronada de Jerusalén, tan monstruosos y locos (la más apreciada cualidad de estas infelices criaturas), como ninguna otra reina habría podido desear. Por divertido pasatiempo, Berengaria había querido probar el efecto que la súbita aparición de aquellas horribles y fantásticas figuras causaría en los nervios del caballero cuando éste quedó solo en la capilla; pero la broma no tuvo éxito alguno a causa de la serenidad del escocés y de la intervención del ermitaño. Ahora había organizado otra, cuyas consecuencias prometían ser algo más serias.

Después que Sir Kenneth se hubo retirado de la tienda, las damas se volvieron a reunir, y la reina, poco conmovida al principio por las irritadas quejas de Lady Edith, sólo contestaba a ellas con bromas sobre su disimulo, felicitándola por su gusto, y criticando el vestir, el país de origen, y principalmente la pobreza del Caballero del Leopardo, en las cuales desplegó una juguetona malicia, mezclada con buen humor, hasta que Edith se vio obligada a ir a esconder su angustia en su departamento particular. Pero cuando, por la madrugada, una mujer a quien ella había encargado que se informara, le trajo la noticia de que la bandera había sido robada y de que su guardián había desaparecido, corrió a la habitación de la reina implorándole que se levantara y se dirigiera inmediatamente a la tienda del rey para interponer su poderosa influencia y evitar las malas consecuencias de aquella broma.

Igualmente asustada, la reina echó, según su costumbre, toda la culpa de su locura a sus damas, y se esforzó en consolar de su angustia a Edith y apaciguar su indignación con mil razonamientos contradictorios.

Estaba convencida de que ninguna desgracia podía haber ocurrido al caballero, y de que éste se había ido a dormir después de hecha la guardia. Y quién sabe si, por temor al disgusto del rey, había huido con la bandera, que, al fin, y al cabo, no era más que un trozo de seda. Él mismo no pasaba de ser un pobre aventurero, y, si es que había sido encarcelado por algún tiempo, ella obtendría su perdón tan pronto como al rey se le hubiese pasado el enfado.

Siguió hablando de esta manera con razón y sin ella, amontonando toda clase de contradicciones, con la vana esperanza de convencer a Edith y a sí misma, de que no podía derivarse ninguna desgracia de una broma de que ella se arrepentía de todo corazón. Pero mientras Edith intentaba inútilmente cortar este torrente de palabras vanas, sus ojos se fijaron en los de una mujer que acababa de penetrar en la habitación de la reina. En su rostro se veían pintados la muerte, el espanto y el horror, y Edith habría caído desvanecida inmediatamente, a no ser porque la fuerza de la necesidad y su elevación de carácter la obligaban a demostrar una serenidad externa.

—Señora —dijo a la reina—: no perdáis un momento más en palabras; salvadle la vida si todavía —añadió; y su voz se entrecortó al decir estas palabras— se le puede salvar.

—Puede ser, puede ser... —contestó Lady Calixta—. Acaban de decirme que lo han llevado a presencia del rey; aún estamos a tiempo... pero —añadió prorrumpiendo en un torrente de lágrimas, provocadas en parte por el remordimiento— pronto no habrá remedio si no se toma una rápida decisión.

—Prometo un candelabro de oro al Santo Sepulcro, un relicario de plata a Nuestra Señora de Engaddi, y un palio que valga cien bizantes a Santo Tomás de Ortiez —dijo la reina, desesperada.

—Levantaos, levantaos, señora —dijo Edith—; invocad a todos los santos si queréis, pero sed vos misma vuestro santo mejor.

—Es verdad, señora —dijo la aterrorizada sirvienta—. Lady Edith tiene razón. Levantaos, señora, y vamos a la tienda del rey y pidámosle la vida de ese pobre caballero.

—Iré, iré ahora mismo —dijo la reina, levantándose temblorosa, mientras sus damas, tan trastornadas como ella misma, no atinaban ni a prestarle los servicios que le eran imprescindibles para vestirse. Calmada y serena, pero pálida como un cadáver, Edith ayudó a la reina con sus propias manos, supliendo la falta de las numerosas sirvientas.

—¡Qué manera de servir, muchachas! —dijo la reina, que era incapaz de prescindir, ni siquiera en ocasiones como aquélla, de las frívolas distinciones—. ¿Permitiréis que Lady Edith haga vuestro trabajo? ¿Te fijas, Edith? ¡No hacen nada! ¡De esta manera no acabaremos nunca! Enviaré a buscar al

arzobispo de Tiro, para que sirva de mediador.

—¡Oh, no, no! —exclamó Edith—. Id vos misma, señora; vos habéis hecho el daño, y vos tenéis que encontrar el remedio.

—Iré, iré —dijo la reina—. Pero si Ricardo está enfadado no le hablaré; ¡me mataría!

—Id, amable señora —dijo Lady Calixta, que conocía mejor que nadie el carácter de la reina—. Un león furioso que viera este rostro y este cuerpo se amansaría en seguida; y ¿qué no hará, pues, un fiel caballero enamorado como el rey Ricardo, para quien vuestras palabras más insignificantes son órdenes?

—Lo crees así, Calixta —dijo la reina—. ¡Ah, qué mal le conoces!... No obstante, iré. Pero ¡fijaos!, ¿qué significa eso? Me habéis puesto un vestido verde, que es un color que él detesta. Mirad: ponedme un vestido azul, y buscad el collar de rubíes que formaba parte del rescate del rey de Chipre; estará en aquel cofre de acero, o en cualquier otra parte.

—Os entretenéis de esta manera, ¡y la vida de un hombre está en peligro! —dijo Edith con indignación—. ¡No hay paciencia humana que lo aguante! No os preocupéis, señora: iré yo a ver al rey Ricardo. Soy parte interesada. Sabré si se puede bromear con el honor de una pobre muchacha de su sangre, y si su nombre puede servir de anzuelo para hacer desertar a un bravo caballero de sus deberes, ponerle al borde de la muerte y de la infamia, y hacer, a la vez, que la gloria de Inglaterra se convierta en objeto de risa de todo el ejército cristiano.

Ante esta inesperada explosión de pasión, Berengaria quedó mirándola con ojos estupefactos, de miedo y sorpresa. Pero cuando Edith iba a salir ya de la tienda, exclamó, aunque con voz débil.

—¡Contenedla, contenedla!

—Es conveniente que os contengáis, noble Lady Edith —dijo Calixta, cogiéndola amablemente de un brazo—; y estoy segura de que vos, real señora, os apresuraréis a ir. Si Lady Edith va sola, el rey se encolerizará aún más y no le bastará una vida para aplacar su ira.

—Iré, iré —dijo la reina, reconociendo la urgencia del caso: y Edith se contuvo, a pesar suyo, para esperarla.

Todas se movieron ahora tan rápidas, como podía desearse. La reina se cubrió precipitadamente en una holgada capa que disimulaba las deficiencias de su modo de vestir, y, acompañada por Edith y sus damas, y precedida y escoltada por algunos oficiales y hombres de armas, se dirigió a la tienda de su leonino esposo.

CAPÍTULO XVII

Con todo el respeto y las atenciones debidas, los chambelanes que montaban la guardia en el departamento exterior de la tienda del rey Ricardo se opusieron al paso de la reina, y le impidieron que entrara al interior. Ella misma pudo oír cómo el rey daba la orden categórica.

—Ya lo veis —dijo la reina a Edith, como si ya hubiese agotado todos los medios de intercesión a su alcance—. Ya lo sabía. El rey no nos recibirá.

Al mismo tiempo oyeron que el rey hablaba a alguien que estaba dentro.

—Ve, y despacha pronto tu tarea, pícaro, que en tal cosa estriba tu gracia; diez bizantes si le despachas al primer golpe. Y, oye, malandrín: observa si su rostro cambió de color, o si parpadea; explícame el más leve temblor de sus facciones, y si cierra los ojos. Me gusta saber la cara que ponen los valientes cuando se enfrentan con la muerte.

—Si ve mi acero en el aire y no se encoge, será el primero que lo haga —contestó una voz áspera y profunda, suavizada algo por un desacostumbrado sentimiento de respetuoso temor, que le hacía adquirir un tono mucho más moderado del que tenían sus habituales gruñidos.

Edith no pudo callar más.

—Si Vuestra Gracia —dijo a la reina— no quiere abrirse paso, lo abriré yo, sino para Vuestra Majestad, para mí, al menos. Chambelanes: la reina quiere ver al rey Ricardo; la esposa necesita hablar con su esposo.

—Noble señora —dijo el oficial, bajando la vara que indicaba su cargo—: siento tener que negárselo, pero Su Majestad está ocupado en asuntos de vida o muerte.

—Y también nosotras tenemos que verle para hablarle de asuntos de vida o muerte —dijo Edith—. Yo abriré paso a Vuestra Gracia. —Y, empujando con una mano al chambelán, que quedó a un lado, con la otra separó la cortina.

—No me atrevo a oponerme al deseo de Vuestra Majestad —dijo el chambelán, rindiéndose a la vehemencia de la bella solicitante, la cual se hizo a un lado, con lo que la reina se vio obligada a entrar en la habitación del rey.

El monarca se hallaba incorporado en la cama, y a cierta distancia de él, y en actitud de esperar una última orden, se encontraba un hombre cuyo oficio no era difícil de adivinar. Llevaba un jubón de tela roja que le cubría escasamente los hombros, dejando ver sus brazos desnudos, y encima llevaba, en ocasiones como la presente, en que había de recurrir a sus mortales

servicios, un tabardo sin mangas, como de heraldo, hecho de piel de toro curtida, sucia y salpicada por la parte delantera, en muchos sitios, de grandes manchas de negruzco carmín. El jubón y el tabardo que vestía le llegaban hasta las rodillas; llevaba las piernas cubiertas también de un cuero igual al del tabardo. Una gorra de pelo le cubría la parte superior del rostro, que, como un mochuelo, parecía querer esconderse de la luz; cubría la parte inferior de su cara una espesa barba roja, que se confundía con sus cabellos, del mismo color. Todo lo que se veía de su cara era siniestro y odioso. Era de baja estatura, con un cuello como el de un toro, tenía anchos hombros, brazos de una longitud desproporcionada, cuerpo cuadrado y piernas gruesas y zambas. Este feroz funcionario se apoyaba en una espada cuya hoja tenía unos cuatro pies y medio de longitud y la empuñadura unas veinte pulgadas; ésta estaba rodeada de una argolla de plomo que hacía contrabalanza al peso de la hoja, y en conjunto, el arma pasaba en mucho la altura de la cabeza cuando el hombre se apoyaba en ella, como en esta ocasión en que esperaba las últimas órdenes del rey.

Al ver entrar inopinadamente a las damas, Ricardo, que estaba incorporado en la cama, con el rostro vuelto hacia la puerta hablando con su horrible sirviente, se volvió de pronto hacia el otro lado, sorprendido y disgustado, quedando de espaldas a la reina y a las damas que la acompañaban, y se envolvió con su cubrecama que, por propia voluntad suya, o, lo más probable, por haberlo escogido así, aduladoramente, sus chambelanes, estaba formado por dos pieles de león, curtidas tan hábilmente en Venecia, que eran suaves como piel de gamo.

Berengaria sabía muy bien —¿qué mujer no lo sabe?— el camino que había de conducirla a la victoria. Después de una rápida mirada de verdadero y sincero terror al fatídico compañero de los consejos secretos de su esposo, se precipitó al lado de la cama de Ricardo, cayendo allí de rodillas; el manto se le escurrió por los hombros, descubriendo sus largas y espléndidas trenzas doradas, y mientras su rostro parecía el sol saliendo detrás de una nube. Tomó la mano derecha del rey, que, después de arreglarse el cubrecama, recuperó la posición de antes, y lentamente acercó la mano hacia ella, con una fuerza que era resistida, pero débilmente; se apoderó de aquel brazo, puntal de la Cristiandad y terror de los infieles, y aprisionándolo fuertemente entre sus dos bellas manecitas, quitó aquella mano de la frente que sostenía, y se la acercó a los labios:

—¿Qué significa eso, Berengaria? —dijo Ricardo, con la cabeza vuelta aún, pero abandonándole la mano.

—¡Echa a ese hombre: su presencia me martiriza! —murmuró Berengaria.

—¡Vete de aquí, pícaro! —dijo Ricardo, todavía sin volver la cara—. ¿Qué

esperas? ¿Vas vestido como para que te vean las damas?

—Vuestra Majestad hará el favor de decirme qué hago con la cabeza.

—¡Vete, perro! —contestó Ricardo—. ¡La entierras cristianamente!

El hombre desapareció, después de lanzar a la bella reina, a quien el desorden en el vestido parecía hacer más atractiva, una mirada acompañada de una sonrisa de admiración, más espantosa en su expresión que su usual mirada de cínico odio a la Humanidad.

—Y ahora, locuela, ¿qué quieres? —dijo Ricardo, volviéndose lentamente y de mala gana hacia su real suplicante.

Pero no está en la naturaleza de nadie, ni en la del propio Ricardo, que admiraba más la gloria que la belleza, contemplar sin emoción el rostro y el temblor de una criatura tan bella como Berengaria, o sentir sin impresionarse, que sus labios y su frente tocaban sus manos, y que estaban mojados de lágrimas. Lentamente fue volviendo hacia ella su varonil rostro, con la expresión más amable de que eran capaces sus grandes ojos azules, que a menudo ardían con un brillo que deslumbraba. Acariciando la bella cabeza de la joven, y hundiendo sus largos dedos entre los bonitos y despeinados cabellos, la hizo levantar y besó tiernamente el rostro angelical que parecía quererse cobijar en su mano. El robusto cuerpo, la ancha y noble frente, la majestuosa cabellera, el brazo y el hombro desnudos, las pieles de león entre las cuales yacía, y la frágil criatura que estaba arrodillada a su lado, habrían podido servir para un modelo de Hércules reconciliándose, después de una riña, con su esposa Deyanira.

—Otra vez pregunto: ¿Qué busca la reina de mi corazón en la tienda de su caballero, a estas horas, tan tempranas y desacostumbradas?

—¡Perdón, mi generoso soberano, perdón! —dijo la reina, cuyos temores volvían a inutilizar su papel de mediadora.

—¿Perdón? ¿De qué? —preguntó el rey.

—Ante todo, por haber llegado hasta vuestra presencia osada y desacordadamente... Calló.

—¡Tú, osadamente!..., así, pues, el sol también puede pedir perdón si sus rayos penetran por las ventanas de un inmundo estercolero. Pero estaba ocupado en un asunto que no es propio tratar en tu presencia, gentil mía, y por otra parte, no quería que arriesgaras tu preciosa salud en un lugar donde hasta hace poco reinaba la enfermedad.

—Pero ¿ya estás bien, ahora? —dijo la reina, buscando dilaciones a la demanda que tanto miedo le causaba formular.

—Lo suficientemente bien para romper una lanza contra la orgullosa cimera del guerrero que se niegue a reconocerte por la dama más bella de toda la Cristiandad.

—Pues, ¿no nos negarás un favor, sólo uno, sólo una pobre vida?

—¡Ah! Sigue —dijo el rey, frunciendo el ceño.

—Ese infeliz caballero escocés... —murmuró la reina.

—No me habléis de él, señora —exclamó Ricardo, con dureza—. Morirá; su sentencia ha sido pronunciada.

—¡Querido esposo y señor mío! Sólo se ha perdido una simple bandera de seda. Berengaria te dará otra bordada por sus propias manos, tan rica como jamás el viento haya hecho ondear ninguna; la adornaré con tantas perlas como poseo, ¡y en cada perla pondré una lágrima de agradecimiento a mi generoso caballero!

—No sabes lo que dices —repuso el rey, interrumpiéndola irritado—. ¡Perlas! ¿Crees que todas las perlas de Oriente reunidas bastarían a reparar una ofensa inferida al honor de Inglaterra, y que todas las lágrimas de los ojos de una mujer podrían borrar una mancha caída sobre la fama de Ricardo? Idos, señora; aprended a conocer cuál es vuestro lugar, vuestras ocasiones y vuestro campo de acción. Ahora estamos ocupados en cosas en que no podéis inmiscuirnos.

—Ya lo oyes, Edith —susurró la reina—; no hacemos sino irritarle más.

—Aunque sea así —dijo Edith adelantándose—: Señor: yo, vuestra pobre parienta, vengo a pedir os justicia más que compasión, y los oídos de un monarca deben estar siempre dispuestos a la demanda de justicia, a cualquier hora, lugar y circunstancias.

—¡Ah! ¿Es nuestra prima Edith? —dijo Ricardo, levantándose y sentándose a un lado de la cama, cubierto con su largo vestido de dormir—. Siempre me habláis dirigiéndoos sólo al rey, y como rey voy a contestaros, siempre que no me hagáis una petición indigna de vos y de mí.

La belleza de Edith tenía un matiz de mayor inteligencia y menos voluptuosidad que la de la reina; pero la impaciencia y la ansiedad habían comunicado a su rostro una viveza de color de que carecía a menudo, y en sus facciones se veía una expresión de enérgica dignidad que hasta impuso silencio por espacio de un momento al propio Ricardo, quien, a juzgar por sus miradas, ardía en deseos de interrumpirla.

—Mi señor —dijo Edith—: ese buen caballero cuya sangre estáis a punto de derramar, ha prestado servicios, cuando ha llegado el momento, a la Cristiandad. Ha faltado a su deber atraído por una trampa que le tendieron la

locura y la inconsciencia. Le enviaron un mensaje en nombre de alguien (¿y por qué no decir que fue en nombre mío?), que le indujo a abandonar por unos momentos su puesto. ¿Qué caballero del campamento cristiano no habría faltado para obedecer la orden de una mujer que, si bien es pobre en otros bienes, lleva en sus venas la sangre de los Plantagenet?

—Así, pues, prima, ¿le visteis? —replicó el rey mordiéndose los labios de cólera.

—Le vi, señor —dijo Edith—. No es éste el momento de explicar el porqué; no he venido aquí a disculparme ni a acusar a nadie.

—¿Y dónde le concedisteis tal favor?

—En la tienda de Su Majestad la reina.

—¿De nuestra real consorte? —dijo Ricardo—. ¡Por Dios, por San Jorge de Inglaterra y por todos los santos del cielo, eso es demasiada audacia! Conocía y vigilaba la insolente admiración de ese guerrero por alguien que están tan por encima de él, y no me disgustaba que una persona de mi linaje ejerciera desde su alta esfera una influencia como la que ejerce el sol sobre la tierra, que tiene debajo. ¡Pero, cielos y tierra, que le hayáis concedido una entrevista nocturna, en la propia tienda de nuestra real consorte! ¡Y que aún os atreváis a alegarlo como excusa a su desobediencia y deserción! ¡Por el alma de mi padre, Edith, que vas a pagarlo pasando toda tu vida encerrada en un monasterio!

—Señor —dijo Edith—: vuestra grandeza excluye la tiranía. Mi honor, señor rey, está tan limpio como el vuestro, y mi señora la reina puede aseverarlo, si quiere. Pero ya he dicho que no he venido ni a disculparme ni a acusar a nadie. Sólo os pido que hagáis extensiva a alguien que ha faltado, seducido por una fuerte tentación, esa gracia que vos mismo, señor, deberéis pedir un día a un Tribunal más alto, y quizá por faltas más graves.

—¿Es posible que ésta sea Edith Plantagenet —dijo el rey con amargura—, Edith Plantagenet, la discreta y la noble? ¿O bien es una mujer enamorada, que olvida su propia fama para salvar la vida de su galán? ¡Por el alma del rey Enrique, no sé cómo no ordeno que traigan del patíbulo la cabeza de tu favorito, y que la claven para perpetuo adorno cerca del crucifijo de tu habitación!

—Y si la traías del patíbulo para exponerla perpetuamente a mis miradas —dijo Edith—, diría que es la reliquia de un buen caballero a quien mataron cruel e inmerecidamente por... —hizo una pausa— por alguien de quien diría que debería haber recompensado mejor la caballerosa virtud de la víctima. ¿Favorito, le has llamado? —añadió en tono cada vez más vehemente—. En verdad, era mi galán, y el más fiel enamorado; pero jamás me pidió favor

alguno, ni con la mirada ni con la palabra; se contentaba con la adoración humilde que los hombres profesan a los santos. ¡Y el bueno, el valeroso y el fiel caballero va a morir por todo eso!

—¡Oh! ¡Callad, callad, por Dios! —susurró la reina—. No hacéis sino ofenderle más.

—¡No me importa! —dijo Edith—. La virgen sin mancha no teme la rabia del león. Que haga lo que quiera con ese digno caballero. Edith, por quien muere él, sabrá cómo llorar su recuerdo. Que nadie me hable de alianzas políticas que deben sellarse con esta pobre mano. No habría podido ni habría querido ser su esposa en vida, porque estábamos situados demasiado lejos uno de otro. Pero la muerte nivela al más alto con el más bajo. Y de ahora en adelante soy la esposa de un sepulcro.

El rey iba a contestar furiosamente, cuando entró con gran precipitación en la estancia un religioso carmelita, cubierto con el hábito y la capucha de burda tela que usaba su Orden, y cayendo de rodillas delante del rey, le conjuró con toda clase de santas palabras y señas a que suspendiera la ejecución.

—¡Por la espada y por el cetro —dijo Ricardo—, que el mundo se ha confabulado para volverme loco! Todos, mujeres y frailes, se atraviesan a cada paso que doy. ¿Cómo es que vive todavía?

—Mi generoso señor —dijo el monje—: he rogado al señor de Gilsland que suspendiera la ejecución hasta que yo me hubiese venido a echar a vuestros pies.

—¿Y él ha tenido el atrevimiento de atender tu demanda? —dijo el rey—. Es otra rareza de las tuyas. ¿Y qué tienes que decirme? ¡Habla, en nombre del diablo!

—Señor: se trata de un importante secreto, pero velado por el sacramento de la confesión, y ni me atrevo a revelarlo ni a insinuarlo; pero os juro por mi santa Orden, por el hábito que llevo y por el bienaventurado Elias, fundador nuestro, que fue sacado de esta vida sin los sufrimientos de la agonía que sufren todos los mortales, que ese joven me ha confiado un secreto que si yo pudiera decíroslo sería suficiente para que revocarais la sentencia de muerte que habéis pronunciado contra él.

—Buen Padre —dijo Ricardo—: que acato a la Iglesia lo demuestran las armas que he empuñado para defenderla. Haz que sepa yo ese secreto, e inmediatamente haré lo que deba. Pero yo no soy el ciego Bayard para saltar en las tinieblas, porque me azucen el par de espuelas de un fraile.

—Señor —dijo el santo varón, quitándose la capucha y retirando su hábito, con lo que se le vio vestido de piel de cabra y un rostro tan debilitado por el

clima, el ayuno y la penitencia, que bien parecía un esqueleto viviente que una persona—: hace veinte años que macero este miserable cuerpo en las cavernas de Engaddi, haciendo penitencia por un gran crimen. ¿Creéis, quizá, que yo, que estoy muerto para el Mundo, inventaría una mentira que haría que mi alma se condenara, o que un hombre sujeto por sagrados votos y retenido en la Tierra sólo por el deseo de ver la reconstrucción de nuestra Sión cristiana, violaría los secretos de la confesión? Ambas acciones horrorizan mi alma.

—Así, pues —contestó el rey—, ¿eres tú el ermitaño de quien se habla tanto? Confieso que te pareces mucho a los espíritus que frecuentan el desierto, pero a Ricardo no le dan miedo los espectros. ¿Y también eres tú aquél a quien los príncipes cristianos enviaron un criminal caballero para entablar negociaciones con el sultán, mientras yo, que era el primero a quien debías consultar, yacía enfermo en cama? Tú y él entendedos como os parezca. Yo no pondré la cabeza en el nudo corredizo hecho con el cordón de un monje carmelita. Y, en cuanto a tu defendido, morirá más pronto y con mejor motivo, porque tú intercedes en su favor.

—¡Que Dios tenga compasión de ti, señor rey! —dijo el ermitaño, muy emocionado—. Ordenas un crimen, y pronto te arrepentirás de no haberlo evitado, aunque el hacerlo hubiese de costarte un miembro de tu cuerpo. ¡Hombre temerario y ciego, aún tienes tiempo de evitarlo!

—¡Márchate, márchate! —gritó el rey, dando un golpe en el suelo con el pie—: el sol ha salido sobre el deshonor de Inglaterra, y eso no se ha vengado todavía. Señoras y fraile, marchaos todos si no queréis oír órdenes desagradables para vosotros; porque, ¡por San Jorge, juro...!

—¡No jurarás! —dijo la voz de alguien que acababa de penetrar en el pabellón.

—¡Ah! Mi sabio Hakim —dijo el rey—. Supongo que vienes a conocer el precio de vuestra generosidad.

—Vengo a pedir unos momentos de conversación contigo; unos momentos siquiera, y para cosas del mayor interés.

—Antes contempla a mi esposa, Hakim, y permítele que conozca el que ha salvado a su marido.

—No me está permitido —dijo el médico, cruzándose de brazos con el ademán oriental de respeto y modestia, y bajando la vista al suelo—. No me está permitido contemplar la belleza sin velo y armada con todo su esplendor.

—Retiraos, pues Berengaria —dijo el monarca—, y vos también, Edith; no renovéis vuestra insistencia. Todo cuanto puedo conceder es que la ejecución se aplace hasta mediodía. Idos y tranquilizaos, querida Berengaria. Edith —

agregó con una mirada que paralizó de terror la valerosa alma de su parienta —: vete y ten cordura.

Salieron las damas, o, mejor dicho, huyeron de la tienda, olvidando su condición y la etiqueta, como una bandada de pájaros contra la que se ha lanzado el halcón.

Regresaron directamente a la tienda de la reina, y allí se entregaron a inútiles reproches y recriminaciones. Edith fue la única que no recurrió a aquel desahogo vulgar. Sin un suspiro, ni una lágrima ni una sola palabra de recriminación, ayudó a la reina, la cual demostraba la debilidad de su carácter llorando, quejándose y entregándose a convulsas manifestaciones de tristeza, que Edith trató de suavizar, tratándola amable y hasta afectuosamente.

—Es posible que haya amado a ese caballero —dijo Florisa a Calixta su superiora en el servicio de la reina—; nos hemos engañado; le importa tanto como si se tratara de un cualquiera, que no estuviera en difícil situación por culpa suya.

—Callad, callad —contestó su compañera, más experimentada y más observadora—. Pertenece a la altiva Casa de los Plantagenet, que jamás confiesan que una herida les duele. Al revés: estarán desangrándose por una herida mortal, y se les verá vendar un rasguño de sus compañeros más asustadizos. Florisa: hemos cometido una falta muy grave, y, por mi parte daría todas mis alhajas por no haber gastado esa broma.

CAPÍTULO XVIII

El ermitaño siguió a las damas, saliendo del pabellón de Ricardo como la sombra sigue un rayo de luz cuando las nubes esconden la faz del sol. Pero, al llegar al umbral de la puerta, se volvió; y tendiendo sus manos hacia el rey, con un ademán de advertencia o casi de amenaza, le dijo:

—¡Ay de quien rechaza los consejos de la Iglesia y se acoge al hediondo diván del infiel! Rey Ricardo, aún no sacudo el polvo de mis pies y abandono tu campamento; la espada no cae, pero sólo pende de un cabello. Arrogante monarca: volveremos a encontrarnos.

—Como quieras, arrogante monje —replicó Ricardo—; que eres más orgulloso, tú con tus pieles de cabra, que los príncipes con la púrpura y el lino.

El ermitaño salió de la tienda, y el rey preguntó, dirigiéndose al árabe: —¿Acostumbran los derviches orientales a hablar con tanta familiaridad a sus príncipes, sabio Hakim?

—El derviche —explicó Adonbec— suele ser un sabio o un loco; no existe término medio para quien lleva la khirkhah, para el que vela de noche y ayuna durante el día. De aquí que tenga la suficiente sabiduría para comportarse como es debido delante de los príncipes unas veces, mientras otras, como no le ha sido concedida la razón, no es responsable de sus actos.

—Me parece que nuestros monjes han adoptado más bien este último carácter —dijo Ricardo—. Pero vamos al asunto. ¿En qué puedo servirlos, mi sabio médico?

—Gran rey —dijo El Hakim haciendo su profunda reverencia oriental—: permite a tu servidor que diga unas palabras. Quisiera recordarte que debes, y no a mí, humilde instrumento, sino a las Inteligencias cuyos beneficios transmito yo a los mortales, una vida...

—Y barrunto que querrías que saldara la cuenta, dándote otra, ¿no? —le interrumpió el rey.

—Tal es mi humilde súplica —dijo El Hakim— al gran Melech Ric: la vida de ese buen caballero condenado a muerte por una falta como la que cometió el sultán Adán, por otro nombre Azulbeschar, o padre de todos los hombres.

—Y su sabiduría puede recordarte, Hakim, que Adán murió por ello —dijo el rey con cierta severidad; y empezó a pasearse por el pequeño recinto de su tienda algo emocionado, y hablando consigo mismo—. Porque, a Dios gracias, ya imaginé lo que venías a pedir, tan pronto como te he visto que entrabas. Ahí tenemos una pobre vida condenada con justicia a la extinción, y yo, un rey y un soldado, que ha hecho matar a tantos miles de hombres, y que los he derribado con mi propia mano, ¿voy a no tener poder sobre ese hombre, a pesar de que el culpable haya manchado el honor de mis armas, de mi casa y hasta el de mi reina? ¡Por San Jorge, que me da risa! ¡Válgame San Luis! Esto me recuerda un relato de Blondel sobre un castillo encantado, en el que el caballero predestinado se veía privado de entrar por apariciones y espectros, muy diferentes, pero todos hostiles a su misión. Tan pronto como desaparecía uno, ya aparecía otro. Esposa, parienta, ermitaño, Hakim van apareciendo sucesivamente en la lista, tan pronto como el anterior sale derrotado. ¡Eso es como un caballero solo que se viera obligado a contender con todos los que toman parte en un torneo! ¡Ja, ja, ja! —y Ricardo se echó a reír; lo cual indicaba, en realidad, un cambio en su estado de ánimo, que ya se iniciaba efectivamente, puesto que, siendo generalmente tan violenta su cólera, no podía durar mucho.

Entretanto, el médico le contemplaba sorprendido, y no sin cierto desprecio, porque los orientales no comprenden estos cambios de humor de los caracteres, y consideran que, en casi todos sus aspectos, la risa rebaja la

dignidad del hombre, y que sólo es propia de mujeres y niños.

Por último, cuando el rey recobró su estado natural, el sabio le dijo:

—De unos labios que ríen no sale una sentencia de muerte. Permite que tu servidor crea que le has concedido la vida a ese hombre.

—A cambio de ella, toma la libertad de mil cautivos —dijo Ricardo—: restitúyelos a sus tiendas y familias, y te firmaré la orden ahora mismo. La vida de ese hombre no te puede ser de ninguna utilidad; y, además, debe responder del pago de una deuda.

—Todas nuestras vidas están en el mismo caso —dijo El Hakim, poniéndose la mano en la cabeza—. Pero el gran Acreedor es compasivo, y no exige el pago de la deuda ni rigurosamente, ni antes del tiempo debido.

—No puedes convencerme —dijo Ricardo— de que tengas un interés especial en interponerte en un acto de justicia, al que estoy obligado, como monarca coronado que soy.

—Tan obligado estás a la clemencia como a la justicia —contestó El Hakim—; pero lo que tú quieres es que se cumpla tu voluntad. Y en cuanto al interés especial que pueda tener esta demanda, debes saber que la vida de más de un hombre está pendiente de que tú concedas esa gracia.

—Explica tus palabras —dijo Ricardo—, pero no creas que vas a imponerte con falsos argumentos.

—¡Esté lejos de tu servidor tal cosa! —dijo Adonbec—. Sabe, pues, que la medicina que a ti, señor rey, y a tantos otros, os ha devuelto la salud, es un talismán confeccionado bajo ciertos aspectos del cielo, cuando son más propicias las Divinas Inteligencias. Yo no soy más que el humilde administrador de sus virtudes. Lo sumerjo en una copa de agua, observo la hora adecuada para darlo al enfermo, y la virtud del brebaje obra la curación.

—¡Rara y cómoda medicina! —dijo el rey—. Y como puede ser llevada en el bolsillo del médico, ahorra toda la caravana de camellos que requiere el transporte de drogas e instrumentos médicos. Me sorprende que todavía estén en uso las otras.

—Escrito está —contestó El Hakim, con seriedad imperturbable—: «No abuses del caballo que te ha traído de la batalla». Has de saber que estos talismanes pueden ser compuestos, es verdad; pero han sido muy pocos los adeptos que se hayan atrevido a emprender la aplicación de su virtud. Severas privaciones, penosas reglas, ayunos y penitencias necesita el sabio que usa de este procedimiento de curación; y si, olvidando esta preparación, para entregarse al descanso y a los apetitos sensuales, deja de curar por lo menos doce personas dentro del ciclo de cada luna, pierde el amuleto la virtud de su

divino don, y tanto el último enfermo como el propio médico están expuestos a grandes desgracias, y ninguno de los dos vivirá más de un año. Necesito una vida para llegar a la cifra requerida.

—Sal al campamento, buen Hakim, y encontrarás muchas —dijo el rey—, y no robes al verdugo sus pacientes; es impropio de un médico de tu categoría inmiscuirse en el trabajo de otro. Por otra parte, no veo de qué manera podrías, salvando a un criminal de la muerte que merece, colmar el número de tus curas maravillosas.

—Cuando puedas explicar por qué una toma de agua fría te ha curado a ti, después de fracasar las más preciosas drogas —dijo Hakim—, podrás razonar sobre los demás misterios relacionados con esta cuestión. Por lo demás, hoy no puedo realizar ninguna curación, porque esta mañana he tocado un animal impuro. Así, pues, no preguntes nada más; bástete saber que salvando la vida de ese hombre, accediendo a mi súplica, te salvarás tú, gran rey, y salvarás a tu servidor de un gran peligro.

—Oye, Adonbec —contestó el rey—: no tengo objeción alguna que hacer a que los médicos envuelvan sus palabras entre nieblas y pretendan sacar conocimientos de las estrellas; pero cuando conjuras a Ricardo Plantagenet a que tema que caerá sobre él un peligro por algún agüero o por omisión de alguna ceremonia, no hablas a un ignorante sajón o a una vieja maniática que renuncia a sus propósitos porque una liebre atraviese su camino, porque grazne un cuervo o porque estornude un gato.

—Yo no puedo evitar que dudéis de mis palabras —dijo Adonbec—; pero permitidme, mi señor el rey, que os asegure que la verdad está en la lengua de tu servidor. ¿Consideraréis justo privar de los beneficios de este valioso talismán al mundo y a todos los desgraciados que aún pueden sufrir los dolores que no hace mucho os tenían sujeto al lecho, antes que perdonar a un pobre delincuente? Pensad, señor rey, que si bien podéis matar a millares de hombres, no podéis devolver la salud a uno solo. Los reyes tienen el poder de Satanás para el tormento; los sabios, el de Alá para curar. Guardaos de robar a la Humanidad el bien que no podéis devolverle. Podéis cortar una cabeza, pero ni tan sólo podéis curar un ligero dolor de muelas.

—Eso pasa de insolente —dijo el rey, encolerizándose a medida que El Hakim adoptaba una actitud más elevada y casi imperiosa—. Te tomamos para médico, pero no para consejero o director espiritual.

—¿Y así es como recompensa el más famoso príncipe del Frangistán los beneficios hechos a su real persona? —dijo El Hakim, trocando la actitud humilde y modesta con que había suplicado al rey hasta entonces, por otra arrogante y autoritaria—. Sabe, pues, que en todas las Cortes de Europa y Asia, ante musulmanes y nazarenos, ante damas y caballeros, en todas partes

donde se pulsa un arpa o se ciñe una espada, dondequiera que el honor sea apreciado y aborrecida la infamia, por todo el mundo te denunciaré, Melech Ric, como desagradecido y avaro; y hasta en los países, si queda alguno, que no conozcan tu fama se sabrá tu vergüenza.

—¡Eso me dices a mí, vil infiel! —dijo Ricardo acercándose furioso—. ¿Es que estás cansado de vivir?

—¡Pega! —contestó El Hakim—. Entonces tus obras te pintarán más cobarde que mis propias palabras, aunque cada una tuviera el agujón de una avispa.

Ricardo se volvió hacia él, cruzado de brazos, atravesó la tienda como antes, y exclamó:

—¿Desgraciado y avaro? Eso es llamarme cobarde y desleal. Hakim: has elegido tu recompensa, y aunque habría preferido que me hubieses pedido las joyas de mi corona, no obraría como rey si te las negara. Quédate con ese escocés, pues, bajo tu custodia; el preboste te lo entregará presentándole esta orden escrita por mí.

Precipitadamente, escribió dos o tres líneas y las dio al médico.

—Utilízale como esclavo y dispón de él como te parezca; sólo advierto que tenga cuidado de no ponerse jamás a la vista de Ricardo. Oye; tú eres sabio: ese caballero ha sido demasiado atrevido con aquéllas a cuyos hechizos y flaqueza de carácter confiamos nuestro honor, igual que vosotros, los orientales, escondéis vuestros tesoros dentro de cofrecitos de hilo de plata, tan finos y quebradizos como telarañas.

—Tu servidor comprende las palabras del rey —dijo el sabio, volviendo a adoptar el tono de respeto con que empezara—. Cuando hay una mancha en la rica alfombra, el necio enseña la mancha, pero el hombre prudente extiende sobre ella su capa. He oído el deseo de Vuestra Majestad, y oír es obedecer.

—Está bien —dijo el rey—; que vigile por su propia seguridad y que jamás vuelva a presentarse en presencia mía. ¿Puedo hacer alguna otra cosa en obsequio tuyo?

—La bondad del rey ha colmado mi copa —dijo el sabio— con la misma abundancia con que la fuente brotó en mitad del campamento de los descendientes de Israel cuando Mussa Ben Amram golpeó con su vara la roca.

—Sí —dijo el rey, sonriendo—, pero aquí, como en el desierto, era preciso un golpe terrible a la roca para que diera sus tesoros. Quisiera saber qué es lo que te gusta para hacerlo brotar con tanta liberalidad como el manantial hace brotar el agua.

—Permíteme estrechar esa mano victoriosa —dijo el sabio— en señal de

que si Adonbec el Hakim hubiese de pedir un favor a Ricardo de Inglaterra, puede hacerlo seguro de que sería acogida su demanda.

—Tienes mi mano y el guante sobre ella —contestó Ricardo—; sólo que, si pudieses llegar a obtener la cifra cabal de tus enfermos curados sin obligarme a liberar del castigo a los que lo han merecido, me gustaría mucho más pagar la deuda de cualquier otra manera.

—Sean multiplicados tus días —contestó El Hakim; y salió de la tienda haciendo las acostumbradas y profundas reverencias.

El rey Ricardo le siguió con la mirada, como si no estuviera satisfecho totalmente con lo que había ocurrido.

—Rara obstinación la de este Hakim —se dijo a sí mismo—, y maravilloso azar que viene a interponerse entre ese audaz escocés y el castigo que mereció tan justamente. Sin embargo, ¡que viva!: habrá un valiente más en el Mundo. Y ahora, vamos con el austríaco. ¡Eh! ¿Está ahí el barón de Gilsland?

Sir Thomas de Vaux, llamado de esta manera, asomó rápidamente su corpulencia en el umbral de la puerta de la habitación, mientras que detrás de él se deslizó como un espectro, sin que nadie le anunciara, ni tampoco nadie se opusiera a su paso, la salvaje figura del ermitaño de Engaddi, cubierto con su vestido de piel de cabra.

Ricardo, sin darse cuenta de su presencia, dijo en voz alta al barón:

—Sir Thomas de Vaux de Lanercost y Gilsland: tocad trompeta y heraldo, e id inmediatamente a la tienda de aquel a quien llaman el archiduque de Austria, procurad que sea en el momento en que tenga cerca de él más caballeros y vasallos, que seguramente será ahora, porque los seglares alemanes desayunan antes de oír misa. Preséntate a él con tan poco respeto como puedas y acúsale en nombre de Ricardo de Inglaterra de que, en la noche última, por su mano propia o por la de otros, ha robado la bandera de Inglaterra. Le dirás que nuestra voluntad es que, dentro de una hora, a partir del momento en que le hables, restablezca la mencionada bandera en su puesto con todos los honores, asistiendo él y todos sus nobles con la cabeza descubierta y sin insignias exteriores de sus dignidades; y que, además de eso, al lado ice su bandera de Austria boca abajo, por haber sido deshonorada por el latrocinio y la felonía, y que al otro lado ponga, clavada en el extremo de una lanza, la cabeza ensangrentada del que haya sido su principal consejero o ayudante en esta baja conspiración. Dile, otrosí, que si cumple estas nuestras órdenes con toda puntualidad, consentiremos, en gracia a nuestro voto y por el bien de Tierra Santa, en olvidar todos sus demás insultos anteriores.

—¿Y si el archiduque niega que esté complicado en ese insulto o traición? —dijo Thomas de Vaux.

—Dile —contestó el rey— que lo probaremos con su cuerpo, aunque le ayuden sus dos campeones más bravos. Como rey, se lo demostraré como caballero, a pie o a caballo, en el desierto o en el campo, y en el tiempo y lugar y con las armas que él mismo elija.

—Pensad en la paz de Dios y de la Iglesia, mi señor —dijo el barón de Gilsland—, que hay que mantener entre los príncipes que participan en esta Cruzada.

—Piensa tú cómo tienes que cumplir mis órdenes, vasallo —contestó Ricardo, impacientemente—. Me parece que todos los hombres creen que con sólo un bufido van a hacerme cambiar de propósito, como los chicos hacen volar una pluma de una parte para otra. La paz de la Iglesia, entre los cruzados, quiere decir la guerra contra los sarracenos, con los cuales han pactado una tregua, y la expiración de una es el principio de la otra. Por otra parte, ¿no ves cómo cada uno de esos príncipes no busca sino su provecho particular? Pues yo también quiero mirar por el mío, y el mío es el honor. Por el honor he venido aquí, y si no puedo aumentarlo contra los sarracenos, por lo menos no quiero que disminuya ni un ápice por ningún motivo con ese miserable duque, aunque todos los príncipes de la Cruzada le sirvieran de muralla y le ayudaran.

De Vaux se disponía a obedecer la orden del rey, encogiéndose de hombros, pues era imposible para su ruda franqueza disimular su disparidad de criterio con tal mandato. Pero el ermitaño de Engaddi se adelantó, adoptando la actitud de quien está encargado de dar a conocer órdenes más elevadas que las de un simple magnate terrenal. En verdad, sus vestiduras de hirsuta piel, su barba y cabellera enmarañadas, sus salvajes, enjutas e irregulares facciones, y la casi irresistible llama que despedían sus ojos bajo las espesas cejas le daban el aspecto de lo que imaginamos que debían ser algunos profetas de la Escritura, quienes, encargados de una elevada misión cerca de los pecadores reyes de Judá o Israel, descendían de los peñascales y cavernas en que vivían en completa soledad, para humillar a los tiranos terrenales en medio de su orgullo, y fulminar contra ellos las aterradoras amenazas de la divina Majestad, lo mismo que la nube descarga los relámpagos de que es portadora, en las cimas y torres de los castillos y palacios. A pesar de sus arrebatos, Ricardo respetaba la Iglesia y a sus ministros, y aunque le irritaba la intromisión del ermitaño en su tienda, le saludó con respeto, mientras con una seña ordenaba a De Vaux que se apresurara a cumplir sus órdenes.

Pero el ermitaño prohibió con ademanes, miradas y palabras que el barón diera un solo paso para ir a cumplir su cometido, y levantando el brazo, enjuto por los ayunos y herido por los golpes de las disciplinas, lo agitó en el aire, quedando desnudo porque con la violencia de sus movimientos la piel de cabra se corrió hacia atrás.

—En nombre de Dios y del Santo Padre, vicario de la Iglesia cristiana en la Tierra, prohíbo ese brutal, sanguinario y profano reto entre dos príncipes cristianos que llevan en el hombro la señal bendita por la que se han jurado fraternidad. ¡Ay de quien intente romper ese juramento! Ricardo de Inglaterra: revoca el impío mensaje que has dado a este barón. ¡El peligro y la muerte están cerca de ti; el puñal reluce muy cerca de tu garganta...!

—El peligro y la muerte —contestó el monarca con gran arrogancia— son compañeros de Ricardo, el cual ha hecho frente a muchas espadas para que le de miedo un puñal.

—Peligro y muerte están muy cerca de ti —repitió el profeta, con una voz que de tan profunda y cavernosa no parecía de este Mundo—. Y después de la muerte viene el Juicio.

—Santo y buen padre —dijo Ricardo—: venero tu persona y tu santidad...

—No me respetes a mí. —interrumpió el ermitaño—. Respeta más bien el vil insecto que se arrastra por las orillas del Mar Muerto y que se nutre con su limo maldito. Respeta a Aquél que me ordena que te hable; respeta a Aquél cuyo sepulcro has jurado reconquistar; respeta el juramento de concordia que hiciste, y no rompas el argentino lazo de unión y fidelidad con que te uniste tú mismo a tus nobles confederados.

—Buen padre —contestó el rey—: vosotros, los eclesiásticos, me parece que tenéis un poco más de presunción de la que sería preciso, si es lícito que un seglar se exprese así sobre la dignidad de vuestro sagrado carácter. Sin que contradiga el derecho que tenéis a velar por nuestra conciencia, me parece que podríais dejarnos a nosotros mismos la custodia de nuestro honor.

—¡Presunción! —repitió el ermitaño—. ¿Presuntuoso yo, rey Ricardo, que no soy más que la campanilla que obedece la mano del acólito; que el insensible e indigno clarín que transmite la orden del que le toca? Mira: me arrodillo a tus pies implorándote gracia por la Cristiandad, por Inglaterra y por ti mismo.

—¡Levántate, levántate! —dijo Ricardo, obligándole a levantarse, con su propia mano—. Las rodillas que tan a menudo se doblan ante la Divinidad no deben tocar al suelo para hacer honor a un hombre. ¿Qué peligro nos amenaza, reverendo padre? ¿Desde cuándo el poder de Inglaterra ha caído tan bajo para que la petulante parlería de ese duque de nuevo cuño pueda alarmar a ella y a su monarca?

—Desde mi observatorio de la montaña he elevado la vista hasta la estrellada hueste del cielo, cuando, en el circuito de medianoche, cada astro comunica su sabiduría a los demás, y la ciencia a los pocos que pueden entender sus voces. Ha entrado un enemigo en tu Casa de la Vida, señor rey;

alguien que es enemigo de tu nombre y de tu prosperidad: una influencia de Saturno te amenaza con un peligro inminente y sangriento, que, si no sometes tu soberbia voluntad al imperativo del deber, te aplastará como a un gusano junto con tu orgullo.

—Vete, vete; eso es una ciencia pagana —dijo el rey—. Los cristianos no la practican, y los sabios no la creen. Viejo, tú chocheas.

—No chocheo, Ricardo —contestó el ermitaño—. No tengo esa suerte. Sé cuál es mi estado, y que todavía me está permitido gozar un poco de la razón, no para mí, sino para bien de la Iglesia y para el triunfo de la Cruz. Yo soy el ciego que sostiene una antorcha encendida para iluminar a los demás, aunque él no vea su luz. Pregúntame lo que conviene para la prosperidad de la Iglesia y de la Cruzada, y te contestaré como el más sabio consejero en cuyos labios radique constantemente la persuasión. Háblame de mi pobre y miserable ser, y mis palabras serán las del loco rematado que soy.

—No es mi deseo romper los lazos que unen a los príncipes cristianos de la santa Cruzada —dijo Ricardo con voz y ademanes más moderados—. Pero ¿qué reparación pueden darme por la injusticia y el insulto que me han inferido?

—También sobre este punto puedo contestarte, y decirte que estoy comisionado por el Consejo, para anunciarte que se ha reunido rápidamente a demanda de Felipe de Francia, y que se han acordado las disposiciones necesarias respecto al particular.

—¡Es raro que los demás quieran ocuparse de lo que sólo afecta a la ultrajada Majestad de Inglaterra!

—Han querido adelantarse a vuestras demandas en todo lo que les sea posible —contestó el ermitaño—. Unánimemente consienten que vuelva a izarse la bandera de Inglaterra en el monte de San Jorge; ponen en entredicho y condenan al autor o autores audaces de este ultraje; y prometen una regia recompensa a quien quiera que denuncie al culpable, cuyo cuerpo será dado a los lobos y a los cuervos.

—¿Y el de Austria —dijo el rey—, sobre el cual recaen tan graves sospechas de haber sido el autor del hecho?

—Para evitar la discordia en el ejército, el archiduque se justificará de las sospechas sometiéndose a cualesquiera ordalías que le imponga el patriarca de Jerusalén.

—¿Se justificará por la prueba del combate? —dijo el rey Ricardo.

—Su voto se lo prohíbe —dijo el ermitaño—; y, además, el Consejo de los Príncipes...

—No quiere autorizar ni siquiera el combate contra los sarracenos — interrumpió Ricardo—, ni contra nadie. Pero, basta, Padre; me han demostrado la locura del camino que iba a emprender en este asunto. Más fácil sería encender una antorcha bajo la lluvia, que hacer surgir una chispa de un cobarde de sangre helada. Nada puede salir ganando el honor con el de Austria; así, pues, dejémosle. Quiero que perjure, sin embargo; insistiré en las ordalías. ¡Cómo me reiré cuando oiga crujir sus rudos dedos al coger la bola de hierro enrojecida, o cuando la garganta se le hinche y le ahogue, al intentar engullir el pan consagrado!

—Callad, Ricardo —dijo el ermitaño—. ¡Oh, callad por vergüenza, si no por caridad! ¿Quién alabará u honrará a los príncipes, si ellos se insultan entre sí? ¡Ay!, ¡que un ser tan noble como tú, tan lleno de pensamientos elevados y eminentes empresas, tan provechoso a la Iglesia por sus acciones, que en las horas de cordura podría ser su guía, haya de tener mezclada la furia y la brutalidad del león con la dignidad y el valor de ese rey de la selva!

Estuvo un momento meditando con la vista fija en el suelo, y luego agregó:

—Pero Dios, que conoce las imperfecciones de nuestra naturaleza, acepta nuestra imperfecta sumisión, y ha aplazado, aunque no desviado, el sangriento fin de tu azarosa vida. El ángel exterminador se ha parado, como en otro tiempo, en el umbral de la puerta de Araunah el Jebusita, pero conserva en su mano la espada con la que, en fecha no lejana, será derribado como el más humilde labriego, Ricardo, el del corazón de león.

—¿Tan pronto será pues? —dijo Ricardo—. Bien, sea. Mi vida puede ser brillante, aunque sea breve.

—¡Ay, noble rey! —dijo el solitario; y pareció que una lágrima (huésped desacostumbrado) rodara de sus ojos enjutos y vidriosos—. Breve y triste, lleno de mortificaciones, calamidades y cautiverios es el espacio que te separa del sepulcro que ya se abre para ti: un sepulcro al que bajarás sin dejar descendencia que te suceda, sin las lágrimas de un pueblo que, agotado por incesantes guerras, te llore, y sin haber aumentado la ciencia de tus súbditos ni haber hecho nada para aumentar su felicidad.

—¡Pero no sin fama, monje; no sin las lágrimas de la dama de mi amor! Esos consuelos, que tú no puedes conocer ni estimar, acompañarán a Ricardo hasta el sepulcro.

—¿Qué yo no conozco, que no puedo estimar el valor de los elogios de los trovadores y del amor de las mujeres? —replicó el ermitaño en un tono de voz que por un momento pareció querer emular el entusiasmo del propio Ricardo—. Rey de Inglaterra —agregó, extendiendo su brazo enjuto—: la sangre que corre por tus venas no es más noble que la estancada en las mías. Pocas y frías

son sus gotas, pero aún son sangre del real Lusiñan, del heroico y santificado Godofredo. Yo soy, o mejor yo era, cuando vivía en el siglo, Alberico Mortemar...

—Cuyas hazañas —dijo Ricardo— hicieron sonar tan a menudo las trompetas de la fama. ¿Es cierto? ¿Es posible? ¿Un astro como tú puede desprenderse del horizonte de la Caballería, sin que se sepa adónde han caído sus cenizas?

—Mira una estrella caída —dijo el ermitaño—, y no verás más que luz y un poco de agua limosa que, al pasar por el horizonte, ha tenido por un momento una esplendorosa apariencia. Ricardo; si yo pensara que levantando el sangriento velo de mi terrible destino pudiera hacer someter tu orgulloso corazón a la disciplina de la Iglesia, encontraría en mi pecho fuerzas para explicarte una historia que hasta ahora he guardado secreta, a pesar de que me devoraba las entrañas, cómo se consumió en su propia contemplación el doncel del paganismo. Oye, pues, Ricardo, y que la pena y la desesperación, que tan poco útiles han de ser a este miserable despojo de lo que un día fue un hombre, puedan servir de ejemplo a un ser tan noble y tan arrebatado como tú eres. Si, quiero abrir de nuevo las antiguas llagas, aunque en tu presencia vuelvan a sangrar hasta que muera.

El rey Ricardo, a quien la historia de Alberico de Mortemar había causado profunda impresión en sus años mozos, cuando los trovadores cantaban las leyendas de Tierra Santa en los salones del palacio de su padre, escuchó respetuosamente el resumen de una historia que, a pesar de ser oscura y mal construida, indicaba suficientemente la causa de la parcial locura de aquel singular y desgraciado ser.

—No es necesario decirte —dijo el ermitaño— que yo era noble por el nacimiento, rico en fortuna, fuerte en las armas y sabio en el consejo. Todo eso era yo. Pero mientras las más nobles damas se disputaban en Palestina por cuál de ellas cubriría de guirnaldas mi yelmo, mi amor se fijó, inalterable y constantemente fiel, en una muchacha de baja condición. Su padre, un antiguo soldado de la Cruz, descubrió nuestra pasión, y sabiendo la diferencia existente entre nosotros, no encontró para el honor de su hija otro refugio que ponerla a la sombra de un convento. Yo regresé de una lejana expedición cubierto de botín y de honores, para encontrar que mi felicidad había sido destruida para siempre. Yo también me encerré en un monasterio; y Satanás, que me había elegido por presa, encendió en mi corazón una humareda de orgullo espiritual que no podía haber nacido sino en las mismas regiones infernales. Me elevé tanto en la iglesia como antes me elevara en el Estado. En verdad, yo era el sabio, el justo y el impecable. Fui el consejero de Concilios, y director de prelados. ¿Cómo habría podido estar en peligro? ¿Cómo podía sufrir la tentación? ¡Ay! Llegué a ser confesor de un convento de monjas, y

entre aquellas religiosas encontré a la que hacía tanto tiempo que amaba y a la que hacía tanto tiempo había perdido. No necesito prolongar más mi confesión. Una religiosa pecadora, que expió su falta con el suicidio, duerme profundamente bajo las bóvedas de Engaddi; mientras sobre su propio sepulcro se desespera, gime y aúlla un ser al que no se le ha dejado más razón que la suficiente para que se dé cuenta de su destino.

—¡Qué hombre tan desgraciado! —dijo Ricardo—. Ya no me admira tu sufrimiento. ¿Cómo pudiste rehuir el castigo que los cánones imponen contra tu delito?

—Pregúntalo al que todavía sufre la hiel de las amargas terrenas —dijo el ermitaño—, y te hablará de una vida salvada por respetos personales y por consideraciones a su alto nacimiento. Pero, Ricardo, te digo que la providencia me ha reservado para ponerme en una cumbre como faro y guía, cuyas cenizas deben ser arrojadas al infierno cuando haya consumido el combustible terreno. A pesar de que este cuerpo que ves está extenuado y macerado, aún le animan dos espíritus: uno, activo, indomable y agresivo, consagrado a la causa de la Iglesia de Jerusalén; otro vil, abyecto y desesperado, que fluctúa entre la locura y la desesperación, que llora sobre mi miseria y que custodia las Santas Reliquias, que no puedo mirar sin cometer el más grande pecado. ¡No me compadezcas! Es pecar compadecerse de la pérdida de un ser abyecto; no me compadezcas, pero saca provecho de mi ejemplo. Tú estás situado en la cumbre más alta, y por ello mismo la más peligrosa de las que ocupe ningún otro príncipe cristiano. Tienes el corazón orgulloso, la vida disoluta y la mano sanguinaria. Aparta de ti los pecados que son como hijos tuyos; por mucho que las quiera el pecador Adán, arranca de tu pecho esas furias que has prohiado: tu orgullo, tu lujuria, tu sed de sangre.

—Está delirando —dijo Ricardo volviéndose hacia De Vaux, como quien se siente apenado por un sarcasmo del que ya no se ofende; luego volvió a mirar al anacoreta con calma, y con cierto desdén, diciéndole—: Has encontrado una buena nidada de hijas, reverendo padre, para quien hace muy pocos meses que está casado; pero ya que tengo que echarlas de casa, como buen padre les tendré que buscar maridos convenientes. Por consiguiente, regalo mi orgullo a los nobles canónigos de la Iglesia; mi lujuria, como has dicho tú, a los monjes de la regla, y mi sed de sangre, a los Caballeros del Temple.

—¡Oh, corazón de acero y mano de hierro —dijo el anacoreta—, para quien son inútiles los consejos y los ejemplos! Va a serte concedido un plazo por si quieres arrepentirte y hacer lo que es agradable a los ojos de Dios. En cuanto a mí, he de volver a mi puesto. ¡Kyrie Eleison! Yo soy aquél a través del cual los rayos de la divina gracia fulgurante, como los rayos del sol a través de un cristal de aumento, se concentran sobre los objetos hasta que se

encienden y llamean, mientras el cristal continúa frío e intacto. ¡Kyrie Elieson! Hay que llamar al pobre, porque el rico rechaza el banquete... ¡Kyrie Eleison!

Y al decir estas palabras salió corriendo de la tienda, profiriendo grandes gritos.

—¡Qué fraile tan loco! —dijo Ricardo, a quien los gritos del ermitaño casi habían borrado la impresión que le produjera el relato de su historia y desgracia—. Síguete, De Vaux, y mira que no le ocurra nada; porque, a pesar de que sean cruzados, un juglar inspira a nuestra gente más respeto que un sacerdote o un santo, y podrían gastarle alguna mala broma.

El caballero obedeció, y Ricardo se abandonó a los pensamientos que le inspirara la tétrica profecía del monje.

—¿Morir joven, sin descendencia y sin nadie que me llore? Dura sentencia, y suerte que no ha sido pronunciada por un juez más competente. Sin embargo, los sarracenos, que son entendidos en ciencia mística, aseguran a menudo que Aquél a cuyos ojos la sabiduría de los sabios no es sino locura, inspira la sabiduría a los que los hombres tienen por locos. Dicen que este ermitaño lee en los astros, lo cual está muy en uso en esas tierras, donde la hueste celeste se convierte en objeto de idolatría. Querría haberle preguntado por la pérdida de mi bandera, porque ni el bien aventurado Tishbite, fundador de su Orden, podría parecer más loco ni decir cosas más semejantes a las de un profeta... ¿Qué hay, De Vaux? ¿Qué se sabe del fraile loco?

—¿Fraile loco le llamáis, mi señor? —contestó De Vaux—. Mi opinión es que se parece más al bienaventurado Bautista salido del desierto. Se ha subido a una máquina de guerra, y desde allí está predicando a los soldados como jamás haya predicado hombre alguno desde los tiempos de Pedro el Ermitaño. El campamento, alarmado por sus gritos, se congrega en derredor suyo, a millares; de vez en cuando interrumpe su discurso y se dirige a los diferentes grupos nacionales, a cada uno en su propio idioma, y con sólidos argumentos les anima a persistir en la liberación de Palestina.

—¡Por el sol que nos ilumina, que es un noble ermitaño! —dijo el rey Ricardo—. Pero ¿podría esperarse otra cosa de la sangre de Godofredo?

Él desespera de su salvación porque en otros tiempos vivió par amour.

Haré que el Papa le envíe una amplia absolución, y de buena gana intercederé para que a su belle amie la nombren abadesa.

Mientras decía estas palabras, el arzobispo de Tiro pidió audiencia para solicitar de Ricardo que asistiera si se lo permitía su estado de salud, a una reunión secreta que iban a celebrar los jefes de la Cruzada, y para explicarle los acontecimientos militares y políticos que habían ocurrido durante su

enfermedad.

CAPÍTULO XIX

El arzobispo de Tiro era un emisario bien escogido para comunicar a Ricardo las noticias que el rey del corazón de león no habría escuchado de ninguna otra voz sin las más violentas manifestaciones de resentimiento. Hasta aquel sagaz y venerable prelado halló dificultades para hacer que el monarca escuchara las noticias que echaban al suelo todas sus esperanzas de reconquistar el Santo Sepulcro por la fuerza de las armas y de adquirir la gloria que las universales aclamaciones de la Cristiandad estaban dispuestas a conferirle como Campeón de la Cruz.

Pero, según se deducía del informe del arzobispo, Saladino estaba reuniendo todas las fuerzas del centenar de tribus de que disponía, y los monarcas europeos, ya disgustados por diferentes motivos de aquella expedición, que hasta entonces había venido siendo tan azarosa, y que cada día lo era más habían resuelto abandonar su proyecto. Apoyaban su decisión en el ejemplo de Felipe de Francia, quien aunque haciendo grandes protestas de afecto y asegurando que antes querría ver a su hermano de Inglaterra fuera de peligro, declaró su propósito de regresar a Europa. Su gran vasallo, el conde de Champagne, había tomado la misma resolución; y no era de extrañar que Leopoldo de Austria, que había sido ofendido por Ricardo, se alegrara de aprovechar la ocasión para desertar de una causa de la que era considerado jefe su arrogante adversario. Otros anunciaban el mismo propósito, de manera que era evidente que si el rey de Inglaterra se obstinaba en quedarse en Palestina, no dispondría de otra ayuda que la de los voluntarios que en tales circunstancias quisieran unirse al ejército inglés, y la dudosa de Conrado de Montserrat y de las órdenes militares del Temple y, de San Juan, las cuales, a pesar de su juramento de hacer la guerra a los sarracenos, veían con envidia que cualquier monarca europeo llevara a cabo la conquista de Palestina, donde, con intenciones egoístas y de baja política, pensaban establecer dominios independientes propios.

No se necesitaron muchos argumentos para que Ricardo comprendiera cuál era su verdadera situación; y, en efecto, después de su primera explosión de cólera, se sentó tranquilamente, y con mirada sombría, cabizbajo y cruzados los brazos sobre el pecho, escuchó los razonamientos del arzobispo sobre la imposibilidad de continuar la Cruzada si desertaban sus compañeros. Hasta se abstuvo de hacer ninguna interrupción cuando el prelado se aventuró a sugerir, con mesuradas palabras, que la misma impetuosidad de Ricardo había sido una

de las principales causas del disgusto que los príncipes sentían por la expedición.

—Confiteor —contestó Ricardo, con mirada abatida y una especie de melancólica sonrisa—. Confieso, reverendo padre, que en algunas cosas tendría que entonar el culpa mea. Pero ¿no es doloroso que las explosiones de mi carácter sean castigadas con esta penitencia, y que por uno o dos arrebatos de natural indignación sea condenado a ver cómo se pierde delante de mí rica cosecha de gloria para Dios y de honor para la Caballería? Pero no se perderá. Por el alma del Conquistador, que plantaré la Cruz en las torres de Jerusalén, o la plantarán sobre la tumba de Ricardo.

—Podéis hacerlo —dijo el prelado— sin que se vierta una gota de sangre cristiana en esta contienda.

—¡Ah, os referís a un convenio, señor prelado! Pero la sangre de esos perros infieles cesaría de correr —dijo Ricardo.

—Habrá suficiente gloria —contestó el arzobispo— con haber arrancado a Saladino, por la fuerza de las armas y por el respeto que le inspira vuestra fama, condiciones tales como la reconquista inmediata del Santo Sepulcro, la apertura de Tierra Santa a los peregrinos, la garantía para su seguridad mediante la ocupación de plazas fuertes, y, por encima de todo, el asegurarnos la posesión de la Ciudad Santa mediante la concesión a Ricardo del título de Rey Guardián de Jerusalén.

—¡Cómo! —dijo Ricardo, cuyos ojos brillaron más que de ordinario—. ¡Yo..., yo..., yo Rey Guardián de la Ciudad Santa! La victoria, si eso ya no lo fuera, no podría producir más, a menos coste, siendo obtenida con fuerzas poco bien dispuestas y desunidas. Pero ¿se propone Saladino conservar sus intereses en la Tierra Santa?

—Con la categoría de cosoberano, con juramento de alianza —contestó el prelado— con el poderoso Ricardo, y, si se le permitiera, emparentándose con él mediante matrimonio.

—¡Mediante matrimonio! —dijo Ricardo, sorprendido aunque menos de lo que esperaba el prelado—. ¡Ah, sí! Edith Plantagenet. ¿He soñado yo eso? ¿O alguien me lo ha dicho? Mi cabeza aún está débil de la fiebre, y ha sufrido mucha agitación: ¿Fue el escocés, o El Hakim, o quizá ese santo ermitaño quien me habló de tan raro proyecto?

—El ermitaño de Engaddi, lo más probable —dijo el arzobispo—, porque él ha intervenido mucho en esta cuestión; y desde que el descontento de los príncipes se hizo visible, e inevitable la separación de sus fuerzas, celebró muchas consultas, tanto con los cristianos como con los musulmanes, para negociar una paz que diera a la Cristiandad, por lo menos en parte, las ventajas

que se perseguían con esta guerra santa.

—¡Mi prima para un infiel! ¡Ah! —exclamó Ricardo, cuyos ojos empezaban a despedir chispas.

El prelado se apresuró a apaciguar su cólera.

—Ante todo, no hay que decir que debe obtenerse el consentimiento del Papa; el santo ermitaño, que es muy conocido en Roma, lo negociaría con el Santo Padre.

—¿Cómo? ¿Sin que nosotros diéramos antes nuestro consentimiento? —dijo el rey.

—Ciertamente, no —dijo el arzobispo, contestando en un tono de voz tranquilizador e insinuante—. Eso sólo se haría mediante vuestra especial sanción.

—¡Mi sanción para casar a una parienta mía con un infiel! —dijo Ricardo hablando con el tono de voz del que duda sobre lo que debe hacer, pero no del que rechaza en absoluto la proposición que le hacen—. ¿Cómo habría podido soñar una componenda tal, cuando salté a la costa de Siria desde la proa de mi galera como el león salta sobre su presa? Y ahora... Pero proseguid, que os escucharé pacientemente.

Tan contento como sorprendido por hallar su misión mucho más fácil de realizar de lo que había supuesto, el arzobispo se apresuró a recordar a Ricardo ejemplos de tales alianzas en España, efectuadas con la previa aprobación de la Santa Sede; las incalculables ventajas que toda la Cristiandad obtendría de la unión de Ricardo y Saladino mediante un lazo tan sagrado; y principalmente habló con gran vehemencia y unción de la probabilidad de que Saladino, en caso de que se realizara la alianza propuesta, abjurara su falsa fe por la verdadera.

—¿Ha manifestado el sultán alguna disposición respecto a convertirse al Cristianismo? —dijo Ricardo—. Si así fuera, no existe rey en la Tierra al que concediera la mano de una parienta, aunque fuese mi hermana, con más placer que al noble Saladino, a pesar de que otros pudiesen poner a los pies de ella cetro y corona, y él no pudiese ofrecerle más que su buena espada y su corazón, más bueno todavía.

—Saladino ha oído a nuestros doctores cristianos —dijo el arzobispo algo evasivamente—; a mí mismo, aunque no lo merezca, y a otros; y como escucha con paciencia y contesta con calma, puede esperarse muy bien que pueda ser salvado, lo mismo que se saca un tizón de la hoguera. Magna est veritas, et prevalebit! Además, el ermitaño de Engaddi, pocas de cuyas palabras caen sin fruto en el surco, está firmemente convencido de que se

acerca la hora en que los sarracenos y demás paganos se acerquen a la fe, a lo cual podría ayudar mucho este matrimonio. Él sabe leer el curso de los astros; y, viviendo en mortificación de la carne, en aquellos lugares divinos que los santos pisaron en la antigüedad, el espíritu de Elijan el Tishbite, fundador de su bendita Orden, le visita tal como fue visitado por el profeta Elías, hijo de Shaphat, cuando le cubrió con su manto.

El rey Ricardo escuchó el razonamiento del prelado con la vista baja y evidentes señales de turbación.

—No sé lo que me pasa —dijo—, pero me parece que estos fríos consejos de los príncipes de la Cristiandad me han contaminado con su letargia espiritual. Hubo un tiempo en que si un seglar me hubiese propuesto una tal alianza, le habría aplastado contra el suelo, y si hubiese sido un eclesiástico, le habría escupido al rostro como renegado o sacerdote de Bael; y, sin embargo, ahora, esta proposición no suena tan extraña a mis oídos. ¿Por qué no habría de aceptar la fraternidad y la alianza con un sarraceno que es bravo, justo y generoso, y que aprecia y honra a un enemigo digno como si se tratara de un amigo, mientras que los príncipes de la Cristiandad huyen del lado de sus aliados, y abandonan la causa de Dios y de la buena Caballería? Pero me revestiré de paciencia y no pensaré más en ellos. Sólo haré una prueba para conservar su valerosa fraternidad, si es posible; y si fracaso, señor arzobispo, volveremos a hablar de vuestro consejo, que, por ahora, ni acepto ni rechazo. Vamos al Consejo, señor, que ya es hora. Decís que Ricardo es impetuoso y orgulloso: vais a verle humilde como la modesta ginesta de que se deriva su apellido.

Ayudado por los servidores de su Cámara, el rey se vistió apresuradamente, poniéndose un jubón de un color obscuro y liso; y sin otra insignia de su dignidad real que un aro de oro en su cabeza, salió con el arzobispo de Tiro para asistir al Consejo, que ya les esperaba para empezar la deliberación.

El pabellón del Consejo era una amplia tienda, delante de la cual ondeaba la gran bandera de la Cruz, y otra en que se veía a una mujer arrodillada con los vestidos en desorden y despeinada, que representaba a la desolada y triste Iglesia de Jerusalén, y llevaba la divisa: *Affileta sponsae ne obliviscaris*. Centinelas cuidadosamente seleccionados impedían circular por los alrededores de la tienda, a fin de que las discusiones, que a veces adquirían un ruidoso y tempestuoso carácter, pudieran llegar a otros oídos que los interesados.

Allí era, pues, donde estaban reunidos los príncipes de la Cruzada esperando la llegada de Ricardo. Y hasta la breve espera que tuvieron que aguantar fue utilizada contra él por sus enemigos, que se entretuvieron

contando varios rasgos de su orgullo y de su injusta presunción de superioridad, aduciendo como prueba la corta dilación que les daba ocasión para que ellos comentaran. Cada uno procuraba afianzarse en la mala opinión que tenía del rey de Inglaterra, y se justificaba de ella por la ofensa recibida, enjuiciaba con severidad extremada las circunstancias más pueriles, y todo seguramente porque sentían el instintivo respeto que les inspiraba el heroico monarca, y necesitaban no pocos esfuerzos para sobreponerse a aquel sentimiento.

Por consiguiente, acordaron que le recibirían con cierta frialdad y sin más respeto que el estrictamente necesario para mantenerse dentro de la rígida etiqueta. Pero cuando vieron aquella noble figura, aquel rostro de príncipe, un poco pálido aún por la enfermedad, aquellos ojos de los que los poetas habían dicho que eran la brillante estrella de la batalla y de la victoria; cuando les asaltó a la memoria el recuerdo de sus hazañas, casi superiores a la fuerza y valor humanos, el Consejo de los Príncipes se levantó en peso —hasta el envidioso rey de Francia y el taciturno y ofendido duque de Austria se levantaron como todos los demás—, y toda la Asamblea de príncipes prorrumpió unánimemente en aclamaciones: —¡Dios guarde al rey Ricardo de Inglaterra! ¡Viva el valiente Corazón de León!

Con una expresión franca y abierta como el sol del estío cuando nace, Ricardo distribuía su agradecimiento a los que le rodeaban, felicitándose de encontrarse otra vez entre sus nobles hermanos de Cruzada.

—Quiero decir unas breves palabras —en estos términos se dirigió a la Asamblea—, aunque sobre un tema tan indigno como yo mismo, y corriendo el riesgo de retrasar en unos pocos minutos las deliberaciones para el bien de la Comunidad cristiana y el éxito de su santa empresa.

Los príncipes volvieron a sus asientos y se hizo un profundo silencio.

—El día de hoy —prosiguió el rey de Inglaterra— es de gran solemnidad para la Iglesia, y es misión de los hombres cristianos en un día como éste reconciliarse con sus hermanos y confesarse las faltas entre sí. Nobles príncipes y padres de esta santa expedición: Ricardo es un soldado; su mano está siempre más dispuesta que su lengua, y ésta está demasiado acostumbrada al duro lenguaje de su oficio. Pero ni por las palabras violentas de un Plantagenet, ni por sus desconsideradas acciones debéis abandonar la noble causa de la redención de Palestina; no debéis renunciar a la gloria terrenal ni a la salvación eterna, que podéis ganar aquí, si es que el hombre puede llegar a merecerlas nunca, porque los actos de un soldado hayan sido violentos y sus palabras tan duras como el hierro que lleva desde su infancia. Si Ricardo ha faltado a alguno de vosotros, Ricardo os dará satisfacción de palabra y de obra. Noble hermano de Francia: ¿he tenido la desgracia de haberos ofendido?

—La Majestad de Francia no tiene ninguna reparación que pedir a la de Inglaterra —contestó Felipe con gran dignidad, aceptando la mano que le ofrecía Ricardo—; y sea la que sea la decisión que tome respecto a la continuación de esta empresa, dependerá del estado de mi propio reino, pero no ciertamente de ninguna envidia o disgusto relacionados con mi real y valerosísimo hermano.

—Austria —dijo Ricardo avanzando hacia el archiduque, con una mezcla de franqueza y dignidad, mientras Leopoldo se levantaba de su asiento como involuntariamente y con movimiento de autómata, que depende de una fuerza exterior—, Austria cree que tiene razón de estar ofendida con Inglaterra; Inglaterra cree que tiene razón de quejarse de Austria. Que se perdonen mutuamente, que no se rompa la paz de Europa y la concordia de este ejército. Actualmente defendemos juntos la bandera más gloriosa que haya podido enarbolar ningún príncipe de la Tierra: la bandera de la Salvación. No permitáis, pues, que entre nosotros existan disputas por el símbolo de nuestras dignidades terrenales, si es que lo tiene en su poder, y Ricardo dirá, aunque sin otro motivo que su amor a la Santa Iglesia, que se arrepiente de la violencia con que insultó al estandarte de Austria.

El archiduque permaneció silencioso, malhumorado y descontento, con la vista fija en el suelo; su rostro revelaba un reprimido disgusto que, por una mezcla de temor respetuoso y de timidez, no se atrevía a expresar con palabras.

El patriarca de Jerusalén se apresuró a romper aquel embarazoso silencio, declarando que el archiduque de Austria había asegurado, bajo solemne juramento, no saber nada, directa o indirectamente, respecto a la agresión que se había cometido contra la bandera de Inglaterra.

—Así, pues, hemos inferido al noble archiduque el mayor entuerto —dijo Ricardo—; le pedimos perdón por haberle atribuido una ofensa tan cobarde, y le tendemos la mano en señal de renovación de paz y amistad. Pero ¿qué es esto? ¿Austria rechaza nuestra mano descubierta como antes la rechazó enguantada? ¡Cómo! ¿No podemos ser su amigo en la paz ni su contrario en la guerra? ¡Bien, sea así! Aceptamos la poca estima que nos tiene como una penitencia por la falta que en un arrebato hemos cometido contra él, y daremos por concluido este asunto entre nosotros dos.

Al decir estas palabras volvió la espalda al archiduque con un movimiento más bien de dignidad que de desprecio, y el de Austria pareció quitarse un peso de encima, como el chico travieso que hizo novillos, cuando la mirada de su severo maestro se aparta de él.

—¡Noble conde de Champagne, príncipe marqués de Montserrat, valiente Gran Maestro de los Templarios! Estoy aquí como un penitente en el

confesorio. ¿Alguno de vosotros tiene algún reproche que hacerme o ha de reclamar alguna reparación de mi?

—No sé en qué podría cimentar ninguna —contestó el adulator Conrado—, salvo que el rey de Inglaterra se lleva toda la gloria que sus pobres hermanos de guerra podían esperar obtener en esta expedición.

—Mi acusación, si soy llamado a hacer alguna —dijo el Maestre de los Templarios—, es más grave y más importante que la del marqués de Montserrat. Quizá será mal visto que un religioso militar como yo levante la voz donde tantos nobles príncipes callan. Pero conviene al honor de todo el ejército, y no menos al del noble rey de Inglaterra, oír que alguien le dice cara a cara lo que tantos otros no vacilan en reprocharle cuando él está ausente. Alabamos y honramos el valor y las grandes hazañas del rey de Inglaterra; pero nos sentimos agraviados de que en todas las ocasiones se arrogue y mantenga una preferencia y una superioridad sobre nosotros, a la que no se pueden someter los príncipes independientes. Por nuestra propia y libre voluntad podemos reconocer su valentía, su celo, su riqueza y su poder; pero el que se apodera de todo, como si a todo tuviese derecho, y no deja nada que conceder a nuestra cortesía y a nuestra gracia, nos rebaja de aliados que somos a vasallos o mercenarios, y empaña a la vista de nuestros soldados y súbditos el brillo de nuestra autoridad, que ya no podemos ejercer independientemente. Ya que el rey Ricardo ha pedido que le dijéramos la verdad, no debe sorprenderse ni agraviarse si oye alguna de boca de alguien a quien las pompas del mundo le están prohibidas, y para quien la autoridad secular no es nada, si no sirve para aumentar la prosperidad del Templo de Dios y la postergación de león que corre husmeando qué presa puede devorar. Al escuchar, pues, la verdad que le digo contestando a su pregunta —verdad que, mientras la estoy diciendo, sé que es confirmada en el corazón de cada uno de los que me oyen, a pesar de que el respeto ahogue sus voces—, no debe agraviarse, repito, el rey de Inglaterra.

Las mejillas de Ricardo enrojecieron mientras el Gran Maestre dirigía este directo y descarnado ataque a su conducta, y que casi todos los circunstantes convenían en lo justo de la acusación. Aunque irritado y mortificado a la vez, comprendió el murmullo de asentimiento que le siguió demostró a las claras que abandonarse temerariamente a la indignación sería dar ventaja a su frío y cauto acusador, que era lo que el Templario se proponía con su discurso. El rey, pues, hizo un violento esfuerzo y estuvo callado durante el espacio de tiempo que se necesita para rezar un padrenuestro, lo cual le había aconsejado que hiciera su confesor para dominarse cada vez que se encontrara en una situación parecida. El rey habló con tono reposado, empañado por algo de amargura, especialmente al principio.

—¿Así es, pues? ¿Y nuestros hermanos se han tomado el trabajo de anotar

los fallos de nuestra naturaleza y la ruda impetuosidad de nuestro celo, si alguna vez ha sido preciso dar órdenes sin tener tiempo para reunir al Consejo? Jamás podría creer que ofensas casuales o impremeditadas como las mías, pudiesen encontrar tan profundas raíces en el corazón de mis aliados en esta santísima causa; jamás habría podido creer que por culpa mía quisieran retirar la mano del arado cuando casi nos encontramos ya al final del surco; que por culpa mía quisieran volver sobre sus pasos en el camino de Jerusalén, que abrieron con sus propias espadas. Llegué a creer, vanamente, que mis humildes servicios podrían haber sido el contrapeso de mis impetuosos errores; que si se recordaba que yo había excitado a la vanguardia en un asalto, no se olvidaría que yo también era el último en la retirada; que si yo he clavado mi bandera en los campos de batalla conquistados, ésta era la única ventaja que buscaba, mientras los demás se repartían el botín. Puedo haber dado mi nombre a una ciudad conquistada, pero su soberanía la he dejado para los demás. Si me he obstinado en sostener atrevidos pareceres, no creo que haya ahorrado mi propia sangre ni la de mi pueblo cuando ha llegado la hora de ponerlos en obra; y si, en la confusión de una marcha o de una batalla, he dirigido órdenes a los soldados de los demás, les he tratado igual que a los míos, dándoles las provisiones y medicinas compradas a alto precio, que sus soberanos no les pudieron procurar. Pero me avergüenza recordaros lo que todos parece habéis olvidado. Miremos, más bien, qué hay que hacer de ahora en adelante; y, creedme, hermanos —añadió con el rostro encendido por el entusiasmo—, no hallaréis ni el orgullo ni la ira ni la ambición de Ricardo, como una piedra que estorbe puesta en mitad del camino, cuando la religión y la gloria os llaman como la trompeta de un arcángel. ¡Oh, no, no! Jamás podría sobrevivir al pensamiento de que mis faltas y mis debilidades hayan de servir para deshacer la buena camaradería de los Príncipes aliados. Me cortaría la mano izquierda con la derecha si eso os pudiera atestiguar mi sinceridad. Voluntariamente cederé los derechos de dirigir el ejército, y hasta mis propios súbditos. Éstos estarán a las órdenes del jefe que designéis, y su rey estará dispuesto a trocar la vara de mando por la lanza del aventurero; y servir bajo la bandera de Beu-Séant entre los Templarios, o bajo la de Austria, si Austria quiere designar a un hombre valiente para mandar sus tropas. O, si todos estáis cansados de esta guerra y sentís que la armadura magulla vuestros delicados cuerpos, dejad sólo a Ricardo con diez o quince mil de vuestros soldados que trabajen para el cumplimiento de vuestro voto; y cuando Sión esté ganada —exclamó agitando en el aire su brazo, como si desplegara la bandera de la Cruz sobre Jerusalén—, cuando Sión esté conquistada, escribiremos sobre las puertas de las murallas, no el nombre de Ricardo Plantagenet, sino de aquellos generosos príncipes que le hayan dado los hombres y las armas para conquistarla.

La ruda elocuencia y la decidida expresión del guerrero monarca

reanimaron los decaídos ánimos de los cruzados, avivaron su devoción, y, fijando su atención en el principal objetivo de la empresa, hicieron que la mayor parte de los circunstantes se avergonzasen de haberse dejado arrastrar por motivos de queja tan nimios como los que antes les habían preocupado. El brillo de unos ojos se contaminó a los otros, una voz dio ánimo a la otra voz. Se levantaron, y como una consigna, el grito de guerra que en otros tiempos contestó al sermón de Pedro el Ermitaño se repitió como un eco, y de todas partes gritaron: —¡Acaudíllanos, valeroso Corazón de León! Nadie tan digno como tú para guiar a los valientes que quieren seguirte. ¡Guíanos! ¡A Jerusalén! ¡A Jerusalén! ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! ¡Benditos los que ayuden con armas su empresa!

El súbito y general grito que se levantó fue oído desde más allá del cordón de centinelas que custodiaba el pabellón del Consejo, y propagado entre los soldados del ejército, que, inactivos y desanimados por la enfermedad y el clima, habían empezado, como sus jefes, a caer en el abatimiento; pero la reaparición de Ricardo con renovado vigor y con su conocida voz en la Asamblea de los príncipes reanimó en seguida su entusiasmo, y millares de decenas de millares de voces contestaron con el mismo grito de: —¡Sión, Sión! ¡Guerra, guerra! ¡Inmediatamente iniciemos la batalla contra los infieles! ¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!

Las aclamaciones del exterior aumentaron a su vez el entusiasmo reinante en el interior del pabellón. Aquéllos en que no ardía la llama, sintieron miedo de parecer más fríos que los demás. Ya no se hablaba más que de marchar directamente hacia Jerusalén tan pronto como expirara la tregua, y de tomar, entretanto, las disposiciones necesarias para aprovisionar y reorganizar el ejército. Se levantó la sesión del Consejo, y, al parecer, todos salieron poseídos del mismo entusiasta propósito, que, de todas maneras, se extinguió pronto en el corazón de muchos, y que, en verdad, no existió en ningún momento en el corazón de otros.

El marqués Conrado y el Gran Maestre de los Templarios, que eran de estos últimos, se retiraron juntos a sus cuarteles, nada tranquilos y muy descontentos de los acontecimientos de aquel día.

—Siempre te dije —exclamó el Gran Maestre, con fría y sardónica expresión, peculiar en él— que Ricardo se escaparía de las débiles trampas que le has puesto, como un león pasaría por una telaraña. Ya vez que no tiene que hacer más que hablar, y su aliento agita a esos locos inconscientes tan fácilmente como el remolino del viento amontona las pajas esparcidas y las barre todas o las dispersa a su albedrío.

—Pero cuando ha pasado el viento —dijo Conrado— las pajas que él hizo bailar al son que quiso, vuelven a caer al suelo.

—Pero no ves, por otra parte, dijo el templario, que si este nuevo propósito de conquista fuese abandonado y no se realizara, y si cada uno de esos poderosos príncipes se le dejara obrar según su pobre criterio puede inspirarles, Ricardo podría llegar a ser rey de Jerusalén mediante un pacto, y establecer con el sultán términos en el tratado en que acepte las condiciones que precisamente tú pensabas que le iban a exasperar.

—Por Mahoma y Termagante, porque los juramentos cristianos ya han pasado de moda —dijo Conrado—, ¿crees que el orgulloso rey de Inglaterra quería unir su sangre con un sultán infiel? Mi política ha consistido en mezclar este ingrediente en el tratado para hacérselo abominable. Tan perjudicial para nosotros sería que se convirtiera en señor nuestro mediante un tratado, como por una victoria.

—Tu política ha calculado mal la digestión de Ricardo —contestó el templario—. Conozco su pensamiento por unas palabras que se le escaparon al arzobispo. Y tu gran golpe de la bandera no ha producido más perturbación que la de echar a perder un par de varas de seda bordada. Marqués Conrado, me parece que no estás en tus cabales; ya no confiaré en tus ardidés, sino que probaré los míos propios. ¿Conoces a esa gente a quien los sarracenos llaman Charegitas?

—Naturalmente —contestó el marqués—; son desesperados y fanáticos entusiastas, que consagran sus vidas al progreso de su religión; algo así como los templarios, salvo que a ellos no les contiene nada para lograr sus fines.

—No bromees —contestó el ceñudo monje—. Has de saber que uno de ellos ha incluido en su sangriento voto el nombre del emperador de aquella lejana isla, el cual debe ser sacrificado como principal enemigo de la fe musulmana.

—Un inteligente musulmán —dijo Conrado—. Que Mahoma le envíe al Paraíso en recompensa.

—Ha sido detenido en el campamento por uno de nuestros escuderos, y en un interrogatorio secreto ha confesado francamente su decidido e inflexible propósito —dijo el Gran Maestre.

—Que Dios perdone a los que han impedido la realización del propósito de ese inteligente charegita —contestó Conrado.

—Le tengo preso —añadió el templario—, y, como puedes suponer, le mantengo incomunicado de todos; pero a veces se escapa la gente de las cárceles...

—Las cadenas se han dejado abiertas y los cautivos han escapado —contestó el marqués—. Ya lo dice un antiguo aforismo: no hay prisión tan

segura como el sepulcro.

—Cuando recupere la libertad, volverá a intentar poner en práctica su propósito —agregó el religioso militar—, porque esos perros lo llevan en su sangre; no perderá el rastro de la presa.

—No digas más —contestó el marqués—; ya veo tu política: es terrible, pero de urgente necesidad.

—Sólo te lo digo —dijo el templario— para que estés en guardia, porque el alboroto será terrible, y no se sabe contra quién volverán su rabia los ingleses. Existe otro peligro: mi paje sabe los proyectos de ese charegita —añadió—, y, además, es un obstinado e impertinente; quisiera deshacerme de él, porque dificulta mis movimientos pretendiendo ver con sus ojos y no con los míos. Pero nuestra santa Orden no me da poder para poner remedio a este inconveniente. O, calla...: el sarraceno puede encontrar una buena daga en su celda, y te aseguro que la hará servir para escaparse, lo cual realizará con toda seguridad cuando el paje vaya a llevarle la comida.

—Eso dará cierto color al asunto —dijo Conrado—; y, de todas maneras...

—De todas maneras y pero —dijo el templario— son palabras para locos; los hombres cuerdos no vacilan ni hacen marcha atrás: deciden y ejecutan.

CAPÍTULO XX

Ricardo, el confiado objeto de la obscura traición que hemos relatado en la última parte del precedente capítulo, después de realizar, por el momento al menos la triunfal unión de los príncipes de la Cruzada decidiéndoles a proseguir la guerra con energía, no tenía otro afán en su corazón que restablecer la tranquilidad en el seno de su propia familia; y ahora, que ya podía juzgar más serenamente, podía empezar una clara investigación sobre las circunstancias en que se produjo la pérdida de su bandera y la naturaleza y extensión de las relaciones entre su parienta Edith y el desterrado aventurero de Escocia.

Así fue cómo la reina y las damas de su séquito se asustaron al recibir la visita de Sir Thomas de Vaux, quien pidió a lady Calixta de Monfaucon, camarera mayor de la reina, que le siguiera a la tienda del rey Ricardo.

—¿Qué digo, señora? —preguntó, temblorosa, la dama a la reina—. Nos va a matar a todas.

—No tengáis miedo, señora —dijo De Vaux—. Su Majestad ha perdonado la vida al caballero escocés, que era el principal culpable, y lo ha regalado al

médico moro. Por consiguiente, no castigaría con más severidad a una dama, aunque hubiese faltado.

—Inventa alguna historia convincente, muchacha —dijo Berengaria.

A mi esposo le queda demasiado poco tiempo para investigar la verdad.

—Explica la historia tal como ocurrió —dijo Edith—, porque, si no, lo haré yo.

—Con el permiso de Vuestra Majestad —dijo De Vaux—, mi humilde parecer es que lady Edith aconseja bien; porque, aunque el rey está dispuesto siempre a creer todo lo que Vuestra Gracia quiere contarle, dudo que tenga la misma deferencia con lady Calixta, y principalmente en este asunto.

—El señor de Gilsland tiene razón —dijo lady Calixta, muy agitada al pensar en la investigación que iba a efectuarse—; además, aunque tuviese bastante serenidad para inventar una historia plausible, yo no tendría, pobre de mí, fuerzas para explicársela al rey.

Con esta predisposición a decir la verdad, acompañó a De Vaux lady Calixta hasta la tienda del rey, y, tal como se propuso, confesó claramente el ardid de que se habían valido para hacer desertar de su puesto al desgraciado Caballero del Leopardo; exculpó a lady Edith, pues ya sabía bien que no habría dejado de justificarse ella misma, y echó la mayor parte de la culpa sobre la reina, su señora, sabiendo que sus faltas parecían más perdonables a los ojos de Corazón de León. La verdad es que Ricardo era en el fondo casi un niño. La primera llamarada se había extinguido hacía rato, y no estaba dispuesto a censurar severamente una falta que ya era imposible corregir. La astuta lady Calixta, acostumbrada desde su más tierna infancia a penetrar en las intrigas cortesanas, y a espiar los indicios de la voluntad del soberano, se apresuró a regresar al lado de la reina, corriendo como un gamo, encargada por el rey de preguntarle si querría recibir una rápida visita suya; a cuyo mensaje la dama añadió un comentario basado en su observación personal, destinado a demostrar que Ricardo no intentaba sino conservar la severidad necesaria para inspirar a su real consorte el arrepentimiento por su pasada falta, y extender sobre ella y las damas complicadas en el asunto, su gracioso perdón.

—¿De este lado sopla el viento, muchacha? —dijo la reina, muy satisfecha de aquella confidencia—. Puedes creer que, a pesar de que sea tan gran guerrero, le será muy difícil a Ricardo vencernos en este asunto, y que, como suelen decir los pastores pirenaicos en mi país de Navarra, más de uno va por lana y vuelve trasquilado.

Después de informarse de todos los detalles que Calixta podía comunicarle, la reina Berengaria se puso su más atractivo vestido, y esperó confiada, la llegada del heroico Ricardo.

Éste llegó, y creyó encontrarse en la situación del príncipe que penetra en una provincia que le ha inferido un agravio, convencido de que su cometido se limitará a reconvenir y a recibir acatamiento, pero la encuentra en situación inversa a lo que esperaba: en estado de completa enemistad, y de abierta rebelión. Berengaria conocía muy bien el poder de sus encantos y el afecto que por ella sentía Ricardo, y estaba convencida de que ahora, después de la primera explosión de ira, desvanecida sin que hubiera habido ninguna víctima, podría restablecer la normalidad. Lejos de escuchar los reproches que le hacía el rey, y que merecía tan justamente por la ligereza de su conducta, atenuaba, mejor, negaba la falta de que era acusada, echándola a inofensiva broma. Por otra parte, negó con toda clase de hábiles formas de disimulo que ella hubiese ordenado a Nectabanus que llevara al caballero más allá de la ladera de la colina en que hacía su guardia, y —extremo que quizá fuera verdad— que le hubiese ordenado que introdujera en su tienda a Sir Kenneth. Y luego, si elocuente había estado en su defensa propia, mucho más lo estuvo cuando se puso a acusar a Ricardo de indelicadeza por haberle negado una gracia tan simple como la vida de un infortunado caballero que por una impremeditada broma de ella había incurrido en los peligros de la ley marcial. Lloró y sollozó, recriminando la terquedad de su esposo en este asunto, que habría podido hacerla desgraciada para toda la vida, porque siempre más habría creído ser impremeditada causa indirecta de aquella tragedia. La visión de la víctima decapitada se le había aparecido en sueños, y hasta era posible, porque muy a menudo ocurren cosas semejantes, que se le hubiese presentado su auténtico espectro a los pies de su cama, en sus horas de vigilia. A todas estas desgracias mentales la había expuesto la severidad del que, aunque decía que perdía el juicio a la más leve mirada de ella, no quiso renunciar a un acto de venganza ruin, a pesar de que había existido el peligro de hacerla tan desgraciada.

Este chubasco de elocuencia femenina fue acompañado con los habituales argumentos de lágrimas y suspiros, y pronunciado con tal entonación y ademanes, que dieran a entender que el resentimiento de la reina no era simple cuestión de orgullo o enfado, sino expresión de la sensibilidad herida, al ver que no tenía sobre su esposo la influencia que ella creía tener.

El buen rey Ricardo estaba muy desconcertado. En vano intentó hacer entrar en razón a aquélla que, a causa de su condescendencia, no era posible que escuchara ningún argumento, y por otra parte, no sabía decidirse a imponer su autoridad a una criatura tan bella y que estaba tan irrazonablemente exaltada. Así, pues, se vio reducido a la posición defensiva, y se esforzó en reprenderla en tonos cariñosos por sus sospechas y en desvanecer su enfado; y le dijo que no debía pensar más en lo ocurrido ni tener remordimientos, ni miedo a cosas sobrenaturales, puesto que Sir Kenneth estaba sano y salvo, y que lo había regalado al gran médico árabe, quien sin duda alguna, era, de todos los hombres, el que sabía mejor procedimiento para

conservarle la vida. Pero este extremo pareció ser lo que la disgustara más, y el enfado de la reina se renovó al pensar que un sarraceno —un médico— había podido obtener un favor que ella le había pedido arrodillada y con la cabeza descubierta. Ante esta nueva acusación, Ricardo empezó a perder la paciencia, y con grave entonación le dijo:

—Berengaria: ese médico salvó mi vida. Si ese hecho tiene algún valor a vuestros ojos, no reprochéis que le diera tal recompensa, la única que le pude hacer aceptar.

La reina vio que ya había llevado la coquetería de su enfado lo suficientemente lejos, para arriesgarse más sin peligro.

—Mi Ricardo —dijo—: ¿por qué no me trajiste a ese sabio? La reina de Inglaterra le habría demostrado cómo sabe apreciar a quien ha podido evitar que se apagara la antorcha de la Caballería, la gloria de Inglaterra y la luz y esperanza de la vida de la pobre Berengaria.

En pocas palabras, la disputa conyugal había terminado; pero como a la justicia se le debía alguna satisfacción, el rey y la reina acordaron cargar toda la culpa al mensajero Nectabanus, el cual (la reina ya estaba cansada del carácter del pobre enano), así como su real consorte Guenevra, fueron sentenciados a expulsión de la Corte; y el infeliz sólo escapó a una reprimenda suplementaria merced a la afirmación de la reina, de que se le había aplicado un castigo corporal. Se decidió, además, que, dada la circunstancia de que en breve se enviaría un mensajero a Saladino, para informarle de la decisión del Consejo de reanudar las hostilidades tan pronto como expirara la tregua, y como Ricardo tenía el propósito de hacer un valioso regalo al sultán, como agradecimiento al gran beneficio obtenido de los servicios de El Hakim, las dos infelices criaturas serían agregadas como curiosidades, porque por su extremadamente grotesco aspecto y por el deplorable estado de su mente, eran dignas de que se las considerara como regalos propios de un rey a otro.

Ricardo aún tenía que sostener aquel día otro combate con una mujer; pero fue a él con notable indiferencia, pues, a pesar de que Edith era bella y altamente apreciada por su real pariente y, aunque de las injustas sospechas de él, ya desvanecidas ahora, sólo quedaba la ofensa de que Berengaria se lamentó, no era ni esposa ni amante de Ricardo, y, por consiguiente, temía mucho menos sus bien fundados reproches que los de la reina, no obstante ser éstos injustos y fantásticos.

Después de pedir ser recibido por ellas a solas, fue introducido en la habitación de Edith, que estaba situada al lado mismo de la estancia de la reina, y en ella quedaron sólo las dos esclavas coptas, arrodilladas en el rincón más apartado, todo el tiempo que duró la entrevista. Un velo negro, muy fino, cubría de pies a cabeza la alta y graciosa persona de la noble doncella, la cual

no llevaba en aquel momento ninguna clase de adorno femenino. Tan pronto como el rey traspuso la puerta, Edith se levantó y le hizo una profunda reverencia, volviéndose a sentar a una seña de él; y cuando el rey se hubo acomodado a su lado, ella esperó, sin despegar los labios, a que el soberano hablara.

Ricardo, que habitualmente trataba a Edith con la familiaridad que su parentesco autorizaba, notó la frialdad con que se le recibía, e inició la conversación con cierto embarazo.

—Nuestra bella prima —dijo al fin— está enfadada con nosotros; y nosotros confesamos que duras circunstancias nos indujeron a sospechar, infundadamente, de que su conducta hubiese sido diferente de la que siempre observamos en toda su vida. Pero mientras dura nuestro paso por este sombrío valle de lágrimas, los hombres estamos expuestos al peligro de confundir las sombras con realidades. ¿No puede perdonar mi linda prima a su algo impetuoso pariente Ricardo?

—¿Quién puede negar el perdón a Ricardo —contestó Edith—, si Ricardo puede obtener el perdón del rey?

—¡Basta ya, prima mía! —contestó Corazón de León—. Todo eso es demasiado solemne. Por Nuestra Señora, que esa cara triste que pones y este gran velo de luto que llevas podrían hacer pensar a la gente que eres una joven que acaba de quedarse viuda, o, por lo menos, que has perdido a un novio muy querido. ¡Ánimo! Seguramente ya habrás oído que no existe motivo alguno para llevar luto. ¿Por qué, pues, seguir llevando ese velo?

—Por el perdido honor de los Plantagenet y por la gloria que ha abandonado la casa de mi padre.

Ricardo frunció el ceño.

—¡El honor perdido! ¡La gloria que ha abandonado nuestra casa! —repitió, irritado—. Pero mi prima Edith tiene privilegios. Yo la juzgué con demasiada ligereza, y por eso tiene derecho a tratarme rudamente. Pero, por lo menos, dime en qué he faltado.

—Plantagenet —dijo Edith— debía haber perdonado un agravio o castigarlo. No está bien condenar a hombres libres, cristianos y bravos caballeros, a los grilletes de los infieles. No está bien hacer componendas ni concertar trueques, ni perdonar la vida hipotecando la libertad. Condenar a muerte a aquel infeliz podía haber sido una severidad, pero habría tenido una apariencia de justicia; condenarle a la esclavitud y al destierro es una infame tiranía.

Ya veo, linda prima mía —dijo Ricardo—, que tú eres de aquellas bellezas

que creen que un enamorado ausente es como no tener ninguno o como si hubiese muerto. Ten paciencia. Una docena de ligeros caballeros Pueden ir ahora mismo a alcanzarle y corregir mi error, si es que ese galán abe algún secreto que pueda hacer más conveniente mi muerte que su destierro.

—¡No digas cosas de mal gusto! —contestó Edith, ruborizándose—. Es preferible que pienses en que gracias a tu comportamiento has privado a esta gran empresa de un brazo poderoso, que has privado a la Cruz de uno de sus más valerosos defensores; que has puesto a un creyente en el Dios verdadero en manos de un infiel, y en que a los que son tan suspicaces como tú has demostrado ser en esta ocasión, les has dado el derecho de decir que Ricardo Corazón de León ha expulsado al más bravo soldado de su campo, por el temor de que eclipsara su fama en la batalla.

—¡Yo... yo! —exclamó Ricardo, que estaba profundamente conmovido—. ¿Puedo yo envidiar la fama de nadie? ¡Quisiera que él estuviera aquí para que demostrara esa igualdad! Dejaría mi carácter de rey y mi corona, y me enfrentaría con él, varonilmente, en la liza, y se vería si Ricardo Plantagenet tiene motivo por temer o envidiar las hazañas de ningún hombre mortal. Vamos, Edith: tú no crees lo que dices. Que la pena y el disgusto por la ausencia de tu galán no te hagan ser injusta con tu pariente, que, a pesar de todas tus rarezas, aprecia tu amistad como el que más.

—¿La ausencia de mi galán? —dijo Lady Edith—. Pero sí: puede decirse que es mi enamorado quien ha pagado a tan elevado precio este título. A pesar de que no soy digna de tal homenaje, yo era para él como la luz que le guiaba adelante en el noble camino de la Caballería; pero que yo olvidara mi rango o que él tuviera la pretensión de ir más allá del suyo, es falso, aunque un rey diga lo contrario.

—Mi bella prima —contestó Ricardo—. No pongas en mis labios palabras que yo no pronuncié jamás. Yo no dije que hubieses concedido a ese hombre otros favores que los que puede obtener un buen caballero aún de una princesa, sea la que sea su condición. Pero, por Nuestra Señora, entiendo algo en los juegos del amor. Empiezan con un mudo respeto y distantes reverencias; pero cuando llega la oportunidad, la franqueza aumenta, y así sucesivamente. Pero no hay que hablar de eso con quien se cree más sabia que todo el mundo.

—Siempre escucho de buena gana los consejos de mi pariente —dijo Edith—, cuando no son susceptibles de ofenderme ni a mi ni a lo que soy.

—Los reyes, bella prima mía, no aconsejan: ordenan —dijo Ricardo.

—También ordenan los sultanes —dijo Edith—; pero es porque ellos tienen esclavos que gobernar.

—¡Vaya! Podrías aprender a dejar de lado ese desprecio que sentís por los sultanes cuando tan alta estima ponéis en un escocés —dijo el rey—. Considero a Saladino más leal a la palabra que empeña, que a ese miserable Guillermo de Escocia que se hace llamar León, ¡podéis creerlo! Ha faltado a su palabra miserablemente, dejando de enviarme los refuerzos que me había prometido. Permitid que os diga, Edith, que quizá con el tiempo lleguéis a preferir un turco leal a un escocés desleal.

—¡No... jamás! —contestó Edith—. Aunque el propio Ricardo, que pasó el mar para echarles de Palestina, abrazara su falsa religión.

—Quieres oír mi última palabra —dijo Ricardo—, y la oirás. Cree de mí lo que quieras, bella Edith, pero yo no olvidaré que somos cercanos y queridos primos...

Diciendo estas palabras, se retiró con aparente amabilidad, pero, en realidad, muy poco satisfecho del resultado de su entrevista.

Cuatro días después de haber sido expulsado Sir Kenneth del campamento, el rey Ricardo estaba sentado en su tienda, gozando de la brisa que soplabla del Oeste todas las tardes, y que, por ser muy fresca, parecía que viniera de la feliz Inglaterra para reanimar a su aventurero monarca, que lentamente iba recobrando las fuerzas que necesitaba para llevar a término sus gigantescos proyectos. No había nadie con él, pues De Vaux había ido a Ascalón para traer refuerzos y provisiones de guerra, y la mayor parte de los otros altos funcionarios estaban ocupados en diferentes trabajos preparatorios de la reanudación de las hostilidades y de una gran revista del ejército, que había de celebrarse al día siguiente. El rey escuchaba el repiqueteo de las forjas, donde se herraba a los caballos; el ruido de los armeros, que en sus tiendas estaban reparando arneses; los gritos de los soldados que iban de una parte para otra resonaban vibrantes y alegres, con una entonación que revelaba el entusiasmo, presagio de victoria. Mientras el oído de Ricardo se deleitaba con esta confusión de ruidos, y mientras se abandonaba a las visiones de conquistas y de gloria que le sugerían aquellos rumores, un escudero fue a decirle que afuera esperaba ser recibido un mensajero de Saladino.

—Que entre inmediatamente —dijo el rey—, y con los debidos honores, Josceline.

El caballero inglés hizo entrar a un individuo que, en apariencia, no parecía ser más que un esclavo nubio, pero que por su aspecto despertaba vivo interés. Era de magnífica estatura y nobles proporciones, y su rostro impresionante, aunque negro, no presentaba ningún rasgo característico de la raza de color. Sobre sus cabellos, negros como el carbón, llevaba un turbante blanco como la leche, y en los hombros una capa del mismo color abierta por delante y por los lados; bajo ella se le veía una túnica de piel de leopardo que le llegaba poco

menos que hasta las rodillas. Los extremos de sus musculosos miembros, brazos y piernas, estaban desnudos, salvo que llevaba sandalias y un collar y brazaletes de plata. Del cinto pendía una estrecha daga con empuñadura de boj, con vaina recubierta con piel de serpiente. En la mano derecha empuñaba una corta jabalina armada con ancha y recta punta de acero de un palmo de longitud, y con la izquierda, sujeto con una cuerda trenzada de seda e hilos de plata, guiaba un gran perro de caza, de noble aspecto.

El mensajero se prosternó, descubriendo en parte sus hombros, en señal de humillación, y luego de tocar con la frente en el suelo, se irguió, quedando con una rodilla en tierra, mientras entregaba al rey una cartera de seda que contenía otra de hilo de oro, con una carta del sultán en árabe, acompañada de una versión al inglés normando, y que puede traducirse moderadamente de la siguiente forma:

«Saladino, Rey de Reyes, a Melech Ric, el León de Inglaterra. Habiendo sido informados por tu último mensaje de que prefieres la guerra a la paz, y nuestra enemistad a nuestra amistad, te consideramos ciego en este asunto, y esperamos convencerte de tu error cuando Mahoma, el Profeta de Dios, y Alá, el Dios del Profeta, juzguen la controversia existente entre vosotros. Por otra parte, te tenemos en gran estima a ti y los regalos que nos has enviado, entre ellos los dos enanos, singulares por su deformidad, parecida a la de Esopo, y tan alegres como el laúd de Isaac. Y, en agradecimiento a estos regalos salidos del tesoro de tu generosidad, te enviamos a un esclavo nubio, llamado Zohuak, cuya inteligencia no debes juzgar, como hacen los locos de la Tierra, por el color de su rostro, porque los frutos de cascara negra son los más exquisitos en perfume. Sabe ejecutar las órdenes de su dueño con la misma fidelidad que Rustan de Zablestán; además, apreciarás su habilidad en dar consejos, cuando hayas aprendido a entenderte con él, porque el Señor de la Palabra ha sido condenado al silencio entre las paredes de marfil de su palacio. Le encomendamos a tus cuidados, confiando en que no puede tardar el momento en que te preste un gran servicio. Y con esto nos despedimos de ti, esperando que nuestro santísimo Profeta aún pueda llamarte a la contemplación de la verdad. Pero si te falta esta luz, nuestro deseo es que recobres rápidamente tu real salud para que Alá pueda juzgar entre tú y nosotros en el llano de un campo de batalla».

El mensaje llevaba la firma y el sello del sultán.

Ricardo examinó en silencio al nubio, que estaba delante de él con la vista baja, cruzado de brazos, inmóvil como una estatua de mármol negro de la más exquisita factura, que esperara la vida del contacto de Prometeo. El rey de Inglaterra a quien, como se dijo de su sucesor Enrique VIII, le gustaba ver a UN HOMBRE, se deleitaba admirando la musculatura y la simetría del que contemplaba en aquel momento, y, en lengua franca, le interrogó:

—¿Eres pagano?

—El esclavo movió la cabeza, púsose un dedo en la frente y se persignó para demostrar que era cristiano, y volvió a quedar en su actitud de inmóvil humildad.

—Un cristiano nubio, sin duda —dijo Ricardo—, y privado del órgano de la palabra por esos perros infieles.

El mudo volvió a mover la cabeza, para decir que no, levantó el índice señalando el cielo y luego lo puso sobre sus labios.

—Ya te comprendo —dijo Ricardo—: sufres la privación de la palabra por voluntad de Dios, y no por crueldad de los hombres. ¿Sabes limpiar una armadura y un cinto, y, si es preciso, ceñírselos a un guerrero?

—El mudo dijo que sí con la cabeza, y se dirigió a la cota de malla que, junto con el yelmo y el escudo del caballeresco monarca, estaba colgada de uno de los palos que sostenían la tienda, y la cogió, manejándola con suficiente habilidad para que quedara demostrado que conocía perfectamente la misión de un escudero.

—Veo tu habilidad, y sin duda serás un buen sirviente. Estarás al servicio de mi Cámara, y de mi persona —dijo el rey—, para demostrar cuánto aprecio el regalo del sultán. Si no tienes lengua, es natural que no puedas ir con indiscreciones a nadie, ni que me irrites con contestaciones inconvenientes.

El nubio se postró otra vez en tierra hasta tocar el suelo con la frente, y quedóse de pie, unos pasos atrás, como esperando órdenes de su nuevo dueño.

—Bien: puedes empezar tu tarea ahora mismo —dijo Ricardo—, porque veo empañado el escudo, y quiero que cuando lo ponga ante la cara de Saladino esté tan limpio y reluciente como el honor del sultán y el mío propio.

En el exterior de la tienda sonó un cuerno, e inmediatamente entró Sir Henry Neville con un mazo de mensajes.

—Son de Inglaterra, señor —dijo al entregárselos.

—¡De Inglaterra, de nuestra Inglaterra! —repitió Ricardo con triste entusiasmo—. ¡Ay! ¡No imaginan allí cuánto han torturado a su soberano la enfermedad y la tristeza... y los falsos amigos y los obstinados enemigos!

Procedió a abrir los pliegos, y pronto hubo de exclamar:

—¡Ah! Todo eso no viene de un país que viva en paz; también allí se pelean. Vete, Neville; debo enterarme de todo a solas y con quietud.

Obedeció Neville, y Ricardo pronto quedó absorto en los tristes detalles que le enviaban desde Inglaterra, relativos a los partidismos que destrozaban

sus dominios: la desunión de sus hermanos Juan y Godofredo; las disputas de ambos con el Gran Justicia, Longchamp, obispo de Ely; la opresión ejercida por los nobles sobre los campesinos y la rebelión de éstos contra sus señores, lo cual había dado lugar a escenas de tanta violencia, que algunas veces habían hecho derramar sangre. Detalles de incidentes que mortificaban su orgullo y atentaban a su autoridad, mezclados con prudentes avisos de sus sabios, consejeros más fieles, que le rogaban que regresara inmediatamente a Inglaterra, convencidos de que su presencia era lo único que podía salvar su reino de los horrores de la guerra civil, de que se apresurarían a aprovecharse Francia y Escocia. Lleno de la más penosa ansiedad, Ricardo leía y releía aquellas cartas de mal agüero; comparó la interpretación que en algunas de ellas se daba a los hechos, con el diferente relato que de los mismos se daba en otras, y pronto se abstrajo de todo lo que le rodeaba, a pesar de que, para disfrutar del fresco de la tarde, se hubiese sentado a la entrada de la tienda con las cortinas retiradas, de manera que podía ver y ser visto por los centinelas y todos los que estaban allí cerca.

Más adentro, en la sombra de la tienda, y ocupado en la tarea que le ordenara su nuevo dueño, el esclavo nubio estaba sentado casi de espaldas al monarca. Había terminado de limpiar y ajustar la cota y la bandolera, y en aquel momento se aplicaba al ancho escudo recubierto de plancha de acero, que Ricardo utilizaba a menudo para operaciones de reconocimiento o para atacar plazas fuertes, como más eficaz defensa contra las armas arrojadas, que el estrecho escudo triangular que utilizaba cuando montaba a caballo. Este escudo no llevaba ni los leones de Inglaterra ni otra divisa alguna susceptible de llamar la atención a los defensores de las murallas atacadas; por consiguiente, la tarea del escudero se reducía a dejar su superficie reluciente como cristal, en lo cual parecía ser muy hábil. Detrás del nubio, y muy poco visible desde el exterior, estaba tendido el gran perro, del que podía decirse que era su hermano en esclavitud, y que, como si supiera que había sido cedido a un regio propietario, yacía al lado del mudo con la cabeza y las orejas tocando al suelo y las piernas y patas encogidas debajo del cuerpo.

Mientras el monarca y su nuevo criado estaban ocupados de esta suerte, entró en escena otro actor, que se mezcló con el grupo de soldados ingleses, que, por respeto a la pensativa actitud y abstraída ocupación de su soberano, hacían la guardia delante de la tienda en un silencio absoluto, contra lo que acostumbraban. Sin embargo, no prestaban mayor atención a su servicio, que la habitual. Algunos jugaban, con piedrecitas, a juegos de azar; otros conversaban en voz baja sobre la próxima batalla, y algunos más dormían en el suelo, envueltos en sus grandes capotes.

Entre estos confiados centinelas se deslizó la andrajosa figura de un viejo turco, pequeño, vestido miserablemente, como un morabito o Santón del

desierto, especie de exaltados que alguna vez se aventuran a penetraren el campamento de los cruzados, a pesar de que allí se les trataba con desdén siempre y con violencia a veces. Pero la vida de lujo y la indulgencia de los jefes cristianos atraía a sus tiendas un considerable concurso de músicos, cortesanas y mercaderes judíos, coptos y turcos, y toda la escoria de los pueblos orientales; de manera que el caftán y el turbante no eran ningún motivo de recelo o alarma en el campamento cristiano, a pesar de que si se había formado aquella expedición era precisamente para expulsarles de Tierra Santa. Sin embargo, cuando la enjuta y miserable figura a que nos hemos referido se acercó a los soldados de la guardia, y éstos se dieron cuenta de ella, se quitó el sucio turbante verde que le cubría la cabeza, mostrando que su barba y sus cejas estaban afeitadas, como acostumbraban los juglares de profesión, y que sus raros y arrugados rasgos y la expresión de sus pequeños ojos negros correspondían a una mente enferma.

—¡Baila, morabito! —gritaron los soldados, que conocían las costumbres de aquellos exaltados vagabundos—: baila o te lo diremos con las cuerdas de los arcos, hasta que bailes como el trompo de un chiquillo.

Así le acometieron aquellos indisciplinados centinelas, contentos de tener a alguien a quien atormentar, como el niño que caza una mariposa o descubre un nido de pájaros.

Como si le complaciera satisfacer los deseos de los soldados, el morabito saltó e hizo cabriolas delante de ellos, con singular agilidad, lo cual, dado lo enjuto de su cuerpo y su seca y arrugada cara, le hacía parecer una hoja muerta dando vueltas a merced de un remolino del viento invernal. El único mechón de cabellos que emergía de su cabeza calva y afeitada parecía el asa por la que le sostuviera algún genio invisible; y en verdad, habríase podido decir que se precisaba un arte sobrenatural para ejecutar aquel baile desenfrenado, durante el cual apenas se le veía tocar el suelo con los pies. Con el torbellino del baile, saltando de acá para allá y haciendo cabriolas de una parte a otra, iba acercándose, aunque insensiblemente, hacia la puerta de la tienda del rey, de manera que cuando, al fin, se desplomó, rendido, al suelo, después de dos o tres saltos más altos que los que hiciera hasta entonces, cayó a no más de treinta yardas de la persona del monarca.

—Dadle agua —dijo un soldado—; siempre piden de beber después de sus zarabandas.

—¿Sí? ¿Agua dices, Long Allen? —exclamó otro arquero con el tono más despreciativo para el desdeñado personaje—. ¿Cómo quieres que le j guste esta bebida, después de una danza mora como esa?

—Ni el diablo encontraría una gota aquí —dijo un tercero—; es preciso que de este viejo infiel de pies ligeros hagamos un buen cristiano y que beba

vino de Chipre.

—Sí, sí —dijo un cuarto—; y en el caso de que no lo quiera, trae el cuerno con que Dick Hunter administra las purgas a su yegua.

Inmediatamente se formó un corro alrededor del exhausto derviche que yacía en el suelo, y mientras un guerrero de gran estatura levantaba al enjuto bailarín, otro le presentaba una botella de vino. Como no podía hablar, el hombre movió negativamente la cabeza y rechazó con la mano la bebida prohibida por el Profeta; pero los que le atormentaban no se dieron por satisfechos.

—¡Trae el cuerno! ¡El cuerno! —dijo uno—. No existe mucha diferencia entre un turco y un caballo turco, y le trataremos igual.

—¡Por San Jorge, que vais a ahogarle! —dijo Long Allen—, y, además, es lástima hacer engullir a un perro infiel una cantidad de vino que serviría para emborrachar de lo lindo a un buen cristiano.

—No conoces la manera de ser de esos turcos y paganos, Long Allen —contestó Henry Woodstall—. Te aseguro que ese vino le hará bailar la cabeza en sentido contrario al de las volteretas que hacía bailando, y se la dejará como antes. ¿Ahogarle? Se ahogará tanto como la perra negra de Ben con una libra de mantequilla.

—¿Y por qué le quieres negar a este pobre diablo pagano un trago aquí, en la Tierra, si ya sabes que en toda la eternidad no tendrá una gota de agua fresca para remojarse la lengua? —dijo Tomalin Blacklees.

—¡Es muy serio eso, caramba! —dijo Long Allen—. Y sólo porque es turco a causa de haberlo sido su padre antes que él. Si fuese un cristiano renegado, le daría el rincón más calentito del infierno para que estableciera allí sus cuarteles de invierno.

—¡No te metas en líos, Long Allen! —dijo Henry Woodstall—. Te aseguro que tu lengua no es de las más cortas, y te profetizo que contigo tendrá que ver el Padre Francisco, como ocurrió una vez a causa de la muchacha siria de ojos negros. Pero ahora llega el cuerno. Daos prisa: ábrele la boca con el mango de la daga.

—Espera, espera... Ya entra en razón —dijo Tomalin—; fijaos, ya pide la botella. ¡Apartaos, muchachos! Oop sey es, como dicen los holandeses, es manso como un cordero. Estas gentes son buenos bebedores, una vez han empezado, y éste no tose bebiendo ni se arrepiente de haberse decidido a ello.

En efecto, el derviche, o lo que fuera, bebió —o simuló beber— toda la botella de un solo trago, y cuando se la quitaron de los labios, después de terminada, exhaló un profundo suspiro, y sólo dijo: —Allah kerim—, o sea:

Dios es misericordioso. Los soldados que habían presenciado aquel monstruoso trago prorrumplieron en una carcajada tan fuerte, que sacó al rey de su ensimismamiento, y, levantando el dedo, dijo encolerizado: —¡Granujas! ¿No tenéis respeto ni disciplina?

Guardaron todos el más profundo silencio, conocedores del temperamento de Ricardo, que tan pronto admitía cualquier familiaridad de los soldados como exigía el más riguroso respeto, aunque esto ocurría raras veces. Los soldados se retiraron a mayor distancia de la regia persona, y probaron de arrastrar al morabito, que, rendido al parecer por la fatiga y por el vino que había engullido, forcejeando y gritando se resistió a que le sacaran del lugar donde estaba.

—¡Dejadle donde está, locos! —dijo Long Allen, en voz baja, a sus compañeros—. ¡Por San Cristóbal, que haréis enfadar a nuestro Ricardito, y a lo mejor vemos venir volando su daga y clavarse en nuestros costados! ¡Dejémosle solo, y en menos de un minuto quedará dormido como un lirón!

En aquel mismo momento el monarca les lanzó otra mirada de impaciencia, y todos se apartaron rápidamente, dejando al derviche en el suelo, imposibilitado, al parecer de mover un solo miembro o un músculo de su cuerpo. Un momento después, todo volvió a quedar tranquilo y silencioso, como antes de la llegada del turco.

CAPÍTULO XXI

Por espacio de un cuarto de hora, o más, después de ocurrido el incidente que acabamos de relatar, todo permaneció en el más absoluto silencio delante de la tienda del rey. Éste leía y meditaba a la entrada de su pabellón; detrás de él, y de espaldas a la entrada, el esclavo nubio continuaba bruñendo el gran escudo; delante, a un centenar de pasos de distancia, los hombres de la guardia, de pie, sentados o tendidos sobre la hierba, se entretenían jugando en silencio, mientras que en la explanada que mediaba entre ellos y la tienda, yacía sin sentidos el morabito, que parecía sólo un montón de andrajos.

Pero el nubio tenía la ventaja de que el escudo que estaba bruñendo había quedado tan limpio que lo reflejaba todo como un espejo, de manera que quedó sorprendido y alarmado al ver que el morabito levantaba lentamente la cabeza, como si vigilara en derredor suyo, y se movía con una precaución tan cautelosa, que no correspondía al estado de embriaguez que aparentaba. Volvió a dejar caer instantáneamente la cabeza, como si hubiese quedado convencido de que nadie le observaba, y sin demostrar el más pequeño

esfuerzo, como si se tratara de una pura casualidad, empezó a arrastrarse lentamente hacia el rey, parándose y permaneciendo quieto a ratos, como la araña que, avanzando siempre hacia su objetivo, se para como si estuviese muerta cuando ve que la observan. Esta especie de movimientos parecieron sospechosos al nubio, que, por su parte, se dispuso a intervenir tan rápidamente como pudiera, si llegaba la ocasión.

Entretanto, el morabito se iba arrastrando lenta e imperceptiblemente, como una serpiente, o, mejor, como una babosa, y cuando se encontró a unas diez yardas de Ricardo, se levantó y dio un salto como un tigre, encontrándose en un instante junto a la espalda del rey, sobre el que esgrimió un cangiar o puñal que llevaba escondido en la manga. Ni la presencia de todo el ejército habría podido salvar a su heroico monarca; pero los movimientos del nubio habían sido tan bien calculados como los del infiel, y antes de que éste pudiera herir, le cogió del brazo en el aire. Dirigiendo su fanática ira contra el que se interponía tan inesperadamente entre él y su víctima, el charegita, que no otro era este exaltado, dio un golpe con su daga al nubio, pero no le hizo sino un rasguño en el brazo, mientras que la superioridad física del esclavo dominó fácilmente al charegita y le derribó al suelo. Al ver lo que ocurría, Ricardo se levantó, y, sin manifestar en su rostro la más leve sorpresa, cólera o interés que los que puede demostrar cualquier hombre que esquiva a una zumbadora avispa y la aplasta, cogió el taburete en que estaba sentado, y, sin decir nada más que: —¡Ah, perro!—, rompió la cabeza del asesino, el cual gritó dos veces, la primera con un gran grito y después en un tono apagado, estas palabras: —Allah Ackbar! (Dios es victorioso)—, y cayó muerto a los pies del rey.

—Sois unos centinelas perfectos —dijo Ricardo, con tono de despreciativo reproche, a los arqueros, que atraídos por el ruido habían penetrado en la tienda aterrorizada y atropelladamente—. Vigiláis tan bien, que dejáis la tarea del verdugo para que la haga yo con mis propias manos. Callad todos, y basta de inútiles gritos. ¿No habéis visto nunca, por ventura, ningún turco muerto? Venid: llevaos esta carroña fuera del campamento, cortadle la cabeza y clavadla en una pica, con mucho cuidado con volverla de cara a La Meca, para que pueda decir más fácilmente al bajo impostor que le inspiró su venida aquí, el resultado que ha tenido su misión. Y tú —añadió, dirigiéndose al nubio—, negro y silencioso amigo... Pero ¿qué es eso?, tú estás herido... y con un arma envenenada, indudablemente, porque un animal tan miserable sólo podía esperar hacer un rasguño en el pellejo del león con su puñalada... Que uno de vosotros chupe la herida; los venenos no dañan los labios, aunque maten cuando se mezclan con la sangre.

Los guerreros se miraron entre sí, sorprendidos y vacilando, porque el temor a un peligro de esta clase asustaba mucho a aquella gente que no habría

temido cualquier otra cosa.

—¡Qué cobardes sois! —dijo el rey—: ¿tenéis los labios demasiado delicados o teméis morir, que os quedáis en esa actitud?

—No nos infunde miedo ningún hombre —contestó Long Allen, a quien miraba el rey—. Pero me parece que nadie se expondrá a morir como un ratón envenenado, por salvar a un animal negro como éste, que puede comprarse y venderse como un buey en el mercado.

—Su Majestad habla de chupar veneno —murmuraron varios otros—, con la misma tranquilidad que si nos dijera que fuésemos a comer moras.

—¡Basta! —dijo Ricardo—. Jamás he ordenado a nadie que haga lo que no puedo hacer yo.

Y sin más ceremonia, y a pesar de las súplicas generales de todos los que le rodeaban, y de la respetuosa resistencia del propio nubio, el rey de Inglaterra aplicó los labios a la herida del esclavo negro, riéndose de todos los avisos e imponiéndose a toda oposición. En el momento en que el rey interrumpió su singular operación, el nubio huyó corriendo de su lado, y fue a cubrirse el brazo con un trozo de tela, dando a entender con ademanes tan decididos como respetuosos, su decisión de no permitir que el monarca continuara aquella operación degradante. Long Allen también se interpuso, diciendo que, para evitar que el rey volviese a hacer una cura de aquella clase, si era preciso sus labios, su lengua y sus dientes estaban al servicio del negro, como llamaba al etíope, y que, si esto no bastaba, se lo comería entero antes que conseguir que los labios del rey volviesen a acercársele.

Neville, que entró con otros funcionarios, se sumó a estas súplicas.

—Está bien, no hay que armar tanto jaleo por un ciervo cuyo rastro han perdido los perros, o por un peligro que ya pasó —dijo el rey—. Esa herida no será nada, porque casi no sangró. Un gato furioso habría hecho un araño más profundo. Y yo, por lo que a mí respecta, me limitaré a tomar una dracma de orvietán, por precaución, aunque no sea necesario.

Así se expresó Ricardo, un poco avergonzado, quizá de su propia condescendencia, justificada por el agradecimiento y el humanitarismo. Pero cuando Neville insistió en demostrar el peligro a que había estado expuesta la regia persona, el rey le mandó callar.

—Silencio, te lo ruego; no hablemos más de eso. Sólo lo he hecho para demostrar a estos ignorantes llenos de prejuicios, lo que tienen que hacer para auxiliarse mutuamente cuando estos miserables cobardes nos ataquen con cerbatanas y dardos envenenados. Pero —añadió—, llévate a este nubio a tu cuartel, Neville. He cambiado de parecer respecto a él; que lo atiendan bien.

Oye, lo que voy a decirte al oído: mira que no se escape..., porque es más de lo que parece. Déjale en completa libertad, pero que no salga del campamento. Y vosotros, ahítos de carne, pellejos de vino, mastines ingleses, volved a vuestra guardia y procurad vigilar mejor. No creáis estar en vuestro país, donde se juega limpio, donde los hombres hablan antes de pegar y se estrechan la mano antes de cortarse el pescuezo. En nuestro país el peligro viene con la frente alta, la espada desenvainada y planta cara al enemigo a quien quiere acometer; pero aquí se desafía con un guante de seda y no con un guantelete de acero; se os corta la cabeza con una pluma de tórtola, se os atraviesa el corazón con el alfiler del broche de una sacerdotisa, o se os ahoga con la faja que lleva en su talle la enamorada. Idos, velad con los ojos despabilados y la boca cerrada, bebed menos y veréis mejor lo que ocurre en derredor vuestro, u os pondré los estómagos a una ración tan corta, que no la resistiría ni la paciencia de un escocés.

Los soldados, avergonzados y mortificados, volviéronse a su lugar, y Neville empezó a reprochar al rey el riesgo que corría perdonando tan fácilmente una falta de los soldados que estaban a su servicio. Abogó por la conveniencia de hacer un escarmiento, tratándose de un hecho grave como era haber dejado acercar a alguien tan sospechoso como el morabito a la distancia de una puñalada de su persona; pero Ricardo le interrumpió diciendo:

—No hablemos más de eso, Neville. ¿Quieres que castigue más severamente el descuido respecto a mi persona, que la desaparición de la bandera de Inglaterra? Fue robada por un ladrón o entregada por un traidor, y no por eso se ha vertido una gota de sangre. Amigo mío —dijo, dirigiéndose al nubio—, tú eres entendido en el arte de aclarar misterios, según dice el ilustre sultán; te daría tanto oro como pesas si, evocando a alguien más negro que tú o por cualquier otro procedimiento, pudieses descubrir al ladrón que hizo tal ofensa a mi honor. ¿Qué te parece?

El mudo pareció que iba a decir algo, pero exhaló sólo aquellos sonidos propios de su triste estado; luego se cruzó de brazos, miró al rey con inteligente expresión, y contestó afirmativamente con la cabeza.

—Así, pues —dijo Ricardo con alegre impaciencia—, ¿quieres intentar ese descubrimiento?

El esclavo volvió a contestar afirmativamente.

—Pero ¿cómo haremos para poder entendernos? —dijo el rey—. ¿Sabes escribir, buen amigo?

El nubio dijo que sí, otra vez, con un movimiento de su cabeza.

—Tráele recado de escribir —dijo el rey—. Era más fácil encontrarlo en la tienda de mi padre que en la mía; pero, en fin, creo que está por ahí, a no ser

que el calor de este país haya secado la tinta. Este muchacho es una alhaja, un demonio negro, Neville.

—Si me permitís decir mi humilde pensamiento, señor —dijo Neville—, me parece que sería mal negocio meternos en estos líos. Este hombre debe ser brujo, y los brujos trabajan con el enemigo, que tiene el mayor interés en sembrar la cizaña entre el trigo y traer la discordia a nuestros consejos, y...

—Calla, Neville —dijo Ricardo—. Llama a tu perro norteño cuando sigue el rastro del ciervo, y quizá venga, pero no quieras paralizar la acción de Plantagenet cuando tiene esperanzas de recobrar el honor.

Durante esta discusión, el esclavo había estado escribiendo, arte en el que parecía muy hábil; se levantó, apretó contra su frente lo que había escrito, y se prosternó como de costumbre antes de darlo al rey. El pergamino estaba escrito en francés, a pesar de que hasta entonces Ricardo le había hablado en lengua franca.

«A Ricardo, el conquistador e invencible rey de Inglaterra, el más humilde de sus esclavos. Los misterios son arquillas selladas por Dios, pero la sabiduría puede hallar la manera de abrir sus cerrojos. Si vuestro esclavo se situara en un sitio en que pudiesen desfilar ordenadamente delante de él todos los jefes del ejército, es seguro que, si el que ha hecho la ofensa que lamenta mi dueño se hallara entre ellos, su iniquidad podría ser descubierta, aunque se disimulara debajo de siete velos».

—¡Por San Jorge —dijo el rey Ricardo—, que no podías hablar más oportunamente! Neville: ya sabes que los príncipes acordaron que, cuando mañana pasemos revista a las tropas, para desagraviar a Inglaterra de la afrenta que se le hizo con la desaparición de la bandera, los jefes desfilen delante de nuestro nuevo estandarte, izado en el monte de San Jorge, y le saluden con gran ceremonia. Puedes creer que el ignorado traidor no se atreverá a estar ausente en un momento de desagravio tan solemne, temiendo que ello dé motivo a sospechas. Te las arreglarás para que nuestro consejero negro se encuentre allí, y si su arte puede descubrir al traidor, ya me las entenderé yo después con él.

—Señor —dijo Neville con la franqueza propia de un barón inglés—: cuidado con lo que hacéis. Contrariamente a lo que esperábamos, se ha podido restablecer la concordia en nuestra Santa Liga; fundada en dudosas sospechas que puede inspirar un esclavo negro, ¿queréis volver a abrir las heridas que acaban de cerrarse, y aprovechar el solemne desfile acordado como reparación a vuestro honor y restablecimiento de la unanimidad entre los príncipes desavenidos, para provocar nuevas ofensas o resucitar antiguos resentimientos? Quizá es algo fuerte lo que digo, pero eso sería olvidaros de la declaración que Vuestra Majestad hizo en la Asamblea del Consejo de la

Cruzada.

—Neville —dijo el rey, interrumpiéndole con tono de severidad—: tu celo te vuelve presuntuoso e inconveniente. Jamás prometí abstenerme de usar ningún medio susceptible de descubrir al vil autor de la ofensa inferida a mi honor. Antes de hacerlo, habría renunciado a mi reino y a mi vida, todas mis declaraciones fueron hechas bajo esta necesaria y absoluta condición; pero si Austria hubiese salido y hubiese confesado la injuria como un hombre, yo, por el bien de la Cristiandad, le habría perdonado.

—¿Quién nos asegura —agregó el barón, inquieto—, que este despabilado esclavo de Saladino no engañará a Vuestra Majestad?

—Calla, Neville —dijo el rey—; te consideras muy sabio, y no eres más que un loco. Procura ejecutar las órdenes que te he dado respecto a este individuo, en el que hay algo más de lo que tu entendimiento de Westmoreland puede descubrir. Y tú, negro silencioso, prepárate para realizarlo que has prometido, y te doy palabra de rey de que tú mismo podrás elegir la recompensa... ¡Vaya!, ya vuelve a escribir.

El mudo, en efecto, escribió, y dio al rey, en la misma forma que antes, otro pedazo de pergamino que contenía estas palabras:

«La voluntad del rey es la ley de su esclavo; no necesita éste ningún galardón para cumplir con su deber...».

—¡Galardón y deber! —exclamó el rey, interrumpiendo la lectura y dirigiéndose a Neville en inglés, recalcando sus palabras—: Estos orientales sacarán provecho de las Cruzadas: ¡ya aprenden el lenguaje de la Caballería! Y mira, Neville; fíjate qué descompuesto está el rostro de este hombre; si no fuese negro, le veríamos ruborizado. No me sorprendería que hubiese entendido lo que te he dicho, pues son expertos lingüistas.

—Ese pobre esclavo no puede soportar la fuerza de la mirada de Vuestra Majestad —dijo Neville—; eso es todo.

—Bien, pero —agregó el rey, tamborileando sobre el papel a medida que hablaba— este audaz pergamino agrega que nuestro leal mudo trae un mensaje de Saladino para lady Edith Plantagenet, y pide permiso y ocasión para entregárselo. ¿Qué te parece de una demanda tan modesta, Neville?

—No puedo decir cómo recibirá Vuestra Gracia esta libertad —dijo Neville—; pero yo creo que el cuello del mensajero de Vuestra Majestad que llevara una demanda así al sultán, estaría muy en peligro.

—¡Ah! Gracias a Dios, no le envidio ninguna de sus bellezas tostadas por el sol —dijo Ricardo—. Y, por otra parte, castigar a este hombre porque cumple con una orden de su amo, precisamente cuando acaba de salvarme la

vida, me parece que sería precipitarnos. Te diré un secreto, Neville, porque aunque nuestro mudo y negro ministro esté presente, no podrá decir nada, como ya sabes; aunque nos entendiera. Te diré, pues, que hace quince días que estoy bajo el poder de un encantamiento, y que querría ser desencantado. Nadie me ha prestado un buen servicio sin en seguida recibir de mí, como recompensa, algún grave agravio; y por otra parte, los que merecerían que les condenara a muerte por algún insulto o traición, son los que precisamente me han hecho algún servicio que es el contrapeso de su demérito, y que me obliga a revocar la sentencia en pago de la deuda de honor que tengo pendiente con ellos. Ya ves, por consiguiente, que estoy privado de la parte más noble de mis funciones regias, ya que no puedo castigar ni recompensar. Hasta que se desvanezca la influencia de este mal astro, no quiero decir nada referente a la demanda de este servidor negro, salvo que me parece muy audaz, y que la mejor manera de hallar gracia a nuestros ojos sería realizar el descubrimiento que se propone hacer en beneficio nuestro. Entretanto, Neville, vigílale y trátale con todo honor. Y, oye otra cosa —dijo en voz baja—: busca al ermitaño de Engaddi, y tráemelo, tanto si es santo como salvaje, si está loco o si está cuerdo. Quiero hablar con él a solas.

Neville salió de la tienda real, haciendo una seña al nubio para que le siguiera, muy admirado por lo que había visto y oído, y especialmente por la desacostumbrada conducta del rey. En líneas generales, no era muy difícil adivinar rápidamente el curso de los sentimientos y pensamientos de Ricardo, aunque muy a menudo era difícil calcular lo que durarían, porque no existía ninguna veleta que obedeciera con mayor docilidad a los cambios de viento que el rey a los impulsos de la pasión. Pero en aquella ocasión su proceder parecía extraordinariamente misterioso y reservado, y era difícil descubrir si en su conducta hacia el nuevo sirviente predominaba el disgusto o la simpatía, lo mismo que en las miradas que de vez en cuando le dirigía. El servicio que el rey había prestado al nubio, para contrarrestar los peligrosos efectos de la herida, podían parecer la recompensa del servicio que le prestara el esclavo al parar el golpe del asesino; pero parecía que la cuenta a saldar entre ambos era más dilatada, y que el monarca no sabía si, al fin y al cabo, su resultado le daría el carácter de deudor o de acreedor, y, por consiguiente, en el intermedio se mantenía neutral, lo cual tan bien podía resultar en un caso como en otro. Por lo que se refiere al nubio, hubiese como hubiese adquirido el arte de escribir idiomas europeos, el rey quedó convencido de que, por lo menos, desconocía el inglés, porque, habiéndole vigilado atentamente durante la última parte de la entrevista, creía que nadie que entendiera una conversación de la que él era tema, habría podido demostrar tan poco interés como él aparentaba.

CAPÍTULO XXII

Nuestro relato tiene que retroceder a un período algo anterior a los acontecimientos que acabamos de describir, cuando, como el lector puede recordar, el infortunado Caballero del Leopardo, cedido por el rey Ricardo al médico árabe, más en calidad de esclavo que de ningún otro concepto, abandonó el campamento de los cruzados, en cuyas filas tan a menudo y tan brillantemente se había distinguido. Siguió a su nuevo dueño, porque así hemos de llamar ahora a El Hakim, hacia las tiendas moras en que se albergaba su séquito y que contenían todo lo que había traído; le embargaba la estupefacción del hombre que, cayendo en lo profundo de un precipicio y salvando la vida por pura casualidad, no sabe moverse del lugar fatal, ni puede apreciar toda la extensión del peligro porque acaba de pasar. Al llegar a la tienda, sin pronunciar una sola palabra, se dejó caer sobre un lecho preparado con piel de búfalo, que su guía le señaló, y, cubriéndose el rostro con las manos, estalló en profundos sollozos, como si el corazón quisiera saltar. El médico le oyó mientras daba órdenes a sus numerosos criados de que preparasen la marcha para la mañana siguiente, antes de la salida del sol, y, movido a compasión, suspendió su tarea y se sentó, con las piernas cruzadas, al lado de la cama del caballero, y empezó a consolarle a la manera oriental.

—Amigo —díjole—: aprende a conformarte, porque, como dijo el poeta: «Es preferible que un hombre sea servidor de un amo bondadoso que no esclavo de sus propias pasiones furiosas». Confórmate, pues, porque así como Isuf Ben Yagube fue vendido por sus hermanos a un rey, al propio Faraón, rey de Egipto, en cambio, tu rey te ha dado a uno que te tratara como hermano.

Sir Kenneth hizo un esfuerzo para dar las gracias al Hakim, pero su corazón estaba tan lleno de tristeza, que su fracasada tentativa de agradecimiento fue acompañada de unos sonidos inarticulados, que dieron a entender al buen médico la conveniencia de desistir de sus prematuros intentos de consolarle. Dejó a su nuevo criado, o huésped, entregado a su dolor, y después de ordenar todos los preparativos de marcha para el día siguiente, se sentó en la alfombra que había en la tienda, e hizo un frugal refrigerio. Cuando hubo terminado, se ofrecieron al caballero escocés idénticos manjares, pero aunque los criados se esforzaron en hacerle comprender que la jornada del día siguiente estaría ya muy avanzada cuando se suspendiera la marcha para comer, Sir Kenneth no tuvo fuerzas para vencer la repugnancia que le producía la comida, y fue imposible hacerle tomar otra cosa que un sorbo de agua fresca.

Permaneció despierto hasta mucho después de que su huésped árabe, hechas sus devociones, se durmiera; era medianoche y no había podido conciliar el sueño aún, cuando observó movimiento entre sus esclavos, que,

callados y procurando no hacer ruido, se disponían a cargar los camellos para emprender la marcha. La última persona a quien despertaron, fuera del médico, fue al caballero escocés, al que, hacia las tres de la madrugada, una especie de mayordomo o intendente avisó que tenía que levantarse. Obedeció inmediatamente, sin contestar, y le siguió hasta el sitio donde esperaban los camellos a la luz de la luna; en su mayoría ya estaban cargados, y sólo quedaba uno que permanecía aún con las piernas dobladas, esperando que se completara su carga.

A pocos pasos de los camellos aguardaban varios caballos ensillados y con las riendas puestas; El Hakim llegó al cabo de un rato, montó en uno de ellos con tanta agilidad como le permita el grave decoro de su carácter, y señaló otro, que fue llevado a Sir Kenneth para que montara en él. Un alto funcionario inglés les esperaba para acompañarles a través del campamento de los cruzados, a fin de que pudiesen salir con seguridad. Fue plegada con singular rapidez la tienda que habían dejado, y los palos y el toldo constituyeron la carga del último camello; y cuando el médico pronunció con solemne entonación el versículo del Corán: «Que Dios nos guíe y el Profeta nos proteja, tanto en el desierto como en la regada llanura», toda la caravana se puso inmediatamente en camino.

Mientras atravesaban el campamento, fueron detenidos por diferentes centinelas, que les dejaron pasar unos sin decir nada, y otros, más fanáticos, murmurando entre dientes una maldición dirigida al Profeta. Al fin, dejaron atrás el último recinto del campamento, y entonces empezaron a marchar en formación militar. Dos o tres hombres montados iban a la vanguardia, y otros tantos permanecían atrás, a la distancia de un tiro de ballesta, y cuando el camino lo permitía, se destacaban otros para vigilar los flancos. Mientras adelantaban en este orden, Sir Kenneth volvió la vista atrás, contemplando el campamento a la luz de la luna, y entonces se sintió sin honor ni libertad, y realmente desterrado de aquellas brillantes banderas, bajo las cuales había esperado ganar fama gloriosa, y de aquellas tiendas cobijo de la Caballería, de la Cristiandad y de... Edith Plantagenet.

El Hakim, que cabalgaba a su lado, con su habitual entonación de consuelo, le hizo observar:

—No es de hombre sabio mirar atrás, cuando el camino está delante —y en aquel momento el caballo de Kenneth dio un peligroso paso en falso, y faltó poco para que agregara una moraleja práctica a la frase de El Hakim.

Esta advertencia decidió al caballero a poner más atención en su cabalgadura, la cual era una yegua que, a pesar de tener un paso más igual y seguro que cualquier otro animal, necesitaba la ayuda del freno y de la rienda muy a menudo.

—El carácter de este animal —dijo el sentencioso médico— puede compararse a la fortuna humana, porque aunque tenga el paso suave y seguro, el que lo cabalga debe vigilar para no caer; así como, cuando la prosperidad ha llegado a su punto culminante, la prudencia ha de velar y estar alerta para evitar los infortunios.

Hasta la miel repugna al estómago ahíto. Por consiguiente, no es de extrañar que el caballero, mortificado y rendido por sus desventuras y afrentas, se pusiese nervioso al oír que su desgracia servía de tema a proverbios y sentencias por justas y oportunas que fuesen.

—Me parece —dijo, algo malhumorado— que no necesito más demostraciones de la inestabilidad de la fortuna, y os daría las gracias, señor Hakim, por haberme elegido esta cabalgadura, si al fin pudiese dar un buen tropiezo que de verdad nos hiciera romper la cabeza a ella y a mí.

—Hermano —contestó el sabio árabe con imperturbable seriedad—: te expresas como un hombre que es presa de la locura. Tu corazón te dice que un hombre cuerdo habría dado a su huésped el caballo más joven y mejor, reservándose para él el más achacoso; pero has de saber que los defectos de una cabalgadura vieja pueden ser compensados por la energía del caballero joven, mientras que la hirviente sangre de un caballo joven necesita ser templada por la sangre fría de un viejo.

Tal dijo el sabio; pero a esta observación no añadió ninguna respuesta Sir Kenneth que diera pie a continuar el diálogo. Y el médico, cansado quizá de administrar consuelos a quien no quiere ser consolado, hizo señal a un hombre de la comitiva para que se acercara.

—Hassan —dijo—. ¿No sabes nada con que entretener el tiempo?

Hassan, narrador de historias y poeta profesional, pico espuelas y se acercó a su dueño para cumplir sus órdenes.

—Señor del Palacio de la Vida —dijo, dirigiéndose al médico—: tú, ante quien el ángel Azrael tiende las alas para huir; tú, más sabio que Solimán Ben Daud, en cuyo sello fue inscrito el VERDADERO NOMBRE del que gobierna los espíritus de los elementos; el cielo no quiera que mientras transites por el camino de la benevolencia, llevando la espada y la salud adondequiera que vayas, tu camino sea triste por falta de relatos y cantos. He aquí a tu sirviente que viene a tu lado, que extraerá los tesoros de su memoria, tal como la fuente hace correr sus aguas a la orilla del sendero para apagar la sed del que transita.

Después de este exordio, Hassan levantó la voz y empezó un cuento de amor y de magia, intercalando en él hechos guerreros y embelleciéndolo con abundantes citas de poetas persas, con cuyas obras parecía muy familiarizado el narrador. El séquito de El Hakim, salvo los que estaban ocupados en la

vigilancia de los camellos, se estrechó alrededor del poeta tanto como se lo permitía el respeto debido al sabio, para disfrutar de lo que siempre ha sido uno de los pasatiempos predilectos de los habitantes de Oriente.

En cualquier otra ocasión, y a pesar del imperfecto conocimiento que tenía del lenguaje, Sir Kenneth se habría podido interesar por aquel relato que, si bien estaba inspirado en la más extravagante fantasía y expresado con un lenguaje excesivamente pomposo y metafórico, tenía un gran parecido con los romances de Caballería que en aquella época estaban tan en boga en Europa. Pero, absorto en otros pensamientos, apenas se dio cuenta de que un hombre situado en el centro de la caravana recitó y cantó a media voz por espacio de unas dos horas seguidas; modulando su entonación según las pasiones a que se refería, y recibiendo en recompensa, ora vivos murmullos de aprobación, ora ahogadas exclamaciones de maravilla, ora suspiros y lloros, y alguna vez, aunque fuese más difícil arrancarlos de aquel auditorio, sonrisas e incluso ruidosas carcajadas.

Durante el relato, los lastimeros gemidos de un perro, que uno de los camellos llevaba metido dentro de un cesto de mimbre, atrajo alguna vez la atención del caballero ensimismado en sus desventuras. Como buen cazador que era, pronto reconoció que se trataba de su fiel perro, y por sus tristes gemidos no dudó de que el animal conocía que tenía a su dueño cerca, y que le pedía que fuese a ponerle en libertad.

—¡Ay, pobre Roswal! —dijo—; pides ayuda y consuelo a un hombre que es tan esclavo como tú mismo. Haré como quien no te oye, y no te compadeceré, porque la ternura nos haría más amarga la separación.

De esta manera transcurrieron las horas de la noche y el rato de neblinosa luz de la madrugada que en Siria forma el crepúsculo matutino. Pero cuando empezó a levantarse en el límite del horizonte la primera línea del disco del sol, y cuando sus primeros rayos horizontales se extendieron haciendo brillar las gotas de rocío en la superficie del desierto en que los viajeros acababan de entrar, la voz sonora de El Hakim se elevó, y cortó el relato del poeta, haciendo resonar en la extensión desértica la solemne intimación con que los musulmanes invitan por la mañana desde los minaretes de cada mezquita:

—¡A la oración, a la oración! ¡Dios es el único Dios! ¡A la oración! ¡Ala oración! ¡Mahoma es el Profeta de Dios! ¡A la oración! ¡A la oración! ¡El tiempo huye de vosotros! ¡A la oración! ¡A la oración! ¡El juicio se acerca a vosotros!

En un instante todos los musulmanes saltaron del caballo y se volvieron hacia La Meca, y con arena del desierto imitaron las abluciones que en cualquier otro sitio hubieran hecho con agua, mientras que con breves, pero fervientes exclamaciones, se encomendaban a Dios y al Profeta, pidiendo

perdón de sus pecados.

El propio Sir Kenneth, cuya razón y prejuicios se rebelaron al principio al ver a sus compañeros entregados a lo que él creía ser un acto de idolatría, no pudo dejar de respetar su equivocada devoción, ya que el ejemplo sirvió de estímulo a su fervor, y rogó a Dios con más elevación de espíritu, pero maravillado de que un sentimiento desconocido para él le moviera a juntar sus oraciones, aunque variando la invocación, con las de aquellos sarracenos, cuyo paganismo había considerado como un crimen que deshonoraba aquel país en el que se habían desarrollado milagros tan grandes y donde se había encendido la estrella matutina de la Redención.

A pesar de realizarse en tan extraña compañía, aquel acto de devoción brotaba de la fuente pura de los sentimientos naturales del hombre, que le llevan a cumplir con sus deberes religiosos, y produjo sus acostumbrados efectos de serenar su espíritu, tan maltratado por la rápida sucesión de desventuras. Las oraciones sinceras y graves que el cristiano dirige al Todopoderoso son la mejor lección de paciencia en las calamidades y en la aflicción. Porque, si no, ¿no sería burlarse de la divinidad con súplicas, el que la insultáramos murmurando contra sus decretos? O bien, mientras en nuestras oraciones, con palabras sinceras reconocemos la vanidad y la insignificancia de las cosas temporales en relación con las eternas, ¿cómo podríamos esperar descubrir a Aquel que lee en los corazones, si permitiéramos que el mundo y las pasiones mundanas recuperaran sus imperios inmediatamente después de una solemne oración a Dios?

Pero Sir Kenneth no era de éstos. Se sintió edificado y fortalecido, y mucho mejor dispuesto a ejecutar o a acatar aquello que su destino pudiese obligarle a soportar o a hacer.

Entretanto, los sarracenos volvieron a subir a sus cabalgaduras, la caravana reanudó la marcha y el poeta Hassan prosiguió su relato; pero su auditorio ya no le escuchaba con tanta atención. Uno de los hombres que, a caballo, había —subido hasta la cumbre de un promontorio situado a la derecha de la pequeña columna, se acercó galopando a El Hakim y conferenció con él un momento. Se despachó a otros cuatro o cinco jinetes, y el pequeño destacamento que, a lo más, estaba formado por veinte o treinta personas, empezó a seguirles con la vista, como si la actitud de aquellos hombres que avanzaban o retrocedían, hubiese de ser de buen o mal agüero. Hassan notó que su auditorio estaba distraído y preocupado, así como los demás, por lo que ocurría en el flanco, y, por consiguiente dejó de cantar, y la marcha prosiguió silenciosamente, con la sola excepción de los gritos con que los camelleros animaban a las pacientes bestias de carga, o de que algún hombre de la caravana dijese a su compañero de camino algunas palabras recelosas en voz baja.

Esta indecisión duró hasta que hubieron pasado la cumbre de los montículos de arena, desde los que los hombres de la vanguardia habían descubierto el objeto que produjo la alarma entre los viajeros. Entonces Sir Kenneth pudo ver, a la distancia de más de una milla, un punto oscuro que se movía con gran rapidez en medio del desierto, y en el que su experimentada vista reconoció un cuerpo de caballería mucho más numeroso del que constituían ellos, y que, por los frecuentes y brillantes resplandores que de él arrancaban los bajos rayos del sol naciente, no podían ser otros que europeos armados con todas sus armas.

Las miradas ansiosas que los hombres de El Hakim dirigían a su capitán, revelaban profunda inquietud; pero él, con la misma seriedad y serenidad con que invitara a su gente a la oración, hizo destacar a dos de los que montaban caballos mejores, ordenándoles que se acercaran todo lo que la prudencia permitiera a aquellos viajeros del desierto y que observaran con gran atención cuántos eran, su carácter, o qué podía temerse de sus intenciones. La proximidad del peligro o de lo que se consideraba tal, reanimó a Sir Kenneth, el cual dijo a El Hakim:

—¿Qué podéis temer de esos caballeros cristianos, como parece que son?

—¡Temer! —contestó el médico repitiendo la palabra despreciativamente—. El prudente no teme más que a Dios; pero de los malvados espera todo el mal que estos pueden hacer.

—Son cristianos —contestó Sir Kenneth—, y estamos en tiempo de tregua. ¿Por qué temer que la violen?

—Son monjes-guerreros del Temple —contestó El Hakim—, cuyos votos les obligan a no reconocer tregua ni paz con los creyentes del Islam. ¡Ojalá el Profeta hiciera caer un relámpago en el árbol, las ramas y los brotes! Su paz es la guerra y su mentira. Los demás invasores de Palestina tienen momentos y formas de cortesía. El león Ricardo perdona a quienes ha conquistado, el Águila Felipe pliega las alas cuando ha hecho presa, y hasta el Austria se duerme cuando está ahíto; pero esta horda; de lobos siempre hambrientos no se sacian ni se cansan de sus rapiñas. ¿No ves que destacan a unos cuantos hombres y que avanzan hacia Oriente? Son los pajes y escuderos a quienes inician en sus malditos misterios, y que, a manera de caballería ligera, son enviados a cortarnos el camino de la fuente. Pero se engañarán: conozco la guerra en el desierto mejor que ellos.

Dijo algunas palabras a su oficial en jefe, y su rostro y todo su aspecto pasaron en un momento de la tranquilidad solemne, propia de un sabio oriental, más acostumbrado a la contemplación que a la acción, a la expresión arrogante y alerta de un valiente guerrero, cuyo valor se despierta con la proximidad de un peligro que prevé y desprecia.

A los ojos de Sir Kenneth los momentos difíciles que se aproximaban tenían muy diferente aspecto y, cuando Adonbec le dijo: —Tienes que quedarte a mi lado, —él contestó con una solemne negativa.

—Allí están mis compañeros de armas —dijo—, los hombres en cuya compañía he jurado vencer o morir; en su bandera brilla la señal de nuestra bendita Redención. Yo no puedo huir de la Cruz para seguir a la Media Luna.

—¡Loco! —dijo El Hakim—. Lo primero que harían sería matarte, aunque sólo fuese para que no se descubriera que han violado la tregua.

—A eso me expondré —contestó Sir Kenneth—, pero no llevaré ni un momento más los grilletos de los infieles cuando se me presenta ocasión de quitármelos.

—Entonces, te obligaré a seguirme —dijo El Hakim.

—¡Obligarme! —contestó orgullosamente Sir Kenneth—. Si no fueses mi bienhechor, o por lo menos has demostrado quererlo ser, y si no fuese que debo a tu confianza la libertad de estas manos que habrías podido cargar de hierros, te demostraría, aunque voy desarmado, que no te sería fácil obligarme.

—Basta, basta —contestó el médico árabe—; estamos perdiendo un tiempo que empieza a ser precioso.

Al decir estas palabras, levantó el brazo y dio un estridente grito, como una señal a los que componían la caravana, todos los cuales se dispersaron inmediatamente por la superficie del desierto en diferentes direcciones, como las cuentas de un rosario cuando se rompe el hilo que las une. Sir Kenneth no tuvo tiempo de ver cómo acababa aquella dispersión, porque, en el mismo instante, El Hakim cogió las riendas de su caballo y, poniéndolo al paso del suyo, ambos adquirieron tan extraordinaria velocidad, que casi privaba de la respiración al caballero escocés, dejándole absolutamente imposibilitado de contener a su guía, aunque hubiese querido.

Sir Kenneth era hábil jinete, porque había practicado la equitación desde la infancia, pero el caballo más veloz que hubiese cabalgado en toda su vida era una tortuga en comparación con los del médico sarraceno. Levantaban la arena detrás de sí y parecían devorar el desierto que se extendía delante... Las millas se convertían en minutos, y, a pesar de este galope, no parecían cansados, y conservaban el mismo aliento que cuando empezaran su admirable carrera. Sus movimientos eran tan suaves como rápidos; más bien parecían volar por el aire que no galopar sobre la tierra, y no producían ninguna sensación dolorosa, salvo el vértigo natural que experimentare, que es arrebatado por una velocidad tan sorprendente, y la consiguiente dificultad en la respiración.

Al cabo de una hora de esta prodigiosa carrera, y cuando ya estaban fuera

del alcance de cualquier esfuerzo humano, El Hakim puso fin, por último, a aquella velocidad; dejó los caballos al galope ordinario, y con una voz tan segura como si hubiese marchado al paso durante toda aquella hora, empezó a hacer el elogio de las cualidades de sus caballos al escocés, quien, jadeante, medio cegado, casi sordo y atontado por la rapidez de aquella singular carrera, entendía con dificultad las palabras que su compañero pronunciaba tan tranquilamente.

—Estos caballos —dijo— son de la raza conocida con el apodo de alada, que corren más que todo, salvo el Borak del Profeta. Se les alimenta con cebada dorada del Yemen, mezclada con especias y un poco de carne seca de cordero. Los reyes darían provincias por tenerlos; en la vejez son tan ligeros como de jóvenes. Tú, nazareno, eres el primero que, no siendo un verdadero creyente, ha cabalgado jamás en uno de estos nobles animales, regalo del Profeta al bienaventurado Alí, su pariente y lugarteniente, llamado con justicia el León de Dios. El tiempo toca tan ligeramente a estos magníficos caballos, que la yegua en que vas montado ha visto pasar cinco veces cinco años sobre ella, y aun conserva la misma sangre y el mismo vigor, sólo que ahora necesita que lleve su rienda una mano más experimentada que la tuya. Bendito sea el Profeta, que dio a los verdaderos creyentes el medio de avanzar y retroceder, mientras que condena a sus enemigos cubiertos de hierro a fatigarse bajo su propio peso enorme. Los pobres caballos de estos perros de Templarios, ¡qué bufidos y relinchos deben haber dado hundiéndose hasta los jarretes en el desierto, corriendo tan sólo la vigésima parte del espacio que estos bravos corceles acaban de recorrer, sin jadear y sin que ni una gota de espuma manche su liso y reluciente pelo!

El caballero escocés, que entonces empezaba a recobrar el aliento y la atención, no pudo dejar de reconocer en el fondo de su corazón la ventaja que daba a aquellos guerreros orientales la posesión de una raza de animales tan aptos para avanzar como para retroceder, y tan admirablemente adaptados a los accidentes y a la arena de los desiertos de Arabia y de Siria. Pero decidió no aumentar el orgullo del musulmán asintiendo a las arrogantes manifestaciones de superioridad, prefiriendo que la conversación se estancara; y mirando en derredor suyo, ahora que lo permitía el moderado paso que llevaban, le pareció reconocer que se encontraba en una región que no le era totalmente desconocida.

La orilla estéril y las aguas oscuras del Mar Muerto, la cordillera de abruptas y escarpadas montañas que se levantaban a su izquierda, las dos o tres palmeras juntas, que era la única visión de vegetación que se divisaba en la extensión del triste desierto, cosas que difícilmente se olvidaban con sólo verías una vez, demostraron a Sir Kenneth que se acercaba a la fuente llamada Diamante del Desierto, que tiempo atrás fue escena de su entrevista con el

emir sarraceno Sheerkohf o Ilderim. Al cabo de pocos minutos, pararon los caballos al lado de la fuente, y El Hakim invitó a Sir Kenneth a apearse y a descansar en aquel seguro refugio. Quitaron las riendas a sus monturas y El Hakim dijo que no era preciso que se preocuparan más, porque pronto llegarían algunos de los esclavos que llevaban mejor cabalgadura, y que ellos ya harían todo lo necesario.

—Entretanto —dijo, sacando comida que dejó sobre la hierba—, come, bebe, y no te desazones. La suerte puede animar o desanimar a los hombres vulgares, pero el sabio y el soldado siempre deben estar por encima de sus veleidades.

El escocés intentó manifestar su agradecimiento portándose con docilidad, pero, a pesar de los esfuerzos que hacía para comer, en atención al ofrecimiento de su compañero, el singular contraste que existía entre su situación actual y la que tenía cuando, en el viaje que hizo por orden de los príncipes, había pasado por aquel mismo lugar, y la victoria que en él logró, le obscureció el pensamiento; y la desgana, el cansancio y la inquietud le quitaban las ganas de todo. El Hakim le tomó el pulso, y lo encontró acelerado; observó sus ojos rojizos e inflamados, le tocó las manos que hervían, y le hizo observar que su respiración era fatigosa.

—El espíritu —dijo— se perfecciona con el ayuno, pero su hermano el cuerpo, constituido de materiales más viles, necesita el auxilio del descanso. Necesitas dormir, y para que lo puedas hacer con sueño reparador, has de tomar un poco de agua a la que mezclaremos este elixir.

Sacó del pecho un frasquito de cristal protegido por una cubierta de plata labrada, y echó dentro de una copita de oro unas cuantas gotas de un licor negruzco.

—Éste —dijo— es uno de los productos que Alá ha enviado a la Tierra como una bendición, aunque muy a menudo la maldad y la debilidad de los hombres lo haya convertido en una maldición. Este licor tiene tanto poder como la copa de vino de los nazarenos para correr las cortinas de los ojos insomnes y aligerar el peso de un pecho oprimido; pero cuando se le utiliza como vicio, debilita los nervios, aniquila las fuerzas, reblandece el entendimiento y socava la vida. Pero no temas recurrir a sus virtudes cuando sea preciso, porque el sabio se calienta con la misma llama con que el loco prende fuego a su tienda.

—He visto demasiadas pruebas de tu ciencia, sabio Hakim —dijo Sir Kenneth—, para discutir tu orden.

Ingirió el narcótico, mezclado con un poco de agua de la fuente, envolvióse con el haick, o capa árabe, que antes le habían puesto detrás de la

silla de montar, y, siguiendo las indicaciones del médico, se tendió a la sombra, esperando el descanso que tanto necesitaba. Tardó un rato en dormirse, pero sintió una serie de sensaciones agradables que no le despertaron del sopor que se había apoderado de él. Luego el caballero se encontró en un estado en que, a pesar de tener conciencia de su persona y de su situación, se sentía capaz de pensar en ellas no sólo sin amargura ni sobresaltos, sino tan tranquilamente como si viera la historia de sus desventuras representadas en un teatro, o, mejor, como un espíritu puede contemplar los actos de su existencia pasada. De este estado de descanso, que, en comparación con el anterior, casi era de apatía, los pensamientos de Sir Kenneth volaron al porvenir que, a pesar de la negra perspectiva que ofrecía, él veía brillar con tan vivos colores como no habrían podido representarlos la más exaltada imaginación. Parecía como si la libertad, la gloria y el amor feliz esperaran al esclavo desterrado, al caballero sin honor y al enamorado desgraciado que había puesto sus esperanzas de felicidad más allá de las posibilidades de la suerte, y que todos estuviesen dispuestos a acatar sus deseos, gracias a la coincidencia de los más raros azares. Lentamente, y a medida que su cerebro se amodorraba, fueron desapareciendo estas alegres visiones, como los colores huidizos del sol poniente, hasta que se perdieron totalmente en el olvido, y Sir Kenneth quedó tendido a los pies de El Hakim, tan inmóvil que, a no ser por la respiración, habría parecido un cuerpo inanimado del que hubiese huido realmente la vida.

CAPÍTULO XXIII

Cuando el Caballero del Leopardo despertó de su largo y profundo descanso, se encontró en circunstancias tan diferentes de las que le rodeaban al dormirse, que no supo si soñaba aún o si la escena había cambiado por arte de brujería. En lugar de la hierba húmeda, se encontró tendido en una cama de la más fastuosa riqueza oriental; durante su sueño, unas manos caritativas le quitaron la estrecha cota de piel de camello que llevaba debajo de las mallas, substituyéndola por una camisa de dormir de lienzo finísimo y por una holgada túnica de seda. Antes no tenía otro techo que las palmeras del desierto y ahora descansaba bajo una tienda de seda, adornada con los colores más vivos de telas de la China, con una fina gasa alrededor de la cama para proteger su sueño contra los insectos, de los que había venido siendo constante y resignada presa desde su llegada a aquel país. Miró en derredor suyo para convencerse de que realmente estaba despierto, y todo lo que vieron sus ojos mostraba el mismo esplendor de su cama. Una bañera portátil de cedro, forrada de plata, estaba llena de agua tibia, y el aire estaba impregnado de los

perfumes con que se había preparado el baño. Sobre un pequeño velador de ébano, situado al lado de la mesa, se veía un sorbete del más exquisito sabor, frío como la nieve, y extraordinariamente delicioso, a causa de la sed que producía el uso del narcótico. Para desvanecer los últimos efectos de intoxicación que le dejara el brebaje, el caballero decidió tomar el baño, que le tonificó deliciosamente. Después de haberse secado con lienzos de lana india, habría querido volver a ponerse sus rústicos vestidos, porque deseaba ver si el Mundo había cambiado, afuera tanto como dentro de aquel recinto en que había descansado, pero no los pudo ver en parte alguna, y, en lugar de su ropa, encontró unos vestidos sarracenos de ricas telas, con sable y puñal, como lo usaban los emires. No sabía encontrar otra explicación a aquellas delicadas atenciones, sino que aquellos obsequios estaban destinados a poner en peligro su fe religiosa, porque, en verdad, se sabía perfectamente que la alta estima que hacia la amistad y el valor de los europeos sentía el sultán le hacían ser ilimitadamente generoso con aquellos que, después de caer prisioneros, habían decidido ponerse el turbante. Por esta razón, Sir Kenneth se persignó devotamente, resolvió hacer frente a todas aquellas trampas, y para hacerlo con más decisión prometió usar con la mayor moderación de aquellos objetos de lujo esparcidos tan liberalmente en derredor suyo. Aun sentía la cabeza turbia y como amodorrada, y dándose cuenta también de que aquel vestido de dormir no era propio para ir afuera, volvió a tenderse en la cama y pronto cayó de nuevo en el sueño. Pero esta vez su descanso fue interrumpido, pues le despertó la voz del médico, que desde la puerta de la tienda le preguntó por su salud, y si ya había descansado bastante.

—¿Puedo entrar en vuestra tienda? —añadió—. Porque tenéis echada la cortina.

—El dueño —contestó Sir Kenneth, decidido a demostrar que no había olvidado su actual condición— no necesita pedir permiso para entrar en la tienda del esclavo.

—¿Y si no vengo como dueño? —dijo El Hakim sin entrar.

—El médico —contestó el caballero— tiene libre acceso a la cabecera de su enfermo.

—Tampoco vengo como médico —contestó El Hakim—, y por esta razón te pido permiso antes de entrar bajo el techo de tu tienda.

—Quiquiera que venga como amigo —dijo Sir Kenneth—, y tú te has portado hasta ahora como tal conmigo, tiene siempre abierta la puerta del amigo.

—Tampoco es eso —dijo el sabio oriental, siguiendo la manera perifrástica de expresión corriente entre sus compatriotas—: supón que no venga como

amigo.

—Ven como quieras —exclamó el escocés, algo inquieto por estos circunloquios—, y seas lo que seas, ya sabes que no tengo poder ni deseos de impedirte la entrada.

—Así, pues, entro como tu antiguo enemigo, pero como un enemigo franco y generoso.

Mientras decía estas palabras, entró a la tienda y, cuando estuvo al lado de Sir Kenneth, la voz era todavía la de Adonbec, el médico árabe, pero el rostro, la figura y los vestidos eran los de Ilderim del Kurdistán, llamado Sheerkohf. Sir Kenneth le miró, como si esperara que se desvaneciera una visión o un fantasma creado por su fantasía.

—¿Tanto te sorprende, guerrero experto —dijo Ilderim—, ver que un soldado sabe algo del arte de curar? Te digo, nazareno, que un completo caballero tiene que saber tanto de guarnecer como de cabalgar su caballo; forjar su espada en el yunque, tanto como usarla en la batalla; bruñir sus armas, tanto como llevarlas; y, más que nada, tiene que saber curar heridas, tanto como inferirlas.

Mientras hablaba, el caballero cristiano cerraba los ojos y no se le apartaba de la mente la imagen de El Hakim, con sus holgadas ropas oscuras, el alto casquete tártaro y su actitud grave; pero tan pronto como los abría, el gracioso turbante lleno de ricas joyas, la ligera cota de mallas de acero entretejidas de plata que brillaba según los movimientos del cuerpo, los rasgos, libres de aquella seriedad, menos sombríos y no ennegrecidos por el espesor del pelo, que ahora se reducía a una barba bien peinada, anunciaban al soldado y no al sabio.

—¿Aún te dura la sorpresa? —le preguntó el emir—. Te maravillas tanto porque has ido por el mundo sin parar mientes en que los hombres no son a menudo, lo que parecen. Tu mismo, ¿eres lo que parecen?

—No, ¡por San Andrés! —exclamó el caballero—. Porque a la vista de todo el campamento cristiano paso por ser un traidor, y yo sé que soy un hombre leal, aunque haya faltado.

—Tal te considero yo —dijo Ilderim—, y como hemos comido juntos la sal, me he obligado a salvarte de la muerte y de la ignominia. Pero ¿por qué estás aún en la cama, cuando el sol está ya tan alto? ¿Es que consideras indignos de ti los vestidos que te han traídos mis camellos?

—Ciertamente, no son indignos, pero no son para mí —replicó el escocés—. Dame el vestido del esclavo, noble Ilderim, y lo llevaré a gusto, pero yo no puedo lucir el vestido del guerrero oriental libre con el turbante de los

musulmanes.

—Nazareno —contestó el emir—: en tu país la gente se abandona tan fácilmente a la sospecha, que nada tiene de extraño que sea desconfiada. ¿No te dije que el sultán no quiere convertir sino a los que el santo Profeta dispone que se sometan a su ley? Ni la violencia ni la corrupción entran en su proyecto para extender la verdadera fe. Óyeme, hermano: cuando fue devuelta la vista al ciego, las escamas cayeron de sus ojos por voluntad de Dios; ¿quizá crees que se las habría podido quitar ningún médico de la Tierra? No. Alguno muy hábil podría haber atormentado al paciente con sus instrumentos, o quizá habría aliviado sus dolores con bálsamos y cordiales, pero el ciego habría continuado en la obscuridad de las tinieblas. Lo mismo ocurre con la ceguera del entendimiento. Si entre los francos existe alguien que por afán del lucro terrenal ha tomado el turbante del Profeta y sigue la ley del Islam, que caiga la condenación sobre su conciencia. Ellos mismos se han buscado el anzuelo y no ha sido el sultán. Y cuando después de aquí sean condenados a ir, por hipócritas, al más bajo rincón del infierno, debajo de cristianos y de judíos, de magos y de idólatras, y condenados a comer el fruto del árbol Yacun, que está formado de cabezas de demonios, a ellos será, y no al sultán, a quien habrá que atribuir sus crímenes y el castigo que merezcan. Ponte, pues, sin recelo ni escrúpulo, el vestido que te hemos preparado, porque si vas al campamento de Saladino, el vestido europeo te expondría a una desagradable curiosidad, y quizá a algún insulto.

—¿Si voy al campamento de Saladino? —dijo Sir Kenneth repitiendo las palabras del emir—. ¡Ay! ¿Es que, por ventura, soy un hombre libre y no he de ir a dónde te plazca a ti llevarme?

—Tu voluntad será el único guía de tus pasos —dijo el emir—, tal como el viento mueve el polvo del desierto en la dirección que quiere. El noble enemigo que se encontró conmigo y que casi se apoderó de mi espada, no puede convertirse en mi esclavo como el que se ha rendido bajo mi cimitarra. Si la riqueza y el poder te tentaran a unirte a nuestra gente, yo puedo asegurártelos; pero el hombre que ha rechazado los beneficios del sultán cuando tenía el hacha suspendida sobre su cabeza, me temo que no los aceptará si le digo que puede elegir libremente.

—Completa tu generosidad, noble emir —dijo Sir Kenneth—, dignándote indicarme cómo puedo corresponder a ella sin perjuicio para mi conciencia. Permite que tal como me obliga la cortesía, exprese mi agradecimiento por tu caballerosa bondad y por tu generosidad, tan poco merecidas.

—No digas poco merecidas —contestó el emir Ilderim—; ¿no fue por tu conversación y por el relato que me hiciste de las bellezas que enriquecen la corte de Melech Ric, por lo que me aventuré disfrazado, procurándome de esta

manera la visión más feliz de que haya gozado en mi vida, y como no volveré a gozarla jamás hasta que las glorias del Paraíso iluminen mis ojos?

—No te entiendo —dijo Sir Kenneth, ruborizándose y palideciendo alternativamente, y comprendiendo que la conversación tomaba un cariz muy delicado.

—¡No me entiendes! —exclamó el emir—. Si el espectáculo que vi en la tienda del rey Ricardo escapó a tu vista, es que tienes el don de observación más embotado que la espada de madera de un juglar. Claro que entonces estabas pendiente de una sentencia de muerte, pero en cuanto a mí, aunque hubiese tenido la cabeza a punto de caerme del cuerpo, las últimas miradas de mis ojos empañados habrían distinguido con deleite la encantadora visión, y mi cabeza habría rodado hacia aquella incomparable hurí, para besar con los labios insensibles el borde de su falda. Aquella reina de Inglaterra, que por sus maravillosos encantos merece ser reina del Universo, ¡qué ternura tiene en sus ojos azules!, ¡cómo relucen sus trenzas, que son una cascada de oro! ¡Por la tumba del Profeta, dudo que la hurí que me ofrezca la diamantina copa de la inmortalidad pueda merecer una caricia más cálida que ella!

—¡Sarraceno! —dijo Sir Kenneth, severamente—. Hablas de la esposa de Ricardo de Inglaterra, de quien los hombres no hablan ni piensan como de una mujer que pueda amarse, sino como de una reina a la que hay que respetar.

—Te pido perdón —dijo el sarraceno—. Olvidaba la supersticiosa veneración que tenéis a la mujer, a la que consideráis más bien objeto de adoración y admiración que de posesión y placer. Pero, ya que exiges un respeto tan profundo para esa tierna obra de fragilidad, cuyos movimientos, pasos y miradas anuncian a una verdadera mujer, sostengo que hay que conceder una adoración no menos absoluta a aquella de las trenzas oscuras y de la mirada noblemente expresiva. Confieso con gusto que ella tiene un aspecto noble y un porte majestuoso, de efectiva pureza y energía, pero te aseguro que si se viese bajo la presión de la ocasión y de un enamorado decidido, en el fondo de su corazón preferiría ser tratado como mujer que como diosa.

—¡Respeto a la prima de Corazón de León! —dijo Sir Kenneth con tono visiblemente irritado.

—¿Respetarla? —contestó desdeñosamente el emir—. ¡Por la Kaaba! Si lo hiciera, sería más bien como novia de Saladino.

—¡El sultán infiel es indigno hasta de saludar la huella de las pisadas de Edith Plantagenet! —exclamó el caballero cristiano, saltando de la cama.

—¡Ah! ¿Qué dijo el Giaur? —gritó el emir, poniendo su mano en el puñal, mientras su frente relucía como cobre bruñido, y los músculos de los labios y

de las mejillas se le contraían de tal forma, que cada pelo de su barba se le erizaba, animado de instintivo furor.

Pero el escocés, que había aguantado la rabia de león de Ricardo, permaneció impasible ante la furia de tigre del emir.

—Lo que he dicho —agregó Sir Kenneth con los brazos cruzados y sin parpadear—, lo sostendría si tuviese las manos libres, a pie y a caballo, contra cualquier mortal, y no querría considerar la hazaña más famosa de mi vida sostenerlo con mi pesada espada contra un destacamento de esas hoces y punzones —y señaló el curvo sable y el pequeño puñal del emir.

El Sarraceno recobró la calma a medida que hablaba el cristiano, de manera que retiró la mano del puñal, como si el tenerla en él hubiese sido sin intención, pero continuó profundamente enojado.

—¡Por la espada del Profeta —dijo—, que es la llave del Cielo y del infierno, que aprecias muy poco la vida, expresándote en esos términos! Créeme que si tus manos fuesen libres como has dicho, un solo verdadero creyente te daría tanto que hacer, que muy pronto desearías tenerlas cargadas de hierros.

—¡Antes preferiría que me las cortaran! —contestó Sir Kenneth.

—Bien. Pero en estos momentos las tienes atadas —dijo el sarraceno en tono más amistoso—: atadas por tu propio amable sentimiento de cortesía, y yo no tengo, por ahora, ningún propósito de devolverles la libertad. Ya nos demostramos mutuamente la fuerza y el valor antes de ahora, y no es imposible que volvamos a encontrarnos en un campo de batalla; si tal ocurre, ¡vergüenza para el primero que se aleje del enemigo! Pero ahora somos amigos, y más bien esperaré de ti ayuda que no palabras duras y desconfiadas.

—Somos amigos —repitió el caballero, y se produjo un silencio durante el cual el arrogante sarraceno se paseó por la tienda como un león, del que se dice que, después de una violenta irritación, hace uso de este procedimiento para refrescar la sangre antes de irse a descansar.

El europeo, más frío, permaneció inalterable, tanto en su actitud como en su expresión; pero sin duda también hacía esfuerzos para dominar el sentimiento de ira que se le despertó tan súbitamente.

—Razonemos con calma —dijo el sarraceno—. Como has podido ver, yo soy médico, y escrito está que el que quiere curarse la herida no tiene que quejarse cuando el médico se la examina y la tiente. Como vez, estoy a punto de poner el dedo en la llaga. Tú amas a esa parienta de Melech Ric. Levanta el velo que esconde tus pensamientos, o, si prefieres, no lo levantes, porque mis ojos ven a través de los velos.

—La amaba —contestó Sir Kenneth, después de un momento de silencio —, como hombre que ama a la gracia celestial, y pedía su benevolencia como el pecador pide perdón al Cielo.

—¿Y ahora ya no la quieres? —dijo el sarraceno.

—¡Ay! —contestó Sir Kenneth—. Ya no soy digno de quererla. Te pido que no hables más de eso, porque tus palabras son como puñales para mí.

—Perdóname: sólo un momento más —agregó Ilderim—. Cuando tú, pobre y oscuro soldado, pusiste tan alto y atrevidamente tu afecto, ¿tenías esperanzas de poder satisfacer tu amor?

—No existe ningún amor sin esperanza —contestó el caballero; pero la mía se parecía más a la desesperación, lo mismo que el marinero que, braceando por salvar su vida, es levantado por las olas y ve de vez en cuando la luz de un faro lejano que le dice que tiene tierra a la vista, mientras su corazón y sus miembros le aseguran que no llegará jamás a ella.

—Y ahora —dijo Ilderim—, ¿ha naufragado esa esperanza, se ha extinguido para siempre la luz del faro?

—Para siempre —contestó Sir Kenneth, con un tono de voz que parecía un eco salido del fondo de un sepulcro en ruinas.

—Me parece —dijo el sarraceno— que si lo único que necesitaras fuese algún rayo lejano y pasajero de felicidad, como has dicho antes, tu taro podría volverse a encender, tu esperanza a resurgir del océano en que ha naufragado, y tú mismo, buen caballero, ser restituido al ejercicio y diversión de alimentar tu fantástica pasión con un manjar tan insubstancial como la luz de la luna; porque si mañana rehabilitaras tu reputación de manera que volvieses a ser lo que fuiste antes, aquella a quien amas no dejaría de ser hija de príncipes y la novia elegida de Saladino.

—Querría que ocurriese tal como dices —dijo el escocés—; y si yo no...

Dejó inacabada la frase, como quien se avergüenza de amenazar en circunstancias en que no le es permitido cumplir lo que promete. El sarraceno sonrióse y le acabó la frase:

—¿Desafiarías al sultán a combate singular? —dijo.

—Y si lo hiciera —contestó con arrogancia Sir Kenneth—, el de Saladino no sería ni el primero ni el mejor turbante que he ensartado en la punta de mi lanza.

—Sí, pero me parece que el sultán podría considerar que sería un modo demasiado desigual de correr el peligro de perder una novia real y de provocar una gran guerra —dijo el emir.

—Se le puede encontrar en un frente de batalla —dijo el caballero, con ojos centelleantes a causa de los pensamientos que le sugería esta posibilidad.

—Siempre se le encuentra allí, y no tiene la costumbre de volver grupas cuando se le presenta la ocasión de luchar con un valiente —dijo Ilderim—. Pero no era del sultán de quien quería hablarte. En pocas palabras: si puede alegrarte obtener la reputación que adquiriría el que descubriera el ladrón que robó la bandera de Inglaterra, te puedo poner en situación tal, que lo descubras tú, eso si quieres permitir que te guíe. Porque, como dice Lokman: «Si el niño quiere caminar, la nodriza tiene que sostenerlo, y si el ignorante quiere aprender, tiene que enseñarle el sabio».

—Y tú eres sabio, Ilderim —dijo el escocés—; sabio, aunque sarraceno, y generoso, aunque infiel. He podido convencerme de que tú eres ambas cosas. Toma, pues, la dirección del asunto, y siempre que no me exijas nada contra mi lealtad y mi fe de cristiano, te obedeceré puntualmente. Haz lo que me has dicho, y luego quédate con mi vida.

—Óyeme, pues —dijo el sarraceno—: tu noble perro ya está restablecido, gracias a la virtud de aquel divino remedio, que sana a hombres y animales; él, con su sagacidad, sabrá descubrir quién le hirió.

—¡Ah! —dijo el caballero—, creo comprenderte. ¡Cómo estuve tan loco, que no se me ocurrió!...

—Pero, dime —agregó el emir—: ¿tienes servidores o soldados tuyos en el campamento, a quienes pueda reconocer el animal?

—Despedí —dijo Sir Kenneth— a mi viejo escudero, tu paciente, junto con un muchacho que le asistía, cuando creímos que iba a morir, y le di unas cartas para mis amigos de Escocia; excepto con ellos, no tenía familiaridad con nadie. Pero mi persona es demasiado conocida y la voz me delatará en un campamento en que he desempeñado un buen papel por espacio de muchos meses.

—Tanto tú como él iréis disfrazados de tal forma que podréis desafiar el más escrupuloso examen. Te aseguro —añadió el médico— que ni tu hermano de armas, ni siquiera tu propio hermano de sangre, te podrán reconocer, si haces lo que te diga yo. Ya me has visto realizar cosas difíciles; quien puede sacar al agonizante de las tinieblas de la muerte, fácilmente puede velar con una niebla los ojos de los vivos. Pero fíjate en que hay una condición para que pueda prestarte este servicio: es que entregues una carta de Saladino a la prima de Melech Ric, cuyo nombre es tan difícil a nuestra lengua y labios de orientales como su belleza es deliciosa a nuestra vista.

Sir Kenneth hizo una pausa antes de contestar, y el sarraceno, observando su vacilación, le preguntó:

—¿Tienes miedo de emprender esta misión?

—No, aunque hubiese de costarme la vida —dijo Sir Kenneth—. Pero he querido meditar si el hecho de llevar esa carta del sultán es compatible con mi honor, y con el de Lady Edith recibirla de un príncipe infiel.

—¡Por la cabeza de Mahoma y por el honor de un soldado, por la tumba de La Meca y por el alma de mi padre! —dijo el emir—, te juro que la carta está escrita con todo el honor y respeto. El canto del ruiseñor marchitará antes las rosas del jardín de su enamorada, que las palabras del sultán ofendan los oídos de la bella pariente del rey de Inglaterra.

Entonces, llevaré la carta del sultán tan lealmente como si fuese un vasallo suyo, pero que quede bien sentado que, excepto ese simple acto de servicio, que cumpliré fielmente, no tiene que esperar, de mí menos que de nadie, ni mediación ni consejo en esa extraña correspondencia amorosa.

—Saladino es noble —contestó el emir—, y no querrá obligar a un generoso caballero a saltar más alto de lo que permitan sus fuerzas. Ven a mi tienda, y te pondrás un disfraz tan insondable como la medianoche; con él podrás ir al campo de los nazarenos como si llevaras en el dedo el anillo de Giaougi.

CAPÍTULO XXIV

No puede quedarle al lector la más pequeña duda sobre la verdadera personalidad del esclavo etíope, ni tampoco del propósito con que se introdujo en el campamento de Ricardo, y asimismo puede comprender qué esperanza alimentaba al encontrarse al lado de la persona de aquel monarca cuando, rodeado de los nobles pares de Inglaterra y Normandía, Corazón de León estaba en la cumbre del monte de San Jorge al lado de la bandera de Inglaterra, sostenida por el más atlético soldado de su ejército, su hermano natural Guillermo Longsword, o el de la Larga Espada, conde de Salisbury, fruto de los amores de Enrique II con la famosa Rosamunda de Woodstock.

Por algunas expresiones recogidas en la conversación del rey con Neville el día antes, el nubio quedó atormentado por la duda de si se había descubierto su disfraz, mucho más cuanto que el rey parecía enterado de la intervención que el perro había de tener en el descubrimiento del que robó la bandera, a pesar de que casi no se había hablado delante de Ricardo de la circunstancia de que en aquella ocasión resultara herido un perro. Sin embargo, como el rey continuaba tratándole de la manera que requería su exterior, el nubio quedó en la duda de si había sido descubierto o no, y decidió no despojarse

voluntariamente de su disfraz.

Entretanto, las fuerzas de los diferentes príncipes de la Cruzada, alineadas bajo las órdenes de sus regios jefes, avanzaron ordenadamente dando la vuelta al pie de la colina, y cuando las de cada país pasaban delante del monarca, sus jefes avanzaban uno o dos pasos hacia la cumbre y hacían una reverencia a Ricardo y a la bandera de Inglaterra, «en señal de cortesía y amistad», como decía textualmente el protocolo de la ceremonia, «y no de sujeción o vasallaje». Los dignatarios espirituales, que en aquellos tiempos no se descubrían ante ningún ser creado, daban la bendición al rey y a su símbolo de autoridad, en lugar de hacer la reverencia.

De esta manera desfilaron las largas hileras que, a pesar de haber sido diezmadas por tantas causas, aun formaban una hueste de hierro para la que podía parecer tarea fácil la conquista de Palestina. Los soldados, animados por esta unión de las fuerzas, se erguían en las sillas de acero, mientras las trompetas parecía que hiciesen oír sus sonidos con mayor alegría, y los caballos, en perfecto estado por el reposo y la alimentación, roían los frenos y piafaban más orgullosos. Pasaban ejércitos y ejércitos, ondeaban las banderas, relucían las armaduras, las plumas producían un vistoso abigarramiento de colores, en la larga perspectiva de una hueste formada por diferentes naciones, colores y lenguajes, armaduras y aspecto diferentes, pero todos inflamados igualmente en el fuego de la romántica empresa de arrebatar de su esclavitud a la desventurada hija de Sión y redimir del yugo del infiel pagano aquella Tierra Sagrada, por la que habían pasado santos. Y hay que confesar que, si en otras circunstancias el cortés acatamiento que tributaban al rey de Inglaterra tantos guerreros de los que él no tenía derecho a exigir ninguna clase de homenaje, habría tenido algo de humillante, la naturaleza y el motivo de aquella guerra coincidían de tal manera con su carácter caballeresco y con los extraordinarios hechos de armas que le habían dado fama, que todos olvidaban las protestas que en otra ocasión habrían formulado, y el valiente rendía voluntariamente homenaje al más valiente, en una expedición para cuyo éxito se precisaban el valor más indomable y la más perseverante energía.

El rey estaba sentado en su caballo, situado casi a la mitad del camino que conducía a la cumbre de la colina, cubierto con un sencillo casco rematado por una corona, y que le dejaba al descubierto sus varoniles facciones; con fría y observadora mirada inspeccionaba cada fila que pasaba delante de él, y devolvía el saludo a los jefes. Llevaba una túnica de terciopelo azul celeste, cubierta con placas de plata, y unos calzones acuchillados por los que asomaba un tejido de oro. A su lado estaba el supuesto esclavo nubio, que mantenía el noble perro sujeto con una correa, como acostumbraba en sus partidas de caza. Ese era un detalle que no llamó la atención, porque muchos príncipes de las Cruzadas habían introducido esclavos negros a su servicio, imitando el

bárbaro esplendor de los sarracenos. Por encima de la cabeza del rey ondeaban los grandes pliegues de la bandera, y él dirigía hacia ella a menudo su mirada, porque aquella ceremonia, que le era tan indiferente personalmente, tenía en cambio gran importancia para él, por considerarla como una reparación al ultraje inferido al reino que él gobernaba. En la cumbre de la colina se había construido una torre de madera, en la que se instalaron la reina Berengaria con sus damas. El rey también dirigía hacia allí su mirada de vez en cuando, pero sólo volvía la vista hacia el esclavo y su perro cuando se acercaban los jefes, de los que, por la mala voluntad demostrada anteriormente, sospechaba que podían haber intervenido en la desaparición de la bandera, o a los que, por lo menos, consideraba capaces de cometer una acción como aquella.

Por eso no miró hacia aquel lado cuando se acercó Felipe Augusto de Francia, a la cabeza de sus espléndidas tropas de caballería gala, sino que, al contrario, anticipándose a los movimientos de este príncipe, bajó de la colina mientras el rey de Francia la subía, de manera que se encontraron a mitad del camino y cambiaron los saludos con tanta cordialidad, que daban a entender que estaban unidos por la amistad más fraternal. La vista de los dos monarcas más grandes de Europa, iguales en categoría y poder, que confesaban tan públicamente su concordia, produjo una tempestad de aclamaciones en el ejército cruzado, que repercutieron a muchas leguas de distancia, de tal manera que las avanzadillas de los sarracenos corrieron a esparcir la alarma en el campamento de Saladino, anunciando que el ejército cristiano se ponía en movimiento. Pero ¿quién puede leer en el corazón de los monarcas, sino el Rey de reyes? Bajo aquella cordial exhibición de cortesía, Ricardo sospechaba de Felipe y estaba disgustado de él, y Felipe pensaba en retirarse él y los guerreros que con él iban, del ejército de la Cruz, y dejar a Ricardo que llevara a cabo la empresa, con la ayuda de sus solas fuerzas, o fracasara en ella.

La conducta de Ricardo fue muy diferente cuando se acercó la caballería del Temple, hombres de rostros terrosos, como los de los asiáticos, por el sol de Palestina, de obscuras armaduras, seguidos de sus escuderos, y cuyos caballos eclipsaban, por la estampa y esplendor de los arneses, a los de la caballería de Francia e Inglaterra. El rey dirigió una rápida mirada a su lado, pero el nubio permaneció quieto, y su fiel perro, tendido a sus pies, contemplaba con ojo sagaz las filas que pasaban delante de él. La mirada del rey volvió hacia los templarios, el Gran Maestre, valiéndose de su carácter mixto de guerrero y religioso, dio a Ricardo la bendición de un sacerdote, en lugar de saludarlo con la reverencia de un jefe militar.

—El orgulloso y anfibia pícaro me echa al monje encima —dijo Ricardo al conde de Salisbury—. Pero dejémoslo estar en Longsword. La Cristiandad no debe pender por un puntillo los servicios de estas lanzas tan experimentadas, a pesar de que sus victorias les hayan dado demasiado orgullo. Ahora viene

nuestro valiente adversario, el duque de Austria. Fíjate, Longsword, en su aspecto y en su modo de andar, y tú, nubio, procura que el perro le vea bien. ¡Por Dios!, se ha hecho seguir por sus juglares.

En efecto, fuera por costumbre o, lo que era más probable, para demostrar su disconformidad con la ceremonia a que iba a someterse, Leopoldo iba acompañado de su Spruch-sprecher y su juglar; y avanzó hacia Ricardo silbando para acentuar su indiferencia, a pesar de que su rostro demostraba enojo mezclado con cierto miedo, lo mismo que un muchacho se acerca al maestro después de haber cometido una travesura. Mientras el recio personaje hacía, con cara descompuesta y mirada de irritación, la reverencia obligada, el Spruch-sprecher hizo sonar su varilla, y, a manera de heraldo, proclamó que el archiduque de Austria, al cumplir aquel pacto, no renunciaba en forma alguna a la categoría y a los privilegios de príncipe soberano, a lo cual el juglar contestó con un sonoro Amén, que provocó una carcajada general entre los espectadores.

El rey Ricardo miró más de una vez al nubio y a su perro; pero ni el primero se movió ni el segundo dio tirón alguno a la correa. Dirigiéndose despreciativamente al esclavo, el rey dijo:

—Negro amigo, me parece que, a pesar de poner en juego la sagacidad de tu perro y la tuya, el éxito en esta empresa no te dará ningún lugar preeminente entre los brujos, ni te hará ganar mucho mérito entre nosotros.

Tocó el turno de desfilar ante el rey de Inglaterra a las tropas del marqués de Montserrat. Para hacer mayor ostentación de sus fuerzas, este poderoso y astuto noble la había dividido en dos cuerpos. A la cabeza del primero que estaba formado por vasallos, soldados y reclutas de sus posesiones de Siria, iba su hermano Enguerrando, y él seguía a la cabeza de un magnífico destacamento de mil doscientos estradiotas, que eran una especie de caballería ligera organizada por los venecianos en sus posesiones dálmatas y puesta a las órdenes del marqués, con quien la República mantenía estrechas relaciones. Aquellos estradiotas iban vestidos parcialmente a la europea, pero principalmente seguían llevando vestidos orientales. Usaban unas cotas cortas, con túnicas de vivos colores encima, y largos calzones y medias botas. En la cabeza llevaban altos casquetes parecidos a los de los griegos, e iban armados con pequeños escudos redondos, arcos y flechas, cimitarra y puñal. Montaban caballos escogidos y bien alimentados a costa del Estado veneciano; las sillas de montar y las guarniciones se parecían a las de los turcos, con los estribos muy cortos y las sillas muy altas. Aquellas tropas eran muy útiles en las escaramuzas con los árabes, pero menos a propósito para luchar en batalla campal, que los hombres de armas cubiertos de hierro del norte y del occidente de Europa.

A la cabeza de este magnífico destacamento iba Conrado, vestido igual que sus estradiotas, pero con telas tan ricas, que parecía estar cubierto de oro y plata. La pluma blanca como la leche que llevaba en el casco, sujeta con un broche de diamantes, era tan alta que se habría dicho que quería llegar a las nubes. El noble caballo que montaba movía los remos y se encabritaba y desplegaban tanta viveza y agilidad que, sin duda, habría dado mucho trabajo a un jinete que no hubiese tenido la habilidad del marqués, quien lo guiaba con una sola mano, mientras en la otra llevaba la vara de mando, con la que parecía ejercer sobre los estradiotas una autoridad tan absoluta como sobre su caballo. Sin embargo, este dominio sobre las tropas era más aparente que real, porque a su lado marchaba, en un caballo paciente y de paso tranquilo, un viejo demacrado, vestido completamente de negro, sin barba ni bigote, de insignificante apariencia, casi despreciable, en comparación con la brillantez de todo lo que le rodeaba. Pero aquel viejo de miserable aspecto era uno de los diputados que el Gobierno de Venecia enviaba a los campamentos para vigilar la conducta de los generales a quienes confiaba el mando de las tropas, y para mantener el sistema de espionaje y de inspección que durante tanto tiempo fue la característica de la política de la República.

Conrado, que, siguiendo el humor de Ricardo, había adquirido cierto grado de intimidad con él, no había tenido tiempo de acercársele, cuando ya el rey de Inglaterra bajaba uno o dos pasos, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Ah, señor marqués! Ahí os tenemos, a la cabeza de vuestros ágiles estradiotas, seguido, como de costumbre, por vuestra sombra tanto si sale el sol como si no sale. ¿No podríamos saber quién manda a las tropas, si la sombra o el cuerpo?

Conrado iba a contestar, sonriente, cuando Roswal, el noble perro, dio un temblé alarido, y arrebatando la correa de la mano del esclavo, se arrojó furioso contra el noble corcel del marqués, y cogiendo a éste por la garganta le derribó de su caballo. El casco emplumado rodó por tierra, y el espantado caballo huyó en una carrera salvaje a través del campamento.

—Te aseguro que tu perro ha encontrado el rastro —dijo el rey al nubio—, ¡y por San Jorge, que es un ciervo de diez cuernos! Llama a tu Perro, porque, si no, va a estrangularle.

El etíope hizo lo que se le ordenó, y, no sin dificultades, pudo arrancar al perro de encima de Conrado, a pesar de que, el animal furioso como estaba, continuaba dando fuertes tirones para librarse de la correa. Entretanto, se congregó una gran multitud en aquel lugar, especialmente partidarios de Conrado y oficiales de los estradiotas, los cuales, al ver a su caudillo yaciendo en el suelo, de cara al cielo, con los ojos aterrorizados, prorrumpieron en un gran vocerío exclamando:

—¡Despedazad al esclavo y a su perro!

—Pero, sobre todas las demás exclamaciones, surgió la voz de Ricardo, diciendo:

—¡Pena de vida a quien toque ese perro! ¡No ha hecho más que cumplir su deber utilizando la sagacidad que le dieron Dios y la Naturaleza, como un bravo animal! ¡Que se adelante el traidor! Conrado, marqués de Montserrat: ¡Te acuso de traición!

Algunos jefes sirios se habían acercado a aquel lugar, y Conrado, con vos y actitud en que estaban mezcladas la vergüenza, el despecho y la ira, exclamó:

—¿Qué significa esto? ¿De qué se me acusa? ¿Por qué se me trata indignamente y en estos injuriosos términos? ¿Es ésta la concordia que Inglaterra prometió últimamente mantener?

—¿Desde cuándo los príncipes de la Cruzada se han convertido en liebres o ardillas a los ojos del rey Ricardo, para que éste azuce contra ellos los perros? —dijo el Gran Maestre de los Templarios.

—Debe ser algún accidente fortuito, algún terrible error —dijo el rey Felipe de Francia, que llegó en aquel momento.

—Alguna trampa del diablo —añadió el arzobispo de Tiro.

—¡Un ardid de los sarracenos! —gritó Enrique de Champagne—. Deberíamos ahorcar al perro y aplicar el tormento al esclavo.

—Que nadie les ponga la mano encima —dijo Ricardo—, si aprecia su vida propia. Conrado: adelanta un paso, si te atreves, y desmiente la acusación que el instinto de este animal mudo acaba de formular contra ti; la acusación del daño que le hiciste y de tu bajo ultraje a Inglaterra.

—Jamás he tocado la bandera —dijo Conrado precipitadamente.

—Tus palabras te hacen traición, Conrado —dijo Ricardo—; porque, ¿cómo sabrías que se trata del robo de la bandera, si no te acusara de ello la conciencia?

—¿Para eso, y nada más que para eso, has armado este alboroto en el campamento? —contestó Conrado—. ¿Y has de imputar a un príncipe y aliado un delito que, al fin y al cabo, fue cometido por algún miserable desarrapado para aprovechar el galón de oro? ¿O es que quieres acusar a un aliado sin más testigos que un perro?

La alarma se había hecho tan general, que Felipe de Francia hubo de intervenir.

—Príncipes y nobles —dijo—: estáis hablando en presencia de personas

que pronto se cortarían la cabeza mutuamente con sus espadas si oían que sus caudillos se expresan en estos términos. En nombre de Dios, cesad en vuestra disputa; que cada uno de nosotros dirija sus tropas a los cuarteles, y nosotros nos reuniremos dentro de una hora en la tienda del Consejo para resolver lo que convenga en este nuevo estado de confusión.

—Aceptado —dijo el rey Ricardo—, aunque me habría gustado más interrogar a ese traidor antes de que se quitara el polvo que le ensucia su elegante vestido. Pero en este asunto, que se haga como desea el rey de Francia.

Los jefes se separaron tal como se había propuesto, poniéndose cada príncipe a la cabeza de sus fuerzas; entonces, de todas partes se oyeron retumbar gritos de guerra y el sonido de las estridentes notas de cuernos y trompetas, que llamaban a los soldados para reunirse con sus respectivas banderas, y pronto se vio a las tropas atravesar el campo en todas direcciones, dirigiéndose a sus cuarteles respectivos. Pero aunque esta disposición evitaba cualquier acto de violencia inmediato, el incidente que acababa de ocurrir ocupaba todas las imaginaciones, y los extranjeros que aquella mañana habían vitoreado a Ricardo, proclamándole el más digno de dirigir el ejército, habían vuelto a sus antiguos prejuicios contra su soberbia, mientras los ingleses consideraban comprometido su honor en la querrela, de la que circulaban versiones diferentes, y consideraban a los de los demás países celosos de la gloria de Inglaterra y de su rey, y dispuestos a socavarla por medio de las más bajas artes de la intriga. Muchos y muy diferentes fueron los rumores que circularon sobre aquel hecho; uno de ellos afirmaba que la reina y sus damas se habían asustado enormemente del tumulto, y que una de ellas se había desmayado.

El Consejo se reunió a la hora señalada. Conrado, entretanto, se había quitado el vestido mancillado por el polvo, y se recobró de la vergüenza y la confusión que, a pesar de su talento y de su agilidad, le vencieron al principio, debido a lo raro de lo ocurrido y a lo impensado de la acusación. Se había vestido como un príncipe, y entró en la sala del Consejo, acompañado del archiduque de Austria, de los Grandes Maestres del Temple y de la Orden de San Juan, y de otras varias personalidades que proclamaban abiertamente que le ayudaban y que defenderían su causa, principalmente, quizá, por motivos políticos o por la enemistad personal que sentían contra Ricardo.

Esta apariencia de unión en favor de Conrado no tuvo la menor influencia sobre el rey de Inglaterra. Éste entró en el Consejo con su habitual indiferencia, y con el mismo vestido con que se apeó del caballo. Lanzó una mirada despreocupada y algo desdeñosa a los príncipes, que, con estudiada afectación, se habían instalado alrededor de Conrado, como si se pronunciaran por su causa, y con las palabras más contundentes acusó a Conrado de

Montserrat de haber robado la bandera de Inglaterra y herido al fiel animal que la defendía.

Conrado se levantó gallardamente para contestar, y dijo que, a pesar de los hombres y de los animales, de los reyes o de los perros, afirmaba que era inocente del delito que se le imputaba.

—Hermano de Inglaterra —dijo Felipe, que voluntariamente aceptara el papel de juez moderador en la asamblea—: esta acusación es extraordinaria. No oímos que afirméis tener conocimiento personal del hecho, sino que vuestra convicción descansa sobre la conducta de este perro respecto al marqués de Montserrat. ¿Es que la palabra de un caballero y de un príncipe no ha de prevalecer sobre los ladridos de un perro?

—Real hermano —replicó Ricardo—: recordad que el Todopoderoso, que nos dio el perro para compañero de nuestros placeres y de nuestras fatigas, le dotó de un instinto natural incapaz de engañar; no olvida al enemigo ni al amigo, y recuerda con gran exactitud buenos y malos tratos. Tiene una parte de inteligencia del hombre, pero no tiene nada de su hipocresía. Podréis inducir a un soldado a que mate a un hombre con su espada, o a un testigo a mentir para hacer matar a alguien; pero no podréis hacer que un perro se arroje contra su bienhechor; él es amigo del hombre mientras el hombre no provoca su enemistad. Vestid a este marqués con los vestidos más vistosos, disfrazadle, cambiadle el color del rostro con drogas y tintes, escóndele entre un centenar de hombres, y apuesto mi cetro a que el perro le descubre y manifiesta su resentimiento como habéis podido ver hoy. No es éste un caso nuevo, aunque sea muy raro. Muy a menudo se ha podido descubrir y condenar a asesinos y ladrones mediante estas pruebas, y los hombres han dicho que en ello veían el dedo de Dios. En tu mismo país, real hermano, un caso semejante se decidió mediante un combate entre un hombre y un perro, como acusado y acusador, respectivamente, de un asesinato. El perro salió vencedor, y el hombre fue castigado, después de confesar su crimen. Creedme, real hermano, que las maldades mejor disimuladas han sido sacadas a la luz muchas veces por el testimonio de cosas inanimadas, para no mencionar otros animales que son inferiores en instinto y sagacidad al perro, que es el amigo y compañero de nuestra raza.

—Es verdad que hubo un desafío de esa clase, real hermano —contestó Felipe—, en el reinado de uno de nuestros predecesores, que Dios tenga en Gloria. Pero eso fue en otros tiempos, y no vemos que pueda ser un precedente aplicable a la presente ocasión... En aquel caso el acusado era un hombre de nacimiento humilde y oscuro; por arma tenía tan sólo un palo, y por armadura un coselete de cuero. Pero nosotros no podemos degradar a un príncipe haciéndole usar tales armas ni obligarle a la ignominia de un combate como ése.

—Jamás pensé que pudiese hacerse eso —dijo el rey Ricardo—, porque sería una mala broma exponer la vida de un noble perro contra un traidor hipócrita como ese Conrado ha demostrado ser. Pero ahí va nuestro guante; le desafiamos a combate por la evidencia que tenemos contra él. Al fin y al cabo, un rey es un contrincante demasiado elevado para un marqués.

Conrado no se apresuró mucho a recoger el guante de reto que Ricardo arrojó al centro de la asamblea, y el rey Felipe tuvo tiempo de contestar antes de que el marqués hiciera movimiento alguno para levantar el guante del suelo.

—Un rey —dijo el de Francia— es demasiado adversario para el marqués Conrado, como un perro sería demasiado poco. Real Ricardo, eso no puede permitirse. Sois el jefe de nuestra expedición, la espada y el escudo de la Cristiandad.

—Yo protesto contra ese combate —dijo el comisario veneciano—, a menos de que el rey Ricardo pague los cincuenta mil bizantes que debe a la República. Ya es bastante tener la amenaza de perder esta deuda si nuestro deudor muere a manos de los infieles, para que tengamos que añadir el peligro de que muera en riña con un cristiano, por perros y banderas.

—Y yo —dijo Guillermo el de la Larga Espada, conde de Salisbury—, protesto también de que mi real hermano ponga en peligro su vida, que es patrimonio del pueblo de Inglaterra, por una causa como ésta. Recoged vuestro guante, noble hermano, y pensad que ha sido sólo el viento el que lo arrebató de vuestra mano. Pondré el mío en su lugar. Un hermano del rey, aunque lleve la barra de bastardía en su escudo de armas, es ya un adversario bastante digno de ese maricaco de marqués.

—Príncipes y nobles —dijo Conrado—: no aceptaré el reto del rey Ricardo. Le elegimos por nuestro jefe contra los sarracenos, y si su conciencia puede contestar a la acusación de desafiar a un aliado por una causa tan leve, la mía, por lo menos, no puede soportar el reproche de aceptarlo. Pero por lo que se refiere a su hermano bastardo Guillermo de Woodstock, o cualquier otro que la quiera hacer suya o se atreva a mantener esta falsísima acusación, estoy dispuesto a defender mi honor en combate, y a demostrar que cualquiera que me acuse es un embustero.

—El marqués de Montserrat —dijo el arzobispo de Tiro— se ha expresado como hombre sabio y prudente, y me parece que esta discusión puede darse por acabada aquí, sin deshonor para ninguna de las partes.

—Creo que puede terminar así —dijo el rey de Francia—, con tal de que el rey Ricardo quiera retirar su acusación, reconociendo que ha sido hecha sobre bases demasiado ligeras.

—Felipe de Francia —contestó Corazón de León—: mis palabras no harán jamás tal ofensa a mis pensamientos. He acusado a Conrado de ladrón, porque, aprovechando la obscuridad de la noche, robó de su lugar el emblema de la dignidad de Inglaterra. Continúo creyéndolo así, y le acusó de haberlo hecho; y cuando se haya fijado el día del combate, no dudo de que, si Conrado rehúsa enfrentarse con nosotros personalmente, encontraré un campeón que quiera sostener mi desafío, porque tú, Guillermo, no debes mezclar tu larga espada en esta disputa sin nuestro especial permiso.

—Ya que mi categoría me atribuye el papel de árbitro en esta desgraciada cuestión —dijo Felipe de Francia—, fijo el quinto día a partir de hoy para decidirla por la vía de combate, de acuerdo con las costumbres de la Caballería. Habrá de comparecer Ricardo, rey de Inglaterra, personalmente o representado por su campeón, como acusador, y Conrado, marqués de Montserrat, en persona, como acusado. Aun no sé dónde encontrar un terreno neutral para dirimir esta querrela, porque eso no puede hacerse cerca de este campamento, donde los soldados querrían tomar partido por cada uno de los combatientes.

—Obraríamos bien —dijo Ricardo— recurriendo a la generosidad de Saladino, porque, aunque sea un infiel, no he conocido jamás caballero más noble y leal, y en cuya buena fe podamos confiar con mayor seguridad. Me expreso en estos términos para aquellos que puedan temer algún contratiempo; por lo que a mí respecta, dondequiera que encuentre al enemigo, lo convierto en mi campo de batalla.

—Sea así —dijo Felipe—; comunicaremos este asunto a Saladino, aunque ello sea descubrir a un enemigo el lamentable espíritu de discordia que de buena gana nos querríamos disimular a nosotros mismos, si fuese posible. Entretanto, levanto la asamblea, encargando a todos vosotros, como hombres cristianos y caballeros nobles, que no permitáis que este desventurado litigio produzca más ruido en el campamento, sino que lo consideréis como cosa solemnemente dejada al juicio de Dios, al que todos debemos rogar que conceda la victoria a la verdad, y, por lo demás, que se cumpla su voluntad.

—¡Amén, Amén! —contestaron de todas partes, mientras el templario susurraba al oído del marqués:

—Conrado: ¿no quieres añadir una plegaria para librarte del poder del Perro, como hizo el salmista?

—¡Cállate! —contestó el marqués—. Por ahí fuera corre un demonio revelador que, entre otras cosas, podría decir hasta qué punto llevas el espíritu de la divisa de orden: *Feriatur Leo*.

—¿Sostendrás el desafío? —dijo el templario.

—No lo dudes —contestó Conrado—. Claro que no me habría gustado mucho, en verdad, enfrentarme con el brazo de hierro de Ricardo, y no me avergüenza decir que no me disgusta haberme librado de tener que luchar con él; pero de su hermano bastardo abajo, ningún hombre de su ejército me da miedo.

—Está bien que estés tan confiado —dijo el templario—; y en este caso los colmillos de ese perro habrán hecho más por la disolución de esta Liga que todos los ardidés y que la daga del charegita. ¿No te fijas en que bajo una frente estudiadamente sombría, Felipe no puede disimular la satisfacción que siente ante la perspectiva de dejar esta alianza que tanto le pesa? Observa que Enrique de Champagne sonrío disimuladamente, como una espumosa copa de su vino; mira la reprimida satisfacción del de Austria, que piensa que tendrá ocasión de vengarse de su agravio sin ningún peligro personal. Cuidado, que se acerca. Son muy lamentables, real Austria, estas brechas que se abren en las murallas de nuestra Sión...

—Si os referís a la Cruzada —contestó el duque—, os digo que ya querría que se hubiese deshecho y que cada uno de nosotros estuviese en su casa. Hablo confidencialmente.

—Pero —dijo el marqués de Montserrat—, pensad que tal desunión es obra del rey Ricardo, en cuyo beneficio hemos luchado soportando tantas cosas, a quien nos sometimos como esclavos a un amo, esperando que usaría de su valor contra nuestros enemigos, en lugar de ejercerlo contra nuestros amigos.

—No veo que sea mucho más valiente que los demás —dijo el archiduque—. Yo creo que si el noble marqués hubiese decidido enfrentarse con él en la liza, se habría llevado la mejor parte, porque, si bien es verdad que el insular pega fuerte con su maza, con la lanza no es muy diestro. A mí me habría importado muy poco ponerme delante de él en nuestra pasada disputa, si el interés de la Cristiandad hubiese permitido el combate entre dos príncipes; y si lo deseas, noble marqués, yo mismo te serviré de padrino en este combate.

—Y yo también —dijo el Gran Maestre.

—Venid, pues, y comeremos en nuestra tienda, nobles señores —dijo el duque—, y hablaremos de este asunto bebiendo verdadero Nierenstein.

Y entraron juntos en la tienda, según acababan de decir.

—¿Qué han dicho nuestro dueño y estos personajes? —preguntó Jonás Schwanker a su compañero, el Spruch-sprecher, que se había tomado la libertad de acercarse a su amo cuando se levantó la sesión del Consejo, mientras el juglar se quedaba a más respetuosa distancia.

—Sirviente de la Locura —dijo el Spruch-sprecher—: modera tu curiosidad; no conviene que te diga los secretos de nuestro dueño.

—Hombre de la Sabiduría, te equivocas —contestó Jonás—. Ambos somos constantes servidores de nuestro patrón, y a ambos nos interesa saber por igual quién de los dos, la Sabiduría o la Locura, tiene más influencia sobre él.

—Ha dicho al Marqués y al Gran Maestre —contestó el Spruch-sprecher— que ya está cansado de estas guerras, y que le gustaría mucho volverse a encontrar en su casa en toda seguridad.

—Se ha equivocado, y queda fuera de juego —exclamó el juglar—; habría sido más inteligente pensar de esa manera, pero ha sido gran locura decirlo a los demás. Sigue.

—¡Ga, ejém! —dijo el Spruch-sprecher—. Luego les ha dicho que Ricardo no es más valiente que los demás, ni más diestro en la lanza.

—¡Me da vueltas la cabeza! —dijo Schwanker—. Eso es una imponente locura. ¿Qué más?

—Soy algo desmemoriado —contestó el Hombre de la Sabiduría—: les ha invitado a tomar un vaso de Nierenstein.

—Eso es una señal de sabiduría —dijo Jonás—. Ésta puedes apuntártela en tu haber, entretanto; pero si bebe demasiado, lo cual es lo más probable, me la apuntaré yo. ¿Algo más?

—Nada más que sea digno de recordarse —contestó el orador—; solamente ha dicho que le habría gustado aprovechar la ocasión para enfrentarse con Ricardo en la liza.

—¡Vete a paseo, vete a paseo! —exclamó Jonás—. Eso es chochear como un loco, y casi me da vergüenza ganarte el juego aprovechándome de ello... No obstante, aunque loco, sigámosle, sapientísimo Spruch-sprecher, y tendremos participación en el vino de Nierenstein.

CAPÍTULO XXV

Cuando el rey Ricardo volvió a su tienda, ordenó que trajeran a su presencia al nubio. Éste entró con su acostumbrada reverencia ceremoniosa, y, después de arrodillarse, permaneció de pie delante del rey en la actitud de un esclavo que espera las órdenes de su dueño. Quizá le fue beneficiosa la circunstancia de que la necesidad de conservar su ficción le obligara a

mantener los ojos fijos en el suelo, porque si hubiese tropezado con la penetrante mirada que Ricardo le dirigía en silencio no le habría sido fácil sostenerla.

—Eres un buen cazador —dijo el rey, después de una pausa—, y has levantado la caza y la has hecho salir al camino para ser cobrada, como si el propio Tristán hubiese sido tu maestro. Pero no es eso todo: es preciso abatir la pieza. Me habría gustado poder echarle el dardo con mi propia mano. Pero parece que existen consideraciones que me lo privan. Volverás al campamento del sultán, al que llevarás una carta pidiendo de su cortesía que fije un campo neutral para una justa de Caballería, y que se digne asistir él como espectador, si quiere. Ahora, hablando en supuesto, creo que en su campamento podrás hallar a algún caballero que, por amor a la verdad y por la exaltación de su honor, quiera encargarse de combatir con ese traidor Montserrat.

El nubio levantó la vista y fijó su mirada en la del rey con firme ardor; después la levantó al cielo con una expresión de tan solemne gratitud, que se le saltaron las lágrimas; luego bajó la cabeza, como afirmando haber entendido lo que deseaba Ricardo, y volvió a quedar en su actitud de sumisa atención.

—Está bien —dijo el rey—; ya veo que deseas servirme en esta ocasión. Y debo decirte que la excelencia de un servidor como tú consiste en que no habla ni discute mis propósitos, ni pide explicación alguna de lo que yo he decidido. En tu lugar, un servidor inglés me habría mareado aconsejándome que encargara el combate a alguna buena lanza de las de mi Casa, ya que, desde mi hermano Longsword abajo, todos arden de deseos de batirse por mí; y un astuto francés habría intentado mil cosas para descubrir por qué busco un campeón en el campamento de los infieles. Pero tú, mi silencioso servidor, puedes cumplir mi encargo sin preguntar, e incluso sin comprenderlo; contigo, oír es obedecer.

Una reverencia y una genuflexión fueron la respuesta que el etíope dio a estas observaciones.

—Y ahora vamos a otra cosa —dijo el rey; y hablando súbita y rápida mente, agregó—: ¿has visto ya a Edith Plantagenet?

El mudo levantó la vista en actitud como de ir a hablar, y hasta sus labios empezaron a pronunciar una especie de negativa, pero su abortado intento se resolvió en el grito inarticulado que emiten los mudos.

—¡Qué raro! —dijo el rey—. Tan sólo el nombre de una regia doncella, de tan magnífica belleza como es nuestra linda prima, parece que tenga el poder de hacer hablar a los mudos. ¡Qué milagros podrían hacer sus ojos sobre un individuo así! Lo probaremos, amigo esclavo. Verás a la más preciada belleza de nuestra corte, y después irás a llevar el mensaje al sultán.

Otra vez una alegre mirada y otra vez una genuflexión; pero cuando se levantó, el rey puso pesadamente su mano sobre su hombro, y con severa gravedad le dijo:

—Tengo que advertirte una cosa, mi negro enviado. Hasta en el caso de que sintieras que la benéfica influencia de la que pronto verás te quitara las ligaduras de la lengua que, como dice el buen sultán, tienes presa ahora entre las paredes de marfil de su palacio, procura no cambiar tu taciturno aspecto, ni decir ni siquiera un solo vocablo delante de ella, aunque milagrosamente te volviera el don de la palabra. Créeme que te haría arrancar la lengua hasta su raíz, y su palacio de marfil, que supongo que son las filas de los dientes, serían arrancados uno por uno. Por consiguiente, prudencia y silencio.

El nubio, tan pronto como el rey le quitó su pesada mano del hombro, bajó su cabeza y púsose la mano sobre los labios, en señal de silenciosa obediencia.

Pero Ricardo le volvió a poner la mano encima, más amistosamente esta vez, y agregó:

—Te damos esta orden como esclavo. Si fueses caballero o noble, apelaríamos a tu honor como prenda de tu silencio, que es una especial condición de nuestra concesión actual.

El etíope irguió el cuerpo con arrogancia, miró cara a cara al rey, y púsose la mano derecha sobre el corazón. Ricardo, entonces, llamó a su chambelán.

—Ve, Neville —dijo—, y acompaña a este esclavo a la tienda de nuestra real consorte, y dile que es deseo nuestro que sea recibido, en una audiencia privada, por nuestra prima Edith. Lleva un mensaje para ella. Si es preciso, enséñale el camino, pero ya has visto que conoce palmo a palmo nuestro campamento. Y tú también, amigo etíope —agregó el rey—, procura hacer tu cometido rápidamente y vuelve a estar aquí dentro de media hora.

—Ya me han descubierto —pensó el fingido nubio, mientras seguía a Neville, con la mirada baja y los brazos cruzados, camino de la tienda de la reina Berengaria—. No hay duda de que me han descubierto, y que el rey me ha reconocido; pero no he sabido conocer si su resentimiento conmigo es muy grave. Si he interpretado bien sus palabras, y es imposible que no las interpretara bien, me ofrece una noble posibilidad para redimir mi honor sobre el yelmo de este hipócrita marqués, cuya culpa he visto escrita en sus ojos aterrorizados y en sus temblorosos labios, cuando el rey le ha acusado. Roswal, has servido fielmente a tu dueño, y te vengaré de quien quiso matarte. Pero ¿qué significa este permiso para ver a la que yo ya desesperaba de ver otra vez? ¿Y por qué y cómo Ricardo Plantagenet consiente en que yo vea a su angelical parienta, sea como mensajero del infiel Saladino, o como delincuente desterrado, expulsado de su campamento por él mismo hace tan poco tiempo,

y que con la audaz confesión del afecto que es su orgullo, agravó todavía más su culpa? Que Ricardo quiera permitir que ella reciba una carta de un pretendiente infiel de manos de una persona de tan desproporcionada categoría, son circunstancias igualmente increíbles y que se contradicen una con otra. Pero Ricardo, cuando no está agitado por sus poderosas pasiones, es liberal, generoso y verdaderamente noble, y yo me portaré con él como corresponde, y seguiré sus instrucciones, sin buscar saber directa o indirectamente más de lo que él me ha dicho, sin poner por mi parte nada por descubrirle. Debo acatamiento y obediencia al que me proporciona una oportunidad para reivindicar mi empañado honor; y, por doloroso que sea, la deuda tiene que pagarse. Sin embargo —le dictaba su altivo pensamiento—, Corazón de León, como le llaman, podía haber medido los sentimientos de los demás por los suyos propios. ¡Yo solicitar una entrevista de su prima! ¡Yo, que ni siquiera le dije una sola palabra al recibir un regio premio de su mano, cuando yo no era el más pobre en hazañas caballerescas entre los defensores de la Cruz! ¡Yo acercarme con un vil disfraz y un vestido servil, y, ay, cuando mi condición efectiva es la de un esclavo, con una mancha de deshonor en el que fue mi escudo! ¡Yo hacer esto! ¡Qué poco me conoce! Pero le doy las gracias por la oportunidad que me ofrece, y que podrá hacer que nos conozcamos mejor uno al otro.

Cuando llegó a esta conclusión, se encontraba ya delante de la entrada del pabellón de la reina.

Desde luego, los centinelas les permitieron entrar, y Neville, dejando al nubio en un pequeño departamento o vestíbulo que él recordó muy bien, pasó al departamento usado como sala de audiencias de la reina. Neville le comunicó la voluntad del rey, en voz baja y respetuosa, muy diferente de las brusquedades de Thomas de Vaux, para quien Ricardo lo era todo, y el resto de la corte, incluso Berengaria, no eran nada. Una clara carcajada siguió a la comunicación de su encargo.

—¿Y es muy guapo ese esclavo nubio que viene de embajador con tal mensaje del sultán? Un negro, ¿verdad, Neville? —dijo una voz femenina, que era fácil reconocer como la de Berengaria—. ¿Un negro, verdad, Neville con piel negra y pelo encrespado en la cabeza, y la nariz aplastada y los labios carnosos, verdad, noble Sir Enrique?

—No olvide Vuestra Majestad —dijo otra voz— las piernas torcidas, como la hoja de la cimitarra de un sarraceno.

—Más bien como el arco de cupido, ya que viene con un mensaje de amor —dijo la reina—. Gentil Neville, siempre estás dispuestos a divertirnos, a nosotras, pobres mujeres que tenemos tan pocas distracciones para pasar nuestros aburridos momentos. Tenemos que ver a ese mensajero del amor. Yo

he visto muchos turcos y moros, pero nunca a un negro.

—Mi misión es obedecer las órdenes de Vuestra Majestad, siempre que se encargue de disculparme delante de mi soberano —dijo el cortés caballero—. Pero permitidme que asegure a Vuestra Majestad que verá algo muy diferente de lo que espera.

—¡Mejor aún si es más feo de lo que nuestra imaginación se figura el mensajero de amor elegido por Saladino, aquel galante sultán!

—Graciosa señora —dijo lady Calixta—. ¿Puedo implorar a Vuestra Majestad que permita que el buen caballero acompañe directamente al mensajero hasta lady Edith, a quien van dirigidas sus credenciales? Ya nos escapamos de otra buena broma como ésta.

—¿Escapamos? —repitió desdeñosamente la reina—. Pero quizá tengas razón, Calixta, con tu advertencia de que ese nubio, como le llaman, cumpla antes su misión con nuestra prima. Por lo demás, creo que es mudo, ¿verdad?

—Lo es, graciosa señora, contestó el caballero.

—Real entretenimiento tienen estas damas orientales —dijo Berengaria—, servidas por gente, ante los cuales pueden hablar todo lo quieren, sin que vayan a repetirlo a nadie. En cambio, en nuestro campamento, como acostumbra a decir el prelado de San Judas, un pájaro en el aire explica todo lo que ve.

—Porque —dijo Neville— Vuestra Majestad olvida que habla entre paredes de tela.

Esta observación hizo bajar el tono de las voces, y después de un breve cuchicheo, el caballero inglés volvió a buscar al etíope, y le hizo señal de que le siguiera. Así lo hizo, y Neville le acompañó a un pabellón algo apartado del de la reina, que, al parecer, servía de alojamiento a lady Edith y a su servicio. Una de las doncellas coptas recibió el mensaje que le entregó Sir Enrique Neville, y al cabo de muy pocos minutos, el nubio fue introducido en presencia de Edith, mientras Neville quedó en el exterior de la tienda. La esclava que le había hecho entrar se retiró a una señal de su dueña, y fue con humilde actitud, no solamente en el ademán, sino también en lo más profundo de su alma, como el desgraciado caballero, tan raramente disfrazado, puso rodilla en tierra, con la vista baja y los brazos cruzados sobre su pecho, como un criminal que espera su sentencia. Edith iba vestida igual que cuando recibió al rey Ricardo: el largo y transparente velo negro la cubría como la sombra de una noche envuelve un bello paisaje, velando y obscureciendo las bellezas que no puede esconder del todo. En la mano tenía una lámpara de plata, alimentada con alguna esencia aromática, que ardía con extraordinaria claridad.

Cuando Edith hubo avanzado un paso en dirección al esclavo, inmóvil y arrodillado, enfocó la luz hacia su rostro, como si quisiera examinar sus rasgos más detenidamente, volvióse en seguida y puso la lámpara de manera que la sombra de su rostro se dibujara de perfil sobre la cortina que colgaba a su lado. Por último, le dirigió la palabra, con voz serena, aunque profundamente triste.

—¿Sois vos? ¿Sois verdaderamente vos, bravo Caballero del Leopardo, gentil Sir Kenneth de Escocia; sois verdaderamente vos..., tan servilmente disfrazado, rodeado de cien peligros?

Al oír la entonación de la voz de su dama, tan inesperadamente dirigida a él, y en tono de compasión rayano en la ternura, subió a los labios del caballero la correspondiente respuesta, y a duras penas las órdenes de Ricardo y su propia promesa de silencio pudieron evitar que contestara que la visión que tenía ante los ojos y que las palabras que acababa de oír eran suficientes para recompensar la esclavitud de toda una vida y los peligros que amenazaban aquella vida a cada momento. Sin embargo, se contuvo, y un profundo y apasionado suspiro fue la única respuesta que dio a la pregunta de la noble Edith.

—Veo... comprendo que no me he engañado —continuó Edith—. Reparé en vos tan pronto como os vi por primera vez cerca de la tribuna en que estuve con la reina. Además, reconocí también a vuestro valiente perro. No sería una verdadera dama, digna de los servicios de un caballero como sois vos, si un disfraz y un cambio de color pudiesen esconderle a un servidor fiel. Habla, pues, sin miedo a Edith Plantagenet. Ella sabe cómo premiar en la adversidad al caballero que la ha servido y honrado y ha hecho gestas de armas en su nombre cuando la fortuna le acompañaba. ¡Callas todavía! ¿Es por miedo o por vergüenza? El miedo debería serte desconocido; y en cuanto a la vergüenza, déjala para los que te ofendieron.

El caballero, desesperado al verse obligado a desempeñar un papel mudo en una entrevista tan interesante, no pudo expresar su mortificación, sino con nuevos suspiros y poniéndose el dedo sobre los labios. Edith retrocedió, como si estuviera disgustada.

—¡Cómo! —dijo—. Asiático por el vestido y mudo por los hechos. No esperaba eso yo. ¿O es que me desprecias, por ventura, porque confieso tan atrevidamente que me he fijado en el homenaje que me has dedicado? No pienses mal de Edith por eso; ella conoce lo suficiente los límites que la reserva y la modestia prescriben a una doncella noble, y también sabe cuánto y hasta qué punto el agradecimiento le permite pasar sobre ellos y confesar su sincero deseo de reparar las injusticias a que por ella se expuso un buen caballero. ¿Por qué te retuerces las manos con desesperación? ¿Es posible —añadió, temblando ante la idea que se le ocurría— que su crueldad te haya

imposibilitado materialmente de hablar? Mueves la cabeza. Sea un sortilegio o sea una obstinación, no te preguntaré nada más, pero dejaré que cumplas tu mensaje a tu manera. Yo también puedo ser muda.

El disfrazado caballero hizo un ademán como lamentando su estado y procurando calmar el disgusto de la joven, mientras, envuelta en el paño de seda y oro de costumbre, le presentaba la carta del sultán. Ella la tomó, la miró displicentemente y la echó a un lado, y volviendo otra vez la vista hacia el caballero, le dijo en voz baja:

—¿Ni siquiera una palabra tienes que decirme?

Él se llevó las manos a la frente, desesperadamente, como para expresar el dolor que experimentaba al hallarse imposibilitado de obedecerla; pero ella le volvió la espalda con enfado.

—Vete —dijo ella—. He hablado bastante, demasiado, con quien no se digna dirigirme ni siquiera su palabra de respuesta. Vete y di, si te he ofendido, que también me he impuesto penitencia, porque si yo fui el infeliz instrumento con que se te hizo desertar de un lugar de honor, en esta entrevista he olvidado mi propio valor, y me he rebajado a tus ojos y a los míos propios.

Se cubrió el rostro con las manos, y pareció vivamente agitada. Sir Kenneth iba a acercarse, pero ella le hizo retroceder.

—¡Lejos de ahí! El cielo te ha modelado el alma a medida de tu nueva condición. Otro menos embrutecido y menos cobarde que un esclavo mudo me habría dicho una palabra de agradecimiento, aunque sólo fuera para congraciarme con mi propia degradación. Dime, ¿por qué callas?... ¡Vete!

El disfrazado caballero miró, involuntariamente hacia la carta, como para prolongar su estancia en aquel lugar. Ella la cogió, y dijo, con ironía y desprecio:

—Lo había olvidado: el sumiso esclavo espera una contestación al mensaje que ha traído. ¿Qué es eso?... ¡Del sultán!

Recorrió precipitadamente el texto, que estaba escrito en árabe y francés, cuando terminó soltó una carcajada de amarga irritación.

—Esto excede todo lo imaginable —dijo—; ningún juglar sería tan diestro para un cambio tal. Su prestidigitación puede transformar cequíes y bizantes en doits y maravedises; pero ¿puede convertir su arte a un caballero cristiano, considerando siempre de los más bravos de la Cruzada, en un esclavo que besa el polvo de un sultán infiel, en el portador de una insolente declaración de amor de un pagano a una doncella cristiana, y hacerle olvidar las leyes de la honorable Caballería y las de la religión? Pero me repugna hablar al esclavo voluntario de un perro infiel. Di a tu amo, cuando los vergajazos te hayan

hecho recuperar la palabra, lo que me has visto hacer —y al decir estas palabras arrojó al suelo la carta del sultán, y puso sus pies sobre ella—. Y dile que Edith Plantagenet desprecia el homenaje de un sultán infiel.

Al decir estas palabras, hizo acción de huir del caballero, cuando éste arrodillado a sus pies con la más amarga desesperación, se aventuró a poner su mano en el borde de sus faldas para que no se marchara.

—¿No has oído lo que te he dicho, vil esclavo? —dijo volviéndose rápidamente de cara a él y hablando con arrogancia—. Di al infiel sultán, tu dueño, que tanto desprecio sus ofrecimientos como desprecio la humillación de un indigno renegado de la religión y de la Caballería, de Dios y de su dama.

Dijo, y huyó de él, arrancándole la ropa de las manos, y salió de la tienda.

Al mismo tiempo se oyó la voz de Neville, que le llamaba desde el exterior. Agotado y estupefacto por lo que había sufrido durante aquella entrevista que le había sumido en una situación de la que sólo habría podido salir rompiendo la palabra dada al rey, el desventurado caballero se tambaleaba, más que andaba, detrás del noble inglés, hasta que llegaron al pabellón real, delante del cual acababa de apearse un destacamento de jinetes. El interior de la tienda estaba iluminado y reinaba en ella mucho movimiento, y cuando Neville entró, en unión de su disfrazado seguidor, encontró al rey con varios miembros de su nobleza, ocupados en dar la bienvenida a los que acababan de llegar.

CAPÍTULO XXVI

Se oía la voz franca y vibrante de Ricardo repartiendo alegres saludos.

—¡Thomas de Vaux! ¡Mi corpulento Tom de los Gills! Por la cabeza del rey Enrique, que llegas tan a punto como llega siempre una botella de vino para el bebedor empedernido. Casi no habría sabido cómo disponer la batalla si no hubiese tenido tu imponente masa de carne como punto de mira para alinear a mis tropas. Muy pronto andaremos a golpes, Thomas, si los santos nos ayudan; y si hubiésemos luchado en tu ausencia, habría esperado oír decir que te habían encontrado colgando de algún saúco.

—Confío en que habría soportado mi desengaño con más cristiana paciencia —dijo Thomas de Vaux—, antes que morir como un apóstata. Pero doy gracias a Vuestra Majestad por su buen recibimiento, que no puede ser más generoso, ya que se trata de un banquete de golpes en el que con vuestra venia, sois vos quien siempre está dispuesto a llevarse la mayor parte. Pero ahí traigo a alguien a quien creo que Vuestra Majestad dará mucha mejor acogida.

La persona que se adelantó para hacer reverencia a Ricardo era un joven de baja estatura y enjuto de carnes. Su vestido era tan modesto como insignificante su figura; pero en el casquete llevaba un broche de oro con un diamante, cuyo brillo sólo era comparable al de los ojos a que hacía sombra el casquete. Este era el único rasgo que impresionaba de su rostro; mas éste, una vez observado, producía viva impresión en el espectador. Pendiente del cuello por una cinta de tafetán de seda azul celeste, llevaba un wrest, como se llamaba entonces a la llave utilizada para afinar el arpa, y que era de oro macizo.

Este personaje iba a arrodillarse respetuosamente delante de Ricardo, pero el monarca le hizo levantar con alegre solicitud, le estrechó calurosamente contra su pecho y le besó en ambas mejillas.

—¡Blondel de Nestle! —exclamó con gran alegría—. ¡Bienvenido de Chipre sea mi rey de los trovadores! ¡Bienvenido cerca del rey de Inglaterra, quien no pone más alta su dignidad que la tuya! He estado enfermo, amigo, y, por mi alma, que creo que tu ausencia fue causa de ello, porque me parece que si me hallara a mitad del camino de la puerta del cielo, tus estrofas me harían retroceder. ¿Y qué ocurre de nuevo, mi buen maestro, en el país de la lira? ¿Qué se sabe de los trouveurs de Provenza? ¿Y qué dicen los trovadores de la alegre Normandía? Y, sobre todo, tú, ¿has trabajado mucho? Pero sobra preguntártelo. Aunque quieras, no puedes pasar mucho tiempo sin hacer nada. Tus nobles cualidades son como un fuego que arde por dentro y que te obliga a exhalarlo en música y canto.

—He aprendido algunas cosas y también he hecho otras varias, noble rey —contestó el celebrado Blondel con tímida modestia, que no podía ser vencida por la entusiasta admiración de Ricardo.

—Te queremos oír, amigo. Te queremos oír ahora mismo —dijo el rey; y dándole bondadosos golpecitos en la espalda, agregó—: Es decir, si no estás muy cansado por el viaje; porque preferiría reventar mi mayor caballo antes que empañar una sola nota de tu voz.

—Mi voz, como siempre, está al servicio de mi real señor —dijo Blondel—; pero Vuestra Majestad —añadió mirando unos papeles que yacían sobre la mesa—, parece que tiene en la cabeza asuntos de mayor importancia, y ya va haciéndose tarde.

—No, mi querido Blondel. Estaba esbozando un plan de batalla contra los sarracenos, cuestión de un momento: casi el mismo rato que se necesita para derrotarles.

—Sin embargo —dijo Thomas de Vaux—, creo que no estaría de más saber cuántos soldados puede alinear en batalla Vuestra Majestad. Traigo

informes de Ascalón sobre este particular.

—Eres un mulo, Thomas —dijo el rey—; un verdadero mulo por tu estupidez y terquedad. Venid, señores... Haced corro..., haced corro. Poneos alrededor de él. Trae un taburete para Blondel. ¿Dónde está el portador del arpa? O bien: un momento... Dejadle la mía, que quizá la suya se haya desafinado algo durante el camino.

—Desearía que Vuestra Gracia se enterara de mi informe —dijo Thomas de Vaux—. Vengo de muy lejos, y prefiero escuchar desde la cama, que no que me hagan cosquillas a la oreja.

—¡Cosquillas en tus orejas! —dijo el rey—; debería ser con plumas de chocha y no con dulces armonías. Oye, Thomas, ¿pueden distinguir tus orejas los cantos de Blondel de los rebuznos de un asno?

—A fe mía, señor —contestó Thomas—, que no puedo decirlo; pero, sin ofender a Blondel, que es un perfecto caballero, y que, sin duda, tiene muchos conocimientos, contestaré a la pregunta de Vuestra Gracia y diré que siempre que veo a un trovador pienso en un asno.

—Y tu cortesía —dijo Ricardo—, ¿no podría haberme exceptuado a mí, que soy tan perfecto caballero como Blondel, y colega suyo en la gaya ciencia?

—Vuestra Gracia debe recordar —contestó De Vaux, sonriendo— que es inútil pedir cortesía a una mula.

—Muy bien dicho —contestó Ricardo—; y peor aún, cuando se trata de un animal tan mal educado como eres tú. Pero ven acá, señor asno, descarga; y vete a revolcarte en tu yacija, sin que eches a perder nuestra música. Entretanto, buen hermano Salisbury, ve a la tienda de mi esposa, y dile que Blondel ha llegado, con un zurrón lleno de poemas nuevos. Dile que venga en seguida; tú mismo puedes acompañarla, y procura que no se quede atrás nuestra prima Edith Plantagenet.

Su mirada posóse un momento en el nubio, con aquella equívoca expresión que tenían sus ojos cuando le miraban.

—¡Ah! ¿Ya está de regreso nuestro silencioso y discreto mensajero? Esclavo: ponte de pie detrás de Neville, y oirás unas armonías que te harán dar gracias a Dios de que no te haya afligido con la sordera, en lugar de privarte de la palabra.

Dijo, y volvió la espalda a los reunidos, y, con De Vaux, se ensimismó en los detalles militares que le presentaba el barón.

Casi al mismo tiempo en que el señor de Gilsland terminó su audiencia, un mensajero anunció que la reina se acercaba a la tienda con su séquito.

—¡Traed un garrafón de vino —dijo el rey—; de aquel viejo vino del rey Isaac de Chipre que tomamos cuando el asalto a Famagusta! Llenad un vaso para el conde de Gilsland, que es, señores, el más leal y activo servidor que haya tenido jamás un príncipe.

—Me satisface —dijo Thomas de Vaux— que Vuestra gracia encuentre que la mula es un esclavo útil, aunque su voz sea menos musical que el pelo de caballo o el alambre.

—Bien: ¿No has podido digerir todavía el piropo de la mula? —dijo Ricardo—. Hazlo pasar con un vaso de vino, porque si no se te atragantará... Muy bien: ¡sabes beber! Y ahora, te diré que tú eres un soldado como yo, y que en el salón tenemos que soportarnos las bromas mutuamente, lo mismo que nos propinamos los golpes en el torneo, y apreciamos tanto más cuanto más fuerte nos peguemos. Pero, por mi fe, que si en nuestro último encuentro no pegaste tan fuerte como pegué yo, hiciste cuanto pudiste para defenderte. Pero ésta es la diferencia que existe entre tú y Blondel. Tú no eres más que mi camarada, y podría decir mi discípulo, en el arte de la guerra; en cambio, Blondel es mi maestro en la ciencia de la poesía y de la música. A ti te permito la libertad de intimar conmigo; a él le debo respetar porque es superior a mí en su arte. ¡Ea! No te enfurruñes más y quédate a oír nuestras canciones.

—Por ver a Vuestra Majestad tan contento —dijo el señor de Gilsland—, me quedaría; por mi fe, que me quedaría hasta que Blondel terminara el gran romance del rey Arturo, que dura tres días.

—No pondremos tu paciencia a prueba hasta tal extremo —dijo el rey—. Pero mira el alegre resplandor de antorchas que se ve allí afuera: es que llega mi esposa. Ve a recibirla, y haz méritos antes los ojos más brillantes de toda la Cristiandad. No te entretengas en arreglarte el vestido. Fíjate: ya has dejado que Neville se interponga entre el viento y las velas de tu galera.

—Pero jamás le vi delante de mí en el campo de batalla —dijo De Vaux, algo contrariado por habersele anticipado el oficioso chambelán.

—No; ni él ni nadie te pasa delante, allí, mi buen Tom de los Gills —dijo el rey—, salvo nosotros alguna que otra vez.

—Sí, señor —dijo De Vaux—; hagamos justicia al desgraciado. También alguna vez vi delante de mí al infeliz Caballero del Leopardo, porque él pesaba menos que su caballo, y por consiguiente...

—¡Alto ahí! —dijo el rey, interrumpiéndole enérgicamente—; ni una palabra más sobre él.

Y en el mismo momento avanzó para ir a recibir a su real consorte, y después de saludarla, le presentó a Blondel como rey de los trovadores y

maestro suyo en la gaita ciencia. Berengaria, que sabía perfectamente que la afición de su esposo a la poesía y a la música era casi igual a su pasión por la fama guerrera, y que Blondel era su favorito, tuvo buen cuidado de saludarle con las más lisonjeras deferencias que se podían tener para con una persona a quien el rey se complacía en honrar. Y era evidente que, si para corresponder como era debido a los halagos que ella le prodigaba, Blondel prodigaba sin reservas los elogios a la regia belleza, agradecía más y aceptaba con mayor reverencia los sencillos y graciosos saludos de Edith, que quizá le parecieron más cordiales y más sinceros, precisamente por su brevedad y sencillez.

La reina y su real esposo se dieron cuenta de esta distinción, y Ricardo, viendo a su esposa algo mortificada por la preferencia que se daba a su prima, preferencia de que hasta el propio rey no estaba muy satisfecho, dijo, con voz lo suficientemente alta para que pudieran oírle ambos:

—Nosotros, los poetas, como puedes apreciar Berengaria, por la conducta de nuestro maestro Blondel, tratamos con mayor respeto a un juez severo como nuestra prima, que a un amigo parcial y amable como tú, que esté dispuesto a creer en nuestro mérito sólo por la fe de una palabra.

Edith se sintió molesta por el sarcasmo de su real pariente, y no vaciló en contestar:

—No soy el único miembro de la familia Plantagenet que juzgue con dureza y severidad.

Quizá habría dicho algo más, relacionado con el temperamento de la Casa, que derivaba su nombre de la sencilla retama (Planta Genista), adoptada como emblema de humildad, y que seguramente era una de las Casas más orgullosas que jamás hubiesen gobernado a Inglaterra; pero cuando sus ojos, enardecidos por el fuego de su respuesta, se dieron cuenta, súbitamente, del nubio, a pesar de que éste se esforzaba en esconderse detrás de los nobles que asistían a la reunión, se dejó caer en un sillón, palideciendo de tal suerte, que la reina Berengaria se vio obligada a pedir que trajeran agua y esencias y a proceder a todas las ceremonias apropiadas al desmayo de una dama. Ricardo, que sabía la fuerza del espíritu de Edith, dijo a Blondel que se sentara y empezara su poema, afirmando que la música era lo mejor para hacer volver en sí a un Plantagenet.

—Cántanos —le dijo— aquel romance de «La túnica ensangrentada», cuyo argumento me explicaste antes de que me marchara de Chipre. A estas horas ya debes saberlo de memoria, o es que se te ha roto el arco, como dicen nuestros guerreros.

Sin embargo, la mirada inquieta del trovador no se apartaba de Edith, y hasta que vio reaparecer los colores en sus mejillas no se dispuso a obedecer

las repetidas órdenes del rey. Entonces, acompañándose con el arpa, que era como una nueva gracia añadida a su voz, pero que no ahogaba lo que decía, cantó, en una especie de recitación, una de aquellas antiguas aventuras de amor y Caballería que se había hecho popular ya hacía mucho tiempo. Tan pronto como empezó el preludio, su insignificante exterior personal pareció desaparecer, y se le iluminó el rostro con el entusiasmo y la inspiración. Su voz llena, varonil, sonora y tan bien dominada por el buen gusto, encantaba los oídos y cautivaba los corazones. Ricardo, alegre como después de una victoria, reclamó silencio con una cita muy apropiada:

«Oíd, señores, en el campo y el salón...»,

mientras que, con la solicitud de un dueño y de un alumno a la vez, arregló los asientos que formaban corro e impuso silencio a todos; él mismo se sentó con actitud de interés y expectación, no despojada de la seriedad de un crítico consumado. Los cortesanos volvieron la vista hacia el rey, dispuestos a imitar todas las emociones que pudiesen expresar su cara, y Thomas de Vaux bostezó tremendamente, como quien se somete por fuerza a una dura penitencia. Naturalmente, el romance de Blondel estaba escrito en lengua normanda, pero los siguientes versos expresan su argumento y su estilo:

LA VESTE SANGRIENTA

PRIMERA ESTANCIA

Ya se ponía el sol tras Benevento

la víspera del día de San Juan.

Todos los caballeros preparaban

las armas con que habían de justar.

Recorre un pajecillo el campamento

buscando a un caballero, que Thomas

de Kent tiene por nombre; la princesa

de Benevento envíale a buscar.

Lejos de los suntuosos pabellones

el paje encuentra un mísero tendal.

Ninguna pompa, sólo acero y hierro

el mensajero ve desde el umbral.

Con los brazos desnudos hasta el hombro

se aplica un caballero a aderezar

la recia cota con que habrá mañana
de luchar por su dama y por San Juan.
«Me ha dicho mi señora... —empieza el paje,
mientras el caballero, al escuchar
el nombre de su dama, se arrodilla—
que te ama tanto, aunque es princesa real,
cual nunca un caballero ha sido amado.
Pero un abismo inmenso como el mar
a los dos os divide; has de salvarlo
cumpliendo una proeza sin igual».
Prosigue el paje: «Ha dicho mi señora...
—se inclina el caballero a tierra más—
que mañana, al saltar a la palestra,
irás sin armadura; en su lugar
ceñirás esta veste que mi dueña
se ciñe cada noche al acostar.
Vistiendo suave lino en vez de hierro
las armas en la liza haz de justar.
Luchando así, te colmarás de gloria
o muerto en el palenque quedarás».
El caballero besa, reverente,
la veste y dice, con serena faz:
«Responde a mi señora que esta veste
campeón del torneo me verá
y que su premio espero». Aquí termina,
hidalgos, una estancia del cantar
de la veste sangrienta y del torneo
que hubo en Benevento por San Juan.
—Has cambiado el ritmo de la última estrofa, Blondel —dijo el rey.
—Es verdad, señor, —dijo Blondel—. Recogí estos versos de un viejo

poeta italiano que encontré en Chipre, y como no he tenido tiempo de traducirlos bien o de aprenderlos de memoria, me he visto obligado a llenar las lagunas de los versos y de la música con una improvisación, como hacen los campesinos cuando reparan un seto de leña seca con una fajina de ramas verdes.

—Por mi fe, que me gusta el ritmo de esas sonoras estrofas; me parece que se adaptan a la música mejor que los versos cortos.

—Ambos están permitidos, como sabe Vuestra Gracia —contestó Blondel.

—Así es, Blondel —dijo Ricardo—; pero creo que para la escena que describen, están mejor estos retumbantes versos, que resuenan como una carga de caballería, mientras que el otro metro es el paso calmoso del caballo de una dama.

—Será como guste a Vuestra Gracia —contestó Blondel. Y volvió a empezar un preludio.

—Antes estimula tu imaginación con un vaso de vino de Quío —dijo el rey—. Y, oye: si quieres creerme, evita el obstáculo de las rimas regulares y justas. Paralizan la fuente de la inspiración, y hacen que parezcan un hombre que baila con grilletes en los pies.

—Pero son grilletes muy fáciles de quitar —dijo Blondel, pulsando de nuevo las cuerdas del arpa, como si prefiriese cantar a oír críticas.

—Pues, ¿por qué no te los quitas? —insistió el rey—. ¿Por qué pones grilletes de hierro a tu imaginación? Me maravilla que puedas hacerlo así. Me parece que, a mí, me habría sido imposible componer una sola estrofa con esa difícil métrica.

Blondel bajó la vista, e hizo como quien está muy ocupado con las cuerdas del arpa, para disimular la sonrisa que le escapaba; pero ello no pasó desapercibido al observador Ricardo.

—¡Por mi fe, que te estás riendo de mí, Blondel! —dijo—. A decir verdad, eso merece quien quiere presumir de maestro y no es más que un discípulo. Pero los reyes tenemos la costumbre de creer que entendemos de todo. Vamos: sigue adelante con tu poema, queridísimo Blondel, y hazlo como quieras, que siempre será superior a lo que te aconsejemos nosotros, a pesar de que no sepamos abstenernos de charlar.

Blondel siguió con su poema; pero como le era familiar la improvisación, no dejó de complacer los deseos del monarca, y quizá, al fin y a la postre, no le disgustaba aprovechar aquella oportunidad para demostrar que le era fácil modificar los versos de un poema mientras lo recitaba.

SEGUNDA ESTANCIA

El día del torneo de San Juan
duros combates hay en la palestra.
Entre canciones y fulgir de aceros
los vencedores ganan gloria, mientras
van a la tumba los vencidos. Muchos
son los guerreros que su brío muestran.
Resalta uno que en vez de armadura
ciñe veste sutil de damisela.
Tantas heridas combatiendo sufre
que está la veste roja, de sangrienta.
«Voto de honor debe ser ése —dicen
los paladines—; cese la contienda;
a hombre tan bravo, no es hidalgo herirle».
De orden del rey, proclaman las trompetas
acabada la liza. Es campeón
el paladín de la veste sangrienta.
Terminadas las fiestas y la misa,
un escudero lleva a la princesa
una veste deshecha de estocadas,
de polvo y sangre y de sudor cubierta,
rasgada por las lanzas, maculada
de espuma de caballo, y de tierra.
¡Para asirla los dedos de la dama
limpia de sangre ni una punta queda!
«Mi señor, Sir Tomás de Kent, devuelve
esta veste a su dama, la princesa
de Benevento. A riesgo de su vida,
en azarosa y sin igual pelea,
el mar que os separaba, él ha cruzado,
y ahora en la fe de vos, señora, espera

que ya en tal peligro le pusisteis
ante el mundo cumpláis vuestra promesa.

Mi señor, devolviéndoos esta veste,
os reclama otro don a vos, princesa
ya que más cara os ha de ser sin duda
la veste por rasgada y por sangrienta».

Ruborizada, la princesa toma
la túnica y, besándola, contesta:

«Yo probaré a mi caballero cuanto
me es querida la sangre de esta prenda».

Y, llegado el momento de ir los nobles
en procesión solemne hasta la iglesia,
ella, sobre su manto purpurado,
ciñe la rota túnica sangrienta.

Y al sentarse al banquete en el palacio
y al escanciar la gran copa paterna,
sobre sus ricos trajes y sus joyas
ciñe la misma veste la princesa.

Con asombro murmuran los señores
y las damas, con burla, cuchichean.

Con duro enojo, el príncipe a su hija
el rostro vuelve y, fiero, la amonesta:

«Puesto que así proclamas tu locura,
en castigo a tu impúdica insolencia
y a la sangre que en balde has derramado,
de la ciudad tu padre te destierra».

Tomás de Kent estaba exhausto y débil:
pero se alza y responde, en voz severa:

«La sangre que, abundante como el vino,
por tu hija he vertido, mía era

y con placer la di. Pues tú la privas
de este tu señorío y sus riquezas,
nada me importará cuando conmigo
sea condesa de Kent, en Inglaterra...».

De toda la concurrencia surgió un murmullo de aplausos, siguiendo el ejemplo del propio Ricardo, que prodigaba los elogios a su trovador favorito, y que terminó regalándole una sortija de gran valor. La reina se apresuró a obsequiar al favorito con un rico brazalete, y otros muchos nobles que asistían al acto siguieron el regio ejemplo.

—¿Habrás vuelto insensible nuestra prima Edith —dijo el rey— a la música del arpa, que le gustaba tanto antes?

—Edith da las gracias a Blondel por su poema —dijo ella—; pero agradece aún más la gentileza del pariente que lo ha sugerido.

—Tú estás enfadada, prima mía —dijo el rey—; enfadada porque la heroína del poema es una mujer más fantástica que tú. Pero no me escaparás. Te acompañaré, paseando, hacia el pabellón de la reina. Tú y yo tenemos que hablar antes de que el sol desvanezca la noche.

La reina y sus damas ya estaban en pie, y los demás huéspedes salieron de la tienda real. Una escolta con antorchas encendidas y una guardia de arqueros esperaba a Berengaria en el exterior del pabellón, para acompañarla a su tienda, adonde llegó al cabo de poco rato. Tal como él había propuesto, Ricardo caminó al lado de su parienta, y la obligó a aceptar su brazo por apoyo, de manera que pudiera hablarse sin que les oyeran.

—Bien: ¿qué respuesta debo dar al noble sultán? —dijo Ricardo—. Los reyes y los príncipes me abandonan, Edith; este último incidente todavía les ha alejado más de mí. Yo quiero hacer algo por el Santo Sepulcro, si no por medio de la victoria, en virtud de un acuerdo, y la suerte de mi actuación depende, por desgracia, del capricho de una mujer. Preferiría tener que enfrentarme con las diez mejores lanzas de la Cristiandad, a tener que discutir con una terca muchacha que no sabe qué es lo que le conviene más. ¿Qué respuesta debo dar, pues, al sultán? Debe ser decisiva.

—Dile —contestó Edith— que la más pobre de los Plantagenet se casaría antes con un pordiosero que con un infiel.

—¿Diré con un esclavo, Edith? —dijo el rey—. Me parece que eso se aproxima más a tus pensamientos.

—No existe razón alguna —dijo Edith— para la sospecha que tan groseramente insinúas. La esclavitud del cuerpo puede compadecerse, pero la

del alma, sólo puede despreciarse, ¡vergüenza, rey de la feliz Inglaterra! Tú has encadenado el cuerpo y el alma de un caballero, cuya fama, antes, sólo podía envidiar a la tuya.

—¿No era deber mío evitar que mi parienta bebiera el veneno, manchando el vaso que lo contenía, pues que no vi ningún otro recurso para que aborreciera la bebida fatal? —contestó el rey.

—Eres tú —replicó Edith— quien me quiere hacer beber veneno. Un veneno contenido en un vaso de oro.

—Edith —dijo Ricardo—: yo no puedo forzar tu decisión; pero medítalo bien, antes de cerrar una puerta que nos abre Dios. El ermitaño de Engaddi, a quien los papas y los concilios han considerado profeta, ha leído en los astros que tu matrimonio me reconciliaría con un poderoso enemigo y que tu esposo sería cristiano, lo cual hace esperar que la conversión del sultán y la entrada de los hijos de Ismael en el seno de la Iglesia sería el premio de tu boda con Saladino. Es preciso que hagas algún sacrificio antes de echar a perder esta feliz ocasión.

—Los hombres pueden sacrificar corderos y cabritos —dijo Edith—, pero no el honor y la conciencia. He oído contar que la deshonor de una doncella cristiana fue lo que llevó los sarracenos a España; no es de creer que la vergüenza de otra les haga marchar de Palestina.

—¿Y llamas vergüenza a ser emperatriz? —dijo el rey.

—Llamó vergüenza y deshonor a profanar un sacramento cristiano, participando en él con un infiel que no lo respetará; y llamo loca deshonor al hecho de que yo, hija de príncipes cristianos, consienta, por mi propia voluntad, en ser reina de un harén de concubinas infieles.

—Está bien, prima mía —dijo el rey, después de una pausa—; no quiero indisponerme contigo, a pesar de que pensaba que tu condición de dependencia te haría ser más condescendiente.

—Mi señor —contestó Edith—: Vuestra Gracia heredó dignamente toda la riqueza, dignidad y dominios de la Casa Plantagenet; no reprochéis, pues, a vuestra pobre parienta que sólo le haya quedado el orgullo.

—¡Por mi fe, muchacha —dijo el rey—, que me has desarmado con esas palabras! Así, pues, besémonos y seamos amigos. Ahora mismo iré a expedir tu respuesta a Saladino. Pero después de todo, ¿no sería mejor suspender tu decisión hasta que le hayas visto? Dicen que es muy arrogante.

—No existe probabilidad alguna de que nos veamos jamás, señor —dijo Edith.

—¡Por San Jorge, que esa probabilidad está más cerca de lo que crees! —

dijo el rey—. Porque Saladino nos concederá, sin duda, un campo neutral para el combate suscitado con motivo de la cuestión de la bandera, y querrá presenciarlo. Berengaria asistirá también, y me atrevo a suponer que ninguna de vosotras, damas y camareras, querrá dejar de concurrir y tú menos que cualquier otra. Pero ¡vaya! Ya hemos llegado al pabellón, y tenemos que separarnos; separarnos en paz, que tú querrás sellar con los labios, lo mismo que con las manos, dulce Edith. Como soberano, tengo el derecho de besar a mis bellas vasallas.

La besó respetuosa y afectuosamente, y regresó a través del campamento inundado por la luz de la luna, susurrando algunos fragmentos de las estrofas de Blondel, que le habían quedado en la memoria.

Al llegar a la tienda, redactó en seguida una carta dirigida a Saladino, y la dio al esclavo, encargándole que marchara al nacer el día para llevarla al sultán.

CAPÍTULO XXVII

A la mañana siguiente, Felipe de Francia invitó a Ricardo a celebrar una conferencia, en la que, luego de reiterar el gran aprecio en que tenía a su hermano de Inglaterra, le comunicó, en términos tan corteses como claros, que no dejaban lugar a ninguna mala interpretación, su decidido propósito de volverse a Europa para atender a los asuntos de su reino, pues estaba totalmente desalentado respecto al futuro de aquella expedición, tanto a causa de la disminución de las fuerzas militares como por las discordias interiores. Ricardo insistió, pero en vano; y cuando terminó aquella entrevista, recibió, sin sorprenderse, un mensaje del archiduque de Austria y de otros varios príncipes, anunciándole la misma decisión que tomara Felipe. Con frases muy concretas, los comunicantes alegaban como motivo de su defección de la causa de la Cruz la desordenada ambición y el arbitrario espíritu de dominación del rey Ricardo de Inglaterra. Éste perdió todas las esperanzas de proseguir la guerra con éxito, y, mientras derramaba amargas lágrimas sobre sus arruinadas esperanzas de gloria, no le servía, ciertamente, para consolarse el pensamiento de que su fracaso era imputable, en parte, a la ventaja que dieron a sus enemigos las impetuosidades e intemperancias de su carácter.

—No se habrían atrevido a abandonar de esta manera a mi padre —dijo a De Vaux, con la amargura de su tristeza—. Nadie habría creído las calumnias que se hubiesen podido propagar contra un rey tan sabio; en cambio, yo, ¡loco de mí!, no sólo les he dado pretexto para abandonarme, sino que les he puesto en situación de poder achacar a mis flaquezas la culpa de la ruptura.

Estos pensamientos atormentaban de tal forma al rey, que De Vaux se alegró cuando la llegada de un embajador de Saladino cambió hacia otro rumbo la dirección de los pensamientos del rey.

Este nuevo enviado era un emir muy respetado por el sultán, y llamado Abdallah El Hadgi. Descendía de la familia del Profeta, y pertenecía a la raza o tribu de Hashem, y a causa de esta ilustre ascendencia, llevaba un turbante verde de grandes proporciones. Había hecho tres veces el viaje a La Meca, de lo cual procedía su epíteto de El Hadgi, o sea: el peregrino, pesar de estos variados méritos a la santidad, Abdallah era (para lo que son los árabes) un compañero jovial, a quien gustaba oír contar historietas divertidas, y que dejaba de lado su seriedad cuando se presentaba la ocasión de vaciar una botella, en secreto, para evitar el escándalo. Era también un estadista, cuya habilidad había sido aprovechada por Saladino en varias negociaciones con los príncipes cristianos, y principalmente con Ricardo, que conocía personalmente a El Hadgi, y le apreciaba mucho. Animado por la rapidez con que el enviado de Saladino accedió a conceder un campo adecuado para el combate y salvoconducto a todos los que quisieran asistir al mismo, ofreciendo su propia persona como garantía de su fidelidad, Ricardo olvidó pronto sus fracasadas esperanzas y la cercana disolución de la Liga Cristiana, para entregarse a las interesantes discusiones preparatorias de un combate en liza.

El lugar denominado Diamante del Desierto fue designado para punto de la lid, por ser equidistante del campamento cristiano y del sarraceno. Se acordó que Conrado de Montserrat, el acusado, y sus padrinos, el archiduque de Austria y el Gran Maestre de los Templarios irían allí el día fijado, con sólo un centenar de hombres armados; que Ricardo de Inglaterra y su hermano Salisbury, que sostenían la acusación, asistirían con una fuerza igual, para proteger a su campeón; y que el Sultán, llevaría una guardia de quinientos hombres seleccionados, número que Ricardo consideró equivalente a las doscientas lanzas cristianas. Todas las personalidades de ambas partes que quisieran presenciar el combate no podrían llevar más arma que la espada, y ninguna defensiva. El sultán se encargaría de hacer preparar el campo y de proporcionar alojamiento y alimentos de todas clases a los que asistieran a la solemnidad; y en su carta expresaba muy cortésmente el placer que le causaba la perspectiva de una entrevista personal y pacífica con Melech Ric, y el deseo ferviente de que su recibimiento le fuese lo más agradable posible.

Acordados todos los preparativos, y comunicados que fueron al acusado y a sus padrinos, Abdallah El Hadgi fue invitado a una entrevista más íntima, en la que pudo apreciar las estrofas de Blondel. Con gran cuidado, empezó por quitarse su turbante verde, para no llamar la atención; lo substituyó por un casquete griego, cantó una canción persa de taberna y se bebió toda una botella de vino de Chipre, para demostrar que su modo de obrar estaba en

contraposición con sus principios. Al día siguiente, tan serio y sobrio como el abstemio Mirglip, bajó la frente, hasta tocar el polvo, ante el escabel de Saladino, y dio cuenta de su embajada al sultán.

La víspera del combate, Conrado y sus amigos marcharon al despuntar el alba hacia el punto señalado, y Ricardo salió del campamento a la misma hora con idéntico objeto, pero por diferente camino, precaución que había creído necesaria para evitar la posibilidad de una colisión entre sus hombres y los del marqués.

El propio rey no tenía humor de pelearse con nadie. Nada podría añadirse al placer que se prometía con un combate a muerte en liza, salvo el que le habría proporcionado el hecho de ser uno de los contendientes, y hasta llegó a sentir compasión por Conrado de Montserrat. Armado someramente, vestido con gran riqueza, y alegre como un novio en el día de la boda, Ricardo cabalgaba, risueño, al lado de la litera de la reina Berengaria, mostrándole los paisajes por donde pasaban, y alegrando con historietas y canciones la monotonía del inhospitalario desierto. La ruta que siguió la reina durante la peregrinación a Engaddi, estaba al otro lado de la cordillera, por lo cual el paisaje por donde pasaban ahora era desconocido para las damas; y, a pesar de que Berengaria conocía perfectamente el carácter de su esposo y se esforzaba, por tanto, en demostrar interés por todo lo que él decía o contaba, no pudo abstenerse de insinuar algún temor, muy femenino, por encontrarse en aquella desolación con tan escasa escolta, que casi no parecía más que un puntúo moviéndose en la inmensidad de la llanura, y también se dio cuenta de que no estaban tan alejados del campamento de Saladino como para que no pudiesen ser atacados de improviso y hechos cautivos por un destacamento de caballería ligera, superior a las fuerzas que le acompañaban, si el infiel era tan traidor que aprovechara una ocasión como aquélla. Pero cuando se atrevió a comunicar sus temores a Ricardo, éste los rechazó con disgusto y desdén.

—Sería peor que la ingratitud —dijo— dudar de la buena fe del generoso sultán.

Pero las mismas dudas y temores asaltaron repetidas veces, no sólo a la tímida mente de la reina, sino también al alma, más firme y más cándida de Edith Plantagenet, quien no tenía una confianza excesiva en la buena fe de los musulmanes; y su sorpresa habría sido menor que su terror, si la extensión del desierto hubiese resonado de pronto a los gritos de Alla hu!, y una banda de jinetes árabes se les hubiese echado encima, como los buitres sobre su presa. No se habían desvanecido estos temores, cuando, hacia el anochecer, se dieron cuenta de que un solo jinete árabe, reconocible por su turbante y su larga lanza, y que estaba situado en la cumbre de un pequeño promontorio, con un halcón suspendido en el aire, poníase a correr tan pronto como vio a la comitiva regia, con la velocidad de la misma ave cuando levanta el vuelo y se

pierde en el horizonte.

—Debemos estar cerca del lugar fijado —dijo el rey—, y aquel jinete es un centinela de Saladino... Me parece que oigo el tañido de cuernos y címbalos morunos. Poneos en orden, amigos, y formad alrededor de las damas, con toda marcialidad.

Cuando el rey dijo estas palabras, cada caballero, escudero o arquero se apresuró a ocupar el puesto que le correspondía, y así avanzaron en filas compactas, lo cual les haría parecer menos numerosos de lo que eran en realidad. Y, en verdad, si bien no se abrigaba ningún serio temor, existía tanta ansiedad como curiosidad en la atención con que escuchaban las ásperas armonías de la música mora, que iba haciéndose a cada momento más perceptible hacia el lado por donde había desaparecido el jinete árabe.

De Vaux susurró al oído del rey:

—¿No sería conveniente, señor, enviar un paje a la cumbre de aquel montículo de arena? ¿O bien prefiere Vuestra Majestad que me adelante yo? Me parece, por el ruido que se oye, que si detrás de estos montículos no hay más que los quinientos hombres de la escolta de Saladino, la mitad de ellos deben ser cimbaleros y atabaleros. ¿Voy allá?

El barón había aflojado la rienda a su caballo y se disponía a clavarle las espuelas, cuando el rey exclamó:

—Por nada del mundo. Ello significaría desconfianza, y tampoco serviría para evitar la sorpresa, si es que preparan alguna, lo cual no creo.

Continuaron la marcha, pues, en buena formación, y en filas compactas, hasta que pasaron la línea de promontorios arenosos, y entonces se hallaron a la vista del lugar fijado, donde les esperaba un espectáculo magnífico, pero que infundía temor.

El Diamante del Desierto, aquella fuente tan solitaria antes, que se distinguía en medio de la vasta desolación del desierto, por el solitario ramillete de palmeras, se había convertido en punto central de un campamento, cuyas bordadas banderas y dorados adornos reflejaban, en un revoloteo de millares de colores, los rayos del sol poniente. Los toldos que cubrían las grandes tiendas eran de vivos tonos: carmesí, amarillo, azul celeste y otros coloridos en contraste. Los soportes terminaban en granadas doradas y gallardetes de seda. Pero al lado de estos lujosos pabellones, se veía lo que para Tomás de Vaux era un prodigioso número de tiendas negras ordinarias de los árabes, que, al parecer, podían albergar, al estilo oriental, a un ejército de cinco mil hombres. Numerosos árabes y kurdos corrían apresuradamente a concentrarse, guiando a sus caballos por las riendas, acompañándoles el ensordecedor tumulto de los ruidosos instrumentos musicales militares, que en

todas las épocas han enardecido a los árabes para la lucha.

Pronto formaron una enorme y confusa masa de jinetes que, sin montar a caballo, estaban delante del campamento, hasta que, a un estridente toque, que se destacó del clamor de la música, cada uno de ellos subió de un salto a su montura. Una nube de polvo que se levantó en el momento de la maniobra, tapó, a la vista de Ricardo y de sus acompañantes, las palmeras, las montañas que se divisaban en el horizonte y las tropas cuyos movimientos habían dado origen a aquella nube que, elevándose sobre sus cabezas, tomó fantásticas formas de cúpulas, columnas y minaretes. Del interior de aquella nubosa cortina surgió otro toque como el anterior. Era la señal de avanzar, para la caballería, y ésta emprendió el galope, maniobrando de manera que se puso a la vez delante, en los flancos y detrás de la pequeña escolta de Ricardo, la cual quedó cercada y casi ahogada por la nube de espeso polvo que la rodeaba por todas partes, y a través de la cual se distinguían, de vez en cuando, los raros vestidos y las feroces facciones de los sarracenos, que blandían sus lanzas en todas las direcciones imaginables, sin dejar sus gritos salvajes, galopando hasta ponerse al alcance de las lanzas cristianas muy a menudo, mientras que los que iban detrás disparaban flechas por encima de las cabezas de los que iban delante. Una de estas flechas cayó sobre la litera de la reina, la cual dio un gran grito, y Ricardo enrojeció de ira por un momento.

—¡Ah! ¡San Jorge! —exclamó—. ¡Tendremos que enseñar los dientes a esta escoria de infieles!

Pero Edith, que iba en otra litera cercana, sacó la cabeza, y cogiendo una de aquellas flechas con la mano exclamó:

—Real Ricardo: ¡cuidado con lo que haces! ¡Mira que estas flechas no tienen punta!

—¡Qué muchacha tan lista! —exclamó Ricardo—. Por Dios, que nos avergüenzas con tu rapidez de comprensión. No hagáis nada, pues, amigos míos —gritó a su escolta—; estas flechas no tienen punta y sus astas no son de acero. Eso no será más que un salvaje recibimiento que nos tributan, a su estilo, aunque sospecho que les gustaría vernos asustados. ¡Adelante lentamente, y firmes!

Así, pues, la pequeña falange avanzó rodeada siempre por los árabes, que la acompañaban con su tumultuoso vocerío: los arqueros demostraban su destreza haciendo pasar las flechas casi rozando las cimbras de los cristianos, pero sin tocarles, mientras que los lanceros se atacaban mutuamente con tanto ímpetu con sus armas sin punta, que más de uno de ellos fue lanzado de su caballo, poniendo su vida en peligro en este arriesgado juego. A pesar de estar destinadas a celebrar la llegada de los europeos, tales manifestaciones tenían un carácter algo dudoso a la vista de éstos. Cuando el rey y su séquito

estuvieron a la mitad del camino del campamento, formando el centro en cuyo derredor corría aquel tumultuoso tropel de jinetes gritando, atacándose, galopando y produciendo una escena de indescriptible confusión, se oyó otro toque, y toda aquella informe multitud situada detrás y a los lados de la pequeña formación de europeos evolucionó y fuese a situar, en ordenada formación, dispuestos en larga y ancha columna, detrás de la escolta de Ricardo, y siguiéndola en profundo silencio. Ahora empezó a disiparse el polvo hacia la parte delantera, y divisaron un cuerpo de caballería de diferente y más regular aspecto. Aquellos jinetes llevaban armas ofensivas y defensivas, y habrían podido servir de guardia personal al más exigente de los monarcas orientales. La espléndida formación estaba integrada por quinientos hombres, y cada caballo valía el rescate de un conde; los jinetes eran esclavos georgianos y circasianos, en la flor de la juventud; sus yelmos y cotas eran de mallas de acero, tan relucientes que parecían de plata; y las fajas de seda, entretejida con oro; los turbantes, riquísimos, estaban adornados con plumas y piedras finas; los puñales y sables eran de acero de Damasco, con empuñaduras y vainas adornadas con oro y pedrería.

La espléndida hueste avanzó a los acordes de la música militar, y cuando se encontró con los cristianos, partió sus filas a derecha e izquierda, a fin de que éstos pasaran por en medio, entre dos columnas. Ricardo púsose a la cabeza de su formación, convencido de que se acercaba Saladino en persona. No tardó en ver que en el centro de aquella guardia personal, rodeado por sus oficiales de cámara y de odiosos negros guardianes de los harenes orientales, cuya fealdad destaca todavía más merced a la riqueza de los vestidos que llevan, venía el sultán mostrando el aspecto y las maneras del hombre en cuya frente la Naturaleza ha escrito: «¡Éste es un rey!». Con su blanquísimo turbante, túnica y anchos calzones orientales y una faja de seda escarlata, sin ningún adorno, Saladino habría podido parecer el más sencillamente vestido de sus guardias. Pero un examen más detenido permitía distinguir en su turbante aquella inestimable piedra preciosa que los poetas llamaron Mar de Luz; el diamante en que estaba grabado su sello, y que llevaba engarzado en una sortija, valía, probablemente, tanto como todas las joyas de la corona de Inglaterra; y un zafiro que remataba el mango de su cangiar, casi valía tanto como el diamante. Añádase que, para protegerse del polvo, que en las cercanías del Mar Muerto semeja ceniza finísima, o quizá por vanidad oriental, el sultán llevaba una especie de velo, sujeto al turbante, y que obscurecía algo su rostro. Cabalgaba en un caballo árabe, blanco como la leche, que parecía tener noción de la noble carga que soportaba y enorgullecerse de ella.

No fue precisa más presentación. Los dos heroicos monarcas, porque ambos lo eran, descabalgaron; las tropas se pararon, cesó la música, y avanzaron uno hacia el otro, en un profundo silencio, y después de una cortés

reverencia mutua, se abrazaron como hermanos e iguales. La pompa que exhibían ambas partes no interesaba a nadie en aquellos momentos, pues nadie veía más que a Ricardo y Saladino; ni ellos mismos veían a nadie más. Sin embargo, en las miradas que Ricardo dirigía a Saladino se veía más curiosidad que en las que éste dirigía al primero. El sultán fue quien antes rompió el silencio.

—La llegada de Melech Ric es tan agradable a Saladino como el agua en el desierto. Espero que no habrá desconfiado de este numeroso ejército. Salvo los esclavos armados de mi guardia personal, todos los que os contemplan con admiración y os saludan son, hasta el más humilde de todos, los nobles privilegiados de mis mil tribus. Porque, ¿quién, que pueda reclamar el derecho de asistir, habría querido quedar en su casa, cuando existe la posibilidad de ver a un príncipe como Ricardo, cuyo nombre inspira tal terror que con él, hasta en los arenales del Yemen, las madres asustan a los niños, y el árabe libre reduce a la obediencia a su caballo díscolo?

—¿Y todos éstos son nobles de Arabia? —dijo Ricardo, contemplando en derredor suyo aquellas salvajes figuras cubiertas con haiks, con los rostros curtidos por los rayos del sol, los dientes blancos como marfil, los ojos negros brillantes, con feroz centelleo casi sobrenatural, bajo la sombra de los turbantes, y vestidos con una simplicidad rayana en la incuria.

—Tienen derecho a este título —dijo Saladino—; pero, aunque numerosos, no por ello han dejado de ser cumplidas las estipulaciones de nuestro acuerdo, puesto que no llevan más armas que el sable, y sus lanzas no tienen punta de hierro.

—Me temo —murmuró De Vaux en inglés— que las hayan dejado en algún lugar donde sea fácil encontrarlas. Una brillante Cámara de los Pares, lo confieso, que no cabría ni en Westminster Hall.

—Cállate, De Vaux —dijo Ricardo—, te lo ordeno. Noble Saladino —añadió—: la desconfianza y tu persona no pueden convivir en un mismo terreno. Mira —dijo señalando las literas—: yo también he traído algunos campeones, y, rompiendo el acuerdo, muy bien armados, porque los ojos claros y los bellos rostros son armas que no se pueden resistir fácilmente.

El sultán se volvió hacia las literas, se inclinó tan profundamente como si se hallara de cara a La Meca, y besó la arena en señal de respeto.

—No se asustarán si te presentan a ellas —dijo Ricardo—; ¿por qué no te acercas más a las literas, hermano, y se descorrerán las cortinas?

—¡No lo permita Alá! —dijo Saladino—; porque ni uno solo de los árabes que nos miran dejaría de considerar una vergüenza para estas damas el verlas con el rostro descubierto.

—Así, pues, real hermano preferirás verlas después, en privado —contestó Ricardo.

—¿Con qué fin? —contestó entristecido Saladino—. Tu carta ha sido como el agua para el fuego, respecto a las esperanzas que yo alimentaba. Por consiguiente, ¿a qué volver a encender una llama que puede consumirme, pero que no conduce a nada? Mi primer esclavo negro ha recibido órdenes para atender a las princesas; los oficiales de mi cámara atenderán a vuestro séquito, y yo mismo seré el chambelán del real Ricardo.

En efecto, abrió la marcha hacia un espléndido pabellón en el que se encontraba todo cuanto puede exigir el lujo regio. De Vaux, que acompañó al rey, le quitó la capa o largo manto que llevaba Ricardo, y éste quedó ante Saladino con un vestido ajustado que hacía resaltar más la fuerza y las proporciones de su persona, ofreciendo un vivo contraste con las holgadas vestiduras que cubrían la figura del monarca oriental. El mandoble de Ricardo fue lo que atrajo principalmente la atención de Saladino. Era de hoja ancha, pesada y recta, y llegaba desde los talones hasta el hombro del rey.

—Si no hubiese visto llamear esta espada en el campo de batalla, como la de Azrael —dijo Saladino—, no creería que pudiesen manejarla brazos humanos. ¿Puedo pedir ver a Melech Ric dar un golpe pacífico con ella, simplemente como una prueba de fuerza?

—Con sumo gusto, noble Saladino —contestó Ricardo.

Y mirando en derredor suyo, en busca de algo sobre qué ejercitar su fuerza, vio que uno de sus servidores llevaba una maza de acero con mango del mismo metal, y casi de una pulgada y media de diámetro. La tomó y la puso sobre un tajo de madera.

La ansiedad que De Vaux tenía por el honor de su señor le obligó a susurrarle en inglés:

—¡Por la Virgen Santa, mirad lo que os proponéis, señor! ¡Todavía no estáis totalmente repuesto! ¡No deis esta satisfacción al infiel!

—¡Cállate, loco! —dijo Ricardo, irguiéndose y mirando arrogantemente en derredor suyo—; ¿crees que puede fallarme un golpe como éste en su presencia?

La centelleante espada, empuñada con ambas manos, se elevó sobre el hombro izquierdo del rey, describió un círculo sobre su cabeza, cayó con la fuerza de una terrible máquina y el mango de la maza se partió en dos pedazos, rodando por el suelo, como una rama partida por el hacha de un leñador experto.

—¡Por la cabeza del Profeta! ¡Qué maravilloso golpe! —dijo el sultán,

examinando, con atención de entendido en la materia, los pedazos de la barra. La hoja de la espada estaba tan bien templada, que el golpe no había dejado la menor huella en ella. Entonces Saladino tomó la mano del rey, examinó cuidadosamente su tamaño y su fuerza muscular, y sonrió cuando puso al lado de ella la suya propia, tan enjuta y delgada, tan inferior en carne y nervios.

—Sí, mírala bien —murmuró De Vaux en inglés—; ¡lo que tardarás en poder dar con la ayuda de tus dedos de mequetrefe un golpe como el que has visto, con esa dorada hoz que llevas!

—Silencio, De Vaux —dijo Ricardo—. ¡Por Nuestra Señora, que él entiende lo que dices, o lo adivina! Te ruego que te expreses más respetuosamente.

En efecto, el sultán empezó a decir:

—Yo también quisiera probar... Pero cada país tiene sus costumbres, y esto quizá sea nuevo para Melech Ric.

Y diciendo estas palabras, cogió un almohadón relleno de pluma y lo levantó por una punta.

—¿Puede partir este almohadón tu espada, hermano?

—No, con toda seguridad —contestó el rey—; no existe en el mundo ninguna espada, ni la Excalibur del rey Arturo, que pueda partir un objeto que opone tan poca resistencia al golpe.

—Vamos a verlo, pues —dijo Saladino.

Y arremangándose la ropa, dejó al descubierto su brazo, enjuto y delgado, pero que, gracias a su constante ejercicio, se había convertido en un haz de músculos, nervios y tendones. Desenvainó su cimitarra, una curva y estrecha hoja que no relucía como las espadas de los francos, sino que, al revés, tenía un color azul oscuro, y estaba grabada con infinidad de líneas entrecruzadas en todos los sentidos, lo cual demostraba el cuidado con que había sido trabajado aquel metal. Levantó aquella arma, tan inofensiva en comparación con la de Ricardo, apoyó todo su peso sólo en el pie izquierdo, que tenía ligeramente más adelantado que el otro; y se balanceó un poco, como para asegurar el golpe; luego dio, de pronto, un paso adelante, puso la cimitarra sobre el almohadón, aplicando el filo tan diestramente y con tan poco esfuerzo visible, que más bien pareció que el almohadón se hubiese partido por sí solo que no que hubiese sido cortado.

—Eso es un truco de prestidigitador —dijo De Vaux avanzando y recogiendo uno de los trozos del almohadón, como si se quisiera asegurar de la verdad del hecho—; en eso hay brujería.

Pareció como si el sultán le hubiese comprendido, porque se desató el velo,

lo puso doblado sobre el filo de la hoja, lo hizo saltar en el aire, y al recogerlo con el arma, quedó partido en dos trozos, que cayeron volando en direcciones diferentes, con lo cual demostró, a la vez, el temple y el corte finísimo del arma y su incomparable habilidad personal.

A fe mía hermano —dijo Ricardo—, que nadie puede comparársete con el manejo de la cimitarra, y que sería muy peligroso un encuentro contigo. Pero, a pesar de todo, aún tengo un poco de confianza en mi buen golpe a la inglesa; lo que no podemos hacer por maña, lo hacemos por la fuerza. Sin embargo, tú eres tan experto para producir heridas como mi Hakim en curarlas. Confío en que podré ver a mi sabio médico. Le estoy muy agradecido, y le traigo algunos pequeños regalos.

Mientras el rey decía estas palabras, Saladino se quitó el turbante y púsose un casquete tártaro. Aún no lo había hecho, cuando ya De Vaux quedaba con boca y ojos desmesuradamente abiertos, y Ricardo no menos admirado, mientras el sultán hablaba con voz fingida y grave:

—El poeta ha dicho: «Mientras está enfermo, el hombre conoce al médico hasta por el ruido de sus pisadas; pero cuando ya está bien, no le reconoce ni mirándole a la cara».

—¡Milagro! ¡Milagro! —exclamó Ricardo.

—Alguna jugarreta de Mahoma, sin duda —dijo Thomas de Vaux.

—¡Que no reconociera a mi sabio Hakim —dijo Ricardo—, simplemente porque le faltaba el casquete y el vestido, y que lo encuentre transformado en mi real hermano Saladino!

—Tal ocurren las cosas a menudo, en este mundo —contestó el sultán—. No siempre los andrajos hacen al derviche.

—¿Y fue por tu intercesión por la que aquel Caballero del Leopardo fue salvado de la muerte, y por industria tuya volvió a su campamento, disfrazado?

—Así es —contestó Saladino—. Era lo suficientemente médico para saber que si las heridas de su honor no sanaban, no podían ser largos los días de su vida. Su disfraz ha sido descubierto más fácilmente de lo que yo esperaba, teniendo en cuenta el éxito del mío.

—Un accidente —dijo el rey Ricardo (aludiendo probablemente al hecho de que aplicó sus labios a la herida del supuesto nubio)— me hizo descubrir que su piel estaba teñida artificialmente; y con este descubrimiento, no era muy difícil adivinar el resto, porque yo no había olvidado su rostro ni su figura. Confío en que él sea mi campeón en el combate de mañana.

—Está preparado a ello y lleno de esperanzas —dijo el sultán—. Yo le he

dado armas y caballo, porque después de todo lo que he visto de él en las más varias ocasiones, le tengo por un noble caballero.

—¿Sabe él a quién debe tantos favores? —dijo Ricardo.

—Lo sabe —contestó el sarraceno—. Me vi obligado a descubrirle mi verdadera personalidad, al explicarle mis propósitos.

—Y debe haberos confesado algo —dijo el rey de Inglaterra.

—Nada, explícitamente —contestó el sultán—; pero de lo mucho que ha pasado entre nosotros deduzco que ha puesto su amor demasiado alto para que pueda triunfar.

—¿Y sabíais que su audaz e insolente pasión contrariaba vuestros deseos? —dijo Ricardo.

—Muchas razones me lo hacían suponer —dijo Saladino—; pero su amor ya existía antes de que yo formulara mis deseos, y debo agregar ahora que seguramente sobrevivirá a ellos. Honradamente, no puedo vengar mi fracaso en quien no tiene culpa alguna de él. ¡Oh! Si esa noble dama le ama a él y no a mí, ¿quién podrá impedir que haga justicia a un caballero de su misma religión, tan colmado de nobles cualidades?

—Pero de condición demasiado baja para que se alíe con la sangre de los Plantagenet —dijo Ricardo orgullosamente.

—Tales pueden ser vuestras máximas en el Frangistán —contestó el sultán—. Nuestros poetas de Oriente dicen que un camellero valeroso es digno de besar los labios de una bella reina, mientras que un príncipe cobarde no merece tocarle ni la orla del vestido. Pero, con vuestro permiso, tengo que dejaros para recibir al archiduque de Austria y al otro caballero nazareno, mucho menos merecedores de hospitalidad, pero a quienes debo atender cortésmente, no por ellos, sino por mi propio honor; ya lo dijo el sabio Lokman: «No digas que ha sido perdido el alimento que has dado al forastero, porque si bien ha servido para vigorizar su cuerpo, también servirá para aumentar y propagar tu honor y tu fama».

El monarca sarraceno salió de la tienda del rey Ricardo, después de indicarle, más con señas que con palabras, dónde estaba el pabellón de la reina y su séquito, y fuese a recibir al marqués de Montserrat y a sus acompañantes, para los cuales con no tanta buena voluntad, pero con igual esplendor, el munífico sultán había preparado alojamientos. Saladino hizo servir por separado, y en las tiendas respectivas de sus reales y nobles huéspedes, abundantes banquetes, tanto al estilo oriental como al europeo, y tan complaciente se manifestó con las costumbres y gustos de sus visitantes, que incluso ordenó que unos esclavos griegos sirvieran los vasos de vino, de que

abominan los mahometanos. Antes de que Ricardo terminara la comida, el viejo Abdallah que le llevó la carta de Saladino al campamento cristiano, le presentó el programa del ceremonial que regiría en el combate del siguiente día. Ricardo, que conocía los gustos de su antiguo amigo, le invitó a hacer honor a una botella de vino de Shiraz, pero Abdallah le hizo comprender, con aspecto que demostraba lo mucho que le disgustaba tener que abstenerse, que arriesgaba su vida si infringía la prohibición, porque el sultán, aunque tolerante en muchos aspectos, observaba fielmente las leyes del Profeta y exigía con severas penas su cumplimiento.

—Pues —dijo Ricardo— si no le gusta el vino, que alegra el corazón del hombre, no hay que tener esperanzas de que se convierta, y la predicción de aquel loco ermitaño de Engaddi será como paja que se lleva el viento.

El rey se ocupó entonces en fijar el orden del combate, lo cual le entretuvo mucho rato, por cuanto hubo de consultar a las dos partes contrarias y al propio sultán.

Por último se llegó a un acuerdo sobre todos los puntos, y se asentó en un protocolo redactado en francés y en árabe, que fue firmado por Saladino como juez de campo, y por Ricardo y Leopoldo como padrinos de los dos combatientes. Cuando Omrah se despidió aquella noche del rey, entro De Vaux.

—El buen caballero —dijo— que luchará mañana, desea saber si esta noche puede rendir homenaje a su regio padrino.

—¿Le has visto, De Vaux? —dijo el rey, sonriendo—, ¿y no has reconocido en él a un antiguo amigo?

—Por Nuestra Señora de Lanercost —contestó De Vaux—, que ocurren tantos cambios y se producen tantas sorpresas en este país, que mi pobre cerebro está trastornado. A duras penas habría reconocido a Sir Kenneth de Escocia, si su fiel perro; que yo tuve en otro tiempo a mi cuidado, no hubiese venido a acariciarme, y aún he tenido que reconocerle por la anchura de su pecho, la fuerza de sus patas y por su manera de ladrar, porque el pobre animal va pintado como una cortesana veneciana.

—Entiendes más de animales que de hombres, De Vaux —dijo el rey.

—No lo negaré —dijo De Vaux—. Las más de las veces he visto que son más honrados que los hombres. Además, a Vuestra Gracia también le gusta llamarme, a veces, con el nombre de un animal; y, por otro lado, estoy al servicio del León, que, como todo el mundo sabe, es el rey de los animales.

—¡Por San Jorge, que acabas de romper tu lanza contra mi cabeza! —dijo el rey—. Siempre dije que tienes algo de talento, De Vaux; lo malo es que

haga falta darte un fuerte mazazo antes de que despida alguna chispa. Pero, vayamos al asunto que nos trae aquí, ¿está bien armado y equipado ese buen caballero?

—Perfecta y magníficamente, señor —contestó De Vaux—. Yo entiendo de armaduras: llevará la que el comisario veneciano ofreció por quinientos bizantes a Vuestra Alteza, inmediatamente antes de caer enfermo.

—Y que supongo que vendió al infiel sultán por unos pocos ducados más y al contado. ¡Esos venecianos llegarían a vender el Santo Sepulcro!

—Jamás podrá llevarse esa armadura por una causa más noble —dijo De Vaux.

—Gracias a la nobleza del sarraceno —dijo el rey—, y no a la avaricia de los venecianos.

—Ruego a Dios que Vuestra gracia obre con mayor cautela —dijo ansioso De Vaux—. Estamos abandonados ya por todos los aliados, a causa de puntillos de honor entre unos y otros; no podemos tener esperanza de triunfar en este país, ¡y sólo faltaría que rompiésemos también con esa República anfibia y perdiésemos la posibilidad de retirarnos por mar!

—Iré con cuidado —dijo Ricardo, impaciente—; pero basta de sermones. Me interesa más que me digas si el caballero tiene confesor.

—Lo tiene —contestó De Vaux—; es el ermitaño de Engaddi, que ya le confesó cuando estaba condenado a muerte. En estos momentos está con él; la noticia del combate le ha hecho venir.

—Muy bien —dijo Ricardo; y en cuanto a la pregunta que te ha hecho el caballero, dile que Ricardo le recibirá cuando el deber cumplido al lado del Diamante del Desierto borre la falta que cometió al lado del Monte de San Jorge; y cuando vayas allá, entra de paso, a decir a la reina que iré a visitarla en su tienda, y di a Blondel que se reúna allí con nosotros.

Marchóse de Vaux, y al cabo de una hora aproximadamente, Ricardo se envolvió en su capa, y con el arpa en la mano, se dirigió al pabellón de la reina. A su paso encontró a muchos árabes, pero todos bajaban la vista y le abrían paso, si bien pudo observar que tan pronto como había pasado se volvían a obsérvale. Ello le hizo pensar que su persona les era bien conocida, pero que las órdenes del sultán, o bien su propia cortesía oriental, les privaba de demostrar que reconocían a un soberano que deseaba pasar desapercibido.

Cuando el rey llegó al pabellón de su reina, lo encontró custodiado por aquellos infelices funcionarios que los celos orientales ponen alrededor de la semana. Blondel paseaba delante de la puerta, por la parte de fuera, y de vez en cuando tocaba su arpa, y los árabes que le escuchaban llevaban el compás

con raros movimientos y lo acompañaban con voces guturales y en falsete, enseñando el marfil de sus dientes.

—¿Qué haces ahí con ese rebaño de ganado negro, Blondel? —dijo el rey—. ¿Por qué no entras en la tienda?

—Porque mi arte no puede prescindir de la cabeza ni de los dedos —dijo Blondel—, y estos honrados negritos me han amenazado con despedazarme si entraba.

—Está bien; entra conmigo —dijo el rey—, y yo te protegeré.

En efecto, los negros rindieron lanzas y espadas al rey Ricardo, bajando la vista como si fuesen indignos de mirarle. En el interior del pabellón encontraron a Tomás de Vaux haciendo compañía a la reina. Mientras Berengaria saludaba a Blondel, el rey Ricardo habló aparte, y en voz baja, con su bella prima.

—¿Todavía estamos enfadados, mi bella Edith? —le susurró.

—No, mi señor —dijo Edith en un tono lo suficientemente bajo para no estorbar la música—; nadie puede enfadarse con el rey Ricardo cuando él se digna mostrarse tal como es en realidad: generoso, noble, valeroso y honorable.

Y al decir tales palabras, le tendió la mano. El rey la besó en señal de reconciliación, y luego añadió:

—Tú crees, mi bella prima, que mi cólera era injustificada, en esta ocasión; pero te engañas. La pena que impuse a aquel caballero era justa, porque él hizo traición, prescindiendo de las causas que la motivaron, a la confianza que depositamos en él. Pero estoy satisfecho, quizá tanto como tú, de poderle dar mañana una ocasión de rehabilitarse y borrar la mancha que le deshonoraba haciéndola recaer sobre el verdadero traidor y ladrón. ¡No! La posteridad podrá acusar a Ricardo de impetuoso y arrebatado; pero también dirá que cuando pronunciaba una sentencia era justo cuando debía serlo y clemente cuando podía.

—No te ensalces a ti mismo, mi regio primo —dijo Edith—, porque también pueden llamar crueldad a tu justicia y capricho a tu clemencia.

—Y tú tampoco te enorgullezcas tanto —dijo el rey—, como si tu caballero, que todavía no se ha puesto la armadura, se la hubiese quitado victorioso. Conrado de Montserrat es considerado una buena lanza. ¿Qué dirás si el escocés perdiera la pelea?

—¡Es imposible! —contestó enérgicamente Edith—. Con mis propios ojos he visto cómo Conrado temblaba y palidecía igual al más bajo ladrón; él es culpable, y la prueba del combate es una apelación a la justicia de Dios. En un

caso tal, hasta yo misma aceptaría, sin miedo, el combate.

—¡Por la misa, que creo que lo harías, muchacha —dijo el rey—, y que le derrotarías, porque jamás ha existido un Plantagenet más auténtico que tú!

Hizo una pausa, y en tono muy serio añadió:

—Sigue acordándote de lo que debes a tu nacimiento.

—¿Qué significa esa advertencia, formulada con tanta solemnidad en este momento? —dijo Edith—. ¿Es que soy tan ligera que pueda olvidar mi nombre y mi condición?

—Hablaré con franqueza, Edith —contestó el rey—, y como amigo. ¿Qué será para ti ese caballero, si sale vencedor del combate?

—¿Para mí? —dijo Edith ruborizándose intensamente, tanto de vergüenza como de indignación—. ¿Qué puede ser para mí, sino un honorable caballero, digno de todas las mercedes que quisiera concederle la reina Berengaria si él la hubiese escogido a ella, en lugar de a otra más indigna? El más humilde caballero puede consagrarse al servicio de una emperatriz, pero la gloria de su elección —dijo Edith altivamente—, debe ser su única recompensa.

—De todas maneras, él ha servido y sufrido mucho por ti —dijo el rey.

—Pague sus servicios con honor y aplauso, y sus sufrimientos, con lágrimas —contestó Edith—. Si él hubiese deseado otra recompensa, habría obrado más cuerdamente poniendo su afecto en alguien que estuviese a su mismo nivel.

—Así, pues, ¿no llevarías por él la túnica ensangrentada? —dijo el rey Ricardo.

—Tampoco le habría pedido yo que expusiera su vida en una acción en que había más locura que honor.

—Las muchachas siempre dicen esas cosas —dijo el rey—; pero cuando el afortunado enamorado las aprieta con sus galanteos, dicen con un suspiro, que el Destino lo había dispuesto así.

—Es la segunda vez que Vuestra Gracia me amenaza con la influencia de mi horóscopo —contestó Edith con dignidad—. Creedme, señor: sea el que fuere el poder de los otros, vuestra pobre parienta no pertenecerá jamás a un infiel ni a un oscuro aventurero. Permitidme que oiga la música de Blondel, más armoniosa que vuestras reales admoniciones.

El resto de la velada no ofreció nada más digno de recordación.

CAPÍTULO XXVIII

En virtud de lo ardiente del clima, se convino que el combate del juicio, a causa de aquella circunstancial reunión de hombres de varias naciones en el Diamante del Desierto, empezara una hora después de la salida del sol. El gran palenque, que se construyó bajo la vigilancia del Caballero del Leopardo, rodeaba un espacio de arena dura, de ciento veinte yardas de largo por cuarenta de ancho. Se extendía longitudinalmente de Norte a Sur, a fin de que ambos combatientes estuvieran en igual situación, respecto al sol naciente. El regio sitial de Saladino se había erigido en la parte occidental del cercado, y precisamente en el centro, donde se calculaba que se encontrarían los dos combatientes en la fase decisiva de la lucha. En la parte opuesta se erigió otro estrado, protegido por celosías por todos lados, a fin de que las damas pudiesen seguir el combate, sin ser vistas. En cada extremo del campo se dispusieron en el vallado puertas que podían abrirse o cerrarse, a voluntad. Igualmente, se instalaron unos tronos, pero dándose cuenta el archiduque de que el suyo era más bajo que el del rey Ricardo, se negó a ocuparlo; y Corazón de León, que se habría conformado a todo con tal de que no se suspendiera o aplazara el combate por un puntillo de etiqueta, transigió en seguida en que los padrinos permanecieran montados a caballo mientras durara la prueba. A un extremo del campo se situaron las fuerzas que acompañaban a Ricardo, y en el otro las del acusado Conrado. Alrededor del trono destinado al sultán se alineó su magnífica Guardia Georgiana, y el resto del vallado fue ocupado por curiosos cristianos y árabes.

Mucho antes del alba, el campo ya estaba rodeado por un número de sarracenos mayor del que acompañó al sultán el día antes. Cuando se elevó sobre el desierto el primer rayo del magnífico sol, el propio sultán dio la voz de «¡A la oración!, ¡a la oración!», contestada por todos aquellos que por su categoría o su fervor podían actuar de muecines. Fue un imponente espectáculo ver a aquella multitud de soldados prosternarse para pronunciar sus oraciones de cara a La Meca. Pero cuando se levantaron del suelo, los rayos del sol, que aumentaban por momentos, parecieron confirmar las sospechas que expresara el señor de Gilsland la noche anterior. El sol se reflejaba en las lanzas de los árabes, a las cuales, a pesar de estar desarmadas el precedente día, les habían sido restituidos los hierros. De Vaux hizo observar esta circunstancia al rey, quien le contestó enérgicamente que tenía confianza absoluta en la buena fe del sultán, pero que, si temía algún peligro para su miserable cuerpo, podía retirarse.

Poco rato después se oyó el redoble de tambores, y todos los jinetes sarracenos descabalaron, y se prosternaron, como si se dispusiera a hacer una segunda oración matinal. Ello no tenía otro objeto que hacer que la reina, con

Edith y sus damas, pasaran desde el pabellón a la tribuna, levantada para ellas. Cincuenta guardias del serrallo de Saladino las escoltaban con los sables desenvainados, con la orden de despedazar a quienquiera que, príncipe o campesino, se atreviera a mirarlas al pasar o hiciera ademán de levantar la cabeza mientras no cesara la música, como señal de que las damas ya se habían acomodado en su tribuna, sin que ninguna mirada indiscreta se hubiese dirigido a ellas.

Estas supersticiosas muestras de respeto a la mujer sugirieron a la reina algunas observaciones críticas, nada favorables para el sultán y su país. Pero su caverna, como llamó la reina a aquella tribuna cerrada por las celosías y guardada por las cimitarras de los esclavos, la obligó a contentarse con mirar, renunciando en aquella ocasión al placer, más exquisito aún para una mujer: el de ser vista.

Entretanto, los padrinos de los combatientes fueron, como era su deber, a cerciorarse de que ambos estaban provistos de todas las armas y preparados para el combate. El archiduque de Austria no tenía mucha prisa en cumplir esta parte del ceremonial, porque la noche anterior había hecho gran consumo de vino de Shiraz. Pero el Gran Maestre del Temple, mucho más interesado en el éxito del combate, se presentó muy temprano ante la tienda de Conrado de Montserrat. Con gran sorpresa suya, los guardias le negaron la entrada.

—¿Es que no me conocéis, necios? —preguntó, irritado, el Gran Maestre.

—Sí, valerosísimo y reverendo Gran Maestre —contestó el escudero de Conrado—; pero ni siquiera vos podéis entrar en este momento: el marqués va a confesarse.

—¡Confesarse! —exclamó el Templario, en un tono en que se mezclaban la alarma con la sorpresa y el desdén—. ¿Y con quién, si puede saberse?

—Mi amo me ha ordenado que lo mantenga secreto —dijo el escudero.

En vista de lo cual, el Gran Maestre le dio un empujón, y entró en la tienda violentamente.

El marqués de Montserrat estaba arrodillado a los pies del ermitaño de Engaddi, y se disponía a empezar la confesión.

—¿Qué significa eso, marqués? —dijo el Gran Maestre—. Levantaos, ¿no os da vergüenza...? Y si es que necesitáis confesión, ¿no estoy yo aquí?

—Ya me confesé demasiado a menudo con vos —contestó Conrado, intensamente pálido y con temblorosa voz—. Por el amor de Dios, Gran Maestre, idos y dejadme abrir la conciencia a este santo varón.

—¿En qué es más santo que yo? —dijo el Gran Maestre—. Ermitaño, profeta y loco: dime, si te atreves, en qué eres superior a mí.

—Hombre temerario y loco —contestó el ermitaño—: has de saber que yo soy la reja a través de la cual pasa la luz divina que ilumina a los demás sin que, por desgracia, me ayude en nada a mí. Tú eres como un postigo de hierro, que ni recibe luz ni deja que los demás la reciban.

—Basta de sermones, y lárgate de esta tienda —dijo el Gran Maestro—; el marqués no se confesará si no es conmigo, porque no me moveré de su lado.

—¿Es ésa vuestra voluntad? —dijo el ermitaño a Conrado—; porque no imaginéis que he de obedecer a este orgulloso, si continuáis deseando mi asistencia.

—¡Ay! —dijo Conrado indeciso—. ¿Qué queréis que os diga? Idos un momento, ya nos veremos luego.

—¡Oh, maldición! —exclamó el ermitaño—. ¡Eres un asesino de almas!... ¡Adiós, desgraciado! ¡No hasta luego, sino hasta que nos volvamos a encontrar, no importa dónde! Y en cuanto a ti —agregó dirigiéndose al Gran Maestro—, ¡TIEMBLA!

—¡Que tiemble! —contestó el templario desdeñosamente—. ¡No podría, aunque quisiera!

El ermitaño no oyó esta respuesta, porque ya había salido de la tienda.

—¡Vamos, pues! Empieza pronto con tu historia —dijo el Gran Maestro—, ya que necesitas de estas tonterías. Pero, oye: me parece que me sé de memoria todos tus pecados, de manera que te puedes ahorrar los detalles, lo cual sería alargar demasiado la cuestión. Vale más empezar por la absolución. ¿A qué contar las manchas de las manos cuando vamos a lavarlas?

—Sabiendo quién eres tú —dijo Conrado—, es una blasfemia que hables de perdonar a los demás.

—Eso no está conforme con los cánones, señor marqués —dijo el templario—; eres más escrupuloso que ortodoxo. La absolución que da un sacerdote pecador, surte los mismos efectos que si la diera un santo... Por otra parte, ¡que Dios se apiade del propio penitente! ¿Qué herido se preocupa de si tiene las manos limpias, o no, el cirujano que explora sus heridas? ¿Qué? ¿Pronunciamos la fórmula?

—No —dijo Conrado—. Prefiero morir inconfeso a hacer burla del sacramento.

—Vamos, noble marqués, —dijo el templario—: ánimo, y no habléis de esa manera. Dentro de una hora habréis triunfado en el combate; o bien os confesaréis con el yelmo, como un buen caballero.

—¡Ay, Gran Maestro! —contestó Conrado—, todo es de mal agüero en

este asunto. La extraña manera de descubrirme, mediante el instinto de un perro, la resurrección de ese caballero escocés, que aparece en la liza como un espectro... todo es de mal agüero.

—¡Quiá! —dijo el templario—; te he visto romper tu lanza contra él en un torneo, y poca diferencia existe entre uno y otro. Hazte al pensamiento de que sólo se trata de un torneo, y ¿quién se porta en ellos mejor que tú?... Venid, escuderos y armeros: el señor tiene que armarse para salir a la lucha.

Con lo cual entraron los servidores, y empezaron a armar al marqués.

—¿Qué tiempo hace? —dijo Conrado.

—Un sol muy apagado —contestó un escudero.

—Ya lo ves, Gran Maestre —dijo Conrado—: nada nos sonríe.

—Ello hará que combatas con más serenidad, hijo mío —contestó el templario—; demos gracias a Dios, que suaviza el sol de Palestina, para ventaja tuya.

De esta manera bromeaba el Gran Maestre; pero sus bromas habían perdido toda influencia sobre el ánimo del marqués, y, a pesar de todos los esfuerzos que hizo para parecer alegre, el pesimismo de Conrado se contagió al templario.

—Este follón —pensaba— se dejará vencer por eso que él llama escrúpulos de conciencia, y que no son más que cobardía y desaliento. Al combate debería haberme presentado yo, porque en mí no hacen mella los presentimientos ni las visiones, y en mis propósitos soy más firme que una roca. Dios quiera que el escocés le deje muerto en el mismo campo; sería lo mejor que podría hacer, si es que ha de ganar. Pero, ocurra lo que ocurra, no tendrá otro confesor que yo; nuestros pecados son comunes, y podría ser que confesara mi parte al confesar la suya.

Mientras ocupaban su mente estos pensamientos, ayudaba, en silencio, a armar al marqués.

Llegó la hora, al fin; resonaron las trompetas; los caballeros entraron armados de pies a cabeza en la liza, cabalgando como dos campeones que van a luchar por el honor de un reino. Llevaban levantada la visera, y dieron tres vueltas al campo, para que les viesen los espectadores. Ambos eran de buena complexión y noble presencia, pero en la frente del escocés resplandecía una aureola de viril seguridad e incluso de alegre esperanza, mientras que Conrado, a pesar de los esfuerzos de su orgullo natural, parecía tener la frente obscurecida por una nube de mal augurio. Hasta su caballo de guerra parecía trotar con menos ligereza y ardor que el noble caballo árabe en que cabalgaba Sir Kenneth; y el Spruch-sprecher movió la cabeza de un lado para otro al ver

que el escocés daba la vuelta a la liza siguiendo la dirección del sol, es decir: de derecha a izquierda, y que el acusado hacia el mismo circuito widdersins, esto es, de izquierda a derecha, lo cual era, en la mayoría de los países, un mal presagio.

Adosado a la tribuna que ocupaba la reina, se había erigido un altar provisional, a cuyo lado estaban el ermitaño, que vestía el hábito de la Orden Carmelitana, y otros varios religiosos. Los padrinos de los dos campeones les acompañaron al altar, uno después de otro. Ante él, pie en tierra, cada uno de los dos caballeros proclamó la justicia de su causa, con solemne juramento sobre los Evangelios, y rogó al Cielo que le concediera la victoria, de conformidad con la verdad o la falsedad del juramento que acababa de prestar. Igualmente juraron luchar como caballeros y con las armas ordinarias, sin recurrir a sortilegios, ni talismanes, ni arte de magia para obtener la victoria. El escocés pronunció el juramento con voz viril y firme, y con ademán decidido y alegre. Cuando hubo cumplido con esta formalidad, elevó la vista a la tribuna, y se inclinó profundamente como para rendir homenaje a las invisibles bellezas que estaban detrás de las celosías. Luego, aunque la armadura pesaba mucho, saltó ágilmente a su caballo sin usar del estribo, y dirigió el corcel, en rápidas y sucesivas evoluciones, hacia la parte del campo que le estaba destinada. Conrado también se presentó ante el altar bastante animoso, pero al pronunciar el juramento, su voz se oyó sorda y profunda, como si el yelmo le ahogara. Cuando pidió a Dios que concediera la victoria a la justicia, sus labios palidieron al pronunciar aquella impiedad. Y, al volverse para montar de nuevo, se le acercó el Gran Maestre, como si quisiera arreglarle alguna pieza de la gorguera, y le dijo en voz baja:

—¡Cobarde y loco! Anímate y procura luchar bravamente: porque, en caso contrario, ¡por el Cielo, te digo que si te escapas de él, no te escaparás de mí!

La salvaje entonación con que fueron dichas estas palabras aumentó, posiblemente, la confusión y la agitación nerviosa del marqués, porque al disponerse a subir al caballo tropezó; se irguió rápidamente y saltó a la silla con su agilidad ordinaria, haciendo admirar su destreza en la equitación mientras se dirigía hacia el otro extremo del campo, frente a su retador; pero el accidente no pasó desapercibido a los que observaban atentamente buscando descubrir presagios, y a partir de aquel incidente ya se dio por descontado el resultado de la jornada.

Después de una solemne plegaria para que Dios hiciera manifiesta la verdad, los sacerdotes salieron del campo. Las trompetas del retador sonaron, alegres, y un heraldo proclamó, en el extremo oriental de la liza;

—Hay aquí un buen caballero, Sir Kenneth de Escocia, que luchará en nombre del rey Ricardo de Inglaterra, el cual acusa al marqués Conrado de

Montserrat de alta traición y ofensas a dicho rey.

Cuando las palabras Kenneth de Escocia hubieron anunciado el nombre y carácter del luchador, que en general eran desconocidos, los que acompañaban al rey Ricardo prorrumpieron en grandes y clamorosas aclamaciones, y a pesar de las repetidas órdenes para que se restableciera el silencio, casi fue imposible oír la respuesta del acusado. Éste, por supuesto, declaróse inocente, y ofreció su cuerpo para demostrarlo en combate. Entonces se acercaron los escuderos de los combatientes, y entregaron a cada uno de ellos su escudo y su lanza, y les ayudaron a colgar el escudo del cuello, a fin de que les quedasen las manos libres: una para manejar las riendas, y la otra para empuñar la lanza.

El escudo del escocés llevaba su antigua divisa: el leopardo, pero con la adición de un collar con una cadena rota, aludiendo a su reciente estado de esclavitud. El escudo del marqués ostentaba, haciendo referencia a su título, una montaña roqueña y con cumbres como los dientes de una sierra. Cada uno de ellos levantó la lanza, como para asegurarse del peso y balanceo de un arma a la que no estaban acostumbrados, y luego la pusieron en el ristre. Los padrinos, heraldos y escuderos se retiraron del campo de combate y los combatientes, enfrentados uno en cada extremo del campo, con la lanza dispuesta al ataque y la visera calada, perdida completamente la forma humana bajo la armadura, más bien parecían estatuas de hierro que seres de carne y hueso.

El expectante silencio era general. Los circunstantes contenían la respiración, y todo su interés se les veía en los ojos; sólo se oían los relinchos y el piafar de los caballos, que, conscientes de lo que iba a ocurrir, estaban impacientes por lanzarse al ataque. Así estuvieron cosa de tres minutos, cuando, a una señal dada por el sultán, cien instrumentos llenaron el ambiente con sus clamores, y cada campeón clavó las espuelas a su caballo, le soltó las riendas, y ambos se lanzaron al galope, hasta que los dos caballeros se encontraron en mitad del campo, con un estruendoso choque. La victoria no era dudosa: no lo fue ni por un solo momento. Conrado demostró ser, naturalmente, un experto guerrero, porque embistió a su adversario en el centro del escudo, dirigiendo la lanza con fuerza y acierto, pero el arma se rompió en pedazos hasta la manopla. El caballo de Sir Kenneth retrocedió dos o tres yardas y cayó sobre sus ancas; pero el jinete le levantó pronto con las riendas. Pero para Conrado, la situación no tenía remedio. La lanza de Sir Kenneth le había atravesado el escudo, que era de plancha de acero de Milán, le había perforado en secreto cota de mallas que llevaba debajo del coselete, y le había abierto una profunda herida en el pecho, derribándole al suelo con un trozo de lanza clavado en el cuerpo. Los padrinos, heraldos y el propio Saladino, que bajó de su trono, se congregaron alrededor del herido; mientras, Sir Kenneth, que desenvainó su espada antes de saber que su adversario había

quedado fuera de combate, le conjuraba a que confesara su culpa. Rápidamente le quitaron el yelmo, y el herido, con los ojos empañados vueltos hacia el cielo, dijo:

—¿Qué más queréis, aún? Dios ha decidido con justicia: soy culpable; pero en el campamento existen traidores peores que yo. Por compasión a mi alma, traedme un confesor.

Se reanimó, al pronunciar estas últimas palabras.

—¡El talismán, el poderoso remedio, real hermano! —dijo el rey Ricardo a Saladino.

—El traidor —contestó el sultán— más merecería que le sacaran del campo arrastrado por los pies para llevarle a la horca, que no que se aproveche de las virtudes de aquel remedio. Y leo en su rostro algo fatal —añadió, después de mirarle fijamente—, porque, a pesar de que la herida no es mortal, en la frente de este miserable veo la marca de Azrael.

—Sin embargo —dijo Ricardo—, os ruego que hagáis por él cuanto podáis, para que, por lo menos, tenga tiempo de confesarse. ¡No matemos el cuerpo y el alma! Para él, puede tener más valor media hora de tiempo que diez mil veces la vida del más viejo patriarca.

—El deseo de mi real hermano será obedecido —dijo Saladino— Esclavos: llevad a este herido a nuestra tienda.

—No —dijo el Templario, que hasta aquel momento había estado contemplando en actitud sombría lo que pasaba—. El real duque de Austria y yo no permitimos que este infortunado príncipe cristiano sea entregado a los sarracenos para que puedan ensayar sus sortilegios en él. Somos sus padrinos, y pedimos que sea confiado a nuestros cuidados.

—Así, pues, ¿rechazáis la seguridad que se os da de curarle? —dijo Ricardo.

—No tanto —dijo el Gran Maestre, meditabundo—. Si el sultán usa de medicinas legales, podrá atender al paciente en mi tienda.

—Hazlo, te lo ruego, buen hermano —dijo Ricardo a Saladino—, aunque se conceda el permiso tan a regañadientes... Pero ahora vamos a otra tarea más gloriosa. ¡Qué resuenen las trompetas! ¡Vitoread, ingleses, al campeón del honor de Inglaterra!

Atabales, clarines, trompetas y címbalos tocaron a la vez, y el penetrante y regular vítor con que a través de los siglos han aclamado los ingleses resonó entre el vocerío estridente e irregular de los árabes, como el diapasón del órgano entre los aullidos del temporal.

Por último, se restableció el silencio.

—Bravo Caballero del Leopardo —dijo Corazón de León—: tú has demostrado que el etíope puede cambiar su piel y el leopardo lavar sus manchas, a pesar de que los sabios citen las Escrituras para demostrar lo contrario. Otras cosas tengo que decirte cuando te haya acompañado a presencia de las damas, que son los mejores jueces y las que mejor saben premiar las gestas de caballería.

El caballero del Leopardo se inclinó en señal de asentimiento.

—Y tú, príncipe Saladino, debes ir a saludarlas también. Te aseguro que nuestra reina no creerá que haya sido bien recibida, si no le das ocasión para darte las gracias por el real recibimiento que nos has dispensado.

Saladino inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, pero declinó la invitación.

—Debo asistir al herido —dijo—. El médico no abandona al enfermo, como el campeón no abandona la liza, aunque le llamen desde el Paraíso. Y, además, sabe rey Ricardo, que en Oriéntela sangre no circula con tanta calma, delante de una belleza, como en vuestro país. Sobre este particular, el Libro dice: «El ojo de ella es como el filo de la espada del Profeta: ¿quién se atreverá a mirarlo? Quien no quiera abrasarse, que evite pasar sobre el fuego: el hombre cuerdo no pone a secar el lino delante de una antorcha encendida». El sabio ha dicho: «Quien ha perdido un tesoro no obrará cuerdamente si vuelve la cabeza a mirarlo».

Como puede suponerse, Ricardo respetó los motivos de delicadeza originados por costumbres tan diferentes de las suyas propias, y no insistió más.

—Espero que a mediodía —dijo el sultán, al marcharse—, aceptaréis una comida bajo la tienda de piel de camello negro de un jefe kurdo.

La misma invitación cursóse a todos los cristianos que por su categoría podían ser invitados a una fiesta de príncipes.

—¡Mira! —dijo Ricardo—. Los tambores anuncian que nuestra reina y su séquito salen de su tribuna, y fíjate cómo todos los turbantes se bajan hasta el suelo, como tocados por el ángel exterminador; ¡todos yacen postrados, como si la mirada de los ojos de un árabe pudiese marchitar la tersura de la mejilla de una dama! ¡Vamos! Dirijámonos hacia el pabellón, y acompañemos a nuestro campeón en triunfo. ¡Qué lástima que el noble sultán no conozca más amor que el de los seres inferiores!

Blondel templó su arpa para saludar con un himno al triunfador, en el momento en que penetrara en el pabellón de la reina Berengaria. Entró

Kenneth acompañándole, uno a cada lado, Ricardo y Tomás de Longsword, y se arrodilló airoosamente delante de la reina, a pesar de que casi todo su homenaje iba silenciosamente dedicado a Edith, que estaba sentada a la derecha de la soberana.

—Desarmadle, mis señoras —dijo el rey, que disfrutaba en la ejecución de estas caballerescas costumbres—. ¡Que la Belleza honre a la Caballería! Quítale las espuelas, Berengaria; aunque seas reina, le debes tantas pruebas de favor como puedes darle... Edith: desátale el yelmo; ¡se lo desatarás con tu propia mano, aunque tú seas la más altiva de los Plantagenet, y él el caballero más pobre de la Tierra!

Ambas damas obedecieron las órdenes del rey: Berengaria con precipitada solicitud, como si tuviera prisa por complacer el antojo de su esposo; y Edith ruborizándose y palideciendo alternativamente, mientras lenta y torpemente desataba, ayudada por Longsword, las ataduras que sujetaban el yelmo a la gorguera.

—¿Y qué esperáis ver salir de dentro de ese casco de hierro? —dijo Ricardo en el momento en que fue retirado el yelmo, quedando descubierta la noble cabeza de Sir Kenneth, con su rostro encendido por el calor del combate y, no menos, por la emoción de aquel momento—. ¿Qué pensáis de él, bizarros caballeros y bellas damas? ¿Se parece al esclavo nubio, o tiene la cara de un obscuro e innominado aventurero? ¡No, por mi buena espada! Aquí terminan sus variados disfraces. Ha hincado la rodilla delante de vosotras, como desconocido, salvo por su valor; pero se levanta tan honorable por el nombre como por la fortuna. ¡El aventurero caballero Kenneth se levanta siendo el conde David de Huntingdon, príncipe heredero de Escocia!

Prodújose una exclamación general de sorpresa, y a Edith se le cayó de las manos el yelmo que acababan de entregarle.

—Sí, nobles señores —dijo el rey—: ésa es la verdad. Ya sabéis cómo faltó Escocia a la palabra empeñada de enviarnos a este valiente conde acompañado de una hueste formada de los mejores y más ilustres guerreros del país para ayudarnos a la conquista de Palestina. Este noble joven, que habría sido el jefe de los Cruzados escoceses, sintió que su brazo tuviera que estar ausente de la guerra santa, y se reunió con nosotros en Sicilia con un pequeño grupo de amigos y fieles sirvientes, al que se sumaron varios compatriotas suyos, para quienes era desconocida la categoría de su jefe. Los que estaban en el secreto del príncipe heredero murieron todos, menos un viejo escudero, y su secreto, guardado demasiado bien, me hizo correr el peligro de hacer desaparecer, en la persona de un aventurero escocés, una de las más nobles esperanzas de Europa. ¿Por qué no os dabais a conocer, noble Huntingdon, cuando estabais en peligro a causa de mi precipitada y apasionada sentencia? ¿Es que pudiste

pensar que Ricardo era capaz de abusar de la ventaja que tenía sobre el heredero de un rey que muchas veces ha sido enemigo nuestro?

—No os hice esa injusticia, rey Ricardo —contestó el conde de Huntingdon—; pero mi orgullo me prohibía declararme príncipe de Escocia para salvar mi vida, que yo mismo puse en peligro por faltar a la lealtad. Y, además, yo había hecho voto de conservar incógnita mi condición hasta que se hubiese realizado la Cruzada; y no lo descubrí a nadie, salvo in articulo mortis, y bajo el secreto de confesión, a aquel reverendo ermitaño.

—Así, pues, ¿fue a causa del conocimiento de este secreto, por lo que aquel santo varón insistió tanto para que yo revocara mi cruel sentencia? —dijo Ricardo—. Bien decía él que, si este bravo caballero moría por orden mía, después habría deseado yo dar un miembro de mi cuerpo por no haberlo hecho. ¡Un miembro! ¡La vida, habría deseado dar para recuperar la suya! Porque el mundo habría podido decir que Ricardo había abusado de la condición en que el heredero de Escocia se había colocado, confiando en mi generosidad...

—Pero ¿puede Vuestra Gracia decirnos por qué rara y feliz casualidad ha descubierto al fin ese secreto? —dijo la reina Berengaria.

—Recibimos cartas de Inglaterra —dijo el rey— por las que supimos, entre otras noticias desagradables, que el rey de Escocia había detenido a tres de nuestros nobles en ocasión de que éstos iban a la peregrinación de San Ninian; y alegó, como motivo para hacerlo, que su heredero, que él creía luchando al lado de los Caballeros Teutónicos contra los infieles de Barussia, se encontraba, en realidad, en nuestro campamento, y en nuestro poder; y, por consiguiente, Guillermo se proponía guardar aquellos nobles en calidad de rehenes para garantizar la seguridad de su hijo. Ello me dio la primera luz respecto a la verdadera personalidad del Caballero del Leopardo; y mis sospechas fueron confirmadas por De Vaux, quien, a su regreso de Ascalon, trajo consigo al último sirviente que quedara del conde de Huntingdon, un escuálido esclavo que recorrió treinta millas para revelar a de Vaux un secreto que debería haberme comunicado a mí.

—Debe perdonarse al viejo Strauchan —dijo el señor de Gilsland—. Él sabía por experiencia que mi corazón es un poco más blando que si me llamara Plantagenet.

—¿Blando, tu corazón? ¡La blandura del hierro viejo y de las rocas de Cumberland, tienes tú! —exclamó el rey—. Nosotros, los Plantagenet, somos quienes podemos presumir de corazones blandos y sensibles.

Y volviéndose hacia su prima, con expresión que la hizo afluir la sangre a las mejillas, dijo:

—Edith: dame tu mano, mi bella prima; y tú, príncipe de Escocia, dame la tuya.

—Cuidado, señor —dijo Edith, retrocediendo y procurando disimular su confusión bromeando con la credulidad de su pariente—: ¿recordáis que mi mano había de servir para convertir en cristianos a los sarracenos y árabes, a Saladino y a todo su ejército de turbantes?

—Sí, pero el viento de la profecía ha cambiado de rumbo, y sopla ahora de otro cuadrante —contestó Ricardo.

—No os burléis, ni penséis que han prevalecido vuestros afectos —exclamó el ermitaño, adelantándose—. La hueste celestial sólo escribe verbales en sus resplandecientes registros; son los ojos humanos quienes son demasiado débiles para entender un recto sentido. Sabed que la noche en que Saladino y Kenneth de Escocia durmieron en mi cueva, leí en los astros que bajo mi techo se encontraba un príncipe que era el enemigo natural de Ricardo, y que su destino estaba unido al de Edith Plantagenet. ¿Cómo podía dudar yo de que se trataba del sultán, al que conocía perfectamente porque otras veces me había venido a visitar para hablar de la revolución de los cuerpos celestes? Por otra parte, las luces del firmamento proclamaban que el príncipe en cuestión, el esposo de Edith Plantagenet, sería un cristiano; y yo, ¡pobre e ignorante intérprete!, imaginé entonces la conversión del noble Saladino, cuyas buenas cualidades parecían, a veces, inclinarle hacia una fe mejor. La evidencia de mi ignorancia me ha humillado hasta el polvo; pero en el polvo he encontrado consuelo. ¡No supe leer rectamente el destino de los demás! Luego, ¿quién me asegura que no me equivocara, también, al calcular el mío propio? Dios no quiere que penetremos en sus secretos designios o que descubramos sus arcanos misterios. Debemos esperar el momento que Él quiera señalarnos, velando y orando, con temor y esperanza. He venido aquí siendo un severo vidente y un orgulloso profeta, pensando ser docto consejero de príncipes y dotado hasta de poderes sobrenaturales, agobiado por un peso que sólo mis hombros pueden soportar. ¡Pero se han roto mis ataduras! Me voy humilde en mi ignorancia, arrepentido... y sin haber perdido la esperanza.

Con estas palabras se retiró de la reunión; y es fama que desde aquella ocasión fueron más raros sus frenéticos arrebatos, que su penitencia adquirió un carácter más sosegado y que la acompañaban más gratas esperanzas para el porvenir. Hasta en la misma locura existe tanto amor propio, que la idea de haber creído y manifestado a los demás con tanta seguridad una predicción infundada pareció actuar, lo mismo que una sangría en el cuerpo humano, en el sentido de contener y reducir la fiebre de aquel cerebro.

Es inútil detallar más lo que ocurrió en la tienda real, o inquirir si el conde David de Huntingdon fue tan mudo en presencia de Edith Plantagenet como

cuando se vio obligado a desempeñar el papel de obscuro e innominado aventurero. Puede muy bien creerse que entonces expresó en toda su intensidad el amor que tan difícil le fuera antes manifestar con palabras.

Poco faltaba para mediodía; y Saladino esperaba a los príncipes cristianos para recibirles en su tienda, que sólo por su magnitud se diferenciaba de la de cualquier otro guerrero kurdo o árabe. En el interior de su vasto y negro toldo, se había dispuesto un banquete al fastuoso estilo oriental, sobre alfombras de los más ricos tejidos, rodeadas de almohadones para los invitados. Pero no nos entretengamos en describir los tejidos de oro y plata, los magníficos bordados en arabesco, las gasas de Cachemira y las muselinas de la India, esparcidos profusamente en la tienda. No hablemos, tampoco, de los diferentes dulces, guisos orillados de arroz coloreado de diferentes maneras, ni de todos los demás refinamientos de la cocina oriental: corderitos enteros asados, caza y pollería servidos a discreción, en grandes fuentes de oro, de plata y porcelana, con grandes vasos de sorbete refrescado con nieve y hielo de las cavernas del monte Líbano. Un montón de magníficos cojines en la parte central del banquete parecía destinado al anfitrión y a todos los dignatarios que éste quisiera distinguir con un lugar de honor; del techo de la tienda, y principalmente sobre el lugar de preferencia, colgaban multitud de banderas y estandartes, trofeos de batallas ganadas por Saladino y de reinos que él había conquistado. Pero de entre todas se destacaba una larga lanza con un gallardete, la Bandera de la Muerte, con esta impresionante inscripción: «SALADINO, REY DE REYES; SALADINO, VENCEDOR DE VENCEDORES; SALADINO DEBE MORIR». Entre todo aquel aparato, los esclavos que habían preparado el festín permanecían silenciosos e inmóviles, con la cabeza baja y los brazos cruzados, como estatuas o autómatas que esperan que el artífice los ponga en movimiento.

Mientras aguardaba la llegada de sus nobles huéspedes, el sultán, imbuido, como otros muchos, de las supersticiones de su tiempo, examinaba un horóscopo y un pergamino con éste relacionado, que le hizo entregar el ermitaño de Engaddi, al marchar del campamento.

—¡Extraña y misteriosa ciencia —murmuró para sí—, que, al pretender levantar el velo de lo por venir, haces extraviar a los que parece guiar, y obscureces la escena que pretendes iluminar! ¿Quién no habría dicho que yo era el peor enemigo de Ricardo, cuya enemistad debía terminar casándome yo con su prima? Y, sin embargo, parece que la unión entre ese valeroso conde y aquella dama restablecerá la amistad entre Ricardo y Escocia, la cual es un enemigo más peligroso que yo, lo mismo que un gato salvaje en una habitación es más de temer que un león en el lejano desierto. Pero —agregó— la conjunción también decía que él sería cristiano... ¡Cristiano! —repitió después de breve pausa—. Eso es lo que hacía creer a aquel loco astrólogo

fanático que yo podía renunciar a mi fe. Pero a mí, el creyente en nuestro Profeta, esta circunstancia debería haberme hecho comprender la verdad. Yace aquí, misterioso pergamino —añadió metiéndolo debajo de un montón de almohadones—; raras son tus profecías, y fatales, porque, a pesar de ser ciertas, producen los efectos de una mentira a todos los que intentan descifrar su significado... Pero ¿qué es eso? ¿Qué significa esta intromisión?

Se dirigía al enano Nectabanus, que penetra en la tienda presa de extraordinaria agitación, con el rostro trasmudado por el horror, lo cual le hacía aparecer más terriblemente feo todavía; con la boca abierta, los ojos centelleantes y las manos, de enjutos y deformados dedos, tendidas hacia adelante, en medrosa actitud.

—¿Qué ocurre? —dijo el sultán en tono severo.

—Accipe hoc! —gimió el enano.

—¿Qué dices? —contestó Saladino.

—Accipe hoc! —repitió la asustada criatura, quizá sin saber que repetía las mismas palabras.

—Vete, que no tengo humor para oír tus locuras —dijo el emperador.

—Yo sólo soy loco —dijo el enano— para que mi locura me ayude a ganarme el pan, ¡pobre y desgraciado de mí! Pero oídme, oídme, gran sultán.

—Está bien: si tienes alguna queja que formular, tanto si estás loco como si estás cuerdo, tienes derecho a que un rey te oiga. Ven conmigo —y se lo llevó hacia el interior de la tienda.

Fuese la que fuese la conversación que sostuvieron, pronto fue interrumpida por el sonido de las trompetas que anunciaban la llegada de los príncipes cristianos, a los que Saladino recibió en su tienda con el regío ceremonial que les correspondía a ellos y a sí mismo; pero saludó con especial afecto al joven conde de Huntingdon, y le felicitó cordialmente por las perspectivas que se abrían ante él, aunque éstas habían destruido las que el sultán imaginara.

—Pero no creas, noble joven —dijo el sultán—, que el príncipe de Escocia sea mejor recibido por Saladino de lo que lo fue Kenneth por el solitario Ilderim, cuando se encontraron en el desierto, o que el desgraciado etíope por El Hakim Adonbec. Una valentía y una generosidad como las tuyas tienen un valor independiente de la condición y del nacimiento, como la bebida helada que ahora te ofrezco es tan deliciosa en un vaso de alfarería como en una copa de oro.

El conde de Huntingdon contestó adecuadamente, manifestando su agradecimiento al noble sultán por los generosos servicios que de él había

recibido, pero cuando hubo probado la gran copa de helada bebida que Saladino le ofreciera, no supo dejar de decirle, sonriente:

—El bravo caballero Ilderim no conocía la formación del hielo, pero el munífico sultán refresca su sorbete con nieve.

—¿Querías que un árabe o un kurdo fuese tan sabio como un Hakim? —dijo el sultán—. El que se disfraza tiene que ajustar los sentimientos de su corazón y los conocimientos de su cabeza al vestido que se pone. Yo quería ver cómo se comportaría un valiente e ingenuo caballero del Frangistán en una discusión con un guerrero como yo representaba ser, que contradecía la verdad de un hecho tan conocido por ver con qué argumentos defendías tu afirmación.

Mientras hablaban de tal suerte, el archiduque de Austria, que había permanecido algo separado, se acercó al oír hablar de sorbetes helados, y tomó con verdadero placer y con cierta grosería la copa que el conde de Huntingdon se disponía a devolver.

—¡Deliciosísimo! —exclamó, después de un buen sorbo, que le hicieron más agradable el calor reinante y el estado algo febril que le dejara el jolgorio de la noche anterior. Y exhaló un suspiro al entregar la copa al Gran Maestre de los Templarios. Saladino hizo una seña al enano, el cual se adelantó, y, con su áspera voz, pronunció las palabras: —Accipe hoc!—. El templario se sobresaltó, como un caballo que ve salir un león de entre las zarzas que bordean el camino; pero se recobró en seguida y, quizá para disimular su confusión, levantó la copa hasta la altura de sus labios. Pero estos labios no llegaron siquiera a rozarla. La cimitarra de Saladino salió de su vaina tan veloz como el rayo de las nubes; se elevó en el aire, y la cabeza del Gran Maestre rodó hasta el extremo de la tienda, mientras el tronco quedó un segundo en pie, con la copa entre los dedos, y se desplomó luego. El líquido de la copa se mezcló con la sangre que manaban sus venas.

Hubo un clamor general: ¡Traición! El de Austria, que era el que se hallaba más cerca de Saladino, el cual empuñaba todavía la cimitarra ensangrentada, se hizo atrás de un salto, como temiendo que fuera a tocarle el turno a él. Ricardo y los demás empuñaron sus espadas.

—No temáis nada, noble Austria —dijo Saladino, tan sereno como si no hubiese ocurrido nada—; ni tampoco vos, rey de Inglaterra, os irritéis por lo que habéis visto. No ha sido por sus muchas traiciones, ni porque atentara contra la vida del rey Ricardo, como puede justificarlo su escudero, ni porque nos persiguiera, a mí y al príncipe de Escocia, en el desierto, obligándonos a salvar nuestras vidas gracias a la velocidad de los caballos que montábamos, ni porque excitara a los maronitas a atacarnos en esta ocasión, lo cual habrían hecho si yo no hubiese hecho abortar el complot congregando numerosas fuerzas árabes. Por ninguno de estos delitos le veis tendido en el suelo, a pesar

de que cada uno de ellos merecía este castigo, sino porque, media hora antes de que nos envileciera con su presencia, ha dado muerte a puñaladas a su compañero y cómplice, Conrado de Montserrat, a fin de que éste no confesara las infamias en que ambos estaban comprometidos.

—Pero ¿asesinado Conrado? ¿Y por el Gran Maestre, su padrino y más íntimo amigo? —exclamó Ricardo—. Noble sultán: yo no quiero dudar de ti, pero eso hay que demostrarlo; de lo contrario...

—Ahí está el testigo —dijo Saladino, señalando al aterrorizado enano—. Alá, que envía la luciérnaga para iluminar la noche, puede descubrir los crímenes secretos por los más despreciables procedimientos.

El sultán dio cuenta del relato que le había hecho el enano, relato que, resumido, es como sigue: impulsado por su loca curiosidad o, como confesó al fin, con objeto de hurtar lo que pudiera, Nectabanus penetró en la tienda del marqués, al que los sirvientes habían dejado solo, unos para llevar la noticia de la derrota a su hermano, y otros para aprovechar las abundantes provisiones que Saladino había hecho distribuir en todo el campamento. El herido dormía gracias a la beneficiosa influencia del talismán de Saladino, de manera que el enano tuvo ocasión de huronear cuanto quiso, hasta que le sorprendió el ruido de fuertes pisadas. Entonces se escondió detrás de una cortina, y pudo ver los movimientos y oír las palabras del Gran Maestre, quien, al entrar, corrió cuidadosamente la cortina detrás de él. Su víctima se despertó como si le asaltara de improviso la sospecha de los propósitos de su antiguo compañero, porque, en tono alarmado, le preguntó por qué le despertaba.

—Vengo a confesarte y darte la absolución —le contestó el Gran Maestre.

Del resto de su conversación, poca cosa más recordaba el aterrorizado enano, salvo que Conrado imploraba al Gran Maestre que no acabara de cortar una caña ya rota, y que el templario le clavó en el corazón una daga turca, diciéndole:

—Accipe hoc!, —palabras que no se apartaban de la mente del aterrado testigo.

—Me he asegurado de la verdad de todo eso —dijo Saladino— haciendo examinar el cadáver, y he ordenado a este infeliz ser, a quien ha utilizado Alá para descubrir este crimen, que repitiera delante de vosotros las palabras que había pronunciado el asesino. Ya habéis podido ver el efecto que le han producido.

Calló Saladino, y el rey de Inglaterra rompió el silencio.

—Si eso es verdad, y yo no dudo de que lo sea, hemos presenciado un gran acto de justicia, aunque al principio no parecía serlo. Pero ¿por qué en nuestra

presencia? ¿Por qué con tu propia mano?

—No era tal mi intención —contestó el sultán—. Pero si no hubiese precipitado su destino, habría escapado a mi castigo, porque si le hubiese permitido beber en mi copa, como él iba a hacer, ¿cómo habría podido darle la muerte que merecía, sin faltar a las leyes de la hospitalidad? Si él hubiese asesinado a mi padre y después hubiese compartido mi comida y hubiese bebido en mi copa, ni un solo cabello de su cabeza habría podido tocarle. Pero basta de eso; que su carroña y su recuerdo se alejen de nosotros.

Fue retirado el cadáver, y lavadas o tapadas las manchas de sangre con tanta destreza, que se podía deducir que aquella clase de escenas no eran tan raras que asustaran o desconcertaran a los sirvientes del sultán.

Pero los príncipes cristianos sentían que lo ocurrido pesaba en sus espíritus, y aunque, correspondiendo a la atenta invitación del sultán, ocuparon sus puestos en el banquete, permanecieron silenciosos, inquietos y cohibidos. Sólo Ricardo venció todas las sospechas y temores. Y, sin embargo, parecía meditar alguna proposición, como si deseara formularla de la más insinuante y aceptable manera posible. Por último, después de beber una gran copa de vino, se dirigió al sultán y le preguntó si era cierto que había honrado al conde de Huntingdon con un encuentro personal.

Saladino contestó, sonriente, que había probado sus armas y su caballo con los del escocés, como es costumbre de los caballeros que se encuentran en el desierto, y modestamente añadió que si bien el combate no había sido decisivo, no podía tener muchos fundamentos para considerarlo motivo de gloria. Por su parte, el escocés rehusó la superioridad que se le quería atribuir, y quiso hacerla recaer en el sultán.

—Bastante honor tuviste pudiendo combatir con él —dijo Ricardo—, y te envidio más eso que todas las sonrisas de Edith Plantagenet, aunque una sola de ellas pague suficientemente un combate como el que has sostenido hoy. Pero ¿qué os parece, nobles príncipes? ¿Está bien que una regia asamblea caballeresca como ésta se disuelva sin hacer algo que pueda pasar a la posteridad? ¿Qué son la confusión y la muerte de un traidor para un magnífico ramillete de honor como el congregado aquí, y que debe separarse sin haber hecho algo más que sea digno de sus miradas? ¿Qué te parece, príncipe Saladino, si nosotros dos, ahora mismo y delante de esta escogida asamblea, decidiésemos la cuestión en litigio desde hace tanto tiempo, de la posesión de esta tierra de Palestina, y acabáramos de una vez estas enfadosas guerras? Fuera está un campo preparado: el paganismo no puede esperar mejor defensor que tú. Yo, a menos de que se presente otro más digno, arrojaré el guante en nombre de la Cristiandad, y con todo afecto y honor, entablaremos tú y yo un combate a muerte por la posesión de Jerusalén.

Se produjo un profundo silencio, en espera de la respuesta del sultán. A Saladino se le enrojecieron la frente y las mejillas, y era opinión de muchos que pensaba aceptar el reto.

Por último, dijo:

—Luchando por la Ciudad Santa contra quienes nosotros consideramos idólatras, adoradores de maderos y piedras y de imágenes esculpidas, podría confiar en que Alá daría fuerza a mi brazo, o en que, si caía bajo la espada de Melech Ric, no podría entrar en el Paraíso muriendo de muerte más gloriosa. Pero Alá ya nos ha dado Jerusalén a nosotros, los verdaderos creyentes, y sería tentar al Dios del Profeta ponerla en peligro, confiando tan sólo en mi fuerza y habilidad personales, cuando la obtuve por la superioridad de nuestras armas.

—Sino por Jerusalén, pues —dijo Ricardo, con el tono de quien pide un favor a un amigo íntimo—, sea por el honor, y sostengamos por lo menos tres asaltos con lanzas embotadas.

—Ni a eso —dijo Saladino, sonriendo, al ver el interés que Corazón de León ponía en combatir—, ni a eso puedo acceder en conciencia. El dueño confía el rebaño a un pastor, no en beneficio del pastor, sino de las ovejas. Si yo tuviera un hijo a quien dejar el cetro a mi muerte, tendría la libertad, como ahora tengo el deseo, de aventurarme en ese atrevido combate, pero vuestras mismas Escrituras dicen que cuando cae herido el pastor se dispersan las ovejas.

—¡Toda la suerte ha sido para ti! —dijo Ricardo, volviéndose hacia el conde de Huntingdon y suspirando—. Daría el mejor año de mi vida por tu media hora en el Diamante del Desierto.

La extravagancia caballeresca de Ricardo reanimó los ánimos de los reunidos, y cuando, por último, se levantaron para marcharse, Saladino se adelantó hacia Corazón de León y le tomó la mano.

—Noble rey de Inglaterra —dijo—: nos separamos para no volver a encontrarnos nunca más. Que vuestra Liga está disuelta y no volverá a formarse, y que con sólo las fuerzas de tu país no podéis proseguir vuestra empresa, lo sé yo tan bien como tú mismo. Yo no puedo daros Jerusalén que tanto deseáis poseer, porque para nosotros, tanto como para vosotros, es una ciudad santa. Pero cualquier otra cosa que Ricardo pida de Saladino, se le concederá tan graciosamente como aquella fuente de allí da su agua. Sí; y Saladino cumplirá lo que promete, aunque Ricardo estuviera solo en mitad del desierto con sólo dos arqueros por escolta.

**

Al día siguiente, Ricardo regresó a su campamento, y pocos días después

el joven conde de Huntingdon se casó con Edith Plantagenet. Como regalo de boda el sultán envió el famoso TALISMÁN. Pero a pesar de que, con su ayuda, se obtuvieron en Europa muchas curaciones, ninguna igualó en resultados y fama a las que había efectuado Saladino. El talismán existe todavía: el conde de Huntingdon lo legó a un valiente caballero escocés, llamado Sir Simón de Lee, cuya antigua y honorable familia lo conserva aún. Y, aunque el uso de las piedras milagrosas ha sido desterrado por la Farmacopea moderna, sus virtudes aún se utilizan para contener hemorragias y contra la rabia de los perros.

En este punto termina nuestro relato; las condiciones en que Ricardo renunció a sus conquistas pueden hallarse en cualquier historia de aquel período.